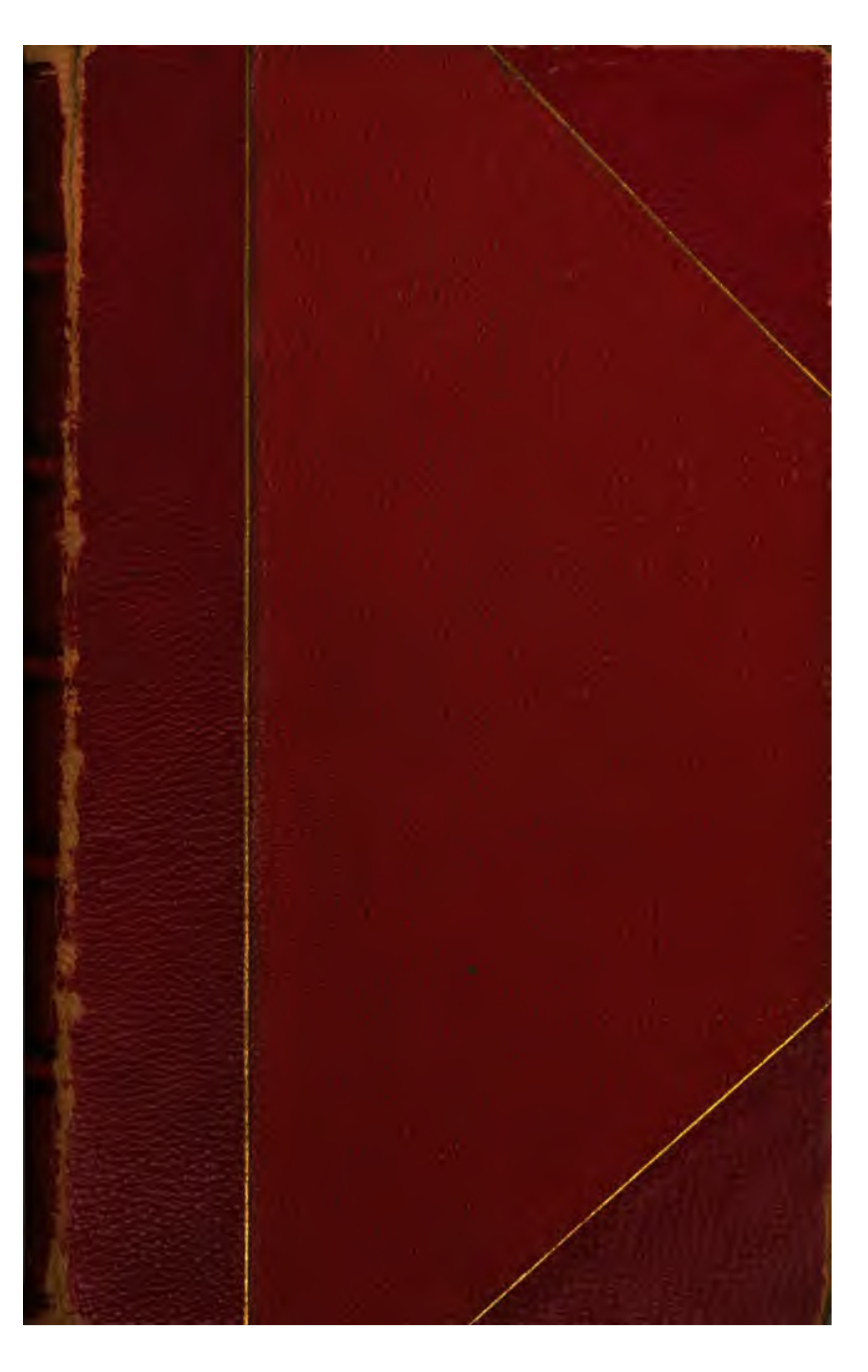
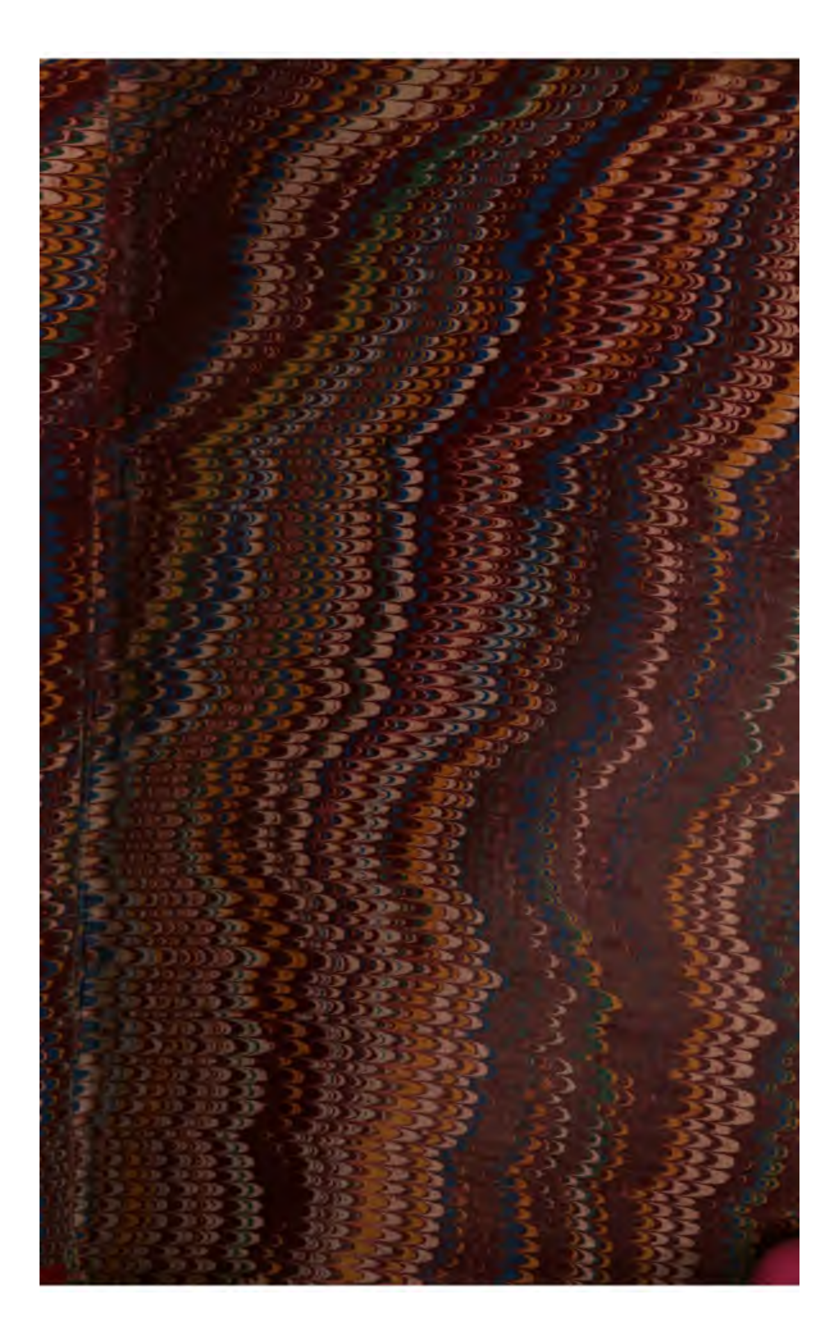
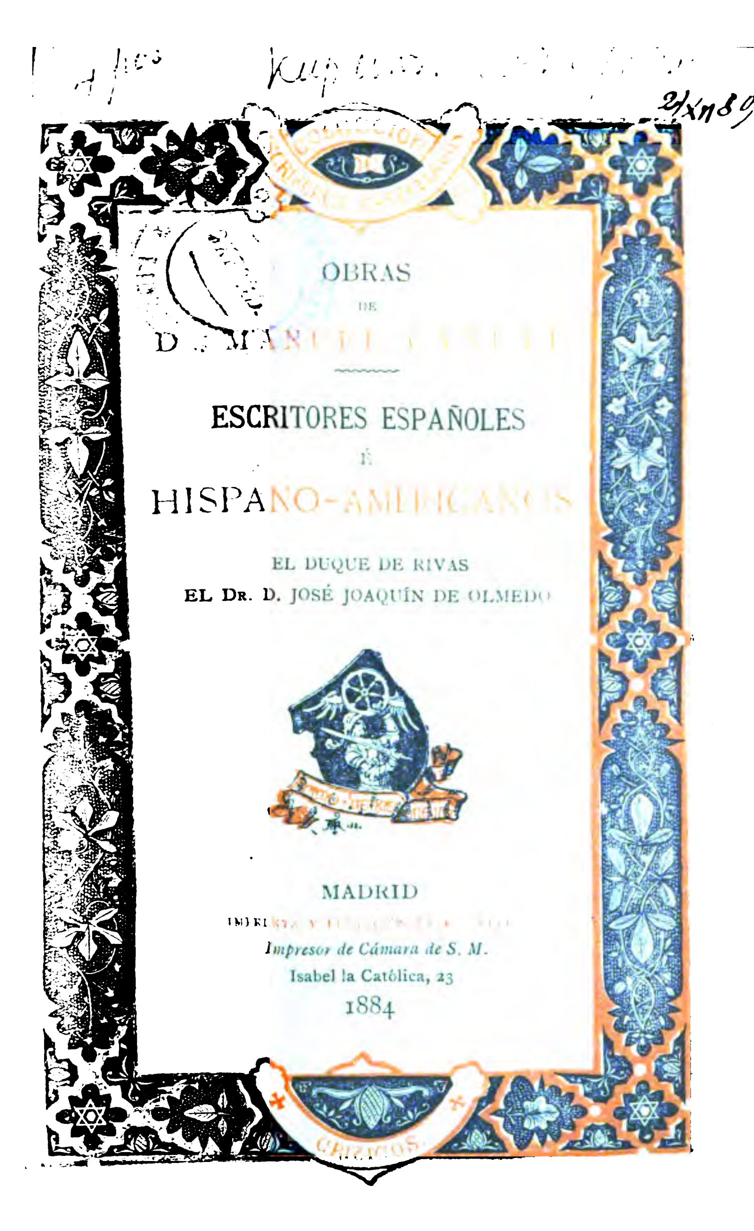




DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
Taylor Institution.





OBRAS

DE

D. MANUEL CAÑETE

ESCRITORES ESPAÑOLES

É

HISPANO-AMERICANOS

EL DUQUE DE RIVAS

EL DR. D. JOSÉ JOAQUÍN DE OLMEDO

MADRID

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

Impresor de Cámara de S. M.

Isabel la Católica, 23

1884

COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

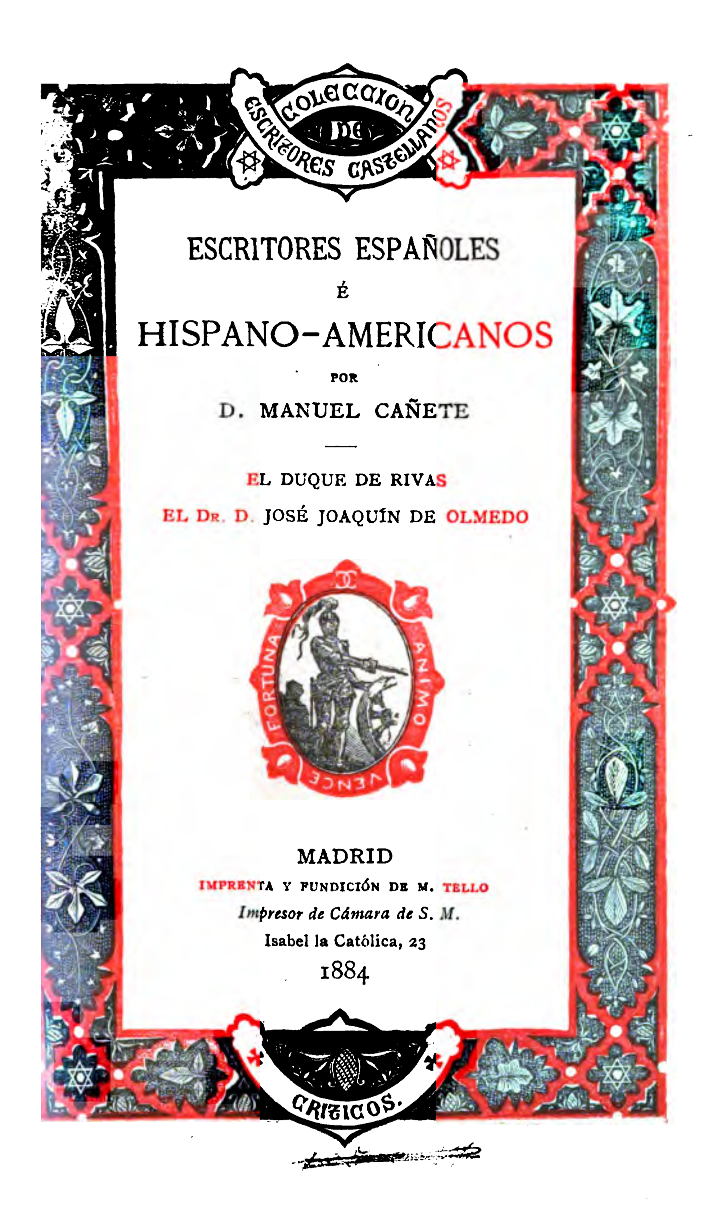
CRÍTICOS

TIRADAS ESPECIALES

25	ejemplares	en papel China, del	I al XXV.
25	»	en papel Japón, del	XXVI al L.
100	»	en papel de hilo, del	1 al 100.



Manuel Cañete.



ESCRITORES ESPAÑOLES É HISPANO-AMERICANOS

POR

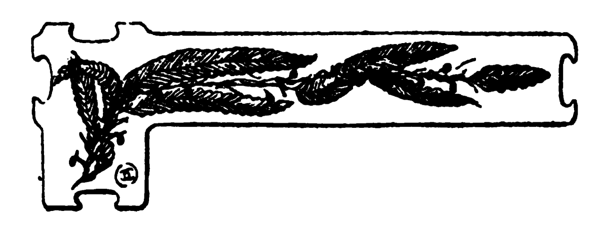
D. MANUEL CAÑETE

EL DUQUE DE RIVAS

EL DR. D. JOSÉ JOAQUÍN DE OLMEDO

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
Impresor de Cámara de S. M.
Isabel la Católica, 23
1884





Á LA

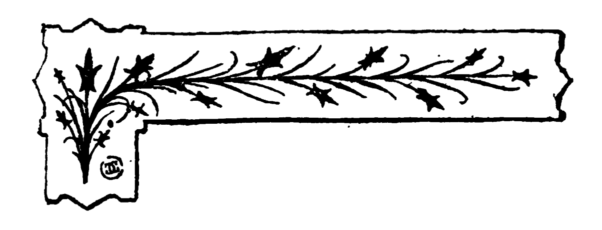
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

en testimonio de amor y gratitud

MANUEL CAÑETE



EL DUQUE DE RIVAS



I.

La elaboración intelectual que hace brotar de una misma fuente raudales distintos, y que, sin darse cuenta de ello, descubre los misteriosos eslabones que enlazan en el espíritu de un solo hombre opuestas ideas y principios contradictorios, es por extremo curiosa y ofrece ancho campo de meditación cuando se efectúa en seres destinados por la Providencia á dejar en el mundo rastro luminoso. Agradable y útil tarea sería sin duda examinar cómo el ingenio superior lucha con las preocupaciones de su época ó con los falsos sistemas que gozan fama de verdaderos; ver de qué suerte se amolda en ocasiones á sus antojos; inquirir por qué otras veces los mira con receloso desdén, y contemplar cómo acaba por subyugarlos á su potencia creadora. Aunque el imperio de la moda, tan caprichosa como fugaz, influya en los cán-

ticos del poeta, y las ideas y formas artísticas varíen en sus condiciones de éxito con arreglo á las mudanzas que experimentan las opiniones generalmente admitidas, la inspiración hija del alma, fruto de viva creencia ó de afectos arraigados en el corazón, prevalece por propia virtud sobre toda mutación del gusto.

Las obras del Duque de Rivas, ricas en inspiración, engendradas en un alma de poeta, vivificadas al calor de sentimientos que nunca varían en lo esencial, encantarán siempre á las personas de cierta cultura, sean cuales fueren los caprichos de la moda. Pasaron aquellos tiempos en que el implacable ardor del combate, empeñado en el campo de la literatura entre rutinarios é innovadores, hacía decir al editor de *El moro expósito* que el autor de tan interesante poema habría querido recoger todos los ejemplares de los dos tomos de poesías que imprimió en Madrid de 1820 á 1821, para que purgasen en las llamas el crimen de haber nacido bajo «la tiránica influencia del gusto llamado *clásico*.»

Semejante exageración, disculpable en 1834, no lo sería actualmente. Hoy el espíritu crítico pesa y analiza todas las cosas, procurando desentrañar el genuino sentido de las creaciones del arte y esforzándose por descubrir la recóndita generación de las ideas ó el móvil de

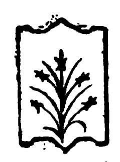
los afectos, para poder aquilatarlos según las circunstancias que les dieron sér. Y cuando no desconfía de sí mismo, ni convierte en incredulidad la duda, ni se arroja en brazos del fanatismo ó del cálculo que sacrifica la verdad á miras interesadas, contribuye poderosamente á sublimar la belleza artística. Borradas las sistemáticas preocupaciones de escuela, que al graduar obras de géneros muy opuestos entre sí habían de atenerse al rigor de una sola pauta inflexible, la crítica no pide ahora á los frutos del arte, en cuanto á la forma que los determina, sino aquello que razonablemente se les puede reclamar teniendo en consideración las privativas condiciones del aire que respiran y del suelo donde se nutren.

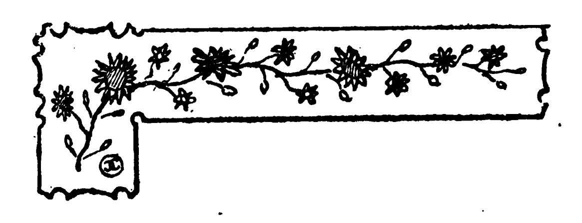
La frase tan afortunada entre los críticos, y algo menos exacta que afortunada, de que en Góngora *hay dos hombres*, uno claro, fácil, natural, sencillo, y otro oscuro, pedantesco, extravagante, incomprensible, puede aplicarse con mayor exactitud al Duque de Rivas, bien que por conceptos muy distintos y sin que hayan de echársele en cara las malas prendas que afearon á su famoso paisano el autor de las tenebrosas *Soledades*. D. Ángel de Saavedra, joven, soldado, imitador de los latinos, clásico, en una palabra, difiere mucho del mismo D. Ángel emigrado, oscurecido, despierto

á la luz de nuevas teorías y de nuevos gérmenes, que recibe del amor patrio la originalidad y la fuerza, uno siempre en elevados sentimientos, en pureza de doctrina, en el culto de lo bello, de lo generoso, de lo grande. No parece sino que el segundón de una casa ilustre (de mérito secundario con relación á Quintana y á Gallego en la esfera de la poesía clásica, ó lo que es igual, en sus primitivos albores) debía ascender, al colocarse en primera línea en la más alta condición gerárquica del país, á puesto más elevado en la gerarquía del talento. Sería, pues, incompleto el conocimiento del poeta si al apreciarlo se descartasen las obras de su juventud, é igualmente incompleta la idea que habríamos de formar de las tendencias literarias predominantes en las diferentes épocas de su vida. Hizo bien el preclaro ingenio desentendiéndose de lo indicado por su editor parisiense. Procedió con discretísimo acuerdo al reproducir en edad provecta sus composiciones juveniles, para que contribuyesen á darle á conocer en los diversos frutos de su inspiración y se pudieran valuar las circunstancias que concurren en esas pobres víctimas expiatorias, salvadas de la hoguera por el transcurso del tiempo que modifica las opiniones y desacalora los ánimos enardecidos, á despecho de toda exageración exclusivista.

Si es deber inexcusable de cuantos viven en sociedad transigir con los elementos que la constituyen y resignarse á las condiciones que establece, aunque se mezcle en ellas la levadura de algunos vicios, harta disculpa merece el escritor que respirando aires deletéreos no acierta á librarse del contagio. Y si hay para eso indulgencia, ¿cuánto más disculpable no ha de ser que el poeta educado en tradiciones generalmente respetadas, habituado á recrearse en bellos ejemplos, siga el sendero por donde van todos, y tuerza, sin percibirlo siquiera, el raudal de su índole nativa buscando expansión á sus facultades en atmósfera que no es la suya? Nada sofoca tanto los naturales impulsos de la imaginación como someterlos constantemente á la tiranía de un sistema. Algo de esto se puede aplicar á las primeras producciones del Duque de Rivas. Desde ese punto de vista las deben juzgar los que quieran justipreciarlas en términos razonables.

Pero no adelantemos juicios.





II.

El Duque de Rivas, nacido en Córdoba el 10 de Marzo de 1791, muerto en Madrid á 22 de Junio de 1865, es tal vez el último de los grandes poetas genuinamente españoles. Al decir esto no trato de amenguar en lo más mínimo la gloria de los ingenios que han florecido en nuestra patria durante el siglo actual, entre los cuales hay algunos que compiten con los más famosos de otras naciones. Pero si fijamos la atención, no en el aspecto de las cosas, sino en el sér que las anima, llegaremos á descubrir que entre los poetas de nuestros días nadie puede disputar al héroe de esta narración el timbre de revelar como ningún otro su abolengo literario.

Hijo de los grandes de España D. Juan Martín de Saavedra, Duque de Rivas, y Doña María Dominga Remírez de Baquedano, Marquesa de Andía y de Villasinda, D. Ángel de

Saavedra, que por haber muerto sin hijos su hermano mayor heredó en 1834 el Ducado y los demás títulos de su casa, es al par directo heredero de la grandeza que resplandece en nuestros mejores líricos y dramáticos de los siglos de oro. En él se compendian y resumen las más castizas dotes de los excelentes ingenios de aquella edad. Ni el haber permanecido largo tiempo en pueblos extraños, ni el seductor atractivo de las novedades poéticas de otros paises, ni el influjo del romanticismo inglés, que tan poderosamente contribuyó á separarlo del carril de las tradiciones clásicas, pudieron torcer ni avasallar la genial inspiración de su fantasía esencialmente española. En sus obras todas hay un sello tal de españolismo, que cualquiera medianamente versado en nuestra literatura lo reconocerá á primera vista y no podrá menos de convenir en que el autor de *Don Álvaro* y de *El desengaño en un sueño* pertenece á la familia inmortal de Lope de Vega y de Tirso, de Ruiz de Alarcón y de Moreto, de Calderón y de Rojas.

En los encantados vergeles que rodean á Córdoba pasó D. Ángel los primeros años de su infancia. Bajo la ilustrada dirección del virtuoso canónigo Mr. Tostin, á quien había lanzado de su país, como á otros muchos sacerdotes, la inícua y desastrosa revolución de

1789, estudió primeras letras, francés y elementos de historia y de geografía. Niño aún, trajéronle á Madrid sus padres huyendo de la fiebre amarilla que causaba grandes estragos en los pueblos andaluces. Aquí le dieron por ayo otro ilustrado sacerdote que le enseñó latinidad, y prosiguió sus estudios con Mr. Bordes, también emigrado francés. Cuando en 1802 quedó huérfano de padre, la Duquesa viuda, tutora y curadora de sus hijos, le hizo entrar en el Seminario de Nobles, honrado á la sazón con profesores tan distinguidos como Valbuena, Salas, Antillón y D. Demetrio Ortiz, y en el cual recibían los alumnos educación muy esmerada.

Caballero de justicia de la Orden de Malta á los seis meses de edad; agraciado poco después con la bandolera de guardia de Corps supernumerario; capitán de caballería por gracia especial desde 1798, en los exámenes y actos públicos del Seminario siempre dejó atrás Don Ángel á condiscípulos suyos más aplicados y estudiosos: tan feliz era su memoria y tanta su facilidad de comprensión. Además, la afición de su padre á componer versos á estilo de Gerardo Lobo (que gozó de cierta popularidad durante el siglo pasado y en el primer tercio del presente) excitó al hijo á componerlos también. Y como al par que los rudimen-

tos de las letras nuestro insigne cordobés aprendía los del dibujo, mostrando las mejores disposiciones para la pintura, se comprende con cuánta exactitud escribe el más puntual de sus biógrafos que D. Ángel Saavedra *fué pintor y poeta desde la cuna.*

Terminada su primera educación, próximo á cumplir diez y seis años, dejó el Seminario para incorporarse al regimiento á que pertenecía, no sin haber dado allí muestras de su vocación literaria en traducciones poéticas de los clásicos latinos y en composiciones originales al modo herreriano. Mas ni eran aquellos tiempos á propósito para fomentar vocaciones literarias, ni las circunstancias de D. Ángel, obligado principalmente á cuidarse del aprendizaje militar, favorecían su amor al culto de la poesía. Tuvo, sin embargo, la suerte, á poco de salir del colegio, de contraer amistad cariñosa con el Conde de Haro (que más adelante unió á sus timbres de Condestable de Castilla y Duque de Frías el de ser uno de nuestros mejores líricos) y con los jóvenes literatos D. Cristóbal Beña, D. José y D. Mariano Carnerero. Esa amistad, que no se entibió con los años, contribuyó á mantener vivo el fuego sagrado de la inspiración en quien estaba llamado á ser gloria y orgullo de la patria.

D. Ángel presenció en el Escorial las primeras escenas del drama revolucionario que comenzó con la prisión del primogénito de Carlos IV. No se halló en la catástrofe del 2 de Mayo de 1808, por haber salido para Guadalajara al amanecer de tan memorable día con un escuadrón que mandó allí la Junta de Gobierno. Indignado al ver la perfidia con que el ejército francés iba apoderándose de España vendiéndonos falsa amistad, mostróse desde luego muy decidido contra los invasores y apeló á cuantos recursos estuvieron en su mano para combatirlos. Consiguiólo, á poco de la gloriosa batalla de Bailén, saliendo en guerrilla á picar la retaguardia de un destacamento rezagado en Sepúlveda. Desde entonces no se dió tregua, ni perdonó ocasiones de verter su sangre por la libertad é independencia del suelo patrio.

«Con once heridas mortales,
Hecha pedazos la espada,
El caballo sin aliento,
Y perdida la batalla,»

según dice él mismo en un romance bellísimo por la ingenuidad del sentimiento y de la expresión, cayó en la desastrosa rota de Ocaña, quedando por muerto en el campo entre multitud de cadáveres. Pero en medio de aquella tenebrosa noche, un soldado del regimiento

del Infante, llamado Buendía, que había ido á recoger despojos, tropezó con él; y hallándole aún vivo, lo terció como pudo sobre su caballo y lo salvó de la muerte. Convalecido un tanto de sus heridas por la eficaz intervención y acertadas disposiciones de su hermano el Duque, pudo al fin regresar á Córdoba y á los brazos de su tierna madre.

Referir las vicisitudes porque pasó hasta que en 1811 le encontramos en Cádiz dirigiendo el periódico del Estado Mayor militar que allí se publicaba semanalmente, parecería prolijo. Consignados están episodios tan novelescos en la extensa biografía escrita por D. Nicomedes Pastor Díaz. Allí los encontrará el lector curioso. Baste ahora decir que en Cádiz contrajo Saavedra fina amistad con D. Juan Nicasio Gallego, con el Conde de Noroña, con Martínez de la Rosa, Arriaza, Quintana y otros insignes literatos, los cuales le estimularon más cada vez en su afición á la poesía y le ayudaron á perfeccionarse en ella.





III.

Cuando apenas salido de la niñez empezó nuestro poeta en 1806 á escribir para el público (dos años después de muerto el célebre Schiller, fundador del moderno teatro alemán), ni siquiera presentía que antes de transcurrir un tercio de siglo habría de ser él para España algo semejante á lo que aquél había sido para Alemania, sin ceder á nadie en la elevación y el brío de sus creaciones escénicas. Sometido al influjo de las lecciones de sus maestros y al de las doctrinas que prevalecían en las aulas, el joven alumno de las musas procuraba en aquella época seguir estrictamente las huellas de los antiguos ó el ejemplo de nuestros líricos renombrados del siglo XVI. Si á veces la genial independencia de su espíritu le llevaba á emular los vuelos más atrevidos de Quintana ó Cienfuegos, pronto plegaba las alas del entusiasmo para someterse al yugo de

la servil imitación apellidada con más ó menos propiedad *horaciana* ó *anacreóntica*, tenida en aquellos días por único medio de realizar belleza poética. Entonces la poesía lo imitaba todo menos la naturaleza. Así es que en la mayor parte de los versos de aquel tiempo encontramos frecuentemente sentimientos estereotipados y descripciones moldeadas, faltos los unos de calor, faltas las otras de verdad, nulos todos para comunicar á los lectores el fuego desperdiciado por el poeta en operación tan infecunda.

Pero véase hasta qué extremo es eficaz el poderío de las facultades ingénitas de cada uno, y cómo se ponen siempre de manifiesto aunque el freno de la educación, de las costumbres ó de las circunstancias especiales de la sociedad procure confundirlas y anularlas. El joven educado en las tradiciones de la escuela exclusivamente clásica, para la cual era extraño cuanto no fuese rendir tributo á los líricos latinos y á los del renacimiento; quien había respirado al nacer el aire de una regeneración imitadora, y al cual se ofrecía como única fuente de belleza el principio de imitación fundado en las reglas de Boileau, aunque al empezar á discurrir por sí propio no recibía de la prosáica y monótona sociedad de aquellos tiempos ninguno de los poderosos estímulos

que vigorizan la imaginación y la empujan al sendero de la originalidad (ó peculiarmente suya ó encarnada en los elementos nacionales del pueblo á que pertenece), tuvo poder bastante para mostrar desde un principio que sus inspiraciones jamás podrían templarse al compás de la imitación exótica hasta el grado de perder la propia energía, y que, pensando acatar el dominio de las convenciones rutinarias apellidadas preceptos, hallaría modo de seguir el rumbo de la musa genuinamente española impregnándose en la savia de los antiguos romances castellanos. Con efecto, la primera producción del *clásico* alumno del Seminario de Nobles es un *romance morisco* escrito con numerosa gallardía, aunque menos rico en imágenes y de plan más tímido que los buenos de su especie. Esta primera tentativa, espontánea manifestación de las inclinaciones del poeta, dejaba adivinar su verdadera índole, bien que modificada y enflaquecida por el hábito de imitar ajenas creaciones y por la fuerza del ejemplo, casi siempre incontrastable. Ella indica elocuentemente el rumbo en que el poeta ha de encontrar tonos propios tan pronto como crezca en alientos para romper las ligaduras del servilismo de escuela.

Por lo demás, nuestro autor, de igual suerte que casi todos sus contemporáneos, canta á

las zagalejas del valle, como pudiera hacerlo un pastorcillo de la Arcadia, ó habla del amor como del hijo querido de Venus, sin presumir que pueda ocurrirle mayor desgracia el día en que la mujer amada falte á su cariño (que trasciende á sensual y pagano desde una legua) que la de que

«Maldiga Pan sus ovejas,
Maldiga sus corderillos.»

¡Lamentable ofuscación: desconocer que cada pueblo y cada era tienen su modo especial de ver y sentir; que las inspiraciones del alma deben estar en armonía con las condiciones peculiares del tiempo en que vivimos y de las creencias que abrigamos, en cuanto no se aparten de lo moral, de lo verdadero, de lo justo! Sin embargo, los maestros habrían excomulgado al discípulo que, consagrando sus ocios á la poesía, no apelase á *Mavorte* al hablar de guerras ó se olvidase de las *Driadas* y *Amadriadas* al hablar del campo. Y como realmente podían presentar bellos modelos de esta clase y hacían comprender á la juventud que no era posible hallar bondad fuera de semejante amaneramiento, el anacronismo triunfaba del buen sentido y las mejores disposiciones se perdían, si no eran bastante fuertes para quebrantar el círculo de hierro en que procuraban encerrarlas.

Nuestros preceptistas antiguos y modernos, sobre todo aquellos que se educaron cuando las doctrinas clásicas trasplantadas á nuestro país por la dinastía borbónica ejercían absoluto imperio en la región poética, no acertaban á comprender que á los bellos prototipos que nos ha legado la antigüedad podían añadirse prototipos nuevos de no menor belleza. Y sin embargo, en la esfera misma del clasicismo encontramos diferencias muy notables, ora entre la escuela herreriana y la de Meléndez, ora entre la prosáica regularidad de los Iriartes y el grandilocuente arrebato y viril energía de Quintana. Estas, como todas las escuelas, me parecen aceptables y hasta plausibles, no sólo cuando realizan belleza rindiendo culto á la verdad, sino cuando se mueven en su propia esfera de acción sin aspirar al despótico dominio de los diversos gustos é inteligencias. Por el contrario, cuando se empeñan en viciar el natural desarrollo de cada ingenio para que prevalezcan las prescripciones de un dogma falible sujeto á intercadencias sociales; cuando proscriben ó anatematizan cuanto no se ajusta y concierta al tenor de sus caprichos, y sofocan el vivo impulso de los sentimientos del alma si no logran encajarlos en una forma de expresión atildada y erudita, pero opuesta ó contraria no pocas veces á la que les ha-

bría dado la inspiración entregada á la fecunda libertad de su razonable albedrío, lo que pudo ser saludable se convierte en pernicioso, y los rigores del sistema acaban por anonadar á todos aquellos que no son gigantes.

De que el Duque de Rivas llegaría á serlo algún día tenemos muy claros ejemplos. Si no hubiesen existido en él tales gérmenes, nunca hubiera salido de la oscuridad en que, viciada su índole y desnaturalizado su ingenio, habría sucumbido al fin como el pez sucumbe fuera del agua. Pero el arranque de su numen era superior á tales cadenas. Sólo necesitaba el estímulo de un gran móvil para dar cuenta de sí mismo. Compréndese, pues, que aun sin salir del estrecho círculo trazado por sus maestros ni abandonar la forma que le habían recomendado como única susceptible de belleza, nuestro poeta supiese remontarse á gran altura, merced á los vivos ímpetus del corazón abrasado en el noble fuego del patriotismo.

El magnífico espectáculo de las provincias españolas armadas al grito de independencia contra el artero invasor que quiso amarrar nuestra patria al carro de sus triunfos, le inspira estos nobilísimos rasgos:

«Cuerpos armados y armaduras brota
El espacioso campo de Castilla:
Las tumbas de los héroes se estremecen:

En Sagunto y Numancia resplandecen
Los españoles de la edad remota,
Y lumbre celestial en ellos brilla.
Los hijos de Sevilla
Sobre la invicta espada
Del gran Fernando, horror del agareno,
De constancia y horror henchido el seno,
Juran vengar la patria profanada;
Y recuerda su arrojo y alta gloria
De Alfonso y de las Navas la memoria.»

Y más adelante, al cantar la *Victoria de Bailén*, dice:

«Guerra en el monte, en la llanura hay guerra,
Y guerra por doquier: desde la frente
De la enriscada sierra
Hasta el mar de occidente,
Que azota el alto muro gaditano,
La lívida Belona
Con sangriento clarín guerra pregona.»

Ni se limita á implorar el favor de las deidades que la fraseología poética del clasicismo emplea simbólicamente, y que, dando esmalte en ocasiones al lenguaje de la fantasía, son de todo punto ineficaces para expresar los verdaderos ímpetus del corazón. Arrebatado en alas del patriotismo, guiado por el sentimiento religioso, que unido íntimamente al de independencia de la patria fué á principios del siglo

actual origen de tantas acciones heróicas, se olvida de Júpiter, de Marte, de cuantas deidades míticas le habían enseñado á invocar en las escuelas, y exclama con el vigor de quien siente arder fuego divino en su alma:

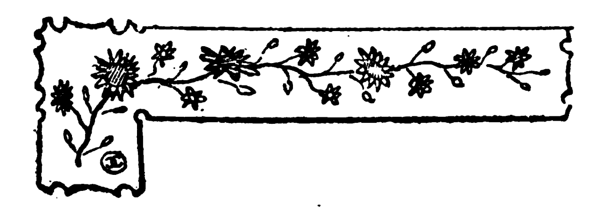
«Alzad á Dios las manos, ¡oh naciones!
Á quien de sangre y de dolor y espanto
Cubrió el bárbaro atroz. Vuestro enemigo
También lo es de su nombre sacrosanto.
Y con fragor tremendo
Del huracán sobre las negras alas
El carro del Señor viene corriendo;
Y rásganse las nubes, y agitando
El mar hinchado sus bramantes ondas,
El enojo de Dios está anunciando.
Pálido el sol suspende el movimiento,
Y se estremece el alto firmamento;
Que Jehová empuña la trisulca llama,
Y por los rudos vientos se derrama
Su acento, semejante
Al trueno retumbante
Abortador de rayos,
Y al estruendo de carros y caballos
Que corren á la lid, y dice: «Sea
Castigado el soberbio,
Y confundida su impiedad se vea.»

En estos acentos prorrumpe al ver á *Napoleón destronado*. Así patentiza el error de los que aseguran que la poesía se alimenta exclu-

sivamente de ficciones. Tan cierto es que no existe móvil de inspiración semejante á la exaltación de los sentimientos verdaderos.

Vemos, pues, que los más gratos acordes de la lira de nuestro poeta en su primer periodo, aquéllos que lo levantan á mayor altura é impresionan más vivamente el ánimo de los lectores, son los que le inspira la musa del patriotismo. Los cuales, sin abandonar todavía la forma clásica, participan en cierto modo del vigor natural característico en la escuela que después recibió el nombre de *romántica*. Y ya que he tocado ese asunto, permítaseme apuntar algunas ideas que se me figuran concernientes al propósito de estos renglones.





IV.

En mi concepto la escuela clásica, de igual modo que la romántica y que todas las escuelas, se halla subordinada á condiciones de que ninguna debe prescindir, y que dividen los productos del saber y del ingenio, sean cuales fueren su índole y circunstancias, en dos grandes secciones bien definidas y por naturaleza inmutables. Para establecer esta división, que alcanza á todos los sistemas y no excluye ningún género de originalidad, basta un criterio recto, desapasionado, libre de exclusivismo despótico, apto para examinar las cosas á clara luz, fuerte para no ceder á exigencia de ninguna clase, bastante imparcial, en una palabra, para discernir lo *bueno* de lo *malo* bajo todos sus caracteres posibles, condenando sin piedad lo uno y enalteciendo lo otro. Esta división que no se puede rechazar, porque, bien mirado, no hay otra que sea más lógica y ra–

zonable, debe servir de guía á la crítica actual en el flujo y reflujo de gustos y de sistemas que se han disputado el cetro de la literatura de un siglo á esta parte. No es, pues, caprichoso ni arbitrario condenar la aplicación que en ciertas y determinadas épocas se ha hecho de los rigurosos preceptos clásicos, pues han sofocado la originalidad de ingenios nacidos para florecer de distinto modo. El clasicismo, en cuanto á forma de expresión, tiene reglas que se fundan en sanos principios y que deben ser siempre acatadas. Nadie le negará esa excelencia, que ha dado muchas veces larga vida á pensamientos triviales. Pero si la tradición clásica, comunmente respetable con relación á la forma, esto es, al lenguaje y al estilo, ha de tiranizar el ingenio hasta en la región de las ideas; si se concede al principio de imitación tal latitud que los escritores hayan de ser reflejo unos de otros y marchar juntos por el único sendero que les deje abierto tan opresora intolerancia, la monotonía que necesariamente ha de producir la contínua repetición de unas mismas cosas acabará por empalagar á todo el mundo.

La gran dificultad del arte consiste en hermanar el fondo con la forma de manera que la idea resulte vaciada en el molde que mejor la determine. Consiste, más principalmente

aún, en expresar la verdad sin alterar su naturaleza, adornándola y realzándola con los seductores encantos de la poesía. Dígalo, si no, Quintana; dígalo Gallego; dígalo el Duque de Rivas; díganlo, en fin, el Duque de Frías, Lista, Arriaza, cuantos poetas sintieron agitado el corazón y exaltada la mente al patriótico grito que infundió aliento á la vigorosa poesía que pudiéramos llamar *de la guerra de la Independencia*, admirable por la verdad, sublime en ocasiones por la clásica belleza de la expresión, eterna en la historia de nuestra patria por el móvil generoso que le dió vida, y por el calor, en cierto modo romántico, de sus libres y elevados pensamientos.

Menos atrevido que en tales composiciones, D. Ángel Saavedra (para quien la Edad Media era fuente inagotable de poesía, bien que todavía no acertase á descubrir toda la que encierran los elementos fundamentales de la cristiana y regeneradora civilización de aquellos tiempos) se limita en *El Paso honroso*, miniatura de epopeya caballeresca cuyo héroe es el famoso D. Suero Quiñones, á combinar unas cuantas descripciones de encuentros y reencuentros, llenas á veces de verdad, no tan variadas como fuera de apetecer, escritas en octavas donde la más gallarda elocución suele verse deslustrada por flojedades y prosaismos.

Pero aunque el asunto de la obra raya en insignificante de puro sencillo, sin que le falte el amanerado sueño, de rigor en tales casos, y aunque las visiones que la fantasía del poeta presenta á la de D. Suero no pasan de ser paráffasis más ó menos acertada de la bellísima *Fábula del Genil* del antequerano Pedro de Espinosa, no por eso desagrada la lectura del poema, ni hubiera sido justo condenar al fuego la casta pintura del tímido amor del héroe y de la esquivez, más aparente que real, de la hermosa por quien suspira. Escrito durante la permanencia de D. Ángel en Cádiz, donde á la sazón se hallaban congregadas las Cortes del Reino, ese poemita fué acogido allí con universal aplauso.

Atendidas la edad juvenil del poeta y las circunstancias especiales en que por entonces se hallaba España, natural era que el espectáculo de los diputados de la nación reunidos para organizar el país y atender á su defensa durante la ausencia de Fernando VII, prisionero en Francia, exaltase la imaginación de un hombre tan vehemente y patriota como Saavedra. De aquí su entusiasmo por la Constitución del año 12, lastimoso ejemplo de los graves males que ocasionan legisladores, más ideólogos que prácticos, enamorados de teorías inaplicables al buen regimiento de los pueblos.

Terminada la guerra de la Independencia, vuelto á su trono el Rey Fernando, recompensados los servicios de D. Ángel con el empleo de Coronel efectivo de caballería, nuestro poeta se consagró de nuevo en Sevilla á sus tareas literarias y á cultivar la pintura, en la que había tenido por maestro al pintor de cámara D. José López Enguídanos. El erudito Vargas Ponce, el discreto helenista Ranz Romanillos y el poeta D. Manuel María de Arjona fueron allí sus principales amigos y consejeros. Mas si por una parte procuraban dirigirle bien en sus estudios y refrenar y moderar los ímpetus de su fantasía (llegando Vargas Ponce á tildarle por su afición al toreo, en un romance muy chistoso que principia exclamando:

«Bárbaro, que así desluces
Los presentes de natura,
Y en demonio, siendo Ángel,
Tu torpe sandez te muda),»

en cambio contribuían poderosamente á llevarle por el rutinario carril de la imitación, y cortaban en cierto modo los vuelos á su nativa originalidad. Con tales ideas publicó en 1813 un tomo de *Poesías;* compuso á fines de 1814 el *Ataulfo*, tragedia prohibida por la censura, y escribió poco después otra nominada *Aliatar*, aplaudidísima en el teatro sevillano. Á estas

obras siguieron *Doña Blanca*, *El Duque de Aquitania* y *Malek-Adhel*, representada la primera con buen éxito, no representadas las dos últimas. En todas se muestra D. Ángel imitador de la dramaturgia especial de Alfieri, cuyo rigorismo clásico es todavía más recoleto que el de la escuela francesa, y en quien la sequedad de inspiración, que otros llaman lisonjeramente austeridad, nada tiene de atractiva y sí mucho de antipática [1].

Resultado de los ocios del gran ingenio en aquellos años de paz fué la segunda edición de sus *Poesías*, corregida y aumentada. Los dos tomos se imprimieron en Madrid: el primero en 1820, el segundo en 1821. En éste hay algo por donde se conoce el influjo que habían ejercido en el alma de nuestro poeta los principios políticos de los constitucionales más exaltados de 1812. Así es que al oirle exclamar en el *Himno patriótico* para la Milicia nacional de Córdoba:

«Ya son libres los pueblos hispanos,
Ya son libres. ¿Y quién alevoso
Hay acaso que pueda orgulloso
Oprimirlos de nuevo pensar?
Si hay alguno de intentos tan vanos,
Su arrogancia sin susto veremos;

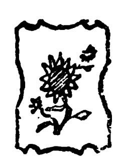
(1) Véase la carta inédita de Ranz Romanillos que va al final de este escrito. (*Apéndice I.*)

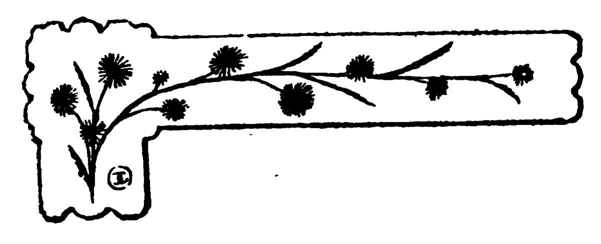
Y romper su altiveza sabremos,
Como escollo las furias del mar,»

no es difícil comprender que quien tal pensaba y decía estuviese pronto á secundar como diputado las exageraciones de sus íntimos amigos D. Antonio Alcalá Galiano y D. Javier Istúriz, ni que en la tempestuosísima sesión de Cortes del 11 de Junio de 1823 votase á par de ellos la suspensión del Rey y su traslación á Cádiz. Á consecuencia de ese voto, luego que Fernando VII recobró la plenitud de su poder tuvo D. Ángel que emigrar de España, consiguiendo á duras penas salvarse en una barca que le transportó á Gibraltar en compañía de Galiano.

Sobre un año antes de verse en tal apuro compuso en muy breves días la tragedia titulada *Lanuza*, que inmediatamente después se representó en Madrid y en los principales teatros de provincia. En esa obra se desata Don Ángel contra el despotismo, prescindiendo completamente, no sólo de la verdad y de la verosimilitud histórica, sino del espíritu y de las ideas predominantes en el siglo XVI, y levanta á las nubes la figura del Justicia de Aragón que murió en un cadalso por su debilidad y torpeza. Al hacerlo así trataba de personificar en Lanuza el liberalismo anti-monárqui-

co; y como estaba entonces muy en boga la poesía patriotera y abundaban espíritus demagógicos que aplicasen á Fernando VII los denuestos fulminados en la tragedia contra Felipe II, se concibe que los enemigos del Rey aprovechasen la ocasión de aplaudir estrepitosamente á quien halagaba sus gustos y sus pasiones. Lo cual no impide que haya en tan declamatorio poema escénico algunas situaciones no mal compaginadas, versos robustos, y ciertos rasgos de calorosa inspiración.





V.

SENTENCIADO á muerte D. Ángel, confiscados sus bienes á consecuencia de la votación de 11 de Junio, hubo de dirigirse á Inglaterra, centro de la emigración española. En la travesía compuso á bordo del paquete *Francis Freeling*, por Mayo de 1824, la extensa poesía lírica *El desterrado*, desahogo de su afligido espíritu al alejarse de España. Ya en Londres, con más tranquilidad y sosiego, encendido por el patriotismo que tuvo siempre en su corazón tan hondas raices, escribió *El sueño del proscripto* y los dos primeros cantos de *Florinda*, menos sumiso que anteriormente al rigorismo de la escuela clásica, y por lo tanto con más originalidad. Ni podía ser otra cosa. Para que la imaginación no se malogre en esfuerzos impotentes es necesario alimentarla de impresiones variadas, herirla y exaltarla en el espectáculo del mundo, no exigirle que saque

de sí propia todos los recursos que haya de poner en acción, ni que pinte afectos que no comprenda ó no haya experimentado. Una vida tranquila y uniforme rara vez produce las vigorosas concepciones que nacen de sentimientos combatidos en el mar tempestuoso de la sociedad ó sujetos á diversas aventuras.

En las primitivas composiciones de nuestro autor se encuentra cierta espontaneidad, cierta frescura de color común á todas sus poesías antiguas y modernas, clásicas y románticas. Pero, exceptuadas las patrióticas que antes he citado y alguna que otra animada del mismo generoso espíritu, casi ninguna se sostiene á la altura conveniente, y pecan, ya en amaneradas, ya en vulgares, ya en desaliñadas é incorrectas. En todas, sin embargo, se descubren destellos de la luz que andando el tiempo había de convertirse en fanal de una revolución literaria. En todas se ven rasgos del antagonismo latente entre el espíritu liberal, ingénito en el poeta, y la subordinación á los preceptos que fueron norma constante de sus escritos, y que iban insensiblemente perdiendo fuerza á medida que arraigaban en nuestro suelo, vigorizadas por la lucha, las ideas políticas destinadas á transmutar instituciones y costumbres.

Se ha dicho repetidas veces que la virtud se

acrisola en la desgracia, que los varios accidentes de la vida son la mejor y más eficaz enseñanza del hombre. Lo mismo sucede con el ingenio. El del Duque de Rivas, fortalecido en crisol tan duro, revélase con más independencia y caudal propio que en las rutinarias poesías de su juventud, en *El Desterrado* y *El Sueño del proscripto* (cánticos nacidos lejos de la patria al calor de sentimientos verdaderos), y más tal vez en el poema titulado *Florinda*. Parangónese su plan con el de *El Paso honroso*, que también tiene aspiraciones épicas; examínense los recursos de que el autor se vale para desenvolver y graduar el interés de la acción en ambos poemas; véanse los elementos humanos que los constituyen, y, sin tocar en la mayor novedad y grandeza de los símiles, ni en la intensión con que están bosquejados los caracteres, ni en la variedad de las descripciones, ni en los resortes sobrenaturales, ni en el número y oportunidad de las sentencias, ni en la mayor fluidez y lozanía de la versificación, se comprenderá desde luego la inmensa distancia que los separa. En una cosa, no obstante, se identifican las dos obras: en su severa unidad, fruto de la clareza de términos con que en ellas se distribuye y desenvuelve la acción. Esta cualidad, que tanto avalora los productos del ingenio y que en mayor ó menor grado

resplandece en todas las producciones del Duque de Rivas, es indudablemente consecuencia de su educación clásica y sólido fundamento de grandes aciertos y perfecciones en el segundo periodo de su existencia poética.

Si es cierto que la belleza suele muchas veces nacer de los contrastes, no hay duda en que el autor ha conseguido realizarla presentando algunos merecedores de elogio: tal es, entre otros, el que resulta cuando Florinda, abrasada en impuro amor, luchando con la acerba idea de haber deshonrado á su padre, busca alivio á sus tempestuosos dolores en la soledad de los campos. Á la tibia claridad de la luna llega providencialmente á presenciar el sencillo amor de dos almas puras, el encanto inefable de la felicidad pastoril que se agrada y satisface en el cultivo de los tiernos sentimientos, la serena paz de la conciencia, ni envidiosa ni envidiada de los poderosos, y envidiadísima en aquel momento por la infeliz criatura destinada fatalmente (según la dudosa tradición que ha prevalecido tantos años) á causar la pérdida de su patria. Esta manera de concebir el arte revela que el ingenio del autor se ha engrandecido y acrisolado en el destierro, que la enseñanza de las propias amarguras y el libre ejercicio de la inteligencia en pueblos más adelantados que el nuestro no

han sido perdidos para su alma. También merecen especial mención la pintura de cómo llega el Conde D. Julián á la barca de los pescadores, en la cual, á pesar de cuantas reflexiones le hacen y del tumulto de las borrascosas olas,

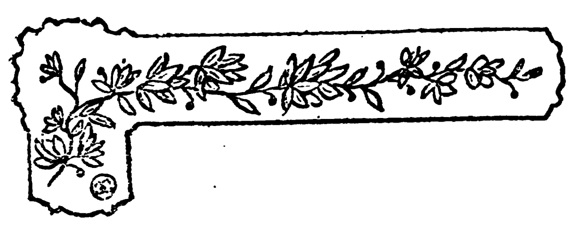
«Huye de España, sin saber á donde;»

la de Rodrigo en el castillo de Hércules habitado por Rubén, fantástica en grado sumo, y la aparición de Mahoma á Muza, descrita en estas vigorosas octavas:

«Armas despojos, rayos de la guerra,
Famas de altas naciones y fortuna
Huellan sus piés, que estriban en la tierra,
Mientras su frente escóndese en la luna.
Arde el Corán, que al universo aterra,
En medio de su pecho, cual laguna
De encendidos metales, y parece
Que á su presencia el orbe se estremece.
Muza pasmado la rodilla inclina,
Postrando contra el suelo su semblante,
Cuando la colosal diestra encamina
El gran espectro, y le ase del turbante;
Y, las nubes hendiendo, le avecina
Á Ábila peñascoso en corto instante,
Y párase con él en la alta cumbre,
Que temblando abortó tartárea lumbre.»

¡Cuán otro es este poeta del que invocaba

candorosamente al dios Pan ó seguía de cerca la manera de nuestros degenerados imitadores! En el poema en cuestión no se ven ya copias de copias estrictamente ajustadas á un mismo tono, sino estudio de la naturaleza y del corazón, tonos verdaderos, tan clásicos como se quiera, pero que tienen vida propia, que son clásicos por sí mismos, no por el prestado reflejo de obras extrañas. En suma, *Florinda*, cuyo plan es harto diminuto con relación á la magnitud del sugeto, supera en importancia á los anteriores poemas del autor, cada vez más próximo al camino donde la madurez de los años y más amplios estudios, unidos al amoroso recuerdo del suelo natal, han de ofrecerle vasto campo de inspiraciones originales y cosecha nada escasa de laureles inmarcesibles. Claro está que *Florinda* dista mucho de ser una verdadera epopeya, para lo cual el asunto se prestaba singularmente; pero hasta la elección misma de ese asunto deja presumir que dicha obra es el punto donde comienzan á confundirse ó entrelazarse los antiguos principios que fueron norma del poeta, con las nuevas doctrinas llamadas á regenerarlo.



VI.

A fines de diciembre del año 24 se volvió D. Ángel á Gibraltar, por ser nocivo á su salud el clima de Inglaterra. Pocos meses después realizó en aquella plaza el matrimonio que tenía concertado de antemano con la señora Doña María de la Encarnación de Cueto y Ortega, cuya ingénita bondad y nativa gracia andaluza realzan todavía dichosamente las prendas de su feliz imaginación y bien cultivado entendimiento. Efectuado tal enlace en 1825, Saavedra marchó con su esposa á Italia; pero la calidad de emigrado español hizo que le recibiese mal la policía y que no le permitieran permanecer en los Estados Pontificios, á pesar de ir provisto de un resguardo, con todas las seguridades apetecibles acerca de su persona, expedido por el Nuncio de S. S. en Madrid. Contrariado por tal suceso, no sin experimentar ambos es-

posos grandes vejaciones y molestias, logró al fin, bajo el amparo del cónsul inglés en Liorna, embarcarse en un bergantín que regresaba á Malta. En él habría zozobrado á impulsos de crudísimo temporal, si su presencia de ánimo no hubiese infundido aliento á los seis viejos malteses de que constaba la tripulación.

Decidido á no permanecer en Malta sino el tiempo necesario para proporcionarse ocasión de volver á Londres, tardó poco en abandonar esa idea. Enamorado del benigno clima de la isla, pagado de su baratura, agradecido á la franca hospitalidad que mereció al gobernador Marqués de Hastings, al general Wodford y á las personas más granadas de la sociedad maltesa, decidió al fin sentar sus reales en aquel peñón del Mediterráneo denominado por algunos *fior del mondo.*

La permanencia de Saavedra en Malta fué importantísima para su ingenio; tanto por lo mucho que contribuyó á despertar en él gérmenes hasta entonces sofocados ó adormecidos, cuanto porque le llamaron al centro de actividad en que se cifraba principalmente su gloria, ya los ilustrados consejos de Mr. Frere (que conocía bien nuestra lengua y nuestra literatura y poseía riquísima colección de libros españoles raros y escogidos), ya al estudio de

modelos como Shakespeare, Byron y Walter Scott. Del trato frecuente con las obras de estos inmortales maestros y con nuestros dramáticos y romanceros antiguos provienen poesías como *La maledicencia* y *El faro de Malta*. Por entonces imaginó y empezó á escribir también *El Moro expósito*, en una casa de campo á orillas del mar (1), y compuso algunos de sus bellos *Romances históricos*.

Antes de romper las apretadas ligaduras del clasicismo á que había estado sujeto, D. Ángel se despidió en Malta de sus primitivos amores literarios con una tragedia clásica, *Arias Gonzalo*, y una comedia del mismo género, *Tanto vales cuanto tienes*, imitada de la que se titula *Oros son triunfos*. La tragedia, estimable pero desigual, no llega al vigor y pintoresco estilo de las de Cienfuegos, ni al *Pelayo* de Quintana, ni á *la Viuda de Padilla* de Martínez de la Rosa. La comedia, escrita en diversidad de metros, participa menos del rígido espíritu moratiniano que de la índole propia de Bretón de los Herreros. Ni se olvidó Saavedra de la pintura durante una época tan memorable en los fastos de su vida. Lejos de eso la estudió y practicó ahincadamente bajo la dirección del profesor Hyrle, consiguiendo

(1) En Setiembre de 1829.

adelantar hasta el punto de poder hombrearse con verdaderos pintores.

Aleccionado por las grandiosas creaciones del romanticismo inglés que le enseñaron á estimar debidamente á nuestros admirables dramáticos de los siglos XVI y XVII, calumniados ó escarnecidos por aristarcos apegados al erróneo principio de la imitación servil; ansioso de acercarse á la madre patria lo más posible, D. Ángel abandonó con su mujer é hijos la isla de Malta en Marzo de 1830. El general Ponsonby, teniente gobernador, puso á su disposición generosamente un *yate* para que los transportase á Francia, donde la revolución poética iniciada en Alemania por Klopstock, Wieland y Lessing, llevada á su mayor apogeo por Goethe y Schiller, canonizada y reducida á fórmula preceptiva por Federico y Augusto Guillermo Schlegel, acababa de estallar con inaudito vigor en los cánticos de Víctor Hugo y Lamartine y en los dramas de Dumas, merced á las semillas oportunamente derramadas por Chateaubriand, Constant y madama Stael. Esta revolución, que proclamaba amplia libertad en materias de gusto literario, derrocando el principio de imitación y favoreciendo el desarrollo poético de la verdad, no podía menos de herir vivamente la imaginación de un hombre tan bien templado para com-

prender y seguir el impulso de las corrientes regeneradoras.

Los cinco años que Saavedra permaneció en Malta, durante los cuales experimentó transformación tan radical en sus creencias artísticas, fueron para él como un oasis de felicidad en medio de las tempestades y amarguras de la emigración. Allí nació su primogénito, que debía proporcionarle un día gozo indecible mereciendo y ocupando á su lado un sillón en la Real Academia Española. Allí tuvo además otros dos hijos. Allí recibió el impulso que le llevó á considerar el arte desde nuevos puntos de vista, y fué también donde encontró la verdadera originalidad, no fundada, como algunos ignorantes suponen, en decir lo que nadie ha dicho, sino en combinar los elementos que existen en la naturaleza, en la historia ó en el mundo de las ficciones consagradas por la fama, infundiéndoles nuevo sér, haciéndolos servir á distintos fines, revistiéndolos de un carácter cuyos elementos vitales sean hijos exclusivamente del poeta.

«De luchar fatigado
Con las rugientes ondas del Tirreno
Y con los huracanes bramadores,»

como él dice en *La sombra del trovador*, compo-

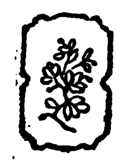
sición llena de fuego é inspirada por la dolorosa pérdida de la Duquesa de Frías, llegó

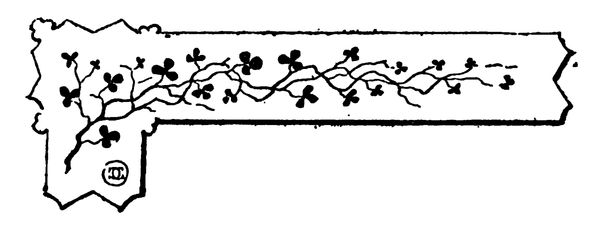
«..... á las verdes olas
Que reciben del Ródano tributo.»

Pero no cansada la suerte de serle madrastra, la caida del ministerio Martignac y la política intolerante del que le sucedió en el poder le forzaron á detenerse en Marsella, donde á poco recibió terminante orden de establecerse con su familia en Orleans. Falto allí de recursos utilizó sus conocimientos para ayudarse á vivir, abriendo escuela de pintura y vendiendo las obras de su pincel.

Á los cuatro meses acaeció la revolución de Julio y pudo marcharse á París. Allí encontró á Galiano y á Istúriz, no menos persuadidos que ya él lo estaba de la engañosa vanidad del principio revolucionario á que habían rendido tributo del año 20 al 23, é igualmente aleccionados por la experiencia. Esta maestra de la vida, cuya enseñanza suele ser tan amarga como costosa, le apartó de los emigrados españoles que ni en el destierro dejaban de luchar entre sí con sañudo encono. Extraño á las descabelladas conspiraciones que dieron por fruto el fusilamiento de Torrijos, sólo conspiró entonces D. Ángel en pro de su fama, ya pintando retratos, ya consagrándose en Tours,

donde buscó refugio contra los estragos del cólera morbo, á terminar *El moro expósito* y escribir el *D. Álvaro,* drama que por sí solo bastaría para asegurarle renombre imperecedero.





VII.

El hombre que nunca fué avaro de su propia sangre si era necesario verterla por defender la independencia de la patria ó las libertades públicas (y que se mostró constantemente *galán, valiente y discreto,* como el héroe de la comedia famosa de Mira de Amescua), amaestrado ahora por la adversidad, engrandecido su espíritu en los azares de la proscripción, halló el secreto de su propia fuerza en el libre desahogo de la fantasía y en su acendrado españolismo. Cualidad que tanto le caracteriza resalta mucho en la *Leyenda en doce romances* impresa en París por el editor Salvá en 1833 y publicada á principios de 1834. El autor la rotuló «*El moro expósito,* ó *Córdoba y Búrgos en el siglo décimo.*» Este poema, sin precedentes en nuestra literatura, único de su clase hasta hoy día en el parnaso castellano, fué, por decirlo así, la bandera de

nuestra revolución literaria, el primero que abrió campo á la regeneración de la poética nacional.

No sacaré de nuevo á plaza la debatida cuestión de *clásicos y románticos*. Acepto esas denominaciones, porque es imposible revocar la existencia de lo que realmente ha sucedido. Pero como no ignoro cuán perjudicial ú ocasionada á graves yerros es la exageración de principios artísticos ó literarios que presumen de absolutos, creo que por muy varios caminos se puede llegar al fin del arte, que es realizar belleza, y juzgo que todas las formas son buenas si expresan bien el pensamiento. Fuera de que, si cada ingenio tiene su índole particular en armonía con el fin á que la Providencia lo destina, el Duque de Rivas, llamado á reanimar nuestra poesía y nuestra escena, debía inflamarse y engrandecerse al calor de las teorías y creaciones románticas que luchaban á la sazón por el predominio en aquel gran centro de la civilización del mundo.

Término medio entre la epopeya y la novela, *El moro expósito* tiene poca semejanza con nuestros poemas clásicos á la manera de Ercilla ó de Valbuena, de Lope ó de Valdivielso; pero no va tampoco en busca de la originalidad por el camino del *Fausto* ni de los imitadores de Goethe. Ligado á la verdad divina por el es-

píritu providencial que lo corona; á la verdad humana por el sello de realidad impreso en la pintura de caracteres y pasiones; á la verdad histórica por el colorido, y á la poética por la riqueza descriptiva, tal vez podría incluirse en el número de los que hoy se nombran *epopeyas nacionales*. La unidad del plan, el fiel retrato de la vida íntima y de las costumbres públicas de dos razas y pueblos de diverso origen, el contraste que resulta de dos civilizaciones contrarias engendradas por distintas religiones y que se desarrollan simultáneamente en un suelo mismo, son, sin duda, elementos épicos; porque los hechos lejanos adquieren con el tiempo cierto barniz que los hace parecer semi-fabulosos, y los hombres vistos á distancia con los ojos de la fantasía toman proporciones casi sobrenaturales. Pero la falta de concentración de los fundamentos del poema, la excesiva independencia de algunos cuadros secundarios, y otros pormenores y circunstancias, desvirtúan su carácter épico, alejándolo, no ya de las grandes epopeyas de Oriente con las que no tiene conexión ninguna, sino también de la homérica ó virgiliana en su genuina pureza. Y como no es tampoco una mera novela poética al modo de *El Lord de las Islas* y de *La Dama del Lago* de Walter Scott ú otras semejantes, digan lo que

quieran ciertos críticos, tal vez no sea impropio calificarlo de *leyenda épica*.

El trágico fin de los siete Infantes de Lara y el castigo providencial de Ruy Velázquez sirven de fundamento á la acción, que se desarrolla naturalmente y despierta sumo interés, parándose á veces ó distrayéndose en episodios á cuál más galano y atractivo. Las escenas que el poeta describe con variedad y esplendor inimitables, nos transportan al remoto siglo que trata de resucitar. Leyéndolas se nos figura haber nacido con Mudarra en opulentos alcázares entre el fausto y magnificencia oriental de los califas de Córdoba, ó vivir en la aridez y pobreza de Castilla bajo el techo inhóspite de aquellos hombres de hierro tan duros é implacables en sus venganzas.

Al analizar este poema han dicho algunos en son de censura que el desenlace está poco meditado y *mal traído*, que deja ver en sus efectos la mano de ciega *fatalidad* (1). Pienso que se engañan. La rapidísima catástrofe con

(1) «Ce dénouement imprévu est trop prompt; il est peu motivé, *mal amené*. Si l'on s'y arrête un peu cependant, pour en chercher le sens, ne voit-on pas la *fatalité* s'y montrer avec un caractère particulier?» Ch. de Mazade: *Le Duc de Rivas*.—D. Nicomedes Pastor Díaz había dicho antes algo parecido á esto mismo en su excelente biografía de nuestro insigne poeta, quizás tomándolo de D. Enrique Gil, que fué el primero en apuntar esa idea por los años de 1841.

que concluye *El moro expósito* es complemento racional de su idea generadora, reducida á patentizar simbólicamente que la maldad y los excesos de la pasión nunca se libran del justiciero castigo de la Providencia. Este simbolismo se pone á cada paso de manifiesto en el proceso de la obra por medios sencillos y naturales, sacados casi siempre del libre ejercicio de las pasiones humanas. ¿Cómo no percibirlo en el errado flechazo del diestro esclavo de Giafar, ó en la infelicidad doméstica de Ruy Velázquez, ó en la pérdida de su hijo abrasado en el incendio de su palacio? Sin ser muy lince puede cualquiera descubrirlo en el frustrado envenenamiento de Mudarra, héroe del poema; en las imprecaciones de Elvida, que roban serenidad y esfuerzo al señor de Barbadillo, y principalmente en la peripecia final, que arrebata al hijo de Gonzalo Gustios la dicha de enlazarse con la mujer á quien adora. ¿Y qué tiene que ver con la fatalidad, cuyos efectos son ineludibles é independientes de la voluntad del hombre, el voluntario sacrificio de Kerima en el momento de arrodillarse ante el altar para desposarse con Mudarra? ¿Hay cosa más propia de un corazón tierno y delicado que el remordimiento que se despierta en el alma de la apasionada joven cuando, al tender mano de esposa al que va á ser

su marido, se figura ver la que él le presenta manchada en sangre del padre que la engendró, á quien Mudarra ha dado muerte? Alucinación tan natural en espíritu que no desoye el grito de la conciencia, y por la cual resuelve Kerima súbitamente sofocar su amor y perder la felicidad que ansía, es de gran belleza moral y causa honda impresión en el ánimo. Al dar muerte al padre de Kerima se dejó Mudarra llevar de sentimientos que han vivido y vivirán siempre en el corazón del hombre; armó el brazo para vengar á su familia. Pero la venganza, aunque sea justa, no puede menos de producir en el que se venga frutos amargos y dolorosos. Semejante desenlace, extraño á toda idea *fatalista*, me parece que no tiene nada de *mal traído*. *El moro expósito*, síntesis de lo que fué la Edad Media española en uno de sus más turbulentos periodos de lucha y de reconquista, lo retrata fielmente con sus vicios y virtudes, con sus preocupaciones y creencias, con su heroismo y su barbarie, con toda su poesía. ¿Qué espectáculo más eficaz para despertar de su letargo á los que por tantos años habían dormido el sueño de la amanerada imitación exótica?



VIII.

Antes que Alcalá Galiano escribiese en París el sesudo proemio que va al frente de *El moro expósito* para exponer la nueva poética del autor y mostrar los frutos que el romanticismo iba produciendo en Italia y Francia, en Alemania é Inglaterra; en tanto que Toreno, Burgos, Trueba y Cossío, Martínez de la Rosa, Canga-Argüelles y otros españoles ilustres endulzaban los sinsabores de la emigración preparando con estudios y trabajos útiles el renovamiento político y literario de España, un escritor sabio, modesto, lleno de entusiasmo por el arte procuraba en Madrid deslindar las diferencias esenciales de ambas escuelas, esforzándose por infundir en nuestro teatro el aliento de su antigua originalidad.

El *Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del Teatro Antiguo Español, y sobre el modo con que debe ser con-*

siderado para juzgar convenientemente de su mérito peculiar, publicado en 1828, es un documento preciosísimo, porque contiene en breves páginas lo más fundamental y sustancioso de las teorías regeneradoras. Habíase anticipado á traerlas á España (cuando hablar de ellas era para casi todos nuestros literatos como hablar en turco) el sabio alemán D. Juan Nicolás Böhl de Fáber, correcto escritor en nuestra lengua y profundo conocedor de nuestra literatura, el cual se adelantó en Cádiz á exponer doctrinas muy parecidas á las del *Discurso* de D. Agustín Durán, en unos cuadernos que dió á luz en 1818 y 1819. No hicieron éstos por el pronto el efecto que debía esperarse; mas tampoco fueron estériles, si se considera que la semilla que arrojaron germinó y principió á florecer en el *Discurso* de Durán (1). Con él se elevó éste como crítico á una altura en que no lograron rayar posteriormente ni el inolvidable maestro D. Alberto Lista, ni Larra, tan aplaudido y encomiado bajo el seudónimo de

(1) El *Diario Mercantil de Cádiz* correspondiente al domingo 30 de Noviembre de 1823 publicó una epístola en tercetos, correcta y esmeradamente versificada, en la cual se hace justísimo encomio del escritor germano-andaluz, tan inteligente apreciador de la antigua comedia española. El autor de la poesía, firmada L. G., se muestra en ella partidario de las doctrinas de Böhl. Así lo prueba cuando dice al hablar de Shakespeare:

Y á pesar de Boileau brilla en la escena.

Fígaro, ni ninguno de los que al triunfar entre nosotros la revolución poética se encargaron de dirigir la opinión ó de aleccionar á los fervorosos é inexpertos sectarios de la nueva ley. Sin los heróicos esfuerzos de tan decidido campeón del teatro español de los siglos de oro y del espíritu nacional y libérrimo que lo produjo, habría sido más difícil á la dramática de la regeneración ahogar la rutina y establecerse sobre los escombros del clasicismo francés. Por ello quizás escandalizó menos de lo que habría parecido lógico entonces, la aparición de un drama como *Don Álvaro.*

No bien Saavedra lo compuso durante su residencia en Tours, escribiéndolo todo en prosa, Galiano se apresuró á traducirlo al francés con intento de que se representase en algún teatro de París. Pero la amnistía que decretó Fernando VII en 1833, aunque exceptuaba al autor y al traductor del drama, por haber sido de los que votaron en Sevilla la suspensión del Rey, despertó en el corazón de D. Ángel la esperanza de volver á pisar pronto el suelo patrio. Desde entonces no soñó en otra cosa ni vivió para otra idea. La convicción de que había de suceder así fué tan íntima, que envió inmediatamente su familia á España, él tan cariñoso, tan apegado siempre al amor de los suyos y á las delicias del propio hogar. No le

engañó el corazón. Muerto el Rey Fernando á fines de Setiembre, su augusta viuda la Reina Cristina decretó nueva amnistía, sin excepción de ninguna especie, y tuvo Saavedra la dicha de pisar tierra española el dia 1.º de Enero de 1834, después de diez años y tres meses de suspirar por ella. Desde entonces cambia completamente de faz la vida de nuestro héroe. El fallecimiento de su hermano mayor, acaecido en 15 de Mayo de aquel mismo año, le puso, como antes he dicho, en posesión de los títulos de su casa. El proscripto necesitado de apelar en país extranjero á los recursos de su inteligencia para ganarse la vida, se vió elevado por su calidad de Grande de España á la más alta dignidad de nuestra nación, y llamado á tomar asiento por derecho propio en el Estamento de Próceres.

No seguiré todos los pasos del nuevo Duque de Rivas en el terreno político, donde entró no enteramente curado de las exageraciones liberales que tan costosas le habían sido. Diré, no obstante, que en el Estamento de Próceres dió como orador altas pruebas de elevado espíritu al discutirse varios asuntos de interés público, y muy señaladamente en los debates relativos al proyecto de ley que excluía para siempre al infante D. Carlos y á su familia de la sucesión al trono.

Como había nacido poeta y las aficiones literarias ejercían en su alma influjo preponderante, ni los halagos de la ambición y de la gloria política le apartaron del principal objeto de sus amores, cifrados por aquel tiempo en corregir y hacer representar el *Don Álvaro*. Al poner nuevamente mano en su obra predilecta no se concretó á corregirla, sino hizo en ella muchas variaciones y versificó la mayor parte de sus escenas en el breve plazo de quince días. El efecto que causó en el público esa obra fué verdaderamente extraordinario. Los adeptos del imperante clasicismo francés recibiéronla con verdadero estupor. La inmensa mayoría de los espectadores se sintió arrastrada y seducida por la grandeza y variedad de tan imponente cuadro. ¿Qué es, pues, esa peregrina creación dramática, la más importante del moderno teatro español como símbolo del espíritu y creencias, de los sentimientos y costumbres nacionales? Lo diré con la mayor brevedad posible.

D. Álvaro, rico, apuesto, generoso, bien que de misteriosa procedencia á los ojos de todo el mundo, se enamora ardientemente en Sevilla de la hermosa Leonor, hija del Marqués de Calatrava, y aspira á la dicha de ser su esposo.

El Marqués, de ilustrísimo linaje y mal satisfecho de tales amores, saca á su hija de Se-

villa para evitar los progresos de una pasión que no estima conveniente. D. Álvaro entonces rinde con oro á los criados de Leonor, y dispone robarla de su hacienda del Aljarafe para desposarse con ella en el pueblo más inmediato. Leonor vacila; pero en el momento en que, fascinada por su amante, decide arrostrarlo .todo y partir con el que idolatra, los sorprende el Marqués, oportunamente avisado de cuanto ocurre. La indignación del anciano llega á su colmo viendo al *advenedizo* en la estancia de su hija. D. Álvaro saca una pistola para tener á raya á los criados que le amenazan. Tiembla Leonor por su padre, tiembla por su amado; y en el momento en que éste, reconociendo que aquél *tiene derecho para todo*, se postra á sus plantas arrojando en tierra la pistola, dispárase el arma fatal y hiere mortalmente al anciano, que espira maldiciendo á la hija desventurada.

Recobrado de las heridas que recibió luchando con los criados del Marqués difunto, D. Álvaro sigue las banderas españolas á Italia, persuadido de que Leonor murió aquella terrible noche y anhelando sucumbir en los combates. Allí, bajo el supuesto y ya famoso nombre de D. Fadrique de Herreros, salva la vida al mayor de los hijos del Marqués, el cual había ido á buscarlo ocultando su propio nom-

bre y ardiendo en sed de venganza. Mas no bien el lazo de mutua simpatía los une en amistad estrecha sin conocerse, cuando el nuevo Marqués de Calatrava descubre que su amigo es el seductor de su hermana y matador de su padre, le insulta, le desafía, y muere á sus manos en el duelo.

Leonor en tanto, huyendo de sí misma, se refugia en la vida penitente y procura expiar su falta lejos del mundo y de los hombres, bajo las alas protectoras de la religión, en las intrincadas é inaccesibles breñas próximas al famoso convento de los Ángeles á media legua de Hornachuelos. Á él había sido transportado el indiano D. Álvaro, mal herido por unos salteadores, y de él era religioso cuatro años hacía (cumpliendo el voto que formó en Veletri al escapar del suplicio que le aguardaba por haber muerto á D. Carlos en desafío), cuando se presenta en su celda un embozado caballero. Era D. Alfonso de Vargas, hijo segundo del Marqués. Sediento de venganza como su hermano, recorre la América en busca del seductor; logra allí penetrar el misterio de su origen, y vuelto á España le persigue hasta en aquel sagrado asilo. D. Álvaro lucha con las sugestiones infernales y se sobrepone á ellas. Sin embargo, acosado, escarnecido por el último de los Vargas, pierde la fortaleza

del espíritu. Cediendo al cabo la razón á los ímpetus de la ira, empuña la espada que aquél le ofrece; sale con él del convento; salvan la cerca que defiende el ignorado retiro de Leonor, y á vista de la ermita en que yace muerta para todos, á la luz frecuente del relámpago, cruzan los aceros y cae D. Alfonso bañado en su propia sangre.

Á las voces imperiosas de D. Álvaro pidiendo auxilio espiritual para el moribundo, la mujer penitente hace señal demandando socorro y desciende de los riscos á presenciar el más horroroso cuadro. Reconócela D. Álvaro. Llámala D. Alfonso, á quien ella corre desalada. Pero como éste sospechase, al verla en aquellos sitios, que vivía hipócritamente al lado del matador de su padre, hace un último esfuerzo y le atraviesa el corazón. La comunidad llega á este punto cantando piadosas oraciones; y cuando D. Álvaro, en el vértigo de la desesperación, sube á una roca y se precipita en el abismo, la voz de los religiosos se levanta, como perfume celestial que lo purifica todo, clamando: *¡Misericordia, Señor! ¡Misericordia!*

Para Pastor Díaz, Ferrer del Río, Mazade, Pacheco y otros, *Don Álvaro* reproduce el fatalismo de los griegos; se dirige sólo á mostrar al hombre en lucha impotente con la pre-

destinación. Deslumbrados por la idea que envuelve el segundo título de la obra, donde parece que el autor ha querido manifestar el invencible poder de la *fuerza del sino*, pienso que no han penetrado bien en el verdadero sentido del drama. Aunque aquellos que por sus íntimas conexiones con el Duque de Rivas debían conocerlo más hablen mucho de la inconsciencia que le suponen respecto al objeto y alcance de sus creaciones artísticas, no me puedo persuadir de que D. Ángel se propusiese únicamente pintar en tan admirable poema la tiranía ineludible del hado sofocando la libertad de las acciones humanas: que á eso equivale la opinión vulgar sobre la *fuerza del sino*, resto de la influencia arábiga ó de las supersticiones y resabios paganos de la Edad Media. Por el contrario, en la conclusión del *Don Álvaro* encuentro yo una faz distinta, pero no menos ejemplar y cristiana, de la justicia providencial visible en *El moro expósito*. El Duque de Rivas no abandona su héroe á los horrores de una predestinación criminal inevitable como la de Edipo, sino le condena á experimentar las consecuencias del *fatalismo del error voluntario*, digámoslo así, que por una sucesión ó encadenamiento infalible nos precipita de abismo en abismo cuando la razón no nos detiene al borde de ninguno de ellos.

Si D. Álvaro no intentara, con buen ó mal fin, robar una hija á su padre, ¿tendría ocasión de hacer uso de la pistola que hiere mortalmente al Marqués de Calatrava? Si Leonor abrigase la fortaleza que pudo tener para llegar al término de su disculpable amor sin atropellar la obediencia filial ni los respetos debidos al propio decoro, ¿habría causado la muerte de su padre y la pérdida de todos los suyos? No es la *fatalidad*, no es el *sino* quien impulsa á D. Álvaro, empujándole por un sendero del que no pueda salir, á ser azote de la familia de Vargas. Entre el sentimiento del deber y el desvarío de la pasión hay gran diferencia, y D. Álvaro es dueño de escoger el mejor camino. Si elige mal, ¿cómo ha de lograr el bien? Si en los trances de la vida deja sobreponerse á la voz de la razón el arrebato de las pasiones, ¿cómo no ha de llegar al término más desdichado? Claro está que para vencer en semejante lucha teniendo un carácter vehemente y estando subyugado por pasión violenta, se necesitan fuerzas heróicas; pero en tales casos todos estamos obligados á ser héroes, todos debemos tener en el alma fuerza suficiente para desoir las sugestiones de mal regidos afectos.

Lo mismo que D. Álvaro enseñan D. Carlos y D. Alfonso. Desde que reciben noticias del

trágico fin de su padre, sólo viven para la venganza. ¿Cómo, persiguiéndola sin cesar, no habían de encontrar la muerte? Basta fijarse en el móvil de los acontecimientos que á primera vista parecen fruto del sino adverso del protagonista, para conocer que las malandanzas de los personajes se deben, no á fatal predestinación, sino al mal uso que hacen de las pasiones en el libre ejercicio de sus facultades morales. Reguláranlas conforme á rectos principios, y pronto quedaría rota la cadena de esa aparente fatalidad; pronto caería deshecho el fantasma de la *fuerza del sino*.

Cuando D. Álvaro, fugitivo de Italia por haber dado muerte en desafío al primogénito del Marqués de Calatrava, entregado á vida penitente en el convento de Hornachuelos, cede á las provocaciones de D. Alfonso y le atraviesa el corazón, pasando en aquel trance por la amargura de que Leonor sucumba allí también asesinada por su moribundo hermano, la desesperación que de él se apodera le hace correr á precipitarse en un abismo. Este cúmulo de desgracias podría creerse fruto de implacable fatalidad, si al mismo tiempo que D. Álvaro pone voluntario fin á sus desventuras, la fé no dirigiese plegarias al cielo, por boca de los religiosos, demandando para el suicida los auxilios de la gracia y dando á en-

tender que antes de llegar al fondo del precipicio puede aprovechar para su arrepentimiento y salvación, como dice Zamora en *El convidado de piedra*,

«La eternidad de un instante.»

Lejos de aparecer informado por el fatalismo griego, *Don Álvaro* es como viva demostración del fin que tienen los errores de la humanidad; de las angustias á que nuestras faltas nos condenan; de que para salvarnos de la perdición á que nos arrastran las propias culpas, queda siempre á la Divinidad el gran poder de la misericordia. Decir que el héroe de este drama es un *Edipo cristiano*, frase que ha gustado mucho á biógrafos y críticos y que repiten todos haciéndola suya, es una puerilidad contradictoria y vacía de sentido.

Ni es menos erróneo suponer que creación tan admirable resulte monstruosa por la extremada variedad de elementos que la constituyen. Si por *unidad* se entiende aglomerar en breves horas los accidentes de una vida entera y los mil distintos afectos que despiertan en el alma, dando por resultado una cosa realmente imposible; si la unidad consiste en limitar á un solo punto el lugar donde haya de desarrollarse la acción, y en la analogía de clase de los interlocutores, y en la inflexible uniformidad

de la entonación y del estilo, y en el escogimiento y encopetada nobleza de las palabras, y en la combinación matemática de las peripecias, *Don Álvaro* carece de unidad. Pero si en el arte es necesario no considerar lo que está vivo como simple conjunto de miembros inanimados; si la unidad estriba en la relación que debe existir entre las partes y el todo, en la trabazón y enlace de los elementos humanos traducidos en caracteres naturales ó en pasiones verdaderas y coadyuvando á la eficaz determinación de su pensamiento, en la libertad de disponer del tiempo y del espacio para caracterizar más vivamente los fundamentos de una acción, en el encadenamiento lógico de los sucesos, y, como consecuencia inmediata, en la gradual concentración del interés, *Don Álvaro*, de tan profunda unidad de pensamiento, atesora todas las demás unidades racionales prescritas por el buen gusto.

La diversidad de medios que usa el autor para desarrollar su idea personificada en Don Álvaro (lazo apretado que anima, como causa ó como efecto, hasta los más nimios pormenores, produciendo así vigorosísima unidad) es tal vez la mayor belleza del drama. ¡Qué mezcla tan admirable de bueno y malo, de arrebato y de juicio, de lastimoso y de terrible no ofrece el singular carácter de D. Álvaro! ¡Có-

mo lo ha hecho interesante el poeta para que despierte sentimientos compasivos disponiéndonos á mirar con lástima el error que nace, no ya de perversidad ingénita, sino de accidental acaloramiento y extravío de las pasiones! Fuera de que en esa diversidad de caracteres y de cuadros de costumbres llenos de ànimación y de verdad, es donde más patentiza el autor su conocimiento del arte y del corazón humano. ¡Y qué riqueza de color, qué variedad de tintas al poner en relieve el naturalísimo contraste que estamos viendo á cada paso en el mundo de lo grande con lo pequeño, de lo trivial con lo sublime, de la risa con el llanto!

Desde el Marqués de Calatrava, de alta gerarquía social, hasta el majo, el arriero y la gitana; desde el Canónigo que se informa del éxito de las corridas de toros, ó el Guardián franciscano, encarnación del espíritu evangélico, hasta el fraile lego, curioso, respondón y desvergonzado; desde la vida de los campamentos hasta el interior de las posadas; desde los descubrimientos de América hasta las conquistas de Europa, todo es en *Don Álvaro* profundamente español: el pensamiento, las pasiones, los caracteres, las costumbres, el estilo, todo es hijo de nuestra patria. Sólo el vivo recuerdo del país natal en un corazón apasio-

nado que suspiraba lejos de él, hubiera bosquejado con tanta exactitud aquella tertulia vespertina en el aguaducho del tío Paco, que sirve de ingeniosísimo prólogo. Ni encontraremos desde Cervantes hasta nuestros días cuadro mejor pintado que el de la posada de Hornachuelos; ni situación más conmovedora y poética que la llegada de Leonor al convento de los Ángeles; ni escenas de más bizarría que las de la vida militar en Italia; ni de mayor pureza y ternura que la de Leonor y el Guardián al pié de la Cruz; ni más característica y real que la de fray Melitón y los pobres; ni tan llenas de pasión profunda, de grandeza dramática desgarradora como las de D. Álvaro y D. Alfonso (1). ¿Quién no sabe de memoria en España el monólogo en décimas:

«¡Qué carga tan insufrible
Es el ambiente vital
Para el mezquino mortal
Que nace en signo terrible!,»

no inferior en poesía y superior en verdad de sentimiento al famoso de *La vida es sueño* de Calderón? ¿Quién ignora el de D. Carlos de Vargas:

«¡Ha de morir, qué rigor,
Tan bizarro militar!,»

(1) Véase el *Apéndice II*.

durante el cual el nuevo Marqués de Calatrava descubre que su herido amigo es el indiano D. Álvaro? ¿Quién puede olvidar aquellos suavísimos versos, que destilan lágrimas, puestos en boca de Leonor cuando en altas horas de la noche, con hábito de mancebo, rendida de cansancio llega á la solitaria Cruz que se alza frente á la iglesia de los Ángeles?

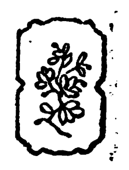
«¡Qué hermosa y clara luna!
La misma que hace un año
Vió la mudanza atroz de mi fortuna
Y abrirse los infiernos en mi daño.»

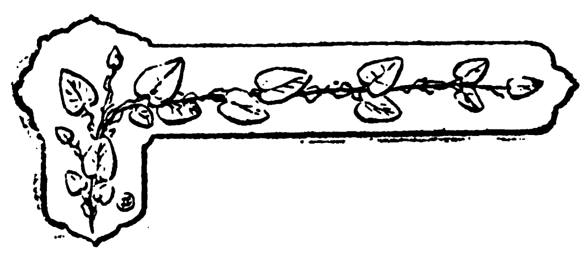
En el orden cronológico no es el Duque de Rivas el primero de los modernos innovadores del Teatro español. *La Conjuración de Venecia* y *Abén-Humeya ó la rebelión de los moriscos* precedieron á *Don Álvaro*; y aunque no rayó tan alto como esos dos dramas, el *Macías* de Larra, donde también se advierten conatos de romper las ligaduras del clasicismo francés, se hizo aplaudir antes que la vigorosa creación de D. Ángel Saavedra se estrenase en el Teatro del Príncipe á 22 de Marzo de 1835. Á pesar del gran éxito que *La Conjuración de Venecia* obtuvo en Madrid y en las capitales de provincia más ilustradas, y no obstante la boga que por algún tiempo logró el *Macías*, sobre todo allí donde lo representaba Valero (á quien nin-

gún actor de este siglo ha superado en varia y fogosa inspiración), es indudable que hasta que se estrenó el *Don Álvaro* no comenzó á triunfar aquí el romanticismo de un modo eficaz.

Tanto al escribir en francés el *Abén-Humeya*, cuadro poético y verdadero, como al trasladarlo al castellano y trazar y desarrollar en su propio idioma *La Conjuración de Venecia*, Martínez de la Rosa, emigrado entonces en Francia, no se atrevió á más que á lo que se arrojaban en aquel foco de cultura hombres como Casimiro Delavigne, con cuyos dramas históricos tienen cierta analogía en índole y genio los del vate granadino. Para adelantarse en la corriente que á orillas del Sena empezaban á seguir, rompiendo abiertamente con la dramática tradicional, los autores de *Enrique III* y de *Hernani* ó el calenturiento creador de *Chatterton*, faltábale audacia á Martínez de la Rosa. Pero aunque no llegó á someterse de una vez al dogma de la escuela romántica, porque su natural templado y comedido no consentía cierta clase de arrebatos, fué más allá que Larra con el *Macías*, á pesar de la falta de miramientos que en el satírico famoso era como privativa de su carácter. *Don Álvaro*, que sin escrúpulos de ninguna especie entró de lleno en la nueva senda, es, pues, el verda-

dero golpe de gracia con que el espíritu innovador romántico puso fin al imperio del agostado y moribundo clasicismo á la francesa, que había prevalecido y dominado en la escena española por largos años sin conseguir nunca echar entre nosotros hondas raices.





IX.

MIENTRAS el mérito del *Don Álvaro* colocaba al Duque de Rivas en las cumbres de la poesía poniéndole al nivel de los mayores dramáticos de la antigüedad y de los tiempos modernos, sus dotes oratorias acrisoladas en el Estamento de Próceres, su moderación (tachada de apostasía por la demagogia incorregible) y otras prendas y calidades le elevaron á la suprema dirección de los negocios públicos. Sorprendido con el nombramiento de Ministro de la Gobernación del Reino en el Gabinete que formó y presidió Istúriz por Mayo de 1836, mostró en él vivísimo anhelo de acabar la guerra civil y de enfrenar el arrojo amenazador de los revolucionarios. El plan general de estudios que formuló entonces y que el espíritu retrógrado de nuestros llamados progresistas condenó inmediatamente al olvido, será siempre

honroso timbre de su administración. Pero aquel Ministerio cayó en breve empujado por el asqueroso motín de la Granja, y el Duque se vió precisado á refugiarse en casa del Ministro de Inglaterra y á emigrar á Portugal tan pronto como pudo hacerlo.

Esta nueva emigración, por causa tan distinta de la que ocasionó la primera, duró poco más de un año. Promulgada la Constitución de 1837, el Duque la juró en manos del cónsul de España en Gibraltar, de donde salió para Cádiz á principios de Agosto. Elegido senador por la provincia de Córdoba y por otras varias aquel mismo año, volvió á tomar parte en las luchas y agitaciones políticas; pero el pronunciamiento de setiembre de 1840 que arrojó de España á la Reina gobernadora, con escándalo de la disciplina militar atropellada por los más interesados en sostenerla y arraigarla, le apartó de la arena candente de los partidos y le indujo á retirarse con su familia á Sevilla. Allí permaneció hasta mediado el año 43, que se trasladó á Madrid por asuntos particulares.

En ese periodo, que él llamaba de *desgracia* y que fué uno de los más tranquilos de su vida, convirtió de nuevo su actividad al cultivo de las letras. Respirando las auras del Guadalquivir que arrullaron su cuna; amado, respetado, festejado constantemente por las personas

más ilustradas é importantes de aquella culta población; convertida su casa en una especie de templo de la poesía y de las artes, compuso allí entre flores, á la grata sombra de los limoneros y naranjos de sus embalsamados jardines, las comedias *Solaces de un prisionero*, *La morisca de Alajuar*, *El crisol de la lealtad*, *El desengaño en un sueño* y *El parador de Bailén*, prueba evidente del esplendor y abundancia de su numen. En *Solaces de un prisionero* no hay la exuberancia vital ni el vigor y energía que rebosan en *Don Álvaro*; pero se hallan bien trazados caracteres, nobles pasiones, sabor á los grandes modelos del siglo XVII, y cierta lozanía de expresión que hace olvidar la falta de interes dramático y la excesiva languidez de varias escenas. *La morisca de Alajuar* y *El crisol de la lealtad* son dos comedias antiguas por el corte y por el estilo. La primera no vale tanto como supone Pastor Díaz, para quien es la «producción más acabada y más bella del Duque de Rivas, la más interesante, la de más movimiento y de más preparado desenlace;» pero merece sin duda mayor aplauso que el que le otorgaron á su estreno el público y los críticos de esta corte. *El parador de Bailén* es una farsa poco digna de la pluma de tan gran poeta, bien que no carezca de gracejo.

Después de *Don Álvaro* y de *El moro expósi-*

to, El desengaño en un sueño me parece la más original y encumbrada obra poética de nuestro autor. Acaso en ninguna otra de las suyas atesora tan gran número de pensamientos sublimes, versos tan robustos y sonoros, tanta ni tan superior elocuencia. *El desengaño en un sueño* es exactamente lo que su título indica. Lisardo vive en un pequeño islote con el sabio Marcolán, su padre, suspirando por volar al mundo y dar empleo á la actividad juvenil de su corazón. Pero Marcolán, en comercio con espíritus sobrenaturales, conoce el alma de Lisardo, sabe que el ímpetu de sus pasiones puede perderlo, y quiere á toda costa impedir que se lance en el torbellino social. Para lograrlo forma un conjuro que postra y adormece al joven; le hace pasar mientras sueña por todos los placeres, grandezas ó amarguras de la realidad, y le despierta cuando, caido en una cárcel desde un trono, horrorizado de los crímenes á que le arrastra su ambición, penetrado de la vanidad de humanas grandezas, se encuentra dispuesto á comprender que la serena paz del alma es el mayor gozo de la vida. En este rápido viaje por la ardiente imaginación de Lisardo ha derramado el autor los más ricos tesoros de su fantasía. No parece sino que el drama ha surgido de la mente del poeta como Minerva de la cabeza de Júpiter: tan ló-

gico y fácil se precipita el asunto desde la poética exposición hasta el imponente desenlace; tan llena de interés dramático está la fábula desde la primera escena hasta la última.

La historia de Lisardo, personificación varonil del pensamiento del drama, es la historia de la humanidad: siempre codiciando, para menospreciar lo codiciado, no bien lo consigue, y codiciar en seguida cosa mayor. Nuevo Sísifo condenado á levantar incesantemente el peñasco del deseo, para verlo rodar, apenas logrado, al abismo del hastío. La gradación de estas aspiraciones que empiezan por el amor y que á impulsos de ambición indomable llegan á todo, menos á la felicidad, por el camino del crimen, está diestramente concebida y con singular belleza realizada. Para hacerla más visible aún, encerrando en muy breve espacio el cuadro completo de la vida, penetra el autor en las regiones de la conciencia y personifica los móviles de las acciones humanas. Esta intervención del mundo interior materializado, principal elemento de la acción en *El desengaño en un sueño*, no es nueva en nuestro teatro; pero jamás se la había hecho servir á tan altos fines ni sistematizado con tanta elevación y grandeza. El Duque de Rivas procura hermanar en tan bello poema el sombrío individualismo de Shakespeare con el lujo poético de

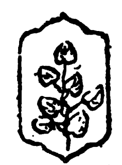
Calderón; los tenebrosos pensamientos de *Macbeth* con los impensados arrebatos de *Segismundo*; y aunque no sigue servilmente la forma de *Fausto* y de *Manfredo*, á que Jorge Sand da el nombre de *metafísica*, busca y halla recursos para realizar por el camino de *El condenado por desconfiado*, *El mágico prodigioso*, *El ermitaño galán* ó *El Anticristo* (dentro siempre de las condiciones propias del tiempo en que vive) el drama filosófico del Mediodía, profundo en esencia como el del Norte, brillante y lozano en su aspecto como el sol ardiente que nos ilumina.

Cierto que la idea generadora de *El desengaño en un sueño* no es completamente original del Duque de Rivas. Desde que el turbulento Príncipe D. Juan Manuel, nieto de San Fernando y sobrino del sabio autor de *Las Partidas*, tomándolo quizá de libros ó tradiciones orientales, escribió en el capítulo XIII de su *Conde Lucanor* (impreso en Sevilla por Argote de Molina el año de 1575) la historia de don Illán el Nigromántico, esa idea ha ido echando raíces en nuestra literatura, reapareciendo en ella de vez en cuando, bajo una ú otra forma, según el objeto y el gusto de los diversos ingenios que han tenido á bien utilizarla. Aun sin salir del antiguo teatro español pudiéramos encontrarle puntos de semejanza, no sólo

con *La prueba de las promesas*, cuyo pensamiento dice Ruiz de Alarcón estar tomado de la obra de D. Juan Manuel, sino con las dos comedias de Cañizares que tienen por héroe á *D. Juan de Espina*, casi un siglo posteriores á la de Alarcón, y con el pensamiento capital de *La vida es sueño;* pues harto es sabido que los medios adoptados para hacer patente el fondo de esta maravillosa creación ideal traen á la memoria el cuento del mendigo á quien embriagan y tratan como á rey durante un día, devolviéndolo después á su primitiva esfera y haciéndole creer que ha soñado cuanto en realidad le ha sucedido.

El no ser enteramente original la idea de *El desengaño en un sueño*, circunstancia que la envidia ha tenido muy buen cuidado de recordar, en nada disminuye á mis ojos el mérito de la obra. Ni la originalidad ni la verdad son patrimonio exclusivo de ningún ingenio, por grande que sea. Todas las verdades, todos los caracteres, todas las pasiones, hasta la idea de todas las formas expresivas existen más ó menos vagamente en el mundo espiritual y son del dominio de todos los hombres. El que tiene bastante fuerza en sí mismo para descubrirlas y formularlas apropiándose lo que le conviene, usa de un derecho, tanto más legítimo, cuanta mayor sea la parte de vida

propia que comunique á los elementos ajenos de que se apodere. De no ser así, la historia del ingenio humano se convertiría en un proceso criminal donde ningún hombre ilustre podría justamente librarse del ignominioso título de ladrón. Lo que importa en esta materia no es saber si se ha tomado algo de otro, sino si se ha tenido la habilidad de asimilárselo. No si tal situación, tal carácter ó tal idea semejan á otra idea, otra situación ú otro carácter, sino conocer si han recibido nuevo aliento en la distinta combinación que les han dado. Un mismo raudal contribuye á producir en unos sitios verdura y flores, y en otros desaparece infructífero entre arenales. El *quid* no está en el agua, está en el terreno; y todos los plagios del mundo juntos serán ineficaces para lograr que pensamientos extraños arraiguen y florezcan en una cabeza estéril. Por el contrario, hasta reproduciendo á veces cosas ajenas se puede llegar á la originalidad, si se les presta el fuego invisible que las reviste de aquel inapreciable matiz signo seguro de belleza.





X.

Declarada mayor de edad Isabel II poco después de haber caido Espartero á impulso de los mismos deplorables medios que le encumbraron, reconocida al fin como Reina de España por el Monarca de las dos Sicilias, el Duque de Rivas, á la sazón Vicepresidente del Senado, recibió el nombramiento de Ministro plenipotenciario en Nápoles. Poco favorable impresión le causó la antigua Parténope, de la cual su fantasía, la lectura de los clásicos antiguos y las descripciones encomiásticas de escritores españoles como Quevedo y Cervantes le habían hecho concebir halagüeña idea. Descubren esa mala impresión de su ánimo las amenas epístolas en varios metros compuestas al correr de la pluma y dirigidas á su cuñado el diplomático D. Leopoldo Augusto de Cueto, ahora Marqués de Valmar, residente en Lis-

boa por aquel entonces. En una de las primeras le decía:

«Estoy desesperado, pues fallidas
Todas las esperanzas me han salido
Sobre esta tierra allende concebidas.
Y en llegando á Madrid, su merecido
He de dar á la turba charlatana
De tanto embaucador y fementido,
Que, como acordarás, por la mañana
Nos tuvieron con tanta boca abierta,
Y de venir aquí dándonos gana.
«No hay región en el orbe descubierta
»Cual Nápoles,» decían... (¡Embusteros!
No volverán á atravesar mi puerta.)
«¡Qué clima! ¡Qué placeres! Los eneros
»Son cual los mayos son de Andalucía;
»Las mujeres palomas y corderos.
. . . .
»Allí producen flores los abrojos,
»Y en banquetes, teatros y funciones
»No hay nunca pesadumbres, nunca enojos.»
Todas eran mentiras é invenciones;
Que es Nápoles país abominable,
Y el peor que hay del Sur á los Trïones.
El clima, caro hermano, es detestable;
Ni un solo día he visto el cielo puro,
Ni un momento de sol claro y estable.
Sopla contínuamente el viento duro;
Llueve dos ó tres veces cada día;
Si no te abrigas, toses de seguro.

Hoy, primero de Abril, de nieve fría
Están cubiertos los vecinos montes,
Y el mar montes de espuma al cielo envía.
Ni un árbol solo en estos horizontes
Descubrirás con hojas verdeantes,
Aunque á las altas cumbres te remontes.
. . . .
¡Cómo estarán de nardos y jazmines,
Á estas horas, poblados los paseos
Que adornan de Sevilla los confines!...»

Este cariñoso recuerdo de su predilecta ciudad andaluza explica el mal efecto que le causó al pronto la que se mira en el poético golfo azul arrullada por las sirenas.

Como toda imaginación acalorada y vehemente, la del Duque se había forjado respecto de Nápoles ilusiones á que no llega nunca la realidad, por grande que sea su hermosura. Y como al pisar aquel suelo privilegiado carecía en él de amistosas relaciones, indispensables á las almas comunicativas; como le recibieron con aspereza los rigores de la estación, y había soñado encontrar allí perpetua y florida primavera, el desencanto superó á lo que en cierto modo habría sido razonable. Poco tardó, no obstante, en mudar de bisiesto, trocándose á sus ojos aquella tierra en una especie de abreviado paraiso. La ilustre alcurnia del Duque y sus nobles prendas personales obtuvieron

desde luego lisonjera acogida en la alta sociedad de la corte. La gran reputación literaria de que iba precedido le hizo contraer fina amistad con los sabios y artistas célebres del país, tales como el escultor Angelini, los pintores Marani y Smargiazzi, los eruditos Volpicella, Blanch y Carlos Troya, y los egregios poetas Campagna y Duque de Ventignano. Apreciando entonces como era justo los singulares atractivos de aquella espléndida naturaleza y la amabilidad y cultura de sus habitantes, se convenció de que los había juzgado mal y convirtió en entusiasmo el disgusto, merced á la movilidad de impresiones propia de su fogoso y vivaz carácter. Acusándole su cuñado de inconsecuente por tan radical mudanza, discúlpala el Duque en estos desenfadados tercetos:

«Vino después la primavera; el cielo,
Antes de plomo bóveda pesada,
De nácar y zafir tornóse un velo.
Brotó feraz la pompa engalanada
De vegas, de montañas, de jardines;
Quedó la mar risueña y sosegada.
Admiré en su esplendor estos confines;
Del Vesubio trepé las altas cumbres;
Bosques ví de naranjos y jazmines.
De un purísimo sol gocé las lumbres;
Aprendí este lenguaje, y poco á poco
Me aficioné á esta gente y sus costumbres.

Ni amistad santa me faltó tampoco
De hermosísimas damas. Sin peluca,
Ni tos, ni panza, ni tabaco y moco,
Puede un anciano verde alzar la nuca,
Y logré que dijeran muchas bellas:
¡Quanto è simpaticone questo Duca!!
Pinté con dicha los retratos de ellas;
Les hice y publiqué sonoros versos,
Y víme encaramado en las estrellas.
He encontrado también hombres diversos
De ciencia, erudición, buen gusto y fama,
En esta grata sociedad dispersos.
Un célebre escritor hay que se llama
Blanch, y en ciencias políticas merece
De la inmortalidad la noble rama.
Y un tal Campagna, calabrés, parece
El hijo predilecto del Parnaso,
Según su claro ingenio resplandece.
Estos y otros, en número no escaso,
Hombres de letras, mi amistad procuran,
Y horas con ellos deliciosas paso.
. . . .
Con tan buenos influjos, consiguiente
Era mudar de la opinión primera,
Sin tacha merecer de inconsecuente.
Antes me honra en verdad sobremanera
El escribir según mis sensaciones,
Y no aferrado á una opinión cualquiera.»

Era, en efecto, el Duque de Rivas hombre espontáneamente sincero, aborrecedor de hipocresías, y tan alegre y jovial como digno y

generoso. Enemigo por temperamento de toda cautelosa disimulación, habríale sido imposible sostenerse ni un solo instante por tenacidad del amor propio, y menos aún por ninguna clase de interés bastardo, en aquella opinión ó aseveración suya que más adelante le llegase á parecer por algún concepto equivocada ó errónea. Alma franca y abierta embellecida por inagotable prontitud, lozanía y agudeza en el discurrir, no podía dejar de hacerse amable á todos y de atraerse universales simpatías. Tantas le rodearon durante los años de su permanencia en Nápoles, que aquella época de su vida puede considerarse como de las más dichosas.

Antes de abandonar el suelo patrio para ir á gozar las delicias de Capua como representante español en las Dos Sicilias, el Duque había publicado en Madrid por los años de 1841 otra de sus mejores y más geniales obras poéticas, los *Romances históricos*, escritos unos en país extranjero, compuestos otros en España de vuelta de la emigración.

Aunque las creaciones escénicas del Duque patentizan que la cualidad más característica de su ingenio estriba en el elemento dramático, tal vez ninguna de sus obras ponga semejante cualidad en relieve como esos castizos poemas. Tan preciosa colección de joyas (no exentas de

lunares, pero bañadas en perfume de muy acendrado españolismo) es elocuente condenación de los enemigos del *romance*, y justa medida de la flexibilidad con que esa forma de composición, exclusivamente española, se presta á todos los tonos, desde el más llano y apacible hasta el de más sublimidad ó mayores bríos. No en vano es en España el metro popular por excelencia.

Preceden á los *Romances históricos* atinadas observaciones acerca de género poético tan á propósito para escribir y narrar hazañas memorables. Y como el autor no se propuso hacer de ninguno de ellos una epopeya, aunque en muchos enlace el elemento épico al vigor y colorido dramático (mostrándose muy conocedor de lo que debía ser la poética de su siglo), no hay razón para presumir, como ha dicho alguien, que hacía poesía épica *sin sospecharlo*, ni para echar de menos en tal poesía la unidad trascendental que constituye «la última perfección del arte.» En esos breves cuadros poéticos suele el Duque no atenerse á la exactitud de los hechos que refiere ó canta, y antepone á la estricta verdad histórica las creencias populares consagradas por la tradición, que el vulgo tiene por más verdadera que la propia historia. Pero ¡con qué viril ingenuidad, con cuánta grandeza no retrata á los hé-

roes de nuestra nación y á la nación misma!

Uno de los críticos más sensatos é ilustrados de la época romántica, el joven poeta D. Enrique Gil, arrebatado á la existencia en edad florida y en suelo extranjero, se refería de esta suerte á esa colección de poemitas el año mismo en que salieron á luz: «Argumentos hábilmente conducidos, caracteres marcados, figuras animadas, vivas y ricas descripciones, afectos verdaderos y vehementes, rasgos atrevidos y grandes, entonación poética, locución castiza y exquisitos conocimientos históricos adornan y enriquecen estos romances.» Aquel malogrado escritor encuentra además en esas composiciones tantas cosas que lisonjean nuestro orgullo, que halagan nuestra memoria y despiertan nuestra nacionalidad, que su impresión no puede menos de ser altamente noble y patriótica. Y observa, como consecuencia de lo antedicho, que «la inspiración sola, aun desnuda de los primores y atavíos del arte, debe encontrar un eco fuerte y sonoro en el corazón de los españoles: pero el arte mismo que la engalana, ni la rebaja ni la afemina; antes la alienta y vivifica.»

Comprueban la exactitud de este juicio todos y cada uno de los *Romances históricos*.

Los tres primeros de la colección, llenos de interés dramático, ponen en relieve al Rey

D. Pedro de Castilla, tan célebre por sus justicias y crueldades, y con tan vigoroso y siniestro colorido pintado por el poeta. En el que se refiere á *D. Álvaro de Luna* bosqueja el autor muy al vivo la turbulenta corte de D. Juan II y el trágico fin del Maestre de Santiago amigo y favorito del Monarca. *El Conde de Villamediana* es fiel trasunto de la España decadente de Felipe IV con sus costumbres galantes y caballerescas. Hállanse retratados moralmente de cuerpo entero en *Una noche en Madrid* Doña Ana de Mendoza, Princesa de Éboli, el secretario Juan de Escobedo, el audaz é intrigante Antonio Pérez, y el Rey Felipe II

«Macilento, enjuto, grave,
De edad cascada y marchita.»

Un embajador español, *La muerte de un caballero*, *La victoria de Pavía* y *Un castellano leal* son cuadros que respiran nobleza española y lealtad castellana. En el titulado *Recuerdos de un grande hombre*, que empieza por la llegada de Cristóbal Colón al convento de la Rábida y concluye por el descubrimiento del Nuevo Mundo, el calor del grandioso espíritu del héroe se comunica á la narración de sus penalidades y esperanzas. ¡Qué verdad local no encierra la sencilla pintura de aquel almuerzo que se efectúa

«En el estrecho recinto
De una franciscana celda,
Cómoda, aunque humilde y pobre,
Y de extremada limpieza,»

preludio del acontecimiento más portentoso de la historia universal! ¡Con qué interés no asistimos á las sabias explicaciones del *redentor de un mundo*, tenido hasta entonces por visionario! ¡Cómo se inflama nuestro pecho al soplo de la inspiración divina del cosmógrafo! ¡Qué bien le da á conocer el poeta cuando dice:

«De aquel ente extraordinario
Crece la sabia elocuencia,
Notando que es comprendido,
Y de entusiasmo se llena.
»Se agranda; brillan sus ojos
Cual rutilantes estrellas;
Brotan sus labios un río
De científicas ideas;
»No es ya un mortal, es un ángel,
Nuncio de Dios en la tierra;
Un refulgente destello
De la sabia omnipotencia.»

¡Con qué profundo conocimiento, con qué rápidas pinceladas no anima á los más notables personajes de aquella gloriosa corte y de aquella época sin igual en los anales del mundo! ¿Quién no se siente embargado de respeto al

hallarse en presencia de la Católica Isabel, incomparable soberana en la cual resplandecían

«El más claro entendimiento,
La virtud más pura y noble»?

Y ¿quién no descubre en *La buena-ventura* del valiente mancebo de Medellín al rayo asolador del imperio de Motezuma, al héroe sin rival, *asombro y pasmo del orbe*, que tan hondamente grabó en su alma y practicó los dignos consejos de su padre?

«Hernando, Hernando, hijo mío,
Á tierras lejanas vas
Donde nunca olvidarás
De mi noble sangre el brío.
»Cual cristiano y caballero
Teme á Dios, guarda su ley,
Sirve con lealtad al rey,
Sé devoto y sé guerrero.»

¿Quién no ve compendiadas en las calidades del romance que se titula *Bailén* las más características de la epopeya y del drama: un gran pueblo por héroe; una arraigada creencia por inspiración; un sentimiento patriótico por bandera; y la soberbia de la ambición incontrastable, y el castigo del engaño, y la ruina del invencible, y el triunfo de la constancia? Al aparecer Napoleón en el poema le encontramos

«De oro, de hierro, de barro
Inmensurable coloso,
La frente en las altas nubes,
El pié en los abismos hondos;
»De infierno, de cielo y tierra
Un incomprensible aborto,
Un prodigioso compuesto
De ángel, de hombre y de demonio (1).»

Al concluir el romance vemos las valerosas huestes del nuevo Alejandro, triunfantes de la Europa y del África, abatidas por primera vez ante el patriótico arrojo de bisoñas turbas, y que desde el trono del Eterno vuelan dos ángeles,

«Uno á dar la nueva al pólo,
Su nieve en fuego tornando;
Otro á cavar un sepulcro
En Santa Elena, peñasco
Que allá en la abrasada zona
Descuella en el Océano.»

Si queremos presenciar la lucha de un alma ardiente con la pasión y el deber, derramar

(1) Lamartine había aplicado este pensamiento á la calificación de Byron:

Toi, dont le monde encore ignore le vrai nom,
Esprit mystérieux, mortel, ange ou démon.

El Duque de Rivas, desarrollando la idea con mayor vivacidad, la ha completado y engrandecido, dándole al par aplicación más oportuna.

lágrimas que consuelen y purifiquen (porque á través de la emoción que experimentemos nos descubran el triunfo del alma sobre el alma, la mayor y más costosa victoria del sér humano, la salvación y eterna dicha del espíritu), busquemos al gran Marqués de Lombay; aprendamos en *El solemne desengaño* que experimenta al contemplar los míseros despojos de la que tuvo ignorado altar en el fondo de su corazón, en qué vienen á parar la hermosura, el poder, la grandeza, cuantas vanidades nos deslumbran ó cautivan en este mundo. Entonces conoceremos lo que va de la pasión que triunfa del libre albedrío, de la cual es testimonio elocuente D. Álvaro, á la que sucumbe aherrojada por la fuerza imperiosa de la voluntad. Entonces llegaremos á decir con el héroe de tan ejemplar y conmovedor romance:

«No más abrasar el alma
Con sol que apagarse puede;
No más servir á señores
Que en gusanos se convierten.»

El *Cuento de un veterano*, drama terrible ocasionado por una de aquellas venganzas que en Italia eran tan comunes en otros días, manifiesta los estragos de esa infernal pasión en un pecho de mujer, y el abismo á que el libertinaje arrastra al hombre. *La vuelta deseada* y

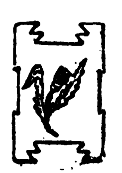
El sombrero, donde se pintan sucesos de la vida contemporánea, son dos historias melancólicas de amor profundo y mal logrado que rebosan ternura. El segundo, sobre todo, es de un encanto indefinible. Nunca he podido leer la desgracia de aquella humilde Rosalía,

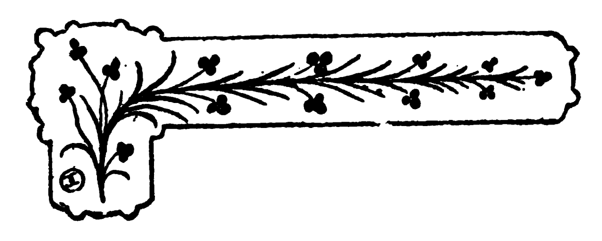
«Falta de aliento, de vida,
El alma rota y deshecha,»

sin envidiar la facultad poética de quien sabe crear poemas que van tan derechos á conmover el corazón.

Con sumo gusto procuraría debatir aquí ampliamente la cuestión del romance, haciéndome cargo de las mil consideraciones artísticas de importancia que con ella se relacionan, si el Duque de Rivas no la hubiese tratado con acierto en el *Prólogo* de su libro, y no temiese yo pecar de prolijo distrayendo al lector del objeto principal del presente escrito. La índole de ese género de composición y el haberlo aquél sistematizado de un modo tan nuevo y feliz, disculparían tales reflexiones. Pero, bien mirado, me figuro que la cuestión está ya resuelta en favor del metro genuinamente nacional, gracias á las condiciones que lo avaloran y á la eficacia con que las hace resaltar el Duque en sus *Romances históricos*. Después de los citados ejemplos, ¿necesitaré añadir que en

el estilo de esos poemas se advierte la acertada conjunción de la ingenuidad sencilla y candorosa de nuestros primitivos romances con la bizarra estructura de los de Salinas, Góngora y Lope de Vega, y con la forma altiva ó escolástica del calderoniano? ¿Necesitaré indicar que, por rendir tributo á las circunstancias propias del género, por ser claro y popular, el poeta desciende algunas veces hasta el límite de lo vulgar y prosáico? ¿Serán bastante demostración del arrebato de su vuelo, de su riqueza expresiva las muestras que insensiblemente he dado en el discurso de estas sumarias indicaciones?





XI.



FECTUADO el matrimonio de la Reina Isabel en Octubre de 1846 creyóse el Duque obligado á venir á felicitarla. Para ello tomó la vuelta de Madrid, dirigiéndose antes á saludar en Roma al nuevo Pontífice Pío IX que le distinguió sobremanera. Tan luego como arribó á España ofreciéronle la Presidencia del Consejo de Ministros y la cartera de Estado; pero él rehusó ambas cosas y regresó inmediatamente á Nápoles, donde á principios de 1848 fué elevado á la categoría de Embajador extraordinario.

Desatada la revolución por aquel tiempo en casi todas las naciones europeas; sublevada Sicilia; proscripto el inmortal Pío IX, en pago á su generoso espíritu de benevolencia y de concordia, el Duque influyó en pro de la Monarquía napolitana, que al fin humilló entonces á los rebeldes, y aconsejó que se enviase la ex-

pedición militar española que contribuyó á restablecer en el trono pontificio al Jefe supremo de la Cristiandad refugiado en los muros de Gaeta. Á poco de triunfo tan glorioso averiguó nuestro Embajador que el Rey de Nápoles y la Duquesa de Berry tenían concertada en secreto la unión del Conde de Montemolín con la Princesa Carolina; y protestando contra un casamiento nada en armonía con los intereses políticos de España y de su Reina legítima, abandonó aquella corte el 10 de Julio de 1850.

En Madrid, donde al cabo se estableció con su amada y numerosa familia, publicó al año siguiente (primero en la *Biblioteca universal* de Fernández de los Ríos, con otras poesías sueltas recogidas bajo la común denominación de *El Crepúsculo de la tarde*, y después aquel mismo año en un lindo volumen de 138 páginas adornado con láminas dibujadas por Urrabieta) la leyenda fantástica en verso titulada *La Azucena milagrosa*, que en 1847 había imaginado y compuesto en Nápoles (1). Menos castizo y puro que el de los *Romances históricos* me parece el género á que pertenece esa producción.

(1) Apenas publicada esta obra, un poeta ramplón y callejero se la apropió desnaturalizándola y despojándola de sus primores. Hízola imprimir, acompañándola de los mismos grabados con que salió á luz la primera edición, con el título de *La guirnalda misteriosa*, para mejor encubrir el hurto. Denunciado á los tribunales, recibió el merecido castigo.

Sin llegar á la grandiosidad casi épica de *El Moro expósito*, ni poseer la flexibilidad, concisión y valentía que tanto contribuyen á popularizar el romance, la *leyenda* suele ser una como conseja tradicional escrita por lo común en diversidad de metros, y dedicada generalmente á despertar dulces memorias ú ofrecer entretenimiento deleitable. Puesta en boga por *El Estudiante de Salamanca*, de Espronceda, y por las varias de Zorrilla, que á vueltas de su mucha incorrección, de sus extravagancias y delirios posee dotes de verdadero poeta, la *leyenda*, con el carácter que ahora tiene y según hoy entendemos esa denominación, ha sido cultivada entre nosotros por diversos ingenios desde que prevalecieron aquí las doctrinas del romanticismo.

Al dar ligera idea de *La Azucena milagrosa*, cuya originalidad estimaba el Duque tan patente que no creía que nadie pudiera disputársela ni ponerla en duda, diré algo también de las otras dos leyendas que dejó escritas, *Maldonado* y *El Aniversario*, las cuales compuso más adelante y se estamparon por primera vez en el tercer tomo de la colección de sus obras impresas en Madrid por los años de 1853 y 1854.

El Duque de Rivas ha sido una de las personas en quienes se ha manifestado claramente la que ciertos médicos filósofos denominan

insenescencia del alma. Á los cincuenta y seis años de edad escribió *La Azucena milagrosa*, planta nacida en los vergeles partenopéos y que todavía despliega sus hojas con juvenil verdor y lozanía primaveral. Cuando rayaba en los sesenta dió ser á *Maldonado*, leyenda en que se ven resplandecer aún las dotes características del *Don Álvaro* y de *El desengaño en un sueño*. Cumplidos ya los sesenta imaginó *El Aniversario*, última de sus producciones de alguna extensión, si no me engaña la memoria. En estas tres obras de la vejez del poeta se puede observar que no envejece su espíritu. Pero al mismo tiempo dejan ver, examinadas atentamente, un si es no es de gradual cansancio en las facultades poéticas del autor. Así es que el elemento sobrenatural, parte esencialísima en la primera y en la última de dichas leyendas, y que en *El Aniversario* se prestaba, por la índole del asunto, á desarrollo más grandioso y de efecto más imponente, lo produce menos activo y eficaz que en *La Azucena milagrosa*.

Dedicó el autor esta hija querida de su ingenio al celebérrimo D. José Zorrilla, á quien profesaba grande amistad, y que ha sido en nuestro país, según he indicado antes, uno de los primitivos y más afortunados propagadores de ese género poético. De la singular esti-

mación en que tenía el Duque las dotes y las obras del creador de *Margarita la tornera* y de *El capitán Montoya*, poemas que adquirieron desde la cuna mucha popularidad, nos da razón él mismo en estos versos, prueba evidente de su generoso entusiasmo y de que no anidaba en su corazón el gusano de la envidia. Zorrilla había dedicado al Duque un poemita titulado *La azucena silvestre*. Refiriéndose á tal circunstancia le dice el vate cordobés en la *introducción* de su leyenda:

»No es contender ni competir contigo
En quien de Calderón arde la llama;
Que solamente admiración abrigo
Por tu renombre y brilladora fama.
Pues raros hay que desde tiempo antigo
Merezcan como tú la verde rama
Que corona tu sien, claro Zorrilla,
Lumbrera del Parnaso de Castilla.
»¿Ni cómo competir numen helado,
Que al occidente rápido declina,
Con el que joven, en zenit sentado,
Bebe del sol la inspiración divina?....»

Estas palabras del esclarecido autor de *La Azucena milagrosa* no eran modestos encarecimientos debidos á la cortesía, sino fruto de una opinión profundamente arraigada en el alma del poeta.

Á pesar de la diferencia de edad que mediaba entre nosotros y de la admiración y el respeto que me inspiraban las dotes y circunstancias del Duque; llevado del cariño que le tenía y de la cordial amistad con que tuvo á bien honrarme, le contradije varias veces en ese punto con mi natural vehemencia. La suya, que sólo se apagó en el sepulcro, le hacía ponerse furioso conmigo cuando yo insistía calorosamente en que su leyenda estaba mejor escrita y encerraba mayor caudal de pensamientos poéticos felizmente expresados que las de Zorrilla; y más, si cabe, cuando sostenía que el amigo á quien él ponía constantemente en las nubes no le superaba ni le igualaba. Tan bello rasgo de sincera modestia y de profunda estimación al mérito ajeno, en hombre de prendas como las del Duque, parecerá actualmente cosa fabulosa. Hoy el último zarramplín que disparata á más y mejor en renglones desiguales bostezando sandeces con el usurpado nombre de poesías, suele tenerse por más inspirado que Homero y considerar como casi ofensivo que haya quien estime y aplauda versos de cualquier ingenio que no sea el suyo. En esto de la vanidad egoista, la nueva cría de regeneradores del arte ha progresado, sobre poco más ó menos, tanto como en ignorancia y en mal gusto.

Bueno es á todas luces el que despliega el Duque de Rivas en *La Azucena milagrosa*, y ahora, lo mismo que en la época ya lejana de mis altercados con su ilustre autor, me parece más cendrado y puro que el de Zorrilla. Aunque algunos cuadros que éste traza (sobre todo en las leyendas fundadas en tradiciones religiosas y populares, como *A buen juez mejor testigo*) están poéticamente imaginados, no carecen de vigor y ostentan en la traza sobriedad artística de buena ley, la uniformidad del colorido, que los hace un tanto monótonos, y el desaliño habitual de la frase y de la versificación distan mucho de la amena variedad, de la riqueza y gallardía que resplandecen en *La Azucena milagrosa*. Por natural inclinación y espontáneo impulso ambos poetas vuelven sus ojos al espíritu castizo y esencialmente español que anima á nuestros antiguos dramáticos y romanceros. Pero mientras el Duque de Rivas, formado en el estudio de las humanidades como sus antecesores de los siglos de oro, procura y consigue mantenerlo incólume conservándolo en su integridad con la misma esplendidez y abundancia de que ellos hicieron magnífico alarde, Zorrilla lo vicia y desnaturaliza, por haberse amamantado y nutrido desde muy luego en la exótica inspiración de Víctor Hugo y de su escuela, sin te-

ner de la hermosa lengua castellana el sólido conocimiento que del francés mostraba entonces, en verso y en prosa, el elocuente aunque exagerado autor de *Notre-Dame de París*. Hay, pues, en la manera de concebir y desarrollar la acción de *La Azucena milagrosa*, en el modo de caracterizar los personajes que la determinan y en el de expresar sus afectos, mayor encanto, más verdad, estilo y lenguaje más castizos, arte de un orden superior y de más subidos quilates que el de las leyendas de Zorrilla.

El argumento de la del Duque es el siguiente:

Nuño Garcerán, caballero leonés, vive feliz en el soberbio castillo desde el cual domina sus ricos estados, en compañía de su amante esposa Blanca y de su hermano de leche Rodrigo, á quien trata y quiere, no como á simple servidor, sino con afecto fraternal. Llamado por los Reyes Católicos á tomar parte en la guerra de Granada, resuelve acudir al llamamiento. La juventud de ambos esposos y el recíproco amor que se tienen hacen más costoso y amargo el sacrificio de la separación. Nuño parte con su hueste, dejando á Rodrigo el cuidado de velar por la que reina en su alma con absoluto poderío.

Como la ausencia es aire

Que apaga el fuego chico
Y enciende el grande,

lejos de amenguarse el amor de Nuño por vivir ausente de la que adora, ni los azares de la lucha, ni el brillo de sus proezas, ni el favor de los Reyes Católicos, ni las zambras y festines con que se celebra en Granada el total y definitivo eclipse de la media luna logran distraerle ni alegrarle. Sin noticias de la que ama, sin respuesta á los repetidos mensajes enviados para saber de ella, vive sumergido en amargura. En tal situación recibe inesperadamente una carta de Rodrigo incitándole á volver á su hogar sin retardos ni dilaciones. El tono enigmático de la misiva da pábulo á nuevas zozobras, acrecentando su anhelo de volar al lado de Blanca.

«Atraviesa á Castilla: montes, ríos,
Valles profundos, nada
Disminuye sus bríos
Ni detiene la rápida jornada.
Y al rojo esclarecer de hermoso día,
Principio del verano,
Cuando la aurora abría
La puerta de oro al astro soberano
Vió Nuño aparecer un azul monte
Aún de nieve vestido
Allá en el horizonte.
Y dióle el corazón hondo latido.

La sierra es de León, donde su estado
Tiene, y su dicha asiento;
Y hacia ella arrebatado
Lanza el corcel más rápido que el viento.»

En la turbación de su espíritu, en las mil confusas ideas que revuelve en su agitada mente,

«No ve á su encuentro por la misma senda
Un hombre y un caballo
Venir á toda rienda,
Ni oye el recio pisar del duro callo,
Ni sale del delirio hondo, morboso,
Hasta que el brazo amigo
Le estrecha cariñoso
De su buen servidor, del fiel Rodrigo.»

Las vacilantes contestaciones que da éste á sus angustiosas preguntas y el ansia de romper inmediatamente el misterio que agolpa á su imaginación mil negras ideas, le hacen prorrumpir en este apasionado apóstrofe:

«Apresura mi tormento,
Ten de tu amigo piedad.
¿Vive Blanca?... Si ella vive,
¿Qué me importa lo demás?»

Blanca vive; pero, según Rodrigo, le es infiel. Resístese Nuño á creerlo, desatándose en desesperadas imprecaciones. Y cuando vuelve en sí del parasismo que la causa tan terrible

anuncio, el compañero de su infancia le conduce cautelosamente á un sitio donde por sus mismos ojos pueda convencerse de la infidelidad de su mujer. Oculto en el boscaje, la ve efectivamente acompañada de un apuesto joven á quien ella da con viva efusión ardiente beso en la mejilla, como en pago de la canción amorosa que acaba de oirle. La tempestad estalla en el alma del ofendido esposo. Arrójase sobre ambos, los apuñala con implacable furia, y huye horrorizado de aquel lugar donde Blanca y el gentil mancebo quedan en tierra bañados en su propia sangre.

Confundido entre los marinos que acompañaron á Cristóbal Colón en sus portentosos descubrimientos; batallando luego en las huestes de Hernán Cortés que sometieron á la dominación española el vasto imperio de Motezuma; esquivando constantemente el trato de los hombres; en pugna incesante consigo mismo, Nuño Garcerán busca ansioso la muerte por todo el mundo. Viejo ya, torna de América (siempre ocultando su calidad y su nombre), más de treinta años después de aquella horrible catástrofe. Cuantos vienen con él de Méjico en la nao que le conduce á Sevilla, apenas desembarcan en la reina del Guadalquivir se apresuran á conocer y disfrutar las delicias de tan gran emporio. Nuño en tanto

«. . . . . no demuestra
Para desembarcar priesa ninguna,
. . . .
Y ya entrada la noche por la escala
Desciende, y toma asiento en la falúa,
Y manda que á la orilla más distante,
No al bullicioso muelle, le conduzcan.»

Entregado al rigor de recuerdos que no se extinguen; vagando errante y solitario, á la tibia claridad de la luna, por las desiertas praderas de Tablada; perdido en aquella extensa llanura que parecía,

«Sin árbol, casa, ni sombra,
Una inmensa verde alfombra
Tendida de mar á mar,»

Nuño se siente sobrecogido al tocar con el pié un objeto que sale rodando, y con el cual tropieza á cada nuevo paso que adelanta. Á pesar de su varonil espíritu, no amortecido por la edad ni por los dolores, siente que se hiela su sangre al ver ante sí una descarnada calavera.

«Obsérvala horrorizado,
Y en las órbitas desiertas
Y de carne no cubiertas
Ve dos chispas relucir:
Dos ojos ¡desventurado!
Que lo miran y confunden,
Y tal desmayo le infunden
Que no puede el triste huir.»

El asombro que le embarga sube de punto cuando de aquella calavera sale una voz conocida que le llama por su nombre. Es la voz de Rodrigo, á quien tuvo siempre por leal, y que le habla para descubrirle la abominable traición de que treinta y tres años antes le había hecho víctima.

Enamorado de Blanca, Rodrigo intenta seducirla no bien Nuño parte á la guerra. La casta esposa rechaza indignada tan criminales intentos. Enardecido é irritado por los desdenes, el falso amigo jura vengarse sin piedad. Para conseguirlo tan completa y ferozmente como anhela su rencor sañudo, aprovecha la circunstancia de haber ido á vivir en el castillo un hermano de Blanca, gallardo mozo á quien ella amaba con ternura y al que Nuño no conocía sino de nombre. Rodrigo intercepta las cartas de Blanca noticiando á su esposo la llegada de su hermano, de igual suerte que cuantas le dirigía. Pero ardiendo cada vez más en sed de venganza, temeroso de que Nuño llegue á descubrir por la ofendida esposa tamaña deslealtad, fragua el proyecto de llamarle, según se ha visto, despertando en él sospechas, y le hace creer que el hermano de Blanca era su amante. No hay que repetir cuáles fueron las consecuencias de ese inícuo engaño. El corazón aleve de Rodrigo sabía muy

bien los extremos de que es capaz la pasión celosa en pechos como el de Nuño.

La muerte de Blanca; la inmediata desaparición de su marido que se aleja de aquellos lugares y los abandona horrorizado, como si únicamente en ellos le persiguiese la sombra de la mujer querida; el espantoso huracán que á raíz del crimen se desata cual castigo del cielo, trastornando llanos, derribando montes, arrasando edificios y campiñas en los opulentos estados del caballero leonés, todo contribuye por de pronto á la impunidad de Rodrigo. Pero esa impunidad no le libra de sí mismo ni le impide vagar años y años

«Perseguido de fantasmas,
De despecho, de ansiedad,
Anhelando del sepulcro
El hondo sueño y la paz.»

Acosado por la inquietud que no le permite hallar tranquilidad ni sosiego en parte ninguna, se dirige á Sevilla donde á lo menos podrá vivir desconocido. Sin embargo, allí tropieza una mañana en el muelle con un hombre que clava en él sus ojos, le reconoce, le nombra, le arrastra consigo á la llanura de Tablada, le obliga á batirse, y tras brevísimo combate le atraviesa el corazón. Era D. García, el cariñoso hermano de Blanca, que logró pro-

videncialmente escapar con vida la terrible noche en que su celoso cuñado le dejó por muerto.

Tal es lo que refiere á Garcerán la voz que sale de la calavera.

Semejante revelación, hecha por permisión divina y por tan imponentes medios sobrenaturales en el lugar donde sucumbió el malvado, acaba de robar á Nuño el escaso aliento que le había dejado el terror, y cae desplomado en tierra. Al amanecer del día siguiente un venerable religioso, que atravesaba el campo de Tablada de vuelta de una alquería, encuéntralo aún sin sentido, lo recoge con gran trabajo, ardiendo en caridad cristiana, y lo transporta á la celda de su convento. En ella, reanimado un tanto por la eficaz solicitud del buen cenobita,

«. . . . . compulsado
Acaso del tremendo
Espectáculo horrendo
Que Dios en el letargo le ha mostrado,
Y en lágrimas amargas prorrumpiendo,
  Confesión con ferviente
Voz demanda anheloso;
Y viendo el religioso
Que ya el menor retardo no consiente,
En confesión le escucha silencioso.»

Al oir el nombre del penitente experimenta

el piadoso cenobita súbita emoción y quédase petrificado. ¿Cómo no, si aquel monje es el mismo D. García hermano de Blanca, retraido al claustro y consagrado á la vida monástica desde que dió muerte en buena lid al infiel Rodrigo? Repuesto de su natural sorpresa; compadecido de los crueles tormentos que habían ennegrecido y amargado la existencia del infeliz Nuño; iluminado por luz divina, el venerable religioso exclama:

«La gloria más espléndida,
Oh Garcerán, te aguarda,
Si es que no te acobarda
La penitencia que te impone Dios.
Corre, corre solícito
De León á la sierra,
Á tu patria, á tu tierra,
De bienaventuranza eterna en pos.

. . . .

Con penitencias ásperas,
Con oración constante,
Con fé perseverante
Implora la clemencia celestial.»

En seguida le anuncia gozoso que un singular favor del cielo será señal segura de que la obtiene, y continúa diciéndole con profética inspiración:

«De una joya riquísima
El hallazgo impensado,

Joya que de tu estado
Restaurará la fama y esplendor.
En cuanto brille fúlgida,
El cielo serenarse
Y el suelo engalanarse
De hermosos dones súbito verás.
Y luego una flor cándida
Á tus plantas nacida
Te anunciará otra vida,
Y con ella á la gloria volverás.»

Dicho esto, D. García se da á conocer á su cuñado mostrándole las cicatrices de sus heridas y abrazándolo con fraternal cordialidad. Nuño, vertiendo acerbas lágrimas, demanda perdón al generoso hermano de la que fué su ídolo, de aquella víctima inocente sacrificada por viles sugestiones en el delirio de la pasión, y parte á cumplir la penitencia que ha de borrar su delito consiguiéndole, por virtud de la expiación y del arrepentimiento, paz y ventura perdurables.

La tercera y última parte de esta interesante leyenda, que á mi juicio es la que contiene mayor caudal de poesía, rasgos más delicados y bien sentidos, se reduce á describir la vida penitente de Garcerán desde que torna á las montañas de León donde se meció su cuna y que fueron teatro de su ceguedad y de su crimen; á pintar las profundas luchas de aquel

afligido espíritu; á poner de bulto el cumplimiento de las profecías contenidas en los versos anteriores: esto es, el feliz encuentro de una sagrada imagen de Nuestra Señora, por cuya intercesión volverán á florecer aquellos arrasados montes (presagiando así que va á ser Nuño perdonado), y el prodigioso nacimiento de la cándida flor, de la *azucena milagrosa*, clara señal y expresivo anuncio de la eterna gloria que le aguarda.

Me he detenido á exponer circunstanciadamente el argumento de esta leyenda, no sólo por lo mucho en que la estimaba su autor, sino porque tales poemas son los menos conocidos y populares de entre los suyos, aunque merezcan serlo tanto como cualquiera de los demás. Sobre ellos hacía en 1854 el ilustre académico D. Eugenio de Ochoa las siguientes observaciones: «Convengamos en que, llámense como se quiera, son estas composiciones, en manos del Duque de Rivas, una de las más sabrosas lecturas con que puede recrear sus ocios un aficionado á la poesía. Interés grande en su argumento; escenas dramáticas preparadas con rara habilidad; descripciones llenas de vida; diálogos rápidos, discretos, apasionados; en suma, *todos* los atractivos juntos de *todos* los géneros de poesía, coadyuvan á la sensación deleitosa que producen estas privilegiadas compo-

siciones; privilegiadas, en verdad, porque, semejantes á los ramilletes, se forman reuniendo para ellas lo mejor de cada una de las distintas especies de flores que crecen en los vergeles de la poesía.»

Desnuda de todo viso y color sobrenatural, la que se titula *Maldonado* tiene parentesco más íntimo que con *La Azucena milagrosa* con la índole y carácter de los *Romances históricos*, y muy particularmente con los denominados *Un Embajador español* y *Un castellano leal*. Júzgala Ochoa mejor ideada que las otras dos, porque todo en ella le parece natural y verdadero, porque encierra cuanto se puede y debe exigir en las de su clase; entre lo cual el inolvidable crítico incluye por primeras condiciones, *como en los dramas, el interés de la acción*, y *como en las novelas, la verdad de los caracteres*. Prescindiendo de que esta última condición no ha de atribuirse únicamente á las novelas, sino á toda creación del arte que aspire á retratar ó representar seres humanos, encuentro fundado el parecer de tan esclarecido escritor cuando sostiene que la noble y hermosa figura del Almirante Pérez de Aldana, héroe principal de la leyenda, es *tipo excelente de la antigua caballerosidad española*. Pero aun estando éste y otros personajes que intervienen en la acción imaginados tan varonilmente

y delineados con tanta naturalidad, estimo el conjunto del poema inferior al de *La Azucena milagrosa*. En mi concepto hay en ésta más originalidad, mayor fuerza inventiva, pasiones más radicalmente humanas, caracteres no menos verdaderos, y una riqueza poética, una variedad de colores y matices, nunca chillones ni mal casados, que la hacen superior en atractivo á la preferida por Ochoa. Lo cual no amengua el mérito de *Maldonado*, que ofrece á la consideración del lector hermosos rasgos de carácter, diálogos sobrios muy expresivos, pinturas tan animadas como el cuadro entero de *la lid*, y descripciones semejantes á esta de una embarcación juguete de la borrasca:

«Sólo el compás de los movibles remos,
Y el silbido del cómitre resuenan,
Y el rumor sordo de la leve espuma,
Y el agrio rechinar de las maderas.
Á poco nace el Ábrego, y en breve
Crece, y gigante los espacios llena,
Y zumba entre las nubes, y sañudo
Se arroja al mar y por sus llanos vuela.
Y lo azota, y lo empuja, y lo entumece,
Y revuelve y confunde sus arenas,
Y en fantásticos montes lo levanta,
Que se alzan y hunden, chocan y revientan.»

Con harta razón asegura Ochoa que *El Ani-*

versario es de las tres leyendas del Duque la menos esmerada en su forma, y que la tradición en que se funda, relativa á las rencorosas parcialidades de *Bejaranos* y *Portugaleses* que fueron azote de Extremadura en la época de D. Sancho el Bravo, es «de las más admirablemente bellas que conocemos.» Tratando de dar idea de la tradición y de la leyenda, que la sigue con rigurosa fidelidad, lo hace en estos términos: «Sacada de una antigua crónica de Badajoz, lleva en sí un carácter tal de grandeza y terror al mismo tiempo, que no es posible pensar en ella sin sentirse profundamente sobrecogido. Aquel templo lleno de improviso con las sombras de los antiguos conquistadores de la ciudad; aquel celebrante que, cumplida su misteriosa misión, cae muerto cual si le hubiera herido un invisible rayo, son imágenes cuya grandiosa novedad pasma y aterra: no tiene la Edad-Media, tan rica de tradiciones poéticas, otra que lo sea más que esta, ni acaso tanto.» Con efecto, ese portentoso cuadro, al cual se subordinan todos los antecedentes, circunstancias y pormenores de la leyenda, causa en el ánimo impresión tanto más profunda y aterradora, cuanto máyor es el contraste que forman los enconados bandos que inundan en sangre calles y plazas mientras debieran asistir al templo para celebrar el aniversario de la

reconquista, con el sereno valor y honda fé del sacerdote que acude á decir la misa menospreciando riesgos, y con la viva piedad de los difuntos conquistadores que abandonan sus tumbas y llenan las naves de la espaciosa catedral, para que el Santo Sacrificio no se celebre sin auditorio de fieles cristianos en día tan solemne y memorable.

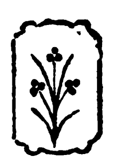
En esta leyenda, como en *La Azucena milagrosa*, como en el fondo de las mejores producciones del Duque de Rivas y de cuantos ingenios de nuestra patria han sobresalido y brillado más en pasados siglos, resplandece el sentimiento religioso, el espíritu católico, basa y principal fundamento de todas las glorias y grandezas de nuestra nación. Necesitábase la nociva sombra de la funesta libertad revolucionaria, que usurpa nombre y fueros á la libertad verdadera, para que apareciese y se desarrollase entre nosotros una generación de pigmeos endiosados, bastante ciegos é ignorantes para suponer que la que ellos denominan pomposamente *ciencia moderna* no arraiga ni puede arraigar en más campos que en los estériles y odiosos de la impiedad, ó que ha de tenerse por persona de cortos alcances y apocado espíritu á todo el que goza la fortuna de creer en las verdades cristianas. ¿Qué mayor castigo de esos fanáticos del error, que

abandonarlos á la infecundidad y amargura de sus exóticas y abominables ideas?

Al salir á luz la primera y más conocida de las tres citadas leyendas, acompañábanla en el mismo volumen, según he indicado antes, las poesías líricas donde mostraba el Duque haber roto más ó menos abiertamente con la tradición y los moldes de la escuela clásica. Algunas, como *El sueño del proscripto* y *Al Faro del puerto de Malta*, eran conocidas del público por haberse incluido en el tomo II de *El Moro expósito* impreso en 1834. Otras habían permanecido inéditas hasta que el autor las coleccionó y publicó en 1851 reunidas bajo el significativo título de *El crepúsculo de la tarde*. Muchas de estas nacieron en medio del estruendo de la revolución italiana de 1848 y son tal vez las mejores del autor por el pensamiento, la sobriedad, el sentimiento y el estilo. El íntimo consorcio de las lenguas italiana y española y el ejemplo de líricos tan ilustres como Parini, Manzoni, Fóscolo y Leopardi habían necesariamente de influir en las inspiraciones de nuestro poeta despertando en su corazón peregrinas armonías. Harto claro lo dicen la *Meditación*, dirigida al célebre poeta Campagna; la *Fantasía nocturna*, abundante en riqueza descriptiva y en profundos pensamientos; *La Vejez*, de admirable unidad en su pin-

toresca variedad, y la singular elegía titulada *Elvira*, donde hay hermosos rasgos de ternura. Lástima que no sean igualmente correctas y que las deslustre alguna vez la suma llaneza del lenguaje ó lo escabroso y duro de ciertos versos. Sin embargo, todas son lo que hoy debe ser la poesía lírica: sentimiento individual, y al mismo tiempo vivo reflejo de la civilización que la produce. Todas acreditan que el Duque de Rivas era un gran poeta, y que pueden aplicársele exactamente aquellos versos de Calpurnio:

«*Non pastor, non hoc triviali more viator,*
Sed Deus ipse canit: nihil armentale resultat:
Non montana sacros distinguunt jubila versus.»





XII.

Para completar estas breves indicaciones acerca del prócer que ocupa lugar tan importante en la historia de la literatura española del presente siglo; examinadas sus composiciones líricas, dirigidas á satisfacer la necesidad que experimenta el alma de contemplarse en la expresión de sus propios sentimientos; apreciado ya el valor de las piezas dramáticas, de los poemas, romances y leyendas con que supo enriquecer el tesoro de la poesía nacional, corro á buscarle en campo menos florido, es decir, en sus escritos en prosa, en los cuales logró también cosechar laureles.

Como escritor *de costumbres*, publicó el Duque hacia 1839, en la obra titulada *Los españoles pintados por ellos mismos*, dos retratos bosquejados con mucha gracia: *El Hospedador de provincia* y *El Ventero*. En ambos resaltan las

mismas dotes, la misma intuición y atenta observación de la naturaleza, el mismo vigor de realidad que en el cuadro de la Posada del *Don Álvaro*. Como escritor *de viajes*, merece aplauso por la pintoresca y animada descripción de sus excursiones á *Pesto* y al *Vesubio*. Como didáctico, por sus *Discursos Académicos*, de sana doctrina y elocuente vena. Como político, por sus *Discursos parlamentarios*, alguno de los cuales es de gran mérito [1] y demuestra que no le faltaban condiciones de orador ni de repúblico. Finalmente, de 1847 á 48 escribió en Nápoles la *Sublevación capitaneada por Masanielo*, de la cual han hablado con justo encomio jueces muy competentes y se han hecho repetidas ediciones dentro y fuera de nuestra nación [2].

Dice el sabio Agustín Thierry (*Homero de la historia*, según Chateaubriand), que la historia nacional es para todos los hijos de una misma patria como propiedad común, como porción del patrimonio moral que cada generación que desaparece lega á la que la reemplaza. En su

(1) El que pronunció en el Estamento de Próceres sobre la exclusión de la rama de D. Carlos á la sucesión de la corona.

(2) El título con que se publicó en Madrid este libro, en 1848, es el siguiente: *Sublevación de Nápoles capitaneda por Masanielo, con sus antecedentes y consecuencias hasta el restablecimiento del gobierno español.*—El editor D. Luis Navarro lo ha reimpreso é incluído recientemente en su selecta *Biblioteca Clásica*.

concepto nadie debe trasmitirla tal como la recibió, antes bien se hallan todos obligados á añadirle alguna cosa en claridad y certidumbre. Fiel á este precepto, síguelo felizmente el Duque de Rivas procurando exclarecer uno de los más importantes períodos de nuestra dominación en Italia. Émulo de los grandes líricos y dramáticos de los siglos XVI y XVII, ha querido emular tambien á los Melos y Mendozas, codiciando generosamente el laurel de Tucídides y de Tácito, de Jenofonte y de Livio (1).

La historia, mejor dicho, el drama terrible y sangriento que ofrece á nuestros ojos ese concienzudo *Estudio*, no es de tal naturaleza que, abriendo el corazón de siglos pasados, descubra el sendero trazado á las naciones por la Providencia. Y sin embargo, ¡qué cuadro para el político y para el filósofo! ¡Qué lección tan amarga, y al mismo tiempo tan provechosa, para gobernantes y gobernados!

Los excesos de un poder imprevisor y arbitrario siembran en el abatido pueblo de Nápoles la semilla venenosa del descontento, y establecen lamentable divorcio entre el representante de la autoridad y los que ven con

(1) Las observaciones acerca de esta obra histórica (traducida más de una vez á diferentes idiomas y modestamente apellidada *estudio* por el autor) están extractadas en su mayor parte del artículo crítico que publiqué en *El Heraldo* en 1849.

dolor que se abusa de su obediencia pasiva. Pero los virreyes, que se juzgan omnipotentes y cierran los ojos al espectáculo de las convulsiones casi periódicas de sus esquilmados súbditos, prosiguen en el desacertado sistema de vejaciones, hasta que el sufrimiento se apura y las masas populares se arrojan á romper el yugo que las oprime.

Un hombre de la plebe, un pescadero miserable dotado de genio y de audacia, Tomás Anielo, se pone al frente de los sublevados, los dirige con destreza, y, merced al influjo que llega á ejercer en la multitud, consigue libertarla de gabelas é imponer su voluntad y hasta sus caprichos al Lugarteniente del Rey, alzándose en el espacio de breves horas á dictador, convirtiéndose en dueño absoluto de aquellos que le trataban como á esclavo. Tan brusca transición desordena el juicio del plebeyo jefe de las turbas; y el robo, el saqueo, el asesinato, la desolación, la ruina forman el cortejo que le sigue por todas partes, y á cuantos se habían levantado con él en nombre de la justicia para poner coto á las demasías de sus opresores.

Los extravíos de la revolución tardan poco en desacreditarla. Roto el dique, los mismos que la emprendieron se encargan de su exterminio, cediendo á rastreras pasiones. El que ocho días antes era llamado libertador del pue-

blo entre aclamaciones y vítores; aquel cuyos más absurdos y horrorosos decretos se obedecían ciegamente con la rapidez del rayo; el hombre á quien tributaba culto idólatra la multitud, es asesinado cobardemente por sus camaradas, y sus restos mortales escarnecidos van á dar en un muladar para ser al día siguiente santificados por el voltario populacho que los había cubierto de lodo. La muerte del pescadero, lejos de poner fin á los trastornos y desastres, los desencadena más; y hasta que no se suicidó la revolución fatigada de sí misma y sofocada por la intemperancia de sus vicios; hasta que el maquiavelismo logró que la chusma, rota en parcialidades, perdiese con la unidad la fuerza, y las acertadas medidas que supo dictar oportunamente la prudencia consiguieron enfrenar á la rendida muchedumbre, la razón no volvió á recobrar su imperio ni el monarca español á consolidar el suyo en aquella rica provincia, casi perdida pocos meses antes por la impericia y vanidad de los encargados de administrarla.

Para trazar con exactitud semejante cuadro, el autor ha consultado cuantas obras impresas y manuscritas han hecho conmemoración de tales sucesos. Ni se reduce á exponerlos descarnadamente, sino asciende á buscar su raíz en el origen verdadero de tantos ma-

les. Á fin de que podamos comprender mejor cuáles eran las vejaciones que sufrían las clases pobres de Nápoles y cómo la mala dirección del gobierno, y principalmente la del Virrey Duque de Arcos, ocasionó los alborotos y escándalos de que aquel reino fué víctima desde Julio de 1647 hasta Abril de 1648, el autor da idea en los primeros capítulos de la desastrosa situación económica del Virreinato, haciéndonos penetrar en lo interior de su vida doméstica para enseñarnos cuáles eran las necesidades de aquel pueblo, sus instintos, preocupaciones, sentimientos y creencias. No contento con describir exactamente la organización municipal napolitana y los principales caracteres de la vida íntima de sus moradores, el erudito historiador nos pone en el secreto de la situación política del país, y nos descubre los gérmenes del volcán que debía estallar en breve inflamado por las iras populares.

En los juicios que formula no inclina el Duque la balanza del lado de sus peculiares aficiones, ni se ve jamás exajerado espíritu de nacionalismo. Recto, como debe serlo todo juez y como lo son pocos historiadores, colócase en el mejor punto de vista y examina la conducta de los hombres y la marcha de los sucesos teniendo en consideración las circunstancias que influían en la opinión de los unos

ó daban impulso á los otros. Tan punibles son para él los abusos del Duque de Arcos y de varios de sus prohombres, como el furioso desenfreno de la demagogia y la liviandad de los mercaderes de patriotismo. Profundo conocedor del corazón humano, á veces pinta un carácter con una sola pincelada é individualiza magistralmente los principales rasgos de la fisonomía moral del personaje que bosqueja.

Pero lo que acaso resplandece más en esta obra es la elegancia y brillantez del estilo. Natural, sencillo, vigoroso, el autor sabe dar rapidez y movimiento á sus narraciones, manteniendo vivo el interés y haciéndonos presumir que está pasando á nuesta vista lo que leemos. Sus cuadros son bajo-relieves coloridos que no sólo engañan los ojos, sino el tacto, cuando desconfiando de nosotros mismos nos acercamos á tocarlos para convencernos de que no han sido invenciones de la fantasía. En suma, el Duque de Rivas se ha colocado, con libro tan bien pensado y escrito, á la altura de los historiadores más notables de nuestra patria y de lo que hoy exige la ciencia *luz de la verdad* y *maestra de la vida* como la llamaba Marco Tulio.

Un escritor francés, deudo de cercanos parientes del Duque, pero rabioso demagogo y furibundo anticatólico (el Sr. Gustavo Hub-

bard), dice en su *Histoire de la Littérature contemporaine en Espagne*, impresa en París en 1876, que el precioso *estudio histórico* sobre la *Sublevación de Nápoles*, «no se distingue por ninguna cualidad superior.» Á este equivocado juicio de quien ha vivido entre nosotros bastantes años, pero á quien falta la imparcialidad de historiador y sobra la saña implacable de sectario (por lo cual disparata sin medida al apreciar hombres y cosas), opondré aquí lo que decía sobre el mismo escrito, con su natural ingenuidad, vasta erudición y criterio atinadísimo, el insigne D. Juan Eugenio Hartzenbusch [1]. Según su inapelable dictamen, el Duque de Rivas «ha escrito una historia como pocas hay en castellano ni en ningún otro idioma: con verdad en los acontecimientos, con tino en la investigación de sus causas, con recto juicio de los hombres y de sus acciones, de los impulsos y fin de aquéllos, de las circunstancias de éstas y su resultado.» Esto en

(1) En su interesante *Prólogo* al tomo quinto y último de las *Obras completas* del Duque de Rivas, impreso en Madrid en 1855. El Prólogo se escribió mediado ya el año 1854. En él hace de mí el inmortal Hartzenbusch conmemoración tan benévola y honrosa que encadena para siempre mi gratitud.—El excelente crítico Don Federico Balart, cuyo saber y buen gusto no necesitan encarecimientos, se burló con muy fina sátira del desatinado libro de Hubbard en un precioso artículo que dió á luz en *El Globo*, periódico republicano.

cuanto al fondo del libro. Respecto á la forma, sostiene, coincidiendo con mi humilde parecer, que la historia de que se trata está escrita «en estilo fácil, claro, familiar, pero á veces elevado, enérgico y pintoresco según conviene, sin empeño en remedar á Tácito ni á Salustio, á Mendoza ni á Thiers, ni á ningún otro autor español ni extranjero;» y que, en tal concepto, el Duque nos ha legado «un libro de los mejores que en su línea tenemos en el idioma de Mariana y Solís.»—Entre el juicio de un español tan sabio, tan imparcial y de tan selecto gusto literario como Hartzenbusch, y el de un francés poco apto para apreciar bien estas cosas, y tan fanático y descreido como Hubbard, no hay vacilación posible.

Desde que el egregio poeta volvió de Nápoles vivió rodeado constantemente de la consideración de todo el mundo, halagado por la fama, querido y respetado de cuantos tuvimos la dicha de frecuentar su trato agradable á maravilla.

Tan grande, tan profundo era el respeto que había logrado ya inspirar hasta á sus más decididos adversarios políticos, que á pesar de la sañuda intolerancia de nuestras aciagas banderías y del furor con que entre nosotros se han solido desatar en violentas persecuciones los revolucionarios triunfantes, pudo permanecer

en España durante el bienio progresista de 1854 á 1856. Yo que, invitado cariñosamente por el Duque, fuí á Cádiz desde Sanlúcar de Barrameda en el verano del año 55 para pasar á su lado una semana en la misma habitación que había ocupado hasta entonces su hijo Gonzalo, hoy Marqués de Bogaraya, y que tuve el gusto de acompañarle constantemente mientras gocé su cordialísima hospitalidad en aquel emporio de cultura, pude apreciar por mí mismo el vivo afán con que las personas más distinguidas de la sociedad gaditana, fueran cuales fuesen sus opiniones, se disputaban la honra de tratarle y agasajarle, recreándose en su conversación siempre chispeante y amena, y viendo y considerando en él, más aún que al egregio prócer, al autor de *Don Álvaro* y de *El Moro expósito*, es decir, á una de las más altas glorias literarias de nuestra nación.

Pasado el bienio (paréntesis desastroso y de universal inquietud, como todos aquellos en que por ceguedad ó por sorpresa han prevalecido aquí las ideas torpemente revolucionarias), el Duque volvió á entrar en juego y á obtener los altos puestos y elevadas consideraciones correspondientes á quien había merecido tan gran renombre en los azares de la vida pública.

Pero como el tiempo es inexorable, aquel

hombre ceñido de tan honrosos laureles, aquel íntegro Presidente del Consejo de Estado, aquel glorioso Director de la Real Academia Española é individuo de número de otras Reales Academias, aquel insigne caballero del Toisón de oro y de las órdenes más calificadas y encumbradas de varias naciones pagó á la muerte inexcusable tributo y dejó de existir el 22 de Junio de 1865, á la edad de setenta y cuatro años, tres meses y doce días. La índole propia de su ingenio, en quien se hermanaba lo jovial con lo fogoso; la afabilidad de su carácter, la riqueza de su imaginación, el fuego de su espíritu, la gallardía de su persona, todo coadyuvó á librarlo de los comunes achaques de la vejez y á darle hasta en sus últimos años cierto aire de juventud. Este juvenil aspecto del anciano, que le hacía tan atractivo, era sin duda como anticipado reflejo de la perpetua juventud de sus admirables creaciones. ¡Felices aquellos que, como el autor de *Don Álvaro*, puedan exclamar, aludiendo á sus obras inmortales:

«. . . . . Pasma, absorta,
Admirando-se n' arte a natureza!»



APÉNDICE I.

CARTA INÉDITA DEL SR. RANZ ROMANILLOS.

Córdoba 15 de Marzo de 1819.

Muy señor mío y estimado amigo: Vm. graduará de tardía esta contestación, y á mí también me lo parece; pero además de haber sido estorbo para ella sucesos domésticos, que han llamado hacia sí indispensablemente mi atención, ha concurrido también con éstos cierto miedo, ó de haber de engolfarme demasiado en una materia difícil, si había de satisfacer cumplidamente á lo que parecía habérseme preguntado, ó de quedar escaso y diminuto, si me limitaba á hablar de las dos tragedias que ha tenido Vm. la bondad de querer sujetar á mi censura, manifestando solamente el juicio que de sus bellezas ó defectos hubiese formado. Realmente, para lle-

nar del todo los deseos de Vm., parecía preciso hacer un completo tratado de la tragedia, en el que se señalasen y explicasen con claridad las calidades esenciales que constituyen perfecto este drama; diciéndome Vm. en su apreciable carta, que no sólo desea saber los defectos de sus tragedias, sino también los que tenga el sistema que se ha propuesto para escribirlas, el que me manifiesta, para ver si es de mi aprobación. Mas habiendo reflexionado después, que tanto en esta parte, como en el juicio de las dos tragedias, pueden bastar indicaciones con quien ha leido cuanto hay que leer sobre este delicado ramo de la poética, y le posee á fondo en la teórica y la práctica; he vencido ya aquella especie de recelo, y aun de pereza, si va á decir verdad, y tomo la pluma con ánimo de no levantarla del papel hasta dar cabo á esta carta, en la que diré á Vm., si no lo que apetece y cómo lo apetece, á lo menos lo que entienda sobre ambos objetos.

Desempeñado lo que Vm. dice se propone para la composición de sus tragedias, en los cinco números en que explica el plan que se ha formado, resultarán, sin duda, dramas acabados y perfectos, que entretengan agradabilísimamente y sirvan de lección y ejemplo para contener el desarreglado ímpetu de las pasio-

nes; ¡objeto grande y magnífico, digno de un ánimo ilustrado y de un corazón recto! Así el plan está muy bien concebido, y no dudo merezca los elogios de cuantos de él se enteren. Tampoco dudo que graduarán la empresa de muy ardua; y Vm., que se ha puesto á vencer las dificultades de mil especies que la constituyen tal, será el primero que lo reconozca. Con todo, por lo que Vm. lleva hecho hasta aquí, se puede esperar que si no desmaya en la carrera, ha de llegar en ella muy adelante, y conseguir que su nombre se coloque al lado del de aquellos que hicieron ilustre el suyo con esta especie de trabajos.

Todo cuanto Vm. expresa en los cinco números es muy conforme á lo que exige la constitución de una buena tragedia y muy ajustado á las reglas que nos han dejado los maestros del arte; pero también pide todo, sobre las naturales disposiciones, que en Vm. seguramente no se echan menos, una atención y un cuidado sumo, para no tropezar ni levemente, ni subir ni bajar del tono con que se comienza. Mas si el trabajo y el esmero pueden mucho en los objetos que abrazan los cuatro números últimos; en el del primero es en el que no pueden tanto, y aquí es donde está para mí lo sumo de la dificultad. ¡Y en verdad cuánto va en la feliz ó infeliz elección del asunto! En

el que de suyo es verdaderamente trágico, es decir, de personas elevadas y de caracteres verdaderamente grandes, y en cuyos sucesos iban grandes intereses, cuyo éxito en una y otra parte importaba mucho, en este, todo parece que ayuda al compositor: la imaginación se fecunda de ideas sublimes, el juicio presenta gran número de sentencias provechosas, y el lenguaje, proporcionado á esta disposición del ánimo, es elevado sin hinchazón; corriente y claro sin esfuerzo, y aun copioso sin redundancia; y sobre todo es animado con un calor dulce que encanta y arrebata. Todo esto parece que se viene naturalmente en pos de una elección hecha con acierto. Por el contrario, si en el asunto que se elige faltan aquellas calidades, hágase cuanto se hiciere, el fin de inspirar interés no se logrará, y por más que á costa de grandes trabajos se consiga hacer algunos trozos brillantes y agradables, el todo se resentirá de la aridez de la materia, y será quizá un no reprensible drama; mas no una tragedia. Ahora se ven frecuentemente sobre la escena muchos de estos dramas mixtos, que no dejan de hacer muy buen efecto, excitando la compasión y aun el terror hasta cierto punto; aunque no hasta aquel que da á las tragedias bien conducidas su mayor realce. Vm. quiere, y es laudable su querer, tomar los asuntos de

sus tragedias en la historia nacional, porque naturalmente nos han de interesar más los sucesos de nuestros héroes que los de otros grandes personajes, ó extranjeros ó fabulosos. No le diré á Vm., ni me pasa por la imaginación, que nuestro terreno haya sido estéril de héroes en los tiempos antiguos, medios y modernos: los grandes hechos de estas edades autores tuvieron sin duda, y autores que debieron serles proporcionados; pero el defecto está en que sus caracteres nos son desconocidos enteramente. Dos calidades solas se nos han dado á conocer de ellos: su valor en los combates, y su religiosidad; peleó, se dice del mayor de nuestros grandes hombres, tantas veces contra los moros, y los venció, y fundó tal iglesia y tal monasterio; muy buenas cosas sin duda y dignas de loor; pero en las que el poeta trágico nada encuentra que le pueda servir para sus fábulas. De las demás acciones de estos hombres célebres para su tiempo, nada sabemos; y si alguna tosca pincelada se da de su carácter, más es para rebajar su mérito, que para dar á conocer sus virtudes ó sus vicios sociales y políticos, de donde dimanan las acciones propias para las composiciones teatrales. Caracteres grandes por eminentes calidades benéficas, sombreados con debilidades y flaquezas, y aun con el vicio de la

ambición y los excesos á que esta arrastra, son los que pide la escena trágica; y á los escritores de crónicas se les pasaban estas cosas por alto, sin llamar de ningún modo su atención. Bajo este supuesto, si queremos sacar estos personajes al teatro, apenas podremos tomar de la historia más que sus nombres y los de algunos de sus contemporáneos; lo demás que queramos sea digno del coturno, lo hemos de escogitar y acomodar, como si se tratara de personajes de pura invención. Más diría para ponderar la dificultad de encontrar argumentos trágicos en nuestra historia y la de los demás pueblos de nuestra Europa desde los siglos tenebrosos acá; pero aun lo dicho me temo que les ha de parecer á algunos demasiado. En suma, me inclino mucho, mucho, al dictamen de Alfieri, de quien Vm. disiente. Los caracteres de los griegos y romanos tenían una esfera muy dilatada donde diversificarse; así no eran todos de una forma monótona. Las pasiones enérgicas, que en bien y en mal mueven á grandes cosas, no estaban en ellos sofocadas, sino que todo concurría á inflamarlas...; pero veo que sin pensar vuelvo á extenderme sobre un punto en el que no tengo por necesario, ni aun por conveniente, acumular más pruebas de mi opinión: baste para un inteligente haberlas indicado.

Todo lo demás que Vm. dice sobre el sistema que ha adoptado para escribir tragedias que no sean calcadas sobre un particular modelo, sino que lleven consigo cierta originalidad, guardando en ellas escrupulosamente la verosimilitud, contrastando los caracteres, observando las reglas de las unidades, acrecentando el interés en la proporción del progreso de la fábula, disponiendo un desenlace el menos artificioso posible, tomando del teatro francés y del italiano lo que respectivamente es laudable en cada uno, y cuidando de que el lenguaje sea puro, correcto y adornado convenientemente, según el género de poesía que se cultiva: todo esto repito á Vm. que está maravillosamente pensado: y también vuelvo á decir que hallo en Vm. grandísima disposición para ejecutarlo, hasta donde á nuestra limitación le es dado alcanzar. Por tanto, lejos de aconsejar á Vm. que se contente con los ensayos hasta aquí hechos, le exhorto, cuanto puedo, á que prosiga sudando en esta arena con la esperanza de ser coronado.

En las muestras que Vm. ha dado, las acciones están bien conducidas: no hay escenas supérfluas, el diálogo es animado, flúido y muy sostenido; y si hay descuidos, no son de los muy reparables en que se falta á las reglas del arte; que ya es muchísimo. Del principio

transcendentalísimo de no perder de vista la verosimilitud, se derivan las más de ellas; y Vm. es cuidadosísimo en guardarla; lo que dará siempre mucho valor á sus composiciones. Las reglas, empero, más se ocupan en precaver defectos, que en prescribir bellezas. Dicen cuando más en la parte positiva, que tales y tales lances, como los reconocimientos de mudanzas de fortuna bien preparados y manejados, hacen maravilloso efecto; pero no señalan ni pueden señalar el momento oportuno de su uso; y en esto está toda la dificultad. Así las reglas no abren ni despejan el buen sendero: notan sí muy bien los malos pasos, donde ya se ha tropezado. Las bellezas las ha de sacar cada uno de su propio fondo; y por esta razón se diversifican tanto en las obras de ingenio los que trabajan en un mismo género, y aun sobre un mismo argumento.

Pasando ya á hablar sobre este fundamento, de las dos tragedias, en las que desea Vm. sea yo su Aristarco, le aseguro con toda verdad que á mi entender, en la de *Doña Blanca* ha sacado Vm. del asunto todo el partido que era posible. La historia es conocida, y Vm. se ha valido con maestría de todas sus circunstancias, haciéndolas servir para dar realce á la acción: sobre todo, la aparición del pastor está muy bien traida y manejada. Tales sucesos

son muy propios para acrecer el terror; y en este drama, cuando la historia no le hubiera ofrecido, era preciso haberle inventado, porque faltan todos los otros medios teatrales de grande efecto. Los caracteres, que son los que la historia da á los principales personajes, están bien pintados y sostenidos. Con todo, «en *Doña Blanca*, dice Vm., me descontenta el que esta infelice reina no interesa tanto como yo quisiera;» y no extraño que Vm. se explique así, porque yo observo también que no interesa según mi deseo. Contribuye en alguna parte á disminuir el interés en esta tragedia el que la protagonista no puede haberse más que pasivamente en toda ella, no pudiendo poner nada de su parte ni para mejorar ni para empeorar su suerte. Las situaciones apuradas de los personajes principales, sus deliberaciones, y sus acciones consiguientes á los riesgos que les amenazan, dan mucho calor al drama, y ponen á los espectadores en una proporcional agitación. Aquí esta infeliz princesa nada tiene que hacer, y sólo la consideramos como una cordera inocente caida en las garras de un lobo, en cuyo favor se trabaja para que éste no acabe de despedazarla. Reflexione Vm. que estas situaciones puramente pasivas de los principales personajes, de suyo son poco trágicas; á no que con ellos hayan de padecer

otros que puedan tomar actitud activa, como son los que tienen un deudo natural muy inmediato; en el cual caso toman éstos también la calidad de personajes principales, que es lo *que sucede en el sacrificio de Ifigenia con sus padres.*

Otra causa más principal hay todavía para que parezca tibio el interés que se toma por Doña Blanca; mas en cuanto á ésta, voy á ver si le consuelo á Vm. con la siguiente consideración. Quizá Doña Blanca interesará al auditorio más de lo que á nosotros nos parece, por la razón de que el común del pueblo, entrando en él aun las personas de una regular instrucción, no conoce tan extensamente como nosotros la mala índole y las acciones atroces de su brutal marido. Para éstos el trágico suceso de Doña Blanca, si no en el éxito, que es muy sabido, en lo demás lleva consigo el aire y la espectación de la novedad, con lo que el interés se aumenta, y los afectos se conmueven alternativamente. Tengo, pues, esperanza de que puesta en acción ha de interesar y mover más que medianamente. Para los que llevamos ya en el ánimo una aversión muy decidida contra la tiranía de D. Pedro, y que nos anticipamos á todo cuanto malo y execrable puede hacer; el odio hacia tan detestable personaje nos ocupa enteramente, y no deja lugar

para ningún otro afecto. El odio es de todas maneras la peor de las pasiones, porque seca y esteriliza el corazón, y lo deja incapaz de los sentimientos suaves y benéficos, como los de ternura y compasión. Esta observación es la que á mí me volvió, como suele decirse, el alma al cuerpo sobre el efecto de esta tragedia, porque en su primera lectura me sucedió lo mismo que Vm. me dice, que Doña Blanca me interesó poco. El que esta Princesa y el Arzobispo sean tan crédulos y fáciles de engañar, es muy propio de la sencillez y generosidad de uno y otro; así que en sus caracteres nada hay llevado al extremo, nada que no sea muy natural, y que no se crea que debieron hacerlo y decirlo como lo hacen y lo dicen en las circunstancias en que se les supone.

El carácter del Alcaide es muy hermoso: la historia ya da de él una idea muy ventajosa; pero sobre aquel fondo Vm. ha hecho primores, y ha dibujado un completo caballero castellano, modelo y dechado de fidelidad y pundonor. Mas con todo, temo no aparezca un poco exagerado en la escena última del acto II. Zúñiga no esperaría de Hernando que abogase por la infeliz Reina, como buenamente se lo persuadía el Arzobispo; y no es extraño, antes muy propio, que con facilidad se suscitase, entre dos personas que no podían amarse, una

contienda que viniese á parar en el término mismo que Vm. le da. Desdeñaría aquél las ofertas de un valido de mala opinión, como lo era éste; pero los términos en que desde luego lo ejecuta, son demasiado fuertes para empezar, y más en un momento en el que, aunque Zúñiga nada se prometiese de aquella alma rea, había de temer irritarle, no fuese que lo pusiera todavía de más mala fé en una causa en que él estaba tan interesado. Por tanto la contienda está bien, y pertenece esencialmente á la acción: conviene también que pase hasta el punto á donde llega; pero las contestaciones, aunque nunca blandas, no han de ser ofensivas desde el primer encuentro, sino que, á mi parecer, han de ir más gradualmente, siendo provocadas por el orgullo del valido.

El carácter de éste está asimismo muy bien inventado y seguido. ¡Ha sido siempre tan fácil encontrar Hernandos en los palacios! Pero por más malo que se le suponga, me parece fuera de la verosimilitud lo que anuncia proponerse al fin del soliloquio con que se da principio al acto IV. Está muy bien que trate de engañar á la sencilla Doña Blanca, y ver si puede hacerla aprobar el plan de una conspiración, para que éste sea el pretexto de perderla; sin embargo de que había de tener por muy dificultoso recabar de la virtud de la Princesa se-

mejante condescendencia; pero no es fácil que nadie crea le ocurrió, con ocasión de los ruegos tan legítimos del Arzobispo, tramar él mismo una conspiración contra la Padilla y contra el Rey: no porque los validos como Hernando no sean capaces de tanta perfidia, sino porque nada había en aquel lugar y momento que pudiera moverle á ella. Me parece que aquel pequeño trozo ha de encontrar resistencia; ¡y como no hace falta! porque quitado nadie lo ha de echar de menos en la acción.

Estos son mis escrúpulos, ó si Vm. lo quiere más, mis advertencias sobre la de *Doña Blanca*. Los otros dos que Vm. dice haberle asaltado, el primero de los demasiados soliloquios del acto V; y el segundo de la introducción del paje de la Reina para el único fin de anunciar la catástrofe, los gradúo de poco fundados. El uno, porque en las situaciones difíciles los soliloquios, que manifiestan la agitación de los actores, tienen á su favor el constante uso, y son bien oidos; y por lo que hace á la impropiedad que algunos han pretendido hallar generalmente en los soliloquios, cada uno puede darse á sí mismo el testimonio de que, para deliberar sobre negocios graves y delicados, los raciocinios que en la soledad forma no pasan calladamente y en silencio. El otro,

porque era muy natural que el paje se hallase presente al acto en que se le hace intervenir; que visto el horroroso suceso de la dolorosa y repentina muerte de la Reina, se saliese espantado del sitio, y exclamase en la forma que lo ejecuta; y que preguntado refiriese lo que acababa de acontecer. En pocas tragedias estará dispuesta con mayor sencillez y naturalidad la narración de la catástrofe, cuando no ha de pasar en la escena, sino lejos de la vista de los espectadores. Así tan distante estoy de tener por un defecto la introducción tan oportuna de este paje, que antes la tengo por uno de los más señalados aciertos de este drama: la piedra de toque de este juicio es el ser imposible que, como se halla tratada, disuene esta parte tan principal del desenlace, que es todo lo que hay que observar en esta materia; y como he insinuado antes, el manantial de todas las reglas.

El lenguaje es acomodado, propio y correcto; aunque en cuanto á esta última dote todavía puede mejorarse. Algunas voces están empleadas con una repetición reparable: por ejemplo, el epíteto *bondadoso* se usa muchas veces, y alguna no muy propiamente.

....

Creo que mi imparcialidad quedará bien demostrada con haber censurado tan diversa-

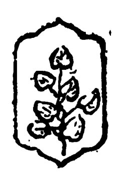
mente las dos piezas sometidas á mi juicio; esto era lo que se me pedía, y lo que he hecho con la mejor voluntad y con el más sincero deseo de ser de algún auxilio á un joven que con tan buenos auspicios ha entrado en una carrera difícil, y que ya va tan adelante en ella. Si el efecto fuese muy inferior, como realmente lo será, á este deseo, impútese la culpa á quien ha buscado luz clara donde no hay más que escasos resplandores, y aun esos amortiguados de mil maneras y por mil causas. Mas Vm. verá que no me he negado á complacerle, como no se negará nunca hasta donde le sea dado su apasionado amigo y seguro servidor Q. B. S. M.

ANTONIO RANZ ROMANILLOS.

Sr. D. Angel de Saavedra Remírez de Baquedano.»

Al insertar tres párrafos de esta carta en una nota de mi *Prólogo* á las *Obras completas* del Duque de Rivas, compuesto á fines de 1853, cometí el error de suponerla escrita en Cádiz. Aprovecho esta ocasión para rectificar el yerro, y para dolerme de no poder reproducirla íntegra, por haberse perdido el quinto de los seis plieguecillos de que constaba el original

autógrafo. Afortunadamente ha llegado á nosotros la parte mayor y más importante, y por ella podemos formar idea, no solamente de lo que sería la tragedia titulada *Doña Blanca* (obra cuyo manuscrito perdió el autor en los desastres políticos de 1823), sino de lo que pensaban entonces acerca de la tragedia personas tan eruditas como el castizo traductor de las *Vidas paralelas* de Plutarco. Aunque Ranz Romanillos presenta al gran poeta cordobés en disidencia con Alfieri, á cuyo dictamen se inclina él mucho ponderando *la dificultad de encontrar argumentos trágicos en nuestra historia*, le contradice el *Filippo* del mismo Alfieri, cimentado en los supuestos amores de nuestro Príncipe D. Carlos con su madrastra Isabel de la Paz, y en los imaginarios celos y soñadas venganzas del gran Felipe II.





APÉNDICE II.

REFIRIÉNDOSE á las vigorosas escenas entre D. Álvaro y D. Alfonso de Vargas, que dan tanto calor y suscitan interés tan vivo en el acto quinto y último del drama que más ha contribuido á enaltecer y popularizar el nombre del Duque Rivas, su cuñado el Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar, escribía por los años de 1866, en el *Discurso necrológico literario en elogio del Excmo. Sr. Duque de Rivas, Director de la Real Academia Española, leido en la junta pública celebrada para honrar su memoria*, los párrafos que traslado al pié de estas líneas:

«Había concebido (el autor de *Don Álvaro*, en creación tan admirable y castiza) una especie de leyenda novelesca adecuada á la pintura de sentimientos apasionados y terribles. La coincidencia y estrecha analogía que se advierte entre muchos de los lances principa-

les de su drama y los de una novela de monsieur Prosper Mérimée, «Les âmes du Purgatoire,» publicada en París más de un año antes de la representación del *Don Álvaro*, casi no dejan duda de que el Duque de Rivas recibió de la novela francesa el primer arranque y como el embrión de su obra dramática.

»Esta misma novela logró el honroso privilegio de inspirar igualmente otro drama al famoso Alexandre Dumas (*Don Juan de Marana*). Pero esto no quita á los dramas español y francés el mérito de la originalidad, que es en ambos tan grande cuanto cabe en obras literarias. Así el Duque de Rivas como Dumas toman de Mérimée, entre otras cosas, el pensamiento de emplear la afrenta de una bofetada como único medio de exasperar á un monje hasta el punto de hacerle olvidar la mansedumbre evangélica y pelear con el hermano de la mujer que había amado; lance que ocurrió en Francia, y según se cree, en el cercado de la Cartuja de París, donde hoy se halla el palacio de Luxemburgo, y que el ilustre escritor francés encontró consignado en memorias antiguas (1).

(1) *Cannes* (Alpes maritimes), 1.er *Février* 1866.

Le duel du moine avec le frère de la femme séduite a été pris par moi dans de vieux mémoires. L'aventure a eu lieu en France, et si je ne me trompe, dans l'enclos des Chartreux à Paris: c'est le

»Pero los dos autores dramáticos han tomado de la novela «Les âmes du Purgatoire,» como Shakspeare tomaba de las novelas de Giraldi Cynthio, de Boccaccio y de Belleforest, aprovechando los hechos, pero transformándolos, ó modelándolos según la índole y el alcance de su numen y el carácter peculiar de su tiempo y de su país.

»Así es que cada uno de los tres escritores, Mérimée, Duque de Rivas y Dumas, caminan por sendas diferentes, y en nada se parecen esencialmente en sus obras respectivas ni el enredo, ni las tendencias morales, ni las costumbres, ni los caracteres. Así, por ejemplo, el héroe de la novela es un malvado sin fé, sin afectos, que no teme ni á Dios ni á los hombres: el héroe de Dumas no es un individuo de la familia humana; es un ideal de perversidad impía, un emblema de corrupción mundana que, como el *Don Juan Tenorio* de Tirso de Molina y el *Fausto* de Marlowe y de Goethe, pertenece á la categoría de creaciones fantásticas: *Don Álvaro* no es ni el libertino desalmado de Mérimée, ni el personaje emblemático de Dumas, miembros los dos, á pesar de sus diferencias, de la serie de *Don Juanes*, que

Luxembourg actuel. Si j'étais à Paris, je pourrais vous indiquer le nom du livre.

(Carta de Mr. Prosper Mérimée al autor del presente discurso.)

tanto han contribuido á popularizar Molière, Tomás Corneille, Shadwel, Zamora, Mozart y Zorrilla, y cuyo prototipo es *El burlador de Sevilla*, de Tirso, como acaso su germen *Dineros son calidad*, de Lope de Vega.»

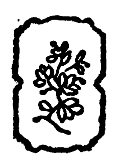
He creido conveniente reproducir aquí estos párrafos, no sólo porque algunos se han figurado que las hermosas escenas entre D. Álvaro y D. Alfonso en el drama del Duque de Rivas eran imitadas del *Don Juan de Marana* de Dumas, que se escribió años después, sino para dejar consignada mi opinión contraria á la idea de que el Duque tomase la de su admirable drama *Don Álvaro* en la novela de Próspero Mérimée titulada *Las almas del Purgatorio*.

En su vasta erudición y laudable anhelo de aparecer estrictamente imparcial, como lo es sin duda cuando asegura que el drama del Duque de Rivas y la novela de Mérimée caminan por sendas distintas y que esencialmente nada se asemejan en tales obras «ni el enredo, ni las tendencias morales, ni las costumbres, ni los caracteres,» el ilustre autor del *Discurso necrológico literario*, recordando que se imprimió la novela francesa antes que se representase el *Don Álvaro* y encontrando algunas coincidencias y analogías entre ambas producciones, apunta la especie de que el Duque recibió del libro de Mérimée «el primer arranque y como

el embrión de su obra dramática.» Paréceme que, al hacer esta indicación, mi querido amigo y compañero el Sr. de Cueto se dejó llevar de escrúpulos tan honrados como excesivos, y sobre todo que no se fijó bien en las fechas.

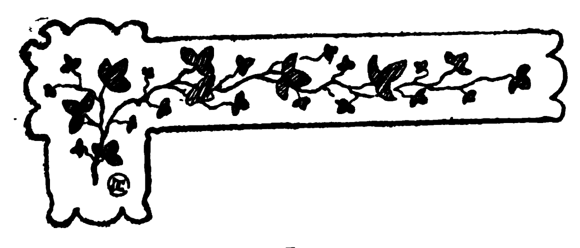
Si la memoria no me engaña, Mérimée comenzó á publicar *Les âmes du Purgatoire* en el número de la *Revue des deux Mondes* del 15 de agosto de 1834. Cierto es que *Don Álvaro* se estrenó en Madrid el 22 de marzo de 1835; pero no lo es menos que el Duque de Rivas lo había compuesto durante su residencia en Tours hacia el año de 1832, ó lo que es igual, dos años antes de salir á luz la novela francesa. Esta observación es tan concluyente de suyo que hace innecesario apelar á otros argumentos. El lance de la bofetada que induce á un religioso á batirse con el abofeteador, se ha repetido mucho en la realidad y en la leyenda. Nuestro insigne compatriota no tenía para qué imitarlo del novelista francés, dado que hubiera sido posible imitar lo que aún no era conocido. Sin ir más lejos, el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo, escritor del siglo XVI y de casa, como nacido en Madrid en 1478, cuenta un desafío de la misma índole y con circunstancias parecidas al del *Don Álvaro*, acaecido en Cataluña en el antiguo Monasterio de Monserrate. ¿Necesitaba, pues, el Du-

que de Rivas acudir á un novelista francés del presente siglo para tomar idea de lo que había pasado ya en España y referido un escritor español de hace tres siglos y medio?



EL DOCTOR

D. JOSÉ JOAQUÍN DE OLMEDO.



I.

DOS PALABRAS POR VÍA DE INTRODUCCIÓN.

L publicar en París por los años de 1863 sus *Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales poetas y literatos latino-americanos*, D. José María Torres Caicedo, á la sazón encargado de negocios de Venezuela cerca de los Gobiernos de Francia y de los Paises-Bajos, expresábase de esta suerte en la *Introducción* al primer volumen, escrita ya desde 1855: «No pensamos en trazar ni noticias biográficas completas, para lo cual nos faltan datos, ni formar juicios críticos, para lo cual, además de faltarnos las principales obras de los autores á que nos referimos, nos consideramos escasos de talentos y de luces.» Ocioso me parece decir que la falta de talento y de luces que se atribuye el Sr. Torres Caicedo es mero rasgo de

modestia propio del escritor neogranadino. La obra en cuyos preliminares se encuentran los conceptos que dejo copiados, manifiesta evidentemente que el autor posee las luces y el talento necesarios para sobresalir en cualquier género de labor intelectual. Hecha esta indicación, debida al celoso encomiador de las glorias literarias del nuevo hemisferio, añadiré por qué he recordado sus palabras. Algo afirma en ellas hacia lo cual creo indispensable llamar la atención del lector, no sólo en descargo de mi conciencia, sino para que sirva de disculpa á las omisiones ó errores que pueda hallar en este escrito quien conozca más á fondo que yo la historia y la literatura de la América española.

Duélese Torres Caicedo de no contar con datos y noticias bastantes para trazar *biografías completas*, y lamenta el carecer de las *obras principales* de autores á quien se refiere. Si esto le acontecía en París nada menos que al representante oficial de una nación como la República de Venezuela (sugeto diligentísimo nacido y educado en aquellos climas, y que ha debido conocer y tratar á muchos de los que juzga), ¿como no ha de dar en iguales inconvenientes el que escribe donde escasean más aún los elementos de investigación, y tropieza con mayores dificultades para llegar al cono-

cimiento exacto de los hombres y de las cosas de tales paises, gracias á la hostilidad y alejamiento en que hemos vivido desde que los pueblos americanos del Sur se declararon independientes de la Metrópoli? Mas por grandes que sean las dificultades que salgan al paso, no he de cejar en el propósito de vencerlas. Sin el libro de Torres Caicedo, que en determinados particulares podrá ser tan incompleto como se quiera, apenas conoceríamos á varios poetas y escritores de quienes habla. Hacer, más ó menos cumplidamente, por difundir el conocimiento de obras y de hombres que merecen ser universalmente aplaudidos, redundará siempre en honra suya y de la ilustración general. En este concepto los *Ensayos biográficos* de Torres Caicedo son de interés sumo y han prestado inapreciable servicio á la fama de los escritores hispano-americanos, sobre todo por haber salido á luz en Francia cuando ésta ocupaba todavía el primer lugar entre las naciones europeas. Séame dado seguir un ejemplo que tengo por útil para propagar en nuestra Península el conocimiento de los escritores y poetas de América, y para mostrar á todos, aun no pudiendo hacerlo respecto de algunos tan cabalmente como fuera de apetecer, que conocemos y apreciamos sus calidades con serena imparcialidad y les profesamos cariñosa

estimación. Empezaré, pues, sin más preámbulos, por dar razón de la vida y de las obras poéticas de D. José Joaquín de Olmedo.

Aficionado yo de antiguo á las producciones de ingenios americanos que había conseguido ver; deseoso de hablar de ellas con el mayor conocimiento posible, pedí noticias de Bello y de Olmedo, hará cosa de veinte años, á mi buen amigo y compañero en la Real Academia Española D. José Joaquín de Mora, que los conoció y trató. Diómelas él, en carta de su puño y letra, del sabio rector de la Universidad de Chile, del insigne Andrés Bello, á quien celebran en todas partes honrándole con el título de *príncipe de los escritores y poetas del Nuevo mundo*. Al hacerlo así concluía diciéndome: «De Olmedo sé poco, y lo comunicaré en otra ocasión.» Desgraciadamente no pudo llegar esa ocasión, porque muy poco después del ofrecimiento que me hizo Mora una penosa enfermedad le llevó al sepulcro. Habré, pues, de contentarme con utilizar y adobar según se me alcance las noticias relativas á Olmedo que encuentro en la *América poética* (1), las que con-

(1) América poética. Colección escogida de composiciones en verso escritas por americanos en el presente siglo. *Valparaíso*, 1846.—La biografía de Olmedo que precede á sus poesías en esta interesantísima colección, obra, según parece, del erudito literato D. Juan María Gutiérrez, no está firmada y ocupa menos de una página en folio.

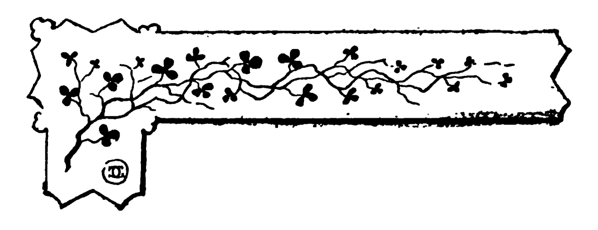
tienen las biografías escritas por los hermanos Amunáteguis (1) y por el Sr. Torres Caicedo (2), las que más recientemente ha dado á luz en Bogotá D. Miguel Antonio Caro, infatigable en esclarecer con profunda erudición y buen criterio cuanto concierne á la vida intelectual de las Repúblicas hispano-americanas (3), y algunas que he podido allegar por otros conductos.

(1) JUICIO CRÍTICO DE ALGUNOS POETAS HISPANO-AMERICANOS. *Santiago* (de Chile), 1861.—Desde la pág. 17 á la 39 inclusive.

(2) ENSAYOS BIOGRÁFICOS Y DE CRÍTICA LITERARIA. *París*, 1863. Tomo I: desde la página 112 á la 153.

(3) El curioso estudio de Caro se titula: OLMEDO. LA VICTORIA DE JUNÍN.—CARTAS INÉDITAS. Publicóse en los números 10, 12 y 14 de *El Repertorio Colombiano*, pertenecientes á los meses de abril, junio y agosto de 1879.





II.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS.

En la ciudad de Guayaquil, que en aquel tiempo formaba parte del Virreinato del Perú y ahora pertenece á la República del Ecuador, nació D. José Joaquín de Olmedo el año de 1784.

De sentir es que no sepamos ni el mes ni el día en que vino al mundo, por no haberse tomado los biógrafos americanos la molestia de inquirirlo (siendo para ellos cosa fácil), y que ni siquiera mencionen el nombre y calidad de los padres del insigne poeta. Que no debían éstos carecer de ilustración ni de algunos bienes de fortuna, muéstralo la circunstancia de haber enviado su hijo á que se educase en Lima. Allí estudió Olmedo en el Colegio de San Carlos y en la famosa Universidad de San Marcos. Allí hubo sin duda de aprovechar en

sus estudios y de comenzar muy pronto á sobresalir por su entendimiento, pues no bien entrado en la mayor edad le eligieron sus paisanos para representar á Guayaquil en las Cortes generales convocadas por la Regencia durante la cautividad del Rey, las cuales se reunieron en la isla de San Fernando á 24 de Setiembre de 1810.

Olmedo, como Bello, nació súbdito español. Formóse intelectualmente con arreglo á la disciplina escolástica española (menos deficiente de lo que él decía, y de lo que supone su encomiador Gutiérrez aludiendo á la educación literaria de la juventud en las universidades que fundamos en América), y dirigió sus primeros cánticos á dar fé de ardiente españolismo, de vivo amor al Trono y á la dinastía borbónica.

Para comprobarlo basta examinar el espíritu y la letra de la elegía titulada *En la muerte de María Antonia de Borbón, Princesa de Asturias*, escrita en Lima por Mayo de 1807, cuando el autor apenas contaba veintitres años. De esta composición, la más antigua que se conoce del *vate del Guayas*, dicen los Sres. Amunáteguis como subido encarecimiento, quizá excesivo, que es tal su *mérito clásico* «que ni Gallego, ni Lista, ni Quintana la habrían considerado indigna de ocupar lugar en la colección de sus

Ya, cual garza atrevida,
Traspasará los mares,
Ó cual águila audaz alzará el vuelo
Hasta el remoto y estrellado cielo.»

En estos versos verá el menos lince gusto clásico y estilo propio de un maestro de bien decir. Pero en los que traslado á continuación hay, amén de eso, algo que hace más al caso en este lugar, porque pone de bulto los sentimientos del poeta y corrobora su fervoroso españolismo. Indignado contra el invasor francés que había ido apoderándose arteramente de las poblaciones más ricas de nuestra península, exclama el vate de Guayaquil, dirigiéndose á las huestes napoleónicas:

«¡Siervos del crimen! ¡Nuestros caros Reyes
Volvednos! Sí, volvednos *nuestros Padres,*
Los Dioses de la España,
Y venid á quitarlos en campaña.
¡Siervos viles del crimen! Acordaos
De la inmortal jornada de Pavía:
De allí, del mismo campo de batalla
Cautivo y prisionero
Vió entrar Madrid vuestro Monarca fiero.
Imitad, si podéis, tan grande hazaña.
¡Esto es honor! Y si queréis vengaros,
Volvednos nuestros Reyes
Y venid á quitarlos en campaña!»

¡Singular coincidencia! Bello y Olmedo, los dos líricos más inspirados de la América del Sur, aquéllos que andando el tiempo habían de llegar á ser los más dignos cantores de su independencia (desatándose en maldiciones al nombre español que antes tuvieron por uno de sus principales timbres), comenzaron por sublimar al león de Castilla y por rendir tributo de amorosa lealtad á los Monarcas hispanos, ahora ensalzando Bello las sin iguales proezas de nuestros mayores y las virtudes de Carlos IV, con motivo de la expedición de Balmis para propagar la vacuna en el Nuevo Mundo, ahora dejándose arrebatar Olmedo de santa ira contra los franceses usurpadores del solio, hasta el punto de llamar á Fernando VII y á su Real familia *Dioses de la España*. Así son las glorias de esta vida.

Animado de fuego tan patriótico y de tan vivo amor al *deseado* Rey prisionero en Francia, de quien Olmedo se proclamaba *hijo*, á fuer de español, aprestóse el diputado peruano á dejar el suelo natal con rumbo á las playas de Cádiz para tomar asiento en las Cortes como representante de Guayaquil. Dolorosa debió ser la partida á quien iba á cruzar el Océano y abandonarse á los imprevistos accidentes de un largo viaje, mucho más lento y penoso entonces que ahora. Amante de su familia, enca-

riñado con sus amigos, apegado como ninguno á la ciudad en que vió la luz y á las fértiles campiñas que presenciaron los juegos de su niñez, Olmedo se embarcó al fin para Europa con el corazón traspasado, pero lleno al par de ilusiones y de esperanzas.

Nada sé de fijo sobre la época de su salida de Guayaquil y de su llegada á España. Los biógrafos americanos, que hubieran podido ilustrar la vida del preclaro ingenio con datos recogidos de él mismo, de sus compañeros ó deudos y de los muchos que le trataron, no sólo son excesivamente parcos en noticias, sino en las muy pocas que dan prescinden por lo común de anotar y puntualizar las fechas. Enamorados de las poesías, deléitanse ante todo en examinarlas y aplaudirlas: olvidan que podrían apreciarlas tanto mejor y con mayor exactitud, cuanto más á fondo conociesen la índole y circunstancias del poeta, y las vicisitudes que influyeron de algún modo en el rumbo de su inspiración.

Y ya que le dejemos en camino venciendo el rigor de las olas por las llanuras del Atlántico, detengámonos un momento á contemplar el *retrato* moral y físico que de sí mismo había trazado con festiva pluma hacia el año de 1808 para enviarlo desde Lima, en don de fraternal estimación y afecto, á su hermana Magdalena.

Torres Caicedo califica está composición, escrita en versos heptasílabos, de *hechicera por su sencillez*: los Amunáteguis dicen que es *un juguete que tiene cierta gracia y soltura, aunque peca por difuso*; Caro la juzga de *escaso valor*. Poéticamente considerada, tiene razón Caro. Sin embargo, ninguna otra composición de Olmedo es tan importante para darnos á conocer su figura, su fisonomía, las prendas de su alma. Como documento biográfico, *Mi retrato* es inapreciable.

Veamos de qué modo se bosqueja á sí propio el cantor del Guayas.

«Imagínate, hermana,
Un joven cuyo cuerpo
Tiene de alto dos varas,
Si les quitas un dedo.
Mi cabello no es rubio,
Pero tampoco es negro;
Ni como cerda liso,
Ni como pasa crespo.
La frente es espaciosa,
Cual de hombre de provecho.
. . . .
Las cejas bien pobladas
Y algo oscuro su pelo,
Y debajo unos ojos,
Que es lo mejor que tengo:
Ni muy grandes, ni chicos,
Ni azules, ni muy negros,

Ni dormidos, ni alegres,
Ni vivos, ni muy muertos.
Son grandes las narices,
Y á mucho honor lo tengo,
Pues narigones siempre
Los hombres grandes fueron:
El célebre Virgilio,
El inmortal Homero,
El amoroso Ovidio,
Mi amigo y mi maestro.
La boca no es pequeña,
Ni muy grande en extremo:
El labio no es delgado,
Ni pálido ó de fuego.
Los dientes son muy blancos,
Cabales y parejos,
Y de todo me río
Para que puedan verlos.
La barba es algo aguda,
Pero con poco pelo.

. . . .

El color no es muy blanco,
Pero tampoco es prieto.

. . . .

No es largo, ni encogido,
Ni gordo mi pescuezo:
Tengo algo anchos los hombros,
Y no muy alto el pecho.

. . . .

Aire de petimetre
Ni tengo, ni le quiero.
La pierna no es delgada,

El muslo no muy grueso,
Y el pié que Dios me ha dado
Ni es grande ni es pequeño.»

Hecha esta prolija enumeración de sus partes físicas, entra Olmedo á referir las de otra especie que le adornan, indicando como de pasada que obtenía premios académicos en el Colegio de San Carlos, donde estudió antes de ir á la Universidad de San Marcos y de merecer y alcanzar en ella el grado é insignias doctorales.

«Una banda celeste
Me cruza por el pecho,
Que suele ser insignia
De honor en mi colegio.»

El joven *amigo* y *discípulo* de Ovidio, que ni tenía ni quería tener aires de *petimetre*, no podía menos de huir de todo extremo ó exageración para estar concorde consigo mismo, y de preferir los encantos de la Naturaleza, las delicias del saber y el dulce trato de las Musas á vanas ó enojosas futilidades.

«En vicios, en virtudes,
Pasiones y talentos,
En todo, ¡vida mía!
En todo guardo un medio.

. . . .

Mi trato y mis modales
Van á par con mi genio:

Blandos, dulces, sin arte,
Lo mismo que mis versos.»

Esta pintura, que me parece verdadera por el perfume de ingenuidad que respira, se completa con la que traza el autor para dar idea de sus aficiones literarias. Las cuales son prueba evidente de que le habían encaminado bien desde el principio, y de que bajo la dominación española el estudio de las *humanidades* estaba en las escuelas de América menos descuidado que suponían Gutiérrez y Olmedo.

«Junto á mí pocos libros.
Muy pocos, pero buenos;
Virgilio, Horacio, Ovidio,
Á Plutarco, al de Teyo,
Á Richardson, á Pope,
Y á ti ¡oh Valdés! ¡oh tierno
Amigo de las Musas,
Mi amor y mi embeleso!»

Tal era en cuerpo y alma, por testimonio de quien le conocía mejor que nadie (1), el

(1) Ciertamente que nadie podía conocer á Olmedo mejor que él mismo, ni darnos descripción más exacta de su persona; y aunque en un pasaje de su festiva composición parece hablar de burlas, pues le oímos decir:

«Deja que sin desquite
En mis alegres versos,
Muy ufano me ría
De esos hombres soberbios

hombre honrado por sus compatricios con la investidura de legislador antes de haber llegado á la edad viril.

Mucho debió distinguirse Olmedo desde los floridos años de la juventud, cuando le otorga-

Que piensan perpetuarse
Pintándose en los lienzos,»

poco después toma aire más formal y escribe, dirigiéndose á su querida hermana que le pedía el retrato:

«Por tí hago el sacrificio:
Lo mandas: te obedezco:
El pintor soy yo mismo:
Venga, venga un espejo
Que *fielmente* me diga
Mis gracias y defectos.»

No dudo que el pintor habrá exagerado y sobrecargado de color algunos rasgos de su figura; pero estimo verdaderos los contornos. Con quien este *retrato* no tiene ningún parecido es con el que trazó de sí propio Salvador Jacinto Polo de Medina, del cual dicen los Sres. Amunáteguis que *está imitado* el de Olmedo. No hay tal imitación. El *retrato* de Polo es una burleta gongórica no exenta de chiste, pero toda en este revesado estilo:

«Del desván de mi cabeza
Es mi chuzo cuerpo Atlante,
Ó pirámide en quien sirve
Un cascabel de remate.
. . . .
¡Qué huérfanos son los pobres!
Pues no he dicho en mis cantares
«Madre mía,» como algunos,
Porque hay poetas con madre.»

¿Dónde está aquí, no ya la semejanza, mas ni sombra siquiera de parecido entre uno y otro?

ron tan codiciada investidura la primera vez que los pueblos americanos iban á tener representación en las Cortes españolas. En ellas fué compañero de Quintana, de Gallego, de Martínez de la Rosa, de D. Eugenio de Tapia y de otros poetas y escritores conocidos ya, ó que adquirieron fama en aquel palenque por su saber y elocuencia. Y aunque presumo que hubo de trabar amistad con ellos mientras vivió en Cádiz, donde le vemos figurar entre los que firman la Constitución de 1812, no hizo resonar su nombre, como D. José Mejía ú otros diputados ultramarinos, ni en el campo de la política, ni en la oratoria, ni en las bellas letras.

En 1814, terminada ya su misión en la Península, ó huyendo con fortuna de la persecución que alcanzó á sus compañeros (según afirman Gutiérrez y Caro), el futuro cantor de *La Victoria de Junín* regresó á su ciudad nativa, que aspiraba por aquel entonces á romper el lazo que la unía con la madre Patria, aunque no se mostrase aún tan decidida contra nosotros como otros pueblos americanos de origen español.

Poco saben los biógrafos sobre la vida de nuestro poeta desde su vuelta á Guayaquil, ú omiten cuanto podía interesarnos más para conocer al hombre. En las breves noticias que

publicó Gutiérrez en la *América poética* dice únicamente que desde que Olmedo regresó á las orillas de su querido Guayas permaneció en ellas «hasta que fué nombrado miembro del Congreso Constituyente del Perú en 1822,» y lo mismo da á entender Torres Caicedo. Ambos se equivocan. En ese intervalo hizo por lo menos una excursión á la capital del antiguo Virreinato, dado que en 1817 fecha en Lima la hermosa poesía que dirigió *Á un amigo en el nacimiento de su primogénito*, la mejor de cuantas había escrito hasta entonces. Raro es sin duda que ni Torres Caicedo ni Gutiérrez se fijasen en tal circunstancia, habiendo este último incluído esa composición, con la fecha al pié, en la hoja siguiente á la que inserta su noticia biográfica de Olmedo. Pero más raro me parece aún que no hablen de la familia del poeta, ni de su casamiento, ni de sus hijos, ni de nada de aquello que ocupó en su corazón el primer lugar, y que su generoso pecho antepuso al amor de la gloria poética, por la que suspiró siempre, y á los honores é intereses que á tantos seducen y deslumbran. De que amaba tiernamente á su madre, que hubo de fallecer mientras el hijo residió en España ejerciendo el cargo de diputado, tenemos testimonio expresivo en esa elocuente poesía. Hablando con la esposa del amigo á quien la dirige, que se

había visto obligada á permanecer durante diez años lejos del país natal, exclama:

«Gózate para siempre, amiga mía;
Huyó la nube en tempestad preñada,
Y te amanece bonancible día.
Gózate, tierna amiga, para siempre:
Éste, éste de la patria el caro suelo;
Éste su dulce y apacible cielo,
Estos tus lares son. ¿Por qué suspiras?
No es ya mentido sueño lo que miras...
Esa que tierna abrazas es tu madre.
Tú, más feliz que yo, tu madre abrazas...
Mientras yo ¡desdichado!
Que una ventura igual me prometía,
Sólo en la tumba abrazaré la mía.»

Las divisiones intestinas que estallaron entre los fautores de la independencia mucho antes de ver logrado su objeto; los celos recíprocos de diversas comarcas que hubieran debido marchar al apetecido fin unidas por un interés común; la guerra de emancipación que se prolongaba de año en año sangrienta y terrible, con el horror que inspiran siempre luchas entre hombres nacidos de un mismo tronco y que hablan una lengua misma, todo contristaba profundamente el ánimo de Olmedo y le hacía prorrumpir en dolorosas exclamaciones:

«¡Qué escenas, Dios, qué ejemplos, qué peligros!

. . . .

El indigno espectáculo te espera
De una patria en mil partes lacerada,
Sangre filial brotando por doquiera;
Y, crinada de sierpes silbadoras,
La discordia indignada
Sacudiendo cual furia horrible y fea
Su pestilente y ominosa tea.»

Cinco años después de haber escrito estos versos (viva expresión de las amarguras del poeta, preludio de interno combate por vencer y acallar sentimientos monárquicos y españoles), Olmedo fué uno de los tres miembros de la Junta de Guayaquil que pretendía constituir la ciudad en Estado independiente: «pretensión loca (dice Caro) que le mereció al triunvirato aquel una justa é irónica reconvención de Bolívar.»

El sesudo escritor colombiano utiliza las *Memorias* inéditas del general O'Leary, que un hijo de éste ha tenido á bien franquearle con oportuna liberalidad, para sacar á luz pública curiosas noticias sobre sucesos de 1822 y de años posteriores concernientes al ilustre poeta. Gracias á ello puedo enriquecer estos apuntes con algunas que no se hallan en las anteriores biografías de Olmedo.

Caro agrupa de este modo, con su habitual pericia y discreción, los datos que extracta del irlandés O'Leary, cuyas *Memorias*, por lo vis-

to llenas de interés, deben ser muy útiles para ilustrar acontecimientos de una época preñada de sucesos importantísimos, de influencia decisiva en la futura suerte de nuestra nación, y de recuerdo imperecedero en los fastos de la América española.

«En Guayaquil querían unos, y eran los menos, adherirse á Colombia; otros, dirigidos por La Mar, eran resueltamente adictos al Perú; un tercer partido, á cuya cabeza figuraba nuestro poeta, proclamaba la independencia de la ciudad, aceptando en retirada la unión al Perú; jamás á Colombia. Chasqueados en sus pretensiones los tres miembros de la Junta de gobierno, Olmedo, Roca y Jimena, de callada y precipitadamente pasaron al Perú, donde fueron muy bien recibidos y obtuvieron cargos del gobierno. El trance de muerte en que se vieron los patriotas peruanos, si no les acorrían las fuerzas de Colombia, les hizo volver los ojos al libertador, y «el genio y la fortuna» de este caudillo, según la expresión de Olmedo, como también su elocuencia maravillosa, acabaron por seducir y arrastrar al poeta y á sus rehacios compañeros. En 1823 Olmedo y Sánchez Carrión fueron comisionados por el Congreso del Perú para llamar á Bolívar. En 1825 canta Olmedo la victoria de Junín, y Bolívar le nombra Ministro en Lon-

dres. La amistad de estos dos hombres no se alteró jamás. Bolívar, escribiéndole de Bucaramanga en 1828, le ofrecía la cartera de Relaciones exteriores. Con todo, tratándole de soberano á soberano (1), mostraba respeto á las afinidades peruanas del poeta, convidándole en estos corteses términos, honrosos sobremanera para el que los dictara, cuando recordamos que era el fundador de tres naciones: «Diré á V. que celebro mucho su regreso á Colombia, para que nos sirva, si V. no prefiere á nuestro Gobierno el de su amigo La Mar. ¿Tendremos querella por este dichito? Yo espero que no, pues no hay malicia, sino franqueza en lo que digo (2).»

Aunque gran admirador de Bolívar, Olmedo no amaba á Colombia ni renunció nunca á los sentimientos que le ligaban al Perú. El mismo O'Leary, edecán y confidente de aquel caudillo, lo atestigua en las siguientes cláusulas trasladadas por Caro de las susodichas *Memorias* á sus interesantes artículos de *El Repertorio*: «Nacido en una comarca que, por su situación, belleza y fertilidad es la envidia de las regiones que baña el mar del Sur, ponía Ol-

(1) «Siendo los grandes grandes en todo, he querido tratar á usted en grande.» ¡Qué bella frase, qué noble sentimiento!—(Nota de D. M. A. Caro.)

(2) *El Repertorio Colombiano*, núm. 12, págs. 452 y 453.

medo todas sus complacencias en su tierra natal y en el río que la hermosea. Filósofo sin pretensiones, prefería estudiar el mundo en su gabinete más bien que en el tumulto de la sociedad. Como poeta, menos ambicionaba gobernar su país que celebrarle en sus versos. Los acontecimientos políticos que ocurrieron después le sacaron de su retiro, y sus paisanos le hicieron la honra de confiarle las riendas del Gobierno. Como hijo de Guayaquil, la idea de la independencia halagaba tal vez su patriotismo. Educado en Lima, el suave y afeminado carácter de los peruanos, no desemejante del suyo propio, y los recuerdos de su primera juventud, le ligaban al Perú. Como americano, admiraba el valor y constancia que desplegaron en la guerra de independencia los soldados de Colombia; y en su amor á las bellezas de la naturaleza, gozábase en admirar desde las risueñas márgenes del Guayas el estupendo Chimborazo, que alza la nevada frente allá en las nubes, sin que el distante espectador acierte á distinguir si es cosa del cielo ó de la tierra. El genio aún más sublime de Bolívar, ganó su respeto y veneración. Mas estos eran sentimientos que profesaba como poeta y como americano, y no vínculos que le ligasen á la República.»

Las anteriores observaciones honran la pers-

picacia del general irlandés. Así era Olmedo. Pero hay algo más eficaz todavía para revelarnos mejor el carácter y los sentimientos del poeta: sus cartas al *Padre de Colombia y Libertador del Perú* (1). Las siete inéditas publicadas por Caro en *El Repertorio* son como transparente cristal que deja ver á clara luz el alma del que las escribe. Añade quilates al interés de tan precioso documento histórico-literario la circunstancia de haberlas trazado el autor cuando estaba en la plenitud de sus facultades poéticas y creaba la más aplaudida de sus obras, *La Victoria de Junín*. En todas esas cartas hay algo á propósito para ponernos en camino de convertir el lijero *bosquejo* en verso de la inexperta mano del joven, en *retrato* acabado y perfeccionado en severa prosa por la edad viril.

«Siempre he dicho yo (escribía Olmedo á Bolívar el 15 de abril de 1825) que V. tiene una imaginación singular; y que si se aplicara V. á hacer versos, excedería á Píndaro y á Osián. Las imaginaciones ardientes encuentran relaciones en los objetos más diversos entre sí; y sólo V. pudiera hallar relación entre un poeta que canta con su flauta á orillas de su río, y entre un Ministro que representa una

(1) El Dr. Fernández Madrid nombra así á Bolívar en una de sus canciones patrióticas.

nación en las Cortes de los Reyes. Pues bien, sea. Yo, para desempeñar á V., lo más que puedo hacer, lo más que prometo es trabajar con celo, portarme con honradez, y vivir modestamente para no deshonrar la elección de V. ni el nombre republicano.

»En el correo escribiré al Gobierno de Colombia pidiendo el permiso; pero no esperaré el resultado en caso de que deba salir antes de la contestación; pues estando estos departamentos á la disposición de V., con más razón debe estarlo la cosa más pequeña de la República, mi persona.»

Los hombres de entonces no solían ser tan duchos como los de ahora en el arte de fingir sinceridad y honradez, ni tan fáciles en faltar descaradamente á sus promesas. Las de Olmedo al Libertador no eran, pues, ni fueron jamás, vanas palabras. Su gratitud al héroe por la merced recibida arrancaba del fondo del corazón. Halagábale, sin duda, una distinción envidiable y honrosa que no había solicitado. Pero sus gustos sencillos y la dolorosa perspectiva de alejarse por algún tiempo de su hogar y de sus hijas que tanto amaba, le hacían sentir mucho que á deshora le sacasen de *su colmena* de Guayaquil, donde empezaba á vivir tranquilo, *aun cuando no le salían muy buenos los panales.*

Con el afán de quien se halla en situación difícil y anhela salir de ella pronto para pasar el mal trago y cumplir sin demora penosos deberes, decía más adelante en la misma carta:

«Yo necesito unas instrucciones muy claras y prolijas, porque mi intención es no propasarme una línea de mis atribuciones. Aun la parte dispositiva que suele dejarse á los apoderados, según las circunstancias, quisiera que fuese lo más estrecha y circunscripta que ser pudiera. Á los que no tienen bien sentado el pulso, cuando escriben sin pauta suelen salirles torcidos los renglones.»

Y un mes después (en carta del 15 de mayo) añadía en son de apremio:

«Estoy esperando con ansia los papeles que me remitan de Lima sobre mi comisión. Quisiera que allá aprovecharan de la salida de algún buque para mayor brevedad. Saldré cuanto antes pueda: la vía de Panamá me parece la mejor; pero si en Lima no andan listos, temo que pase el julio sin estar yo en Jamaica, y entonces se pasa la buena estación de navegar por las Antillas, Usted sabe que en agosto no salen buques de Jamaica, y que es preciso esperar á los paquetes que salen cada mes ó cada mes y medio; y que cuando está amagado el mal tiempo, suelen retardarse más. Yo estoy prevenido; de modo que después de recibir

mis credenciales, nada tengo que hacer sino embarcarme.»

Todavía se vió precisado á insistir de nuevo el 30 de junio en la reclamación de credenciales é instrucciones, repetida ya sin fruto una y otra vez:

«Hasta ahora no he recibido los despachos del Gobierno ni parece mi compañero Paredes. Cuando recibí en abril el nombramiento de mi comisión, me formé estos jardines alegres. Mientras llega mi aceptación se habrán extendido las instrucciones. El buque que debe llevar á los diputados del gran Congreso al Istmo, estará pronto: saldrá luego de Chorrillos con escala en Guayaquil; me embarco, llego á Panamá á principios de junio; á fines del mismo llego á Jamaica; aprovecho el paquete que sale en julio, y en todo agosto puedo ver en Windsor la casa de Pope. Todo se ha disipado, y tengo ahora el sentimiento de que quizá mi viaje empezará por el mismo tiempo en que yo creía debía estar concluído.

»Yo no podía tener ni podía desear un compañero mejor que Paredes. Sus luces me ilustrarán y su conducta será el ejemplar y el freno de la mía.»

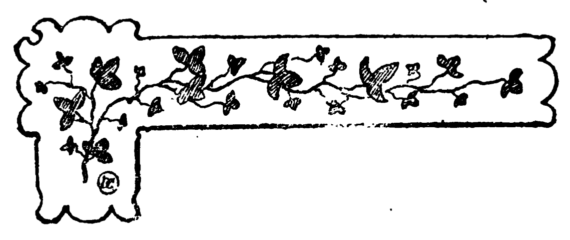
Por último, en 5 de agosto de aquel mismo año anunciaba su partida al ilustre caudillo cuyas glorias había cantado con estro pindá-

rico, y se despedía de él con estas delicadas palabras llenas de sentimiento y de verdadera emoción:

«Hoy salgo. Voy á dejar mi tranquilo hogar por el estrépito de las Cortes, ó lo que es lo mismo, abandono las plácidas corrientes del Guayas por las tumultuosas olas del Océano.

»Hoy salgo. Este es el momento en que conozco que tiene algún valor el servicio que voy á hacer. Como después que soy marido y padre no me he separado ni á tanta distancia, ni por tanto tiempo, ni con tantos peligros, ni con tantas incertidumbres sobre el regreso, nunca he sentido un pesar como éste, que á la verdad es... inexplicable.

»Este pesar se aumenta con la triste reflexión, que jamás he hecho en otros tiempos, sobre mi futura subsistencia y la de mi familia. Pero las obligaciones y el amor paternal reforman y castigan con los días los sentimientos meramente filosóficos. Voy á pasar dos ó tres años en inquietud, porque ya pasó la edad de las ilusiones. Me parece que volveré como me voy... Dios conserve muchos años á la cabeza de esta casa; pues ya sabe V. cuál fué la herencia de Alejandro. De todos modos, parto resignado, y en cierto modo contento; porque voy á obedecer y complacer á V., y porque voy á servir á la patria.»



II.

SIGUEN LAS NOTICIAS BIOGRÁFICAS.

Antes de abandonar las playas de América para dar cumplimiento en Londres á la misión diplomática que le había confiado el *siempre vencedor Simón Bolívar* (según le nombra en carta dirigida al *Libertador* felicitándole por la victoria de Ayacucho (1), golpe decisivo contra las armas espa-

(1) Esta carta, una de las siete inéditas publicadas por Caro en el núm. 10 del *Repertorio colombiano*, donde la reproduce conservando fielmente hasta la ortografía del original, merece particular atención. Por eso la traslado aquí al pié de la letra:

«*Al libertador: al siempre Vencedor Simon Bolivar.* = Mi querido señor y muy respetado amigo. = En este momento me dicen que sale un buque para el Perú: y no quiero perder la primera ocasion de felicitar á V. por la memorable victoria de Ayaxcuco.—Con mi licencia poética trasformo así el nombre de Ayacucho porque suena desagradablemente: y ninguna cosa fea merece la inmortalidad. = Aora, aora sí me confieso absolutamente sorprendido: pues aunque jamás desconfié del suceso, era precisa una divina inspiración

ñolas encargadas de mantener en el Perú nuestra antigua dominación), el vate del Guayas dejó concluida la más célebre de sus composiciones poéticas. Habiéndole recomendado Bolívar que cantase los últimos triunfos de la insurrección americana, empresa que él había acometido ya por impulso propio no bien llegó á sus oidos la noticia de haber sido derrotados los españoles en Junín (1), esforzóse por dejar-

para prever un triunfo tan completo y tan pronto. Hasta la sal de la sorpresa ha hecho mas grata la victoria. = Este verdaderamente ha sido el dia de la América—el dia de Bolivar = He leido con trasporte la proclama de V.: es bella, es sublime. Nada deja que desear, nada: sino... sino que algunas palabras no despierten algunos celos en tierra, y... alguna tempestad en el mar.—Usted ha perdido todo derecho de increparme por esta licencia, desde que dejó correr impunemente y aun aplaudió mis observaciones sobre su primera proclama desde Pasto.—La última desde Lima es uno de los documentos clásicos de nuestra santa insurrreccion. = Las tres últimas palabras son dignas del mármol y del bronce.—Fi donc!—ellas son dignas de los corazones.—No mandar mas!!! Divina expresion: expresion de una alma que ya no puede soportar su propia gloria. Ella me suscita la idea de un hombre que habiendo fijado los ojos desnudos en el sol, los retira, los cierra atormentado de tanta luz. = Oyes? oyes?—ó yo me engaño—¿qué estrépito es aquél?—Es el carro de la libertad que se pasea en triunfo desde las majestuosas riberas del Orinoco hasta el último borde del destemplado lago en que sobrenada la isla de Titicaca—dibujando en su carrera los *colores del iris*. = Salud y gloria. = José Joaquin Olmedo. = Guayaquil enero 6-825.»

(1) En carta de Olmedo al Libertador, fechada el 31 de enero de 1825, dice lo siguiente:

«Siento que V. me recomiende cantar nuestros últimos triunfos. Mucho tiempo ha, mucho tiempo ha que revuelvo en la mente este pensamiento.—Vino Junin, y empecé mi canto. Digo mal; em-

le complacido antes de emprender el viaje, satisfaciendo al par una necesidad de su espíritu inflamado en patriótico ardor.

Mucho hubo de luchar Olmedo consigo mismo para enlazar en su *Oda* la victoria de Junín, objeto principal del *Canto á Bolívar*, con la más importante ó trascendental de Ayacucho, que no mandó aquél personalmente. Las cartas que mediaron sobre dicha obra entre el caudillo colombiano y el poeta de Guayaquil, de las cuales me haré cargo más adelante al hablar de esta y de las demás poesías de Olmedo, lo ponen de manifiesto patentizando lo que uno y otro pensaban de tal poesía. Porque Bolívar, educado en España, tenía conocimientos y gusto literario que daban á su voto gran peso en materias de esta especie, haciéndole apto para representar á un tiempo mismo el papel de Augusto y el de Mecenas. Prueba indudable de la solidez y bondad que alcanzaba en nuestro país á fines del siglo anterior el estudio de las letras humanas, en armonía con

pecé á formar planes y jardines; pero nada adelanté en un mes. Ocupacioncillas que sin ser de importancia, distraen; atencioncillas de subsistencia, cuidadillos domésticos, ruidillos de ciudad, todo contribuyó á tener la musa estacionaria. Vino Ayacucho, y desperté *lanzando un trueno* (*). Pero yo mismo me aturdí con él, y he avanzado poco. Necesitaba de necesidad 15 dias de campo, y no puede ser por ahora.»

(*) Alusión al principio de la oda comenzada. *(Nota autógrafa.)*

las ideas predominantes á la sazón en todos los pueblos cultos.

Olmedo, que no se había hecho notar en las Cortes españolas de 1810, logró sobresalir en el Congreso del Perú reunido en Lima el 20 de setiembre de 1822, ya como orador florido, elegante y correcto, ya como sincero patriota animado del mejor sentido y de las más rectas intenciones. Á estas nobles prendas de su inteligencia y de su carácter debió sin duda que Bolívar se fijase en él y le nombrase para sustituir al ilustrado granadino D. Juan García del Río en el cargo de agente diplomático en Inglaterra. Aquel glorioso caudillo, de quien dice el General O'Leary que era «gran conocedor de los hombres y del corazón humano;» que «comprendía á primera vista para qué podía servir cada cuál,» y que tratándose de personas «en muy raras ocasiones se equivocó (1),» no era hombre para cometer la flaqueza de recompensar al cantor de Junín, por el mero hecho de recibir de él grandes elogios en versos no terminados ni publicados aún, con una misión tan delicada, tan difícil, de tanta importancia para el buen éxito de sus planes. Si no hubiese tenido en mucho la capacidad y méritos del elegido, no le habría encomendado un

(1) ESCRITOS PÓSTUMOS DE O'LEARY.—RETRATO DE BOLÍVAR. —*Repertorio Colombiano*, tomo II, pág. 264.

puesto que requería en aquellas circunstancias condiciones especiales en la persona encargada de desempeñarlo. Digo esto, porque no falta quien dé á entender que el nombramiento de Olmedo, recibido en los momentos en que se esforzaba por cantar la glorias del Libertador, fué como indirecta recompensa de los encomios que le tributa en *La Victoria de Junín*. Sea intencional ó no lo sea, la indicación me parece injusta. El adagio *piensa mal y acertarás*, amargo fruto de la desengañada experiencia, se halla muy lejos de ser axioma infalible. Tomarlo por norma al juzgar acciones ajenas, sobre estar reñido con la caridad cristiana, es peligroso y no puede menos de inducir á errores trascendentales (1).

(1) Lejos de estimar que el nombramiento de Olmedo fuese consecuencia inmediata de haber lisonjeado al Libertador enalteciéndole con entusiasmo por sus heróicas hazañas, pienso que hubo de labrar en el ánimo de éste, para honrar y favorecer al poeta, el previo conocimiento de su dignidad y entereza. Bolívar no podía menos de apreciar el arrojo con que Olmedo, comprometiendo su tranquilidad y arriesgando su porvenir por no torcer sus convicciones, se opuso á los deseos del prepotente caudillo cuando trataba de que Guayaquil se incorporase á la gran nación que había formado. El hombre que le escribía en tales circunstancias (á 29 de julio de 1822): «Yo me separo, atravesado de pesar, de una familia honrada, que amo con la mayor ternura, y que quizá quedará expuesta al odio y á la persecución por mi causa. Pero así lo exige mi honor. Además, para vivir necesito de reposo más que del aire; mi patria no me necesita; yo no hago más que abandonarme á mi destino;» después de lo cual emigraba voluntariamente al Perú por no autorizar con su presencia «lo que él estimaba un atentado de Bolívar,»

Bolívar era digno de ser cantado por Olmedo ó por cualquier gran poeta. Olmedo no necesitaba otro estímulo que el amor á la libertad de la patria para cantar al héroe que más parecía llamado á dársela, y que se ufanaba ya con el timbre de fundador de naciones. Bien sé yo que todo ello vino á redundar en menoscabo de nuestra grandeza y poderío; que, dejando á un lado consideraciones de otra índole, oscurece el brillo de aquel insigne general y hombre de Estado la crueldad de que fueron víctimas en terrible ocasión ochocientos prisioneros españoles (1). Mas no ha de cegarme el patriotismo hasta el punto de desconocer, por una parte, la gran torpeza que cometimos en auxiliar á los norte-americanos á emanciparse de Inglaterra y constituirse en república

habría desatado con tal proceder las iras de poderosos vulgares. Esa prueba de carácter debía, por el contrario, granjearle la estimación del previsor caudillo que anhelaba utilizar á todos los buenos en pró de la causa americana. Véase la VIDA DE D. ANDRÉS BELLO, *por Miguel Luis Amunátegui* (Santiago de Chile, 1882), págs. 255 y 256.

(1) Un historiador francés de ideas demagógicas y sistemáticamente adverso á todo lo genuinamente español, se expresa de esta manera: «Pour répondre aux premières attaques des royalistes et aux massacres qu'ils avaient ordonnés dans les valles du Tuy, il (Bolívar) fit égorger, au nombre de huit cents, tous les prisionniers espagnols détenus à Caracas et à la Guayra, mesure exécrable dont il chercha vainement à se justifier plus d'une fois.» GUSTAVE HUBBARD: *Histoire contemporaine de l'Espagne:* París, 1869. Tomo I, página 284.

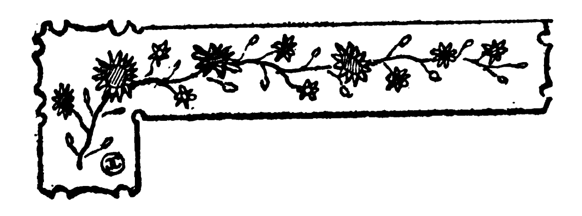
federal (ejemplo que tarde ó pronto había de influir en nuestras inmensas colonias, excitadas á seguirlo por la poderosa Albión, ansiosa de tomar represalias en daño nuestro y de satisfacer al par su codicia), y por otra, lo que son y han sido siempre las guerras, y muy especialmente las guerras civiles [1]. Mancha, y mancha indeleble en la memoria de Bolívar, es aquel acto de horrenda carnicería que acabó con tan crecido número de prisioneros incapacitados de defenderse. Pero ese rasgo sangriento y feroz, llevado á cabo en horas de vértigo por el sañudo furor de una lucha de vida ó muerte para la causa que defendía cada cual de los ejércitos luchadores, cuando el curso del tiempo ha hecho ya sus naturales oficios, no puede oscurecer á los ojos del historiador imparcial los hechos heróicos, las acciones magnánimas, las relevantes prendas del caudillo que mandó ejecutar ó consintió que se ejecutara atrocidad semejante [2].

(1) La guerra de la independencia en la América española, como efectuada entre hombres de un mismo origen, que hablaban la misma lengua y que hasta entonces habían sido regidos por un mismo cetro y formado parte de una sola nación, tiene todas las circunstancias que caracterizan las guerras civiles.

(2) El distinguido escritor colombiano D. Carlos Holguín dice, refiriéndose á la independencia de nuestras antiguas colonias de la América del Sur: «El triunfo definitivo fué obra de los milagros repetidos de Bolívar. Sin su genio vasto, creador y organizador á un tiempo mismo; sin su mirada adivinadora; sin su heróica perseve-

rancia y sin el prestigio de su nombre, flotarían de seguro todavía sobre las eminencias de los Andes las banderas españolas con los escudos de Castilla y de Aragón... Entre nuestros grandes hombres de esa época había generales, estadistas, políticos, literatos, patriotas abnegados, fanáticos por la independencia; pero no había sino Bolívar que lo fuese todo á un mismo tiempo y que tuviese la autoridad que da el genio para imponerse á todos y para hacer converger las cualidades de todos á la realización de un pensamiento.» *Estudios históricos. La independencia.* Véase el primer volumen de *El Repertorio Colombiano* (Bogotá, 1878), págs. 83 y 84. Mi opinión tocante á Bolívar concuerda en este punto con la del Sr. Holguín, contraria á la del gran historiador César Cantú, para quien Bolívar *se aveva il genio della guerra, non possedea quello della legislazione.* STORIA DI CENTO ANNI: Firenze, 1852, tomo II, página 450.





III.

ESTANCIA DE OLMEDO EN LONDRES.

Ya hemos visto cuáles eran los nobles propósitos de Olmedo al obedecer sumiso las órdenes del Libertador y aceptar el cargo de agente diplomático del Perú en la capital de Inglaterra. En aquella misión, donde estaba destinado á pasar por mil sinsabores y amarguras, se portó tan honradamente como se lo había ofrecido á Bolívar. Angustiado por las dificultades que á cada momento le salían al paso impidiéndole salvar el crédito de la nación que representaba, escribía al caudillo de la Independencia el 22 de abril de 1826:

«Nuestra situación aquí no puede ser más desagradable. Entre muchas causas indicaré dos: 1.ª Que nos hallamos sin recursos para subsistir, pues no podemos recaudar un peso

de los empréstitos anteriores. El contratista Kinder (con quien negociaron García del Río y Paroissien, y después Robertson, á pesar de la triste experiencia, pues entre todos estos hay una santa alianza como he dicho á V. otra vez), es un hombre sin crédito, y lo que es peor, sin fondos. (No extrañe V. que yo dé aquí más importancia á los *fondos* que al crédito, porque en el mercado se ven las cosas al revés que en moral.) Por consiguiente, nada podemos esperar de Kinder; nada tampoco del empréstito que vinimos á levantar, porque no debe levantarse en las funestas circunstancias de esta plaza en que han bajado los fondos extraordinariamente: los de Méjico están á 51, los de Colombia á 47 y los del Perú á 25; y pronto nos pondremos al nivel de los de Grecia y aun de los de España. Agrégase á esta pintura que los fondos de la legación que trajimos del Perú, y algunos propios míos, vinieron desde Jamaica en letras contra Londres, y todo ha caido en el pozo de Goldshmidt, aquel famoso banquero de Colombia y de varias potencias europeas, de cuya ruidosa quiebra y más ruidosa muerte he hablado á V. en una de mis anteriores. Con estos datos ya puede V. formarse idea de la situación de los embajadores del Perú en Londres. Pero esta causa, por odiosa que sea, no es intolerable para

quien tiene aquí un amigo y sabe vivir con poco. La causa principal de nuestro cuidado y de nuestra desgracia es que ha pasado el 15 de abril, día en que debieron pagarse los primeros dividendos de este año, y el Sr. Kinder no los ha pagado, á pesar de que tenía en su poder fondos destinados á este objeto, y á pesar de las repetidas promesas que nos había hecho de cumplir con este deber, que es de la mayor trascendencia. Se ha levantado con este motivo una tempestad en el comercio. Esta falta siempre es ominosa en todas circunstancias, porque el público en esta materia no discurre sino por los hechos y los pagos. El gobierno que no paga, sea por su propia mala fé ó por la de sus agentes, sea por pobreza ó porque sus fondos casualmente se demoraron, siempre, siempre pierde su crédito y su estimación, aunque se sepa que tiene inmensos recursos—que tiene á Bolívar en su seno—que ha destruido á todos sus enemigos—y que resplandece con todos los rayos del oro y de la victoria.

»Los acreedores no nos dejan vivir un instante; nos vienen á visitar en tropel; se quejan, se lamentan, nos piden explicaciones de este suceso; nos piden esperanzas; en fin, no nos dejan: porque si, como acabo de decir, la falta de este pago es ominosa en todas cir-

cunstancias, en las presentes es horrible y mortal; pues muchas familias subsisten de esos intereses, y en el día que todo está paralizado, que pasan de 600 las bancarrotas, y que no circula dinero, nadie tiene como vivir (1).»

Convengamos en que semejante situación no era envidiable, y mucho menos para el hombre que había hecho un gran sacrificio en trocar por ella la paz y las delicias del hogar doméstico. Esa constante lucha, esa fatiga diaria le hacía más y más insoportable su alejamiento de la familia, avivando en su corazón el deseo de volver á disfrutar cuanto antes las dulzuras con que le brindaba en Guayaquil el entrañable amor de su esposa y de sus hijas. Fijo en la idea de abandonar posición tan embarazosa y difícil lo más pronto que le fuera

(1) El Sr. Torres Caicedo que dió á conocer esta carta en el primer tomo de sus *Ensayos biográficos* (págs. 118, 119 y 120), escribe al pié la siguiente nota: «Poseemos autógrafas ésta y varias otras cartas de Olmedo al general Bolívar; tal vez ni la familia del poeta tiene conocimiento de ellas. Debemos dichos documentos á la amabilidad de una señora compatriota nuestra, cuyo esposo fué íntimo amigo del Libertador de Colombia y del Perú y á quien éste dejó importantísimas piezas para la historia de Sur América.» De sentir es que Torres Caicedo no insertase íntegras tales cartas por apéndice á sus noticias biográficas de Olmedo. Á juzgar por los párrafos que de ellas copia en su libro, deben ser muy interesantes como documento histórico y habrían prestado mayor luz á la vida del poeta.

dable poder efectuarlo sin desdoro, dirigió al Libertador (en carta escrita desde Inglaterra á mediados del mismo año 26) estas expresivas frases:

«Si es cierto que V. me tiene algún afecto; si no es una mera fórmula la expresión de *amigo de mi corazón* con que V. cierra todas sus cartas; si algo merece el cantor de Junín, y en fin, si V. cree que no he sido un hombre del todo inútil á mi patria y á la causa americana, yo ruego á V. con todo el encarecimiento de que soy capaz, me envíe ó mande que me envíen una licencia para volver. No se admire V.; no me culpe V. Yo no quiero irme mañana; yo no querré irme luego que tenga mi licencia; pues con licencia y todo yo sería un desertor si dejase pendientes los negocios que me están encomendados. Yo me lisonjeo con que V. me hará el favor de creerme poco capaz de una acción fea por consultar á mi comodidad ó á mi conveniencia. Con el permiso adelantado que pido ahora sólo intento estar asegurado y pronto para cuando los negocios estén arreglados; porque en llegando ese caso, preveo que mientras va mi memorial, mientras se pierde ó se extravía el principal, mientras llega, mientras se resuelve, mientras sale y mientras vuelve, se pasará un año; tiempo que puedo ahorrar de ausencia y que puedo

aprovechar en la educación de mis dos niñas de mis ojos (1).»

Las cartas de Olmedo citadas ya en todo ó en parte son viva expresión del carácter y de los sentimientos del poeta. Nada más eficaz para revelarnos los misterios de su alma y hacerle digno de nuestra estimación, si no la hubiese conquistado previamente con los fogosos arrebatos de su inspiración poética. Por lo mismo que fué injusto con España más de una vez (cosa disculpable, atendida la poderosa influencia que siempre ejercen en el hombre las especiales circunstancias de la época y de la sociedad en que vive, y considerando los extraordinarios sucesos de que fué testigo y en que á veces no pudo menos de ser actor), me complazco en reconocer que si Olmedo valía mucho como poeta, no valía menos como hombre de corazón tierno y bondadoso. Al abandonar su país nativo y embarcarse para Inglaterra siente un pesar inexplicable que no había sentido nunca. Preocúpale la idea de cuál podrá ser su futura suerte y de cómo atenderá con el tiempo á la subsistencia de su familia, en lo que jamás pensó antes de ser esposo y padre, y adivina con certera corazonada, fruto de un espíritu despojado ya de ilusiones en el

(1) *Ensayos biográficos*. Tomo I, págs. 120 y 121.

duro yunque de la experiencia, que va á vivir en incesante inquietud mientras permanezca lejos del suelo natal. Proféticas suelen ser las inspiraciones del cariño sometido á los rigores de cruda ausencia: ocasión hemos tenido de ver, y lo comprobará en adelante alguna otra, que no engañaron á Olmedo sus presentimientos.

Cualquiera menos patriota, menos honrado, menos escrupuloso en el cumplimiento de sus deberes habría antepuesto su interés propio á los intereses de la patria, procurando, á río revuelto, sacar para sí ganancia que mejorase y acrecentase su peculio (1). Olmedo no era hombre capaz de tal vileza, frecuente en todos tiempos, frecuentísima en nuestros días, y que, desgraciadamente, en vez de incapacitar á los enriquecidos por tales medios atrayéndoles el desprecio público, sirve casi siem-

(1) No todos los que entendieron en agencias semejantes á la encomendada á Olmedo procedieron con la rectitud y delicadeza que él. En carta de Andrés Bello á Bolívar, no publicada hasta hace poco y fechada en Londres á 21 de abril de 1827, se leen las siguientes líneas: «Vuestra Excelencia me conoce, y sabe que un sórdido interés no ha sido nunca móvil de mis operaciones. Si yo hubiera jamás puesto en balanza mis deberes con esa especie de consideraciones, estuviera hoy nadando en dinero, *como lo están muchos de los que han tenido acceso á la legación de Colombia* desde más de seis años á esta parte, y no me hallaría reducido á mi sueldo para alimentar mi familia.» AMUNÁTEGUI: *Vida de D. Andrés Bello*, página 229.

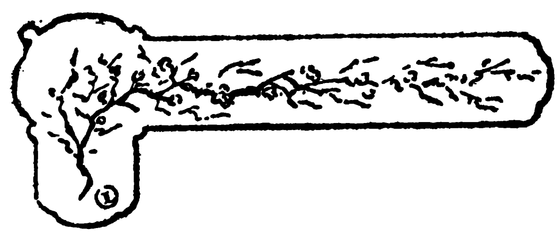
pre para encumbrarlos y darles más importancia. El poeta de Guayaquil experimenta en el desempeño de su misión privaciones y contrariedades muy amargas; no obstante lo cual mira hasta con terror que se le pueda suponer capaz de desertar de aquel espinoso puesto ínterin no haya terminado y cumplido cuanto se podía esperar del mayor celo y de la abnegación más generosa. Nobilísimo proceder que pone de bulto el acierto de Bolívar al nombrar al cantor insigne para tal cargo en tan difíciles circunstancias.

Durante la permanencia de Olmedo en Londres apenas halló en sus pesares más lenitivo que el trato afectuoso de algunos compatriotas, el de varios emigrados españoles que habían sido compañeros suyos en las Cortes de Cádiz y que procuraban mitigar las amarguras del destierro consagrando sus ocios al cultivo de las letras, y sobre todo, y más que todo, el del ilustre venezolano Andrés Bello. Almas gemelas nacidas para comprenderse y estimarse, el cantor de *La Agricultura de la Zona Tórrida* y el de *La Victoria de Junín*, no bien se conociesen personalmente, habían de unirse con lazos de entrañable afecto. Como Goëthe y Schiller en Alemania, aquellos dos ingenios, crecidos para la gloria bajo la fecunda influencia del ardiente sol de los trópicos, luego que se pusieron en

contacto entre las nieblas del Támesis abrieron su corazón á los halagos de fraternal amistad, atraidos recíprocamente por la mancomunidad de origen, de lengua, de aficiones y de gusto. Sacerdotes de un mismo culto, enamorados de un mismo ideal, aptos para producir flores poéticas de igual ó parecida fragancia, penetrados de unos mismos sentimientos, extraños á las miserias de la envidia, á los pocos días de tratarse se consideraron como amigos íntimos de toda la vida. Ansiosos de estrechar más cada vez el vínculo de mutuo y desinteresado cariño que los unió desde luego, aprovecharon la ocasión de haberse aumentado la prole de Bello con un hijo habido en Doña Isabel Antonia Dunn (con la cual contrajo segundas nupcias el vate de Caracas á 24 de febrero de 1824) para que Olmedo tuviese al recién nacido en la pila del bautismo, añadiendo así á la calidad de amigo el consiguiente parentesco espiritual (1).

(1) El ahijado de Olmedo recibió en la pila bautismal el mismo nombre de su padre.





IV.

ESTANCIA DE OLMEDO EN PARÍS.

En los últimos meses de 1826, pocos después de haber pedido al Libertador licencia para volver á América, partió Olmedo á París, obligado á orillar en la capital de Francia algunos particulares relativos á los asuntos que se le habían encomendado al venir á Europa. Las cartas que desde allí dirigió á Bello, secretario de la legación de Colombia en la Gran Bretaña por nombramiento del General Santander, Vicepresidente de la República (1), manifiestan hasta qué punto se habían estrechado en poco tiempo las amistosas relaciones de ambos poetas. Así daba cuenta Olmedo á su grande amigo de haber arribado al emporio de la cultura francesa:

(1) Fechado en Bogotá el 8 de noviembre de 1824.

«París, diciembre 1.° de 1826.—Hotel des Princes.

»Mi querido amigo y compadre:

»Mi aparición aquí debe haber sido cosa muy ruidosa. Palais royal parece un hormiguero alborotado; todo París está en movimiento, y hasta el sol ha querido celebrar mi venida con un eclipse.

»He escogido mal tiempo para hacer esta visita: el día es cortísimo, y más corto todavía el plazo de mi residencia en este pueblo, excelente para quien tenga negocios ó para quien busque placeres. Los teatros me han parecido bien; pero menos de lo que me había imaginado, exceptuando la Academia Real de Música. El Museo merece ser el museo de la Europa. Ha sido una necedad haber devuelto á sus dueños las estatuas y los cuadros con que lo enriqueció Napoleón. Pero siempre hace honor á los Reyes, que disponían á su placer de provincias y de reinos ajenos, el escrúpulo de quedarse con piedras y con lienzos.

»Finas memorias á mi amable comadre, y mil cariños á mi Andresito. V., como buen repartidor, resérvese la mejor parte de los afectos de su sincero amigo—Olmedo.

»Memorias al amigo G. del Río (1).

(1) El neogranadino D. Juan García del Río, predecesor de

»¡Qué bien merece este pueblo su antiguo nombre de Lutecia!

»Vengan los encargos por escrito. Anúncieme V. las obras que debo comprar para V. y para mí (1).»

Estas últimas palabras atestiguan la gran estimación en que tenía Olmedo el saber, el juicio y el buen gusto literario de Bello. Aunque uno y otro habían rivalizado dignamente, con noble rivalidad, escribiendo casi á un tiempo mismo *La Victoria de Junín* y *La Agricultura de la Zona Tórrida*, poesías que vivirán en el aplauso de las generaciones futuras mientras no desaparezca del mundo la hermosa lengua de Cervantes, Olmedo no vacilaba en reconocer cierta superioridad en su amigo, ni en someterse espontáneamente á su ilustrada dirección. El hecho de pedirle indicaciones

Olmedo en el puesto diplomático que éste desempeñó en Inglaterra.

(1) Esta carta y varias otras de sumo interés para fijar acontecimientos y fechas en la vida de nuestro poeta y dárnosle á conocer íntimamente, no por segunda mano, sino según las propias y espontáneas manifestaciones de lo que pensaba y sentía, han salido á luz por primera vez en Santiago de Chile. Publícalas *D. Miguel Luis Amunátegui*, benemérito de las letras hispano-americanas, en su extensa VIDA DE D. ANDRÉS BELLO, impresa en dicha ciudad en 1882 (un vol. en 4.° mayor de 672 páginas). Tan curioso libro es rico arsenal de documentos interesantes para la historia literaria y civil de la América española. Gracias á tal publicación puedo engalanar con dichas epístolas las presentes noticias biográficas de Olmedo.

acerca de las obras que debía comprar en París para aumentar el caudal de sus conocimientos, habla muy alto en pró de su bien entendida modestia. Nadie más propicio á reconocer y acatar el mérito ajeno que quien lo tiene para brillar y sobresalir con luz propia.

Entre tanto el Libertador había acogido benignamente la súplica del poeta diplomático pidiendo permiso para regresar á América. Tan fausta noticia llenó de alegría el amoroso corazón de Olmedo, que se apresuró á darle gracias escribiéndole con efusión (1): «He recibido carta de setiembre de mi familia, llena de gozo, de esperanza y de gratitud hacia V. por la solemne promesa que le ha hecho de enviarme mi licencia. ¡V. había de ser á quien yo debiese el primer momento de placer que tengo en un suelo ajeno!» Á estas expresivas frases, claro testimonio de la honda impresión que la benévola condescendencia de Bolívar causó en el hombre en quien todo impulso afectivo era vehemente y muchas veces solía rayar en extremado, añadía Olmedo en la misma carta: «Yo salí fuera de mí con aquella noticia; y en el primer rapto empecé á meditar un segundo canto, que siendo tan grande por su objeto, contrastase en género

(1) El 14 de enero de 1827.

con el primero. Escenas campestres de Cachiri, en vez de los sangrientos campos de Junín; partidas de caza, rodeos de ganados, meriendas sobre la hierba, siestas bajo la fresca sombra de los árboles, en lugar de batallas y de carnicería. También habría un vaticinio como el del Inca, sobre los planes pacíficos que V. meditaba para calmar á Venezuela, en contraposición de las horribles escenas de Ayacucho. Cantos y danzas de pastores en lugar de alaridos, de alarmas y encuentros sangrientos; amores en lugar de odios y rabia; comedimiento en lugar de coraje; grupos de jóvenes de uno y otro sexo en lugar de los cautivos que cerraron la pompa triunfal del vencedor. En fin, imitando á los antiguos, yo quería concluir con un apoteósis: y aquí fueron mis trabajos para elegir la parte del cielo en que debía colocar la constelación de mi héroe. No debía ser junto de *León*, pues siendo símbolo de España, V. no lo dejaría vivir en paz. No cerca de *Virgo*, ya porque aun *entre santa y santo pared de cal y canto*, ya porque no parecería bien esta proximidad entre vírgenes y militares, por cuya causa yo los reservaría más bien para los poetas que, según me dicen, son menos peligrosos. ¡Contemple V. qué trastorno en la astronomía si un héroe, por un caso imprevisto, fuese á quitarle el timbre y el nombre

á su vecina!... Tampoco cerca de *Aries*, ni de *Toro*, ni de *Capricornio*, porque yo no quiero para la frente de V. otras ramas que las de laurel. ¿Dónde, pues? ¿Dónde? No tema V. quedarse sin plaza. Yo mandaré al *Escorpión* (es decir, al *Alacrán*, que es mi paisano), yo le mandaré recoger su nudosa y larga cola y ceder un espacio mayor del que cedió en otro tiempo á Augusto por orden de Virgilio (1).»

El tono festivo de las anteriores líneas demuestra la confianza con que se trataban el poeta y el caudillo, y que Olmedo había salido efectivamente fuera de sí y nadaba en transportes de júbilo al simple anuncio de su ansiado regreso á la patria y al seno de su familia. Lástima grande que no se prolongara aquel primer rapto lo suficiente para que nos regalase con el *segundo canto* de que habla, el cual se prestaba, según el plan que bosqueja, á pintar cuadros poéticos muy variados llenos de animación y frescura. Pero las imaginaciones fogosas, los espíritus que se dejan impresionar fácilmente suelen desimpresionarse también con facilidad, sobre todo si los solicitan y distraen quehaceres enojosos é ineludibles contrarios á sus naturales propensiones. Además, la realidad de los hechos que rápida-

(1) Torres Caicedo: *Ensayos biográficos*, tomo I, págs. 128 y 129.

mente se sucedían en las nacientes repúblicas no estaba de acuerdo con las imaginaciones del poeta, ni con sus patrióticos designios, ni con el idilio social que soñaba su fantasía. Desgraciadamente las cosas no pasaban en América según los propósitos y deseos de los principales promovedores y agentes de su libertad. Por lo tanto habría sido anacrónica en tal sazón cualquier meditada pintura de apacible tranquilidad y suaves goces campestres, y más anacrónico aún que, en medio de tanta mezquina lucha de ambiciones contrapuestas (en pueblos no libres del todo ni bien asentados ni constituidos), hubiese exclamado Olmedo recordando á Virgilio, como lo recuerda en el plan de su nunca realizado *segundo canto:*

Jam reddit et virgo, redeunt saturnia regna:
Jam nova progenies coelo demittitur alto.

El mismo Libertador, que tan gran empeño ponía en organizar convenientemente los nuevos Estados americanos para que no se malograse el fruto de sus victorias ni fuesen estériles tantos sacrificios costosos, lamentaba en aquellos días tropezar á cada paso con las dificultades que le suscitaban sus émulos ó con la ceguedad é indisciplina de la multitud bullidora dividida en bandos, mal preparada y templada en los diversos pueblos del Sur para coadyuvar con abnegación y ordenado espíritu

á la ardua empresa de constituir naciones independientes aptas para el inmediato ejercicio de la libertad política (1). Penetrado de esta

(1) En carta á D. José Fernández Madrid, escrita en Caracas el 24 de abril de 1827, decía Bolívar: «V. habrá sabido los sucesos del Perú, lo que me persigue Santander, los sucesos de Venezuela y mi renuncia. El Congreso no se ha reunido aún, y dicen que no admitirán mi dimisión. Bastante compromiso será para mí esta negativa, porque me obligará á perder mi crédito de un modo ó de otro. Yo no veo elementos para edificar, y sí considero á la República quebrada. Si deserto, salgo muy mal; y si me quedo, será para pagar los funerales de Colombia. ¡Qué desconsuelo!»

En otra carta, fechada dos días después y dirigida al mismo sugeto, añadía: «Yo haré por Colombia todo lo que pueda hasta que la Gran Convención decida de la Nación; más allá no seguiré la carrera pública, porque yo represento aquí los condenados de la fábula: nunca llego al término de mis suplicios. Lo que hago con las manos lo desbaratan los piés de los demás. Un hombre combatiendo contra todos no puede nada; por otro lado, mis esfuerzos pasados han agotado mi energía; en esta lucha he quedado anonadado; y vivo, no porque tenga fuerzas para ello ni objeto: la costumbre solamente me hace continuar en este mundo como un muerto que camina.»

Por último, en carta del 16 de junio del mismo año, dirigida también á Fernández Madrid, Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República, prorrumpía en estas doloridas frases: «La conmoción de Venezuela me trajo á Colombia á representar el papel de Jesús en la tragedia de la reforma. Santander, á la cabeza de los granadinos, ha puesto en acción todas las rivalidades locales para destruirme. De aquí vienen los sucesos del Perú, de Guayaquil, y los más que V. vaya sabiendo en adelante. Yo pienso seguir la táctica de los Partos; huiré para castigar á mis enemigos: es el único partido que me queda entre los desesperados para evitar una guerra civil entre granadinos y venezolanos.»—*Repertorio colombiano*, tomo V, págs. 347, 349 y 350.

No desvirtuaré con inútiles comentarios la elocuencia de los párrafos que anteceden.

verdad incontestable, ansioso de arraigar por todos los medios posibles la obra magna para cuya realización había sido necesario emplear tan soberanos esfuerzos, dió al Estado de Bolivia un proyecto de Constitución acerca del cual decía en carta dirigida desde Caracas á su leal amigo D. José Fernández Madrid (1), manifestándole propósitos de aplicarlo también á Colombia con las modificaciones que se juzgaran oportunas: «mi proyecto para Bolivia reune la Monarquía liberal con la República más libre; y por más que parezca erróneo y lo sea en realidad, yo no tengo la culpa en pensar de ese modo. Lo peor de todo es que mi error se obstina hasta imaginar que no somos capaces de mantener repúblicas, digo más, ni gobiernos constitucionales. La historia lo dirá (2).» Tan terminante afirmación parece como que responde á las observaciones que Olmedo le había dirigido desde París sobre el susodicho proyecto de Código fundamental boliviano en la ya citada carta del 14 de enero de 1827, donde se expresaba de este modo: «V. ha avanzado ideas que no se habría atrevido á enunciar si no tuviera franqueza y sanas intenciones. ¿Tenemos muchos hombres probados? Las precauciones que ahora parecen justas porque se

(1) El 26 de mayo de 1827.

(2) *Repertorio colombiano*, tomo V, pág. 348.

está formando la Nación, ¿no serán con el tiempo ocasiones peligrosas? ¿Y un jefe tendrá siempre bastante virtud para no limitar en sus hijos, parientes y amigos, la elección del Congreso, y asegurar en su familia ó en su secta la herencia del poder? Esta condición del proyecto ha hecho filosofar y politiquear mucho por acá, porque en efecto ha habido monarquías muy estrictas, muy absolutas en que no era tan rigurosa la sucesión hereditaria. Yo mismo no estoy lejos de creer que este carácter no cuadra bien con la idea de República (1).»

Pero dejemos estc y volvamos á lo que más halagaba y satisfacía á nuestro poeta, en quien las aficiones literarias y el cultivo de amistosas relaciones con hombres tan dignos de estimación por su ingenio y saber como lo era Bello, rara vez dejaban de sobreponerse á consideraciones políticas ó de otra especie.

Así como en Londres tuvo Olmedo la satisfacción de contraer imperecedera amistad con el gran cantor venezolano, en París la contrajo muy afectuosa con otro insigne hijo de América al cual no había conocido antes sino de fama. Era éste D. José Fernández Madrid, que en 1816 ejerció la alta magistratura de Presi-

(1) TORRES CAICEDO: *Ensayos biográficos*, tomo I, pág. 121.

dente en las Provincias Unidas de Nueva-Granada y Venezuela, y que á la sazón desempeñaba en Europa una misión diplomática. Veamos, pues, lo que Olmedo decía respecto de él á su amigo Bello, aprovechando la ocasión para culparle donosamente de no haber recibido carta suya:

«PARÍS, *febrero* 9 *de* 1827.

»Querido compadre y queridísimo amigo:

»El necio soy yo que, sabiendo que los carros no andan sino con dos ruedas, que los hombres no andan sino con dos piés y que las aves no vuelan sino con dos alas, he esperado hasta ahora una contestación de V., no habiéndole escrito dos cartas. Luego que he vuelto en mí, me apresuro á remediar el daño que me he ocasionado por mi distracción. ¡Qué hará V. conmigo cuando esté más distante!

»Como este clima, estas costumbres, esta lengua me son menos desagradables que cualesquiera otros que no sean los míos, me he dejado ir sin apresurar mi regreso, y como para serenar la delicadeza de mi conciencia, doy algunos pasos que se dirigen al objeto de mis encargos públicos.

»Á las dos ó tres veces de haber tratado á V. lo tuve por uno de mis mejores amigos, y creo que en el día ya tiene algunos años nues-

tra amistad. *Casi lo mismo* me ha sucedido con el dulce y sincero trato del Sr. Madrid. ¡Yo no sé qué tienen estos malditos poetas de pegajosos! Hablo de los que no son satíricos, porque entonces los poetas pertenecen al *genus irritabile* de mujeres y de sacerdotes, y no han nacido para hacerse muchos amigos.

»V. está lleno de tantas y buenas noticias de América; yo aquí sólo sé lo que dicen los papeles públicos, á los cuales es preciso creer por mitad de la mitad.

»Sé que está V. nombrado Ministro de Colombia en esta corte. Me alegro que tenga V. en su país personas que no lo olvidan; pero, para alegrarme de veras y por entero, quisiera saber antes cómo van por allí las finanzas, porque la situación de V., mi querido amigo, hablándole con toda la ingenuidad de mi corazón, me es doblemente sensible, porque V. la sufre, y porque yo no p...

»Con el Sr. Biré remití á V. una encomiendita, que presentará V. á mi Andresito, con un beso de mi parte.

»Mis afectuosas memorias á mi amable comadre y mis cariños á los Bellitos.

»Y, adiós, hasta luego.

»Siempre suyo, siempre,—J. J. Olmedo.

»Al amigo García, memorias.

»Al Sr. Biré debo tantas atenciones y bue-

nos servicios, que no puedo menos de recomendarlo á la amistad de V. (1)»

En algún pasaje de esta carta nótase cierto saborcillo impropio de la índole del autor; resabio sin duda de la perniciosa influencia de los libros que más corrían por entonces, y que le ocasionaron en 1803, cuando aún era colegial en San Carlos, el ser denunciado á la Inquisición é incluído en el *Índice de registros que contiene los denunciados desde el año* 1780, por tener libros prohibidos y haber prestado un ejemplar de la *Henriada* de Voltaire (2). Pero en cambio, ¡con qué ingenuidad y sencillez no expresa el afecto que el dulce trato de Fernández Madrid había despertado en su alma! Ampliando las noticias que de él había comunicado á Bello, escribíale poco después la siguiente epístola, notable por el juicio que formula del vate neogranadino y de sus composiciones poéticas:

«PARÍS, *marzo de* 1827.

»Mi muy querido amigo:

»Con un atraso inexplicable he recibido la de 20 del pasado, y me apresuro á contestarla

(1) AMUNÁTEGUI: *Vida de D. Andrés Bello*, págs. 261 y 262.

(2) *Perú.—Tradiciones, por Ricardo Palma* (Lima, 1883), página 127.

para neutralizar, si puede ser, el efecto que debe causar el temor de la amenaza del anatema que lancé ayer contra V.

»Hoy he visto á Madrid, y como siempre hemos hablado de V. Agradece las expresiones de V., y me encarga decirle que hace tiempo que le conoce y aprecia... etc., etc.

»Para dar á V. una idea del carácter de este amigo bastará decir que tiene el candor y la bondad de darme sus versos para que se los corrija, y lo que es más raro, la docilidad de ceder á mis observaciones. Nosotros (aquí entre los dos) los que tenemos poco genio somos muy doctrineros; y haciendo de maestros (cosa muy fácil) pensamos adquirir una reputación que no podemos sostener con nuestras composiciones.

»Las composiciones más perfectas tienen sus talones vulnerables, y toda nuestra manía está en acometerlas por la parte flaca. Y nos va perfectamente, pues V. sabe que, con semejante astucia, aun el afeminado Paris derrocaba los Aquiles.

»Es verdad que un amigo á quien quiero mucho, y á quien V. conoce, me hizo una ó dos veces en Londres el mismo cumplimiento. Pero ya me guardaré yo de creerlo por esto tan bueno como Madrid. Este no tiene ninguna sospecha contra él, mientras que el otro pi-

carón, ¿quién sabe si, entregándome sus versos, usaba conmigo un refinamiento de delicadeza (propia suya) como para cicatrizar las llaguitas que *injustamente* supondría abiertas con el cáustico saludable de su crítica en el amor propio del cantor de Junín?

»Madrid está imprimiendo sus poesías; (aquí entre nosotros) lo siento. Sus versos tienen mérito, pero les falta mucha lima. Corren como las aguas de un canal; no como las de un arroyo susurrando, dando vueltas, durmiéndose, precipitándose y siempre salpicando las flores de la ribera. Le daña su extrema facilidad en componer. En una noche, de una sentada, traduce una *Meseniana* de Lavigne ó hace todo entero... el quinto acto de una tragedia.

»Ni me manda V., ni me habla del segundo número del *Repertorio*. Deseo mucho verlo. Diga V. al Sr. Bossange que Latorre satisfará las cuentas de mi abono.

»No crea V., mi querido, que yo no adivinase la causa de su silencio; y V. ha debido conocerlo por alguna involuntaria expresión de una de mis cartas. Pero quizás no está lejos la serenidad.

»Mis finas memorias á mi amable comadre, cien cariños á los Bellitos, mil á mi ahijado, de quien nada me dice V., debiendo presumir

que en ello daría V. mucho gusto á su tierno constante amigo—OLMEDO (1).»

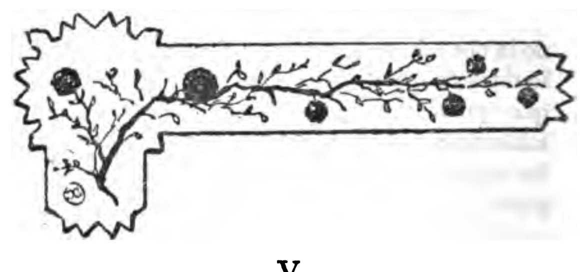
El candoroso espíritu de Olmedo y su ingénita bondad se revelan en esta carta singularmente. Severo en demasía consigo mismo, cuéntase entre los poetas de *poco genio*: como si no se necesitase mucho, y muy afinado y bien pulido, para componer poesías semejantes al *Canto á Bolívar* y á la oda *Al General Flores*.

Discordes andan los pareceres al apreciar el carácter privativo del genio poético en los varios frutos de la inspiración, y sobre todo en la lírica. Reservándome apuntar algunas consideraciones relativas á este punto cuando examine las dos composiciones citadas, quiero desde luego dejar aquí sentado que al interpretar lo que en poesía debe entenderse por *genio* se suelen hoy propalar con gran desahogo, no sólo erróneas doctrinas, sino grandísimos disparates revestidos de gravedad filosófica. Una de las más ridículas manías de nuestro tiempo es el prurito de filosofar sin ton ni son á propósito de cualquiera fruslería, ya con el fin de deslumbrar á la multitud indocta, ya para cubrir con aparente oropel científi-

(1) AMUNÁTEGUI: *Vida de D. Andrés Bello*, págs. 263, 264 y 265.

co la vaciedad é ignorancia del filosofante. Debilidades de nuestra mísera naturaleza. Y no hay que tomar por moneda corriente lo que la modestia ó la buena educación pone á veces en boca de ciertos hombres superiores para explicar y cohonestar, atribuyéndose injustamente faltas ó culpas, la libertad ó la índole de ciertas ideas y juicios propios. De otra suerte habría que convenir con Lope de Vega en que hablaba *en necio* para dar gusto á los que *pagaban* el de oir necedades, lo cual no era verdad, ni siéndolo habría dejado bien puestas la dignidad de carácter y la conciencia literaria del *fénix de los ingenios* que lo decía sólo como desenfado irónico del buen humor. Si Olmedo no hubiera podido sostener con sus composiciones la reputación que pensaba adquirir por medio de ellas, á las que debe toda su gloria, difícilmente la habría conseguido echándosela de maestro. El interés que ahora despiertan sus cartas, y cuanto tiene relación con él, nace única y exclusivamente del que nos inspira el cantor de *La Victoria de Junín*.





V.

NUEVOS DATOS QUE SUMINISTRAN LAS CARTAS DE OLMEDO Á BELLO.

No porque sea corto el número de poesías que Olmedo ha legado á la posteridad, procedería con acierto quien dudase de que la vocación poética fué en él la más avasalladora y prepotente. Obligado desde muy joven á mirar por sí y á buscar medios de labrarse una posición decorosa en tiempos nada á propósito para entregarse con sosiego al cultivo de las letras, habríale sido imposible desentenderse de lo que pasaba á su alrededor y no dejarse arrastrar por el torbellino de los sucesos en que se fijaba entonces la consideración y se empleaba principalmente la actividad de los pueblos hispano-americanos, empeñados en ásperas lides para conseguir llevar á térmi-

no la obra de su independencia. Mas á pesar de lo duro de las circunstancias y de lo mucho que preocuparon á Olmedo las atenciones inherentes á su intervención en la política y á los deberes propios de los cargos que desempeñó, nunca dejó de alimentar en su alma el cariño de las musas, ni de consagrar al amor de las letras todas las horas de vagar que le permitían los negocios confiados á su inteligencia y patriotismo.

Fortuna grande fué para un hombre de las aficiones literarias de Olmedo tropezar en Inglaterra y en Francia con dos personas como Bello y Fernández Madrid, que, además de ser literatos y poetas, abrigaban un corazón noble, honrado, afectuoso, lleno de la savia en que se nutre la verdadera amistad y que aviva y acrecienta el fuego de todo generoso entusiasmo. Este punto luminoso en medio de las oscuras luchas que el vate de Guayaquil hubo de sostener en el puesto diplomático donde estaba llamado á mirar por intereses de gran cuenta, pero en cierto modo extraños á su natural inclinación, merece que nos fijemos en él, porque deja ver muy á las claras lo que era el alma del poeta, ya que la publicación de sus hasta hoy desconocidas cartas confidenciales nos permite sorprenderla en el secreto de amistosas expansiones. Dirigiéndose á Be-

llo desde París, el 20 de marzo de 1827, le escribía con esta expresiva cordialidad:

«Queridísimo amigo:

»Si V. me dijera que desea verme para darme un abrazo, me haría una expresión dulce y lisonjera para mí; pero diciendo que desea verme para pedirme consejos, me hace V. un cumplimiento que debe ser risible, puesto que me ha hecho reir.

»Yo pienso volver pronto; pero si se realiza el pensamiento de V. de venir en la primavera, que ya por todas partes está preparando las rosas de su corona, me detendría gustoso por pasar con V. siquiera un mes.

»La carta para la Sra. Cea está entregada. Madrid me encarga dar á V. finas memorias, y de pedirle en su nombre las fechas de las últimas cartas oficiales que V. ha recibido del Gobierno, pues las suyas son de noviembre.

»V. es el demonio. ¡Pensar que yo puedo hacer versos ahora, y aquí, y pronto, y para el *Repertorio!*—V. ha visto los pocos que tengo conmigo; indignos, no digo de la prensa pública, pero aun de la prensa de la carpeta en que duermen en paz. Si V. hubiera seguido mi insinuación, hubiera dado en uno de los primeros números noticias de la traducción de la primera epístola popea, y de ese modo se

habilitaba para poder imprimir en los siguientes la segunda, por supuesto, después de haberla limado, castigado y corregido; cosa que á nadie podía ser tan fácil como á V. Así V. me habría procurado ese nuevo honor, y me habría estimulado á continuar una obra que cada día estoy más lejos de concluir.

»Pero con el deseo de complacer á V. de algún modo, le propongo darle una composición muy superior á todo lo que yo puedo dar ni aun esprimido. Es una oda *Á los pueblos de Europa* (1824), de ciento treinta versos en estrofas regulares. Es una buena composición de Madrid; la mejor de todas las suyas en mi humilde opinión. Me ha permitido que se la ofrezca á V.; pero no debe llevar su nombre, porque, siendo un diplomático en Europa, sería muy mal visto que hablase de la Santa Alianza de los Reyes y de los pueblos como habla en sus versos. Deberá, pues, salir firmada por *Un Colombiano*, 1824.

»Yo no debo ocultar á V. nada; esta composición es y no es inédita. No *lo es*, porque se imprimió en un periódico de Colombia. Y *lo es*, porque la impresión en los diarios no se cuenta. Tan cierto es esto, que yo que soy lector, y estaba en Colombia por aquel tiempo, no la he visto hasta *ahora*.

»Hábleme V. con franqueza; porque la per-

misión del autor es en términos que no habrá nada perdido en caso de que V. tenga razones para no insertarla.

»Deseo mucho ver el segundo *Repertorio*. En fin, ya mis hijos no podrán escribir sobre mi losa:

Yace aquí Olmedo, que no era
Ni académico siquiera (1).»

La carta que antecede corrobora lo que ya he dicho acerca de la natural modestia del autor y de la desconfianza con que miraba sus obras. Cualquiera de los presuntuosos metrificadores ó engreidos poetastros que ahora pululan en todas partes habríase apresurado á utilizar la ocasión de componer versos para darlos á la estampa, aceptando inmediatamente sin ningún reparo la invitación de los que le hubiesen hecho tal propuesta, muy persuadido de que los partos de su fantasía, en el mero hecho de ser frutos del propio ingenio, merecían fatigar las prensas y obtener los honores de la publicidad. Olmedo pensaba de otra manera, siendo, en realidad, injusto consigo mismo. Mal satisfecho de sus producciones, por no estimarlas nunca tan perfectas como su imaginación las concebía; enamorado de un bello ideal que el poeta de buen gusto suele

(1) AMUNÁTEGUI: *Vida de D. Andrés Bello*, págs. 265 y 266.

juzgar de imposible realización, porque al expresar la idea se encuentra siempre con dificultades que en cierto modo la despojan de la pura y esencial belleza con que él la ve dentro de sí retratada en el claro espejo de su mente, no sólo desconfiaba del mérito de sus composiciones, sino á veces caía en el extremo de tenerlas por de todo punto indignas. Semejante pirronismo, al que jamás rinden tributo las medianías pagadas de la propia insignificancia, tiene tambien sus escollos; y cuando raya en exagerado, hasta llega á ser vituperable. En buen hora que el verdadero poeta, que ama con sincero amor lo bello y conoce bien lo que se debe á la naturaleza, á la hermosura, á la dignidad y al honor del arte, sea juez severo de sus propias obras y no se contente y satisfaga con lo primero que se le ocurra. Mas al huir de tal extremo no debe dar en el contrario, so pena de condenarse á malograr felices inspiraciones.

Menos disgustado que de las otras poesías que sepultaba en sus carpetas por no creerlas merecedoras de pública luz, debía estar Olmedo de la traducción del *Ensayo sobre el hombre*, poema filosófico de Pope, dividido en cuatro *epístolas*, del cual había ya puesto en verso castellano las dos primeras, y comenzaba por aquellos días á traducir la siguiente. Y sin embar-

go, al ofrecer á Bello para *El Repertorio* la segunda de dichas epístolas, no solamente la considera necesitada de corrección y de lima, sino asegura estar penetrado de que á nadie le sería tan fácil como á su docto amigo atildarla y perfeccionarla. Nuevo testimonio es este de la superioridad y excelentes condiciones de Olmedo; pues, bien mirado, si los ingenios vulgares y pedestres piden alguna vez consejo á los que más saben, no es tanto para atender sus discretas observaciones, que por lo común les molestan y los sacan de tino, como para buscar lisonjeras ó corteses alabanzas. En cambio los que valen mucho no dan en la insensatez de desoir el consejo de los entendidos.

Por lo demás, al decir Olmedo en su carta que estimaba la oda *Á los pueblos de Europa* como la mejor de todas las composiciones del vate neogranadino daba muestra indudable de fina crítica y de gusto literario; mas no acertaba de igual suerte cuando, llevado en alas de generosa amistad, la creía muy superior á todo cuanto pudiera él mismo dar de sí. Entre la oda de Madrid y las de Olmedo citadas repetidas veces antes de ahora hay grandísima distancia.

Prosiguiendo éste en tan dulce y sabrosa correspondencia, escribía á Bello el 12 de junio de aquel mismo año:

«Queridísimo compadre y amigo mío:

»Si no he contestado á su bellísima carta del mes pasado, y si no he escrito á V. con la frecuencia que solía, á nadie culpe V. sino á V. mismo. Desde que nos separamos empecé á escribir á V. siempre que podía; y con la mejor fé del mundo, dejaba correr mi pluma á salga lo que saliere. Pero apenas me dijo V. que se saboreaba con mis cartas y me descubrió el secreto de que mi pluma era delicada y graciosa, cuando ya me tiene V. todo mudado, deseando por la primera vez escribir por agradar y por sostener la reputación de gracioso y delicado. Y como la negligencia ha sido siempre todo mi arte, apenas he tenido pretensiones, que me he encontrado fuera de mi elemento, embarazoso, irresoluto, difícil, lento, descontentadizo, en fin, buscando para mis cartas otra cosa que expresiones sencillas de amistad. Esta situación no era agradable, y sin pensar la he ido difiriendo de día en día: lentitud que me ha sido provechosa, pues, si no me engaño, me parece que ya van disipándose los humos de la embriaguez en que me puso la mágica eufonía de su carta. (Note V. que todavía no estoy bien curado...) De todo esto resulta, por último análisis, que yo soy un necio, que no habiéndoseme ocurrido cosas agradables y sabrosas que decir, me he

privado de la dulcísima correspondencia de V., por no perder el concepto; y que V. es tan dócil, que se ha conformado fácilmente con mi silencio.

»Á estas razones gravísimas se allegaron otras causas que me impidieron tomar la pluma. Contestaciones odiosas y largas con mi compañero; noticias de la próxima venida de V. (¡ojalá fuese pronto!), y una correspondencia oficial que he tenido en estas últimas semanas, etc., etc., etc.

»No he visto el número tercero de *El Repertorio*. Después de mes y medio de salido á luz, todavía no ha llegado á mis manos. Hasta el segundo vino tarde y por casualidad. Por esto no puedo decir nada sobre la crítica de Burgos. V. se engaña diciéndome que no quiere poner á mi amistad en compromiso con mi sinceridad... Nunca soy más sincero que cuando amo. Nadie como V. tiene la prueba de este mi carácter; á la primer visita, antes de conocerle, antes de amarle, acuérdese V. que fuí sincero con V.

»No puedo prometer versos para *El Repertorio*. Ya me parece que he perdido esta gracia. En uno de aquellos días de la embriaguez consabida, y en que estaba templado de ambición, nuestro buen amigo Madrid leyó unos pocos versos de mi segunda epístola de Pope;

y como los alabase, me despertó el deseo de continuar la traducción. Pues, señor, empecé la tercera con calor, han pasado cerca de dos meses y me da vergüenza decir que apenas tengo veintinueve versos. Vaya, ¡esto es perdido, y quizá para siempre!

»Sea que los cuarenta versos improvisados como principio de una epístola tengan un mérito real; sea que yo vea con preocupación las cosas de V.; sea que las palabras de *patria*, *Guayas* y *Virginia* tengan una magia irresistible para mi oído y mi corazón; sea lo que fuere, lo cierto es que pocas cosas me han agradado tanto en ese género como aquellos cuarenta versos. Los prefiero, hablando con candor, los prefiero á los mejores trozos de la mejor epístola del mejor de los Argensolas. Nada hay comparable al elogio del cantor de Junín. Este es el verdadero modo de alabar... ¿Quién puede sufrir una alabanza directa y descarada? ¿Y quién puede resistir á la que viene por un camino tortuoso, tímida, modesta como una virgen que desea y no puede expresar su pasión, pero que quiere que se la adivinen?

Y suspirando entonces por las caras
Ondas del Guayas... Guayaquil un día,
Antes que al héroe de Junín cantaras.

»Sí, amigo, nada hay comparable á esta de-

licadeza. Cien veces leo estos versos y cada vez me deleitan más. ¿Y qué decir de aquel amigo

Que al verme sentirá más alegría
De la que me descubra en el semblante?

»¿Por qué no acaba V. esta epístola, mi Bello? Sepa V. que sería una composición exquisita.

»Adiós, su, su—OLMEDO.

»Afectuosas memorias á mi amable comadre, un beso á los Bellitos, tres á mi ahijado. Memorias al amigo García (1).»

Natural era que un hombre tan afectuoso como Olmedo se sintiera vivamente agradecido á la muestra de cariñosa predilección que Bello le daba escribiéndole, á la manera de nuestros clásicos de los siglos de oro, una epístola en tercetos doliéndose de que permaneciese tantos días ausente en París é invitándole á volver cuanto antes á su lado. En ella se revela claramente lo mucho que en poco tiempo se había fortalecido y arraigado la fina amistad de ambos ingenios. La epístola de Bello comienza así:

«Es fuerza que te diga, caro Olmedo,
Que del dulce solaz destituído
De tu tierna amistad, vivir no puedo.

(1) AMUNÁTEGUI: *Vida de D. Andrés Bello*, págs. 268, 69 y 70.

¡Mal haya ese París tan divertido,
Con todas sus famosas fruslerías
Que á soledad me tienen reducido!»

Esta composición, que Bello dejó sin concluir, no aparece en la *América poética*, ni en la *Biblioteca de Escritores venezolanos contemporáneos*, ordenada y publicada en París por el Ministro plenipotenciario de Venezuela en España D. José M. Rojas, ni en la *Colección de poesías originales* de Bello, también impresa en París por los editores Rosa y Bouret en 1870. Esta composición, de la que han salido á luz ciento treinta y cinco versos en las *Poesías de Andrés Bello* publicadas en Madrid el año de 1882 con muy esmerado gusto, y á la que acaba de añadir diez y ocho versos más encontrados en los borradores del gran escritor americano su diligente y benemérito biógrafo Don Miguel Luis Amunátegui, no creo yo que merezca ser preferida «á los mejores trozos de la mejor epístola del mejor de los Argensolas,» como dice Olmedo, con su natural vehemencia, en un rapto de entusiasmo y de gratitud; pero sí que puede hombrearse dignamente con cualquiera otra de los buenos tiempos de la poesía castellana. Díganlo estos bellos rasgos alusivos al vate del Guayas y honrosísimos para ambos insignes cantores:

«¡Feliz, oh Musa, el que miraste pía
Cuando á la nueva luz recién nacido
Los tiernezuelos párpados abría!

No ciega nunca el pecho embebecido
En la visión de la ideal belleza,
De incesantes contiendas el ruído.

El niño Amor la lira le adereza,
Y díctanle cantares inocentes
Virtud, humanidad, naturaleza.

Oye el vano bullicio de esa gente
Desventurada á quien la paz irrita
Y se aduerme al susurro de la fuente,

Ó por mejor decir, un mundo habita
Suyo, donde más bello el suelo y rico
La edad feliz del oro resucita;

Donde no se conoce esteva ó pico,
Y vive mansa gente en leda holgura
Vistiendo aún el pastoral pellico,

Ni halló jamás cabida la perjura
Fé, la codicia ó la ambición tirana
Que nacida al imperio se figura,

Ni á la plebe deslumbra, insulsa y vana,
De la extranjera seda el atavío,
Con que tal vez el crimen se engalana.»

Si estos hermosos conceptos, expresados con tanta fluidez y tersura, no abonasen el afán con que Olmedo suspiraba porque su amigo prosiguiese la epístola que tan bien había em-

pezado, bastarían para justificar el sentimiento de que el autor no la terminase ó de que se haya perdido la conclusión, no encontrada entre los papeles de Bello. El ligero defecto de aconsonantar *inocentes* con *gente* y *fuente*, que se nota en los citados tercetos, habría sin duda desaparecido si aquél los hubiese acabado y limado, pues son pocos los poetas españoles que en materias de corrección y de gusto rayan tan alto como el cantor de *La Ágricultura de la Zona tórrida*. Consuela ver con cuánta efusión y sinceridad encomia Bello las excelentes calidades de su ilustre amigo, aunque era tal vez el único de los líricos americanos que por entonces podían rivalizar con él en inspiración y mérito. Con razón aseguraba Cervantes que el honrado da honra sin poder hacer otra cosa.

Merced á la fuerza incontrastable de la vocación literaria que era en él como segunda naturaleza, Olmedo, olvidando hasta cierto punto los disgustos que poco antes habían amargado su espíritu, se apresuró á contestar de esta suerte á la carta que en los últimos días de junio recibió de Londres:

«París, *julio 2 de* 1827.—42 *Taitbout.*

»Mi querido compadre y amigo:

»Cuando ya se empezaban á abrir mis brazos por sí mismos para abrazar á V., creyendo

que á esta hora estuviese V. cuando menos en la barrera de Clichy, recibo con su carta del 28 de junio la enfriada más completa que puede recibir un amigo ó un amante impaciente en sus esperanzas.

»Mucho celebro que esté V. contento con Madrid. No podía ser de otra suerte.

»No he visto todavía el tercer *Repertorio*. Biré creyó que yo lo tenía aquí, y no me lo envió ni me lo trajo. Si yo no tuviera á V. tan conocido, habría tenido una pesadumbre con la *detestabilidad* (como V. la llama) de su artículo sobre el *Horacio Burgosino*... Ó yo estoy muy engañado sobre el carácter de V., ó V. tiene un amor propio muy exquisito. Deseo mucho ver esa censura, y aunque no tengo en torno mis mamotretos, como era preciso, sin embargo, censuraré como pueda esa censura (por acá ahora la censura es triunfo); y espere V. verdades en camisa,—pero más honestidad.—Yo, por aparentar que sé algo, soy muy severo con las composiciones ajenas.

»No es cierto que yo no quiero dar versos para el cuarto *Repertorio*; lo que es cierto es que yo no puedo dar, y que V. quiere que yo no pueda. La gracia está perdida; y si V. no me confiesa, no podré recuperarla.—Díceme V. que ponga la última mano á la segunda epístola de Pope. Hombre de Dios, ¿cómo quie-

re V. que yo remiende estos andrajos, cuando así como están me parecen primorosos y perfectos? V. sólo podía entrar en esta penosa tarea. Para el cuarto *Repertorio*, que salga á luz el fragmento de los *Tres reinos*, y aseguro á V. tres coronas (1). Dé V. allí una idea de la traducción de la primera epístola de Pope; prometa para el número siguiente la segunda, y este será el modo de comprometerme ó de comprometerse.

»No admite V. mis disculpas, que se fundan en el *ya no puedo*; pues sepa V., amigo, que es la verdad purísima. El otro día empecé la tercera de Pope, y me confirmo en la impotencia: aún permanece en sus veintinueve. Otro día se me antojó traducir la primera oda de Horacio, en el mismo metro, por ejemplo:

Cayo, de príncipes nieto magnánimo,
Mi amparo y... otros, cubriéndose
De polvo olímpico, busquen la gloria.
La meta...

»*Voila tout*. Y van cinco días. Y después dirá V. que miento. No, amigo. La gracia (si merece *ese* nombre) es perdida. Sólo al lado de V. pudiera ir recuperándola.

(1) Alude á la traducción que hizo Bello de un fragmento de *Les trois règnes de la Nature* de Delille.

»Pido, suplico, insto *oportune*, *importune*, que acabe V. la epístola que empezó á dirigirme. Cada vez me agrada más. Sígala V. del punto en que está: la continuación es muy natural y fácil; pínteme en medio de escenas campestres, rodeado de mis dos niñas de mis ojos; derrame V. todas las gracias, todas las flores sobre las dos, y no tema quedar corto. Pínteme V. embelesado, etc., etc., etc. Nada podía serme más agradable.

»Noticias políticas, V. las debe tener más frescas, más prolijas, más ciertas que yo. Yo espero cartas de febrero de mi casa y de mis amigos para saber las cosas con exactitud y con imparcialidad. Entre tanto estoy lleno de sombras y temores. El hombre no sabe retroceder (1): la oposición lo irrita, el desaire lo enfurece, la fortuna lo coronará.

»Memorias y besos; aquéllas á mi amable comadre, éstos á los Bellitos: siempre ración doble ó triple al mío. Siempre todo suyo.—Olmedo.

»Memorias de Latorre. De mi parte á García (2).»

Los disgustos que proporcionaron á Olmedo las enojosas diferencias que tuvo con su com-

(1) Se refiere al libertador Simón Bolívar.

(2) Amunátegui: *Vida de D. Andrés Bello*, págs. 270, 71 y 72.

pañero de legación; las sombras y temores que constantemente le preocuparon desde su venida á Europa, tanto por la responsabilidad que pesaba sobre él, cuanto por la incertidumbre en que vivía respecto á la verdadera situación política de su país; la persuasión en que estaba de que ésta era muy grave y de resolución oscura y difícil, y sobre todo, la herida siempre abierta en su pecho por los rigores de la ausencia y por el nunca entibiado ni disminuído recuerdo de las queridas prendas del alma que había dejado al otro lado de los mares, eran causa más que suficiente para ofuscar por entonces su inspiración y esterilizar su numen, sin que él mismo cayera en ello. Vémosle, no obstante, volver los ojos á su amadísima poesía tan pronto como le dejaban algún respiro los arduos é imprescindibles quehaceres de su ministerio, y buscar refugio y deleite en el regazo de la amistad y en los desahogos literarios. Si en tales circunstancias le hubiera sido posible reflexionar con ánimo sereno y despreocupado acerca de su propia situación y de la razón de ser de lo que juzgaba *impotencia* y *gracia perdida* (cosa imposible, atendido lo impresionable de su carácter), tal vez hubiese desconfiado menos de sí mismo y se habría convencido de que la esterilidad que tan profundamente le contrariaba era como pasajero

eclipse. Por dicha, á pesar de tan errónea creencia, no sólo abrigaba esperanzas de recuperar al lado de Bello la savia inspiradora que consideraba perdida, sino acariciaba la idea de que el delicado gusto de su amigo diese la última mano á la segunda epístola de Pope antes de publicarla en *El Repertorio*, lo cual no podía menos de lisonjear á quien suspiró toda su vida por el amor de la gloria. En esta carta se ve comprobado una vez más cuán sinceramente desconfiaba Olmedo de sus propias fuerzas, hasta qué punto llegàba su fé en las dotes intelectuales y morales del insigne venezolano, y cuánta ternura abrigaba para los suyos en el fondo del corazón.

Pero aún se deja ver esto último, con mayor claridad si cabe, en otra carta dirigida desde París á su caro Bello catorce días después.

Dice de este modo:

»París, *julio* 16 *de* 1827.

»Querido compadre y amigo:

»Sepa V. que yo soy más difícil que V., y menos resignado con el silencio de mis amigos.

»El Gobierno me remitió en el *Cambridge* quince mil pesos para pensiones, gastos de legación, etc., etc. Se necesitaban con urgencia diez y siete. Ha sido preciso dejar descubiertos los agujeros menos exigentes (V. entende-

rá cómo un agujero puede exigir más ó menos; yo no lo entiendo; pero ya lo escribí, y no hay tiempo para enmendar). De ese modo, algo nos resta de la gran masa; y puedo decir que me sobra, porque me ha faltado.

»Sea lo que fuere, puedo escribir á V. con franqueza y sinceridad lo siguiente:

»Amigo, V. me dará una satisfacción y una prueba de amistad haciendo uso de la adjunta carta y no hablándome jamás de su contenido. Deme V. estos dos placeres.

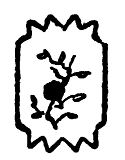
»Memorias afectuosas á mi comadre y á García. Un cariño á los Bellitos; tres al mío. Y adiós. Su—Olmedo.

»Al fin del mes nos veremos. Sin embargo, escríbame V. mucho, y noticias de nuestro mundo (1).»

No es necesario ser muy lince para comprender todo el valor del contenido de esta epístola donde el autor se retrata moralmente de cuerpo entero. Olmedo, que no era rico y que lejos de ello había experimentado y seguía experimentando grandes escaseces y privaciones en el desempeño de su misión diplomática, aprovecha la primera ocasión en que puede contar con algún dinero para ponerlo á dis-

(1) Amunátegui: *Vida de D. Andrés Bello*, págs. 286 y 87.

posición de su querido compadre, de cuyos apuros, por falta de medios, estaba muy penetrado. La delicada manera de efectuarlo es de suyo tan elocuente que no necesita encomios; pero viene á corroborar lo que ya he dicho antes de ahora acerca del carácter y generosos sentimientos del poeta de Guayaquil.





VI.

VUELTA DE OLMEDO Á LA PATRIA. NOTICIA INFAUSTA QUE RECIBE AL ARRIBAR Á LAS PLAYAS DE AMÉRICA.

Poco después de haber dirigido á Bello esa carta en que le daba tan claro testimonio de entrañable afecto, abandonó Olmedo á París y regresó al lado de su dulce amigo. Su nueva estancia en la Gran Bretaña duró breves meses. Del tiempo en que se había propuesto dejar á Europa y volver al suelo natal no debia tener conocimiento el Libertador, cuando el 21 de diciembre de aquel mismo año escribía desde Bogotá al representante de Colombia en Londres, don José Fernández Madrid: «Dígame V. algo del Sr. Olmedo y de Rocafuerte, á quienes dará V.

expresiones de mi parte [1].» Antes quizá de que recibiese Madrid esta carta de Bolívar, nuestro poeta se embarcaba para América, participándolo á su predilecto Bello en los siguientes renglones que le dejó por despedida:

«Viernes, marzo 7 de 1828.—Mi querido amigo:

»Llegó el momento. Cuando V. lea esta cartita ya estaré lejos de Londres; pero nunca están lejos los que se aman. Llevo á V., mi querido Andrés, en mi alma y en mi corazón, ¡y muy adentro!... ¡Oh, si nos viésemos en Colombia ó en el Perú! ¡Qué placer para mí, si nos volviésemos á ver! ¡Qué placer, si yo pudiera contribuir á esta reunión! ¡Qué placer, si yo viese á V. en la situación que merece! Un presentimiento... ¡Quiera Dios que no me engañe!

»El recuerdo de V. y de su fina amistad será uno de los pocos recuerdos tristes que me deberá Londres. Una muy afectuosa expresión á mi amable comadre, y un cariño á los Bellitos: uno particular á mi ahijado. Y adiós, mi Andrés.

»Siempre, siempre de corazón—JOSÉ JOAQUÍN [2].»

(1) *Correspondencia del Libertador:* tomo V de *El Repertorio Colombiano*, pág. 360.

(2) AMUNÁTEGUI: *Vida de D. Andrés Bello*, pág. 287.

Al dar por terminada su misión en París y en Londres y tomar la vuelta de América de este modo al parecer repentino, ¿había conseguido nuestro poeta dejar terminados los asuntos encomendados á su celo, según lo prometido al Libertador, ó hubo alguna otra causa especial que le indujese á no sacrificarse por más tiempo viviendo en perenne inquietud lejos de su esposa y de sus hijas? Sospecho que las *odiosas contestaciones* con su compañero de legación, á que hace referencia en una de sus cartas parisienses, debieron estimularle á precipitar la marcha y apresurarse á satisfacer el vivísimo deseo de verse cuanto antes en el seno de su hogar, abandonado con tanta zozobra, y en los brazos de su querida familia. Estábale reservado, no obstante, golpe muy duro, precisamente en los momentos en que se creía más próximo á ver realizada su esperanza. La siguiente carta, fechada en Valparaiso el 10 de agosto de 1828, nos lo dará á conocer:

«Mi muy querido compadre y amigo:

»Mi navegación ha sido larga, desagradable y peligrosa: el término ha sido cruel. El placer de pisar esta tierra de mis deseos se ha convertido en el pesar más amargo de mi vida. Sé por sorpresa que he perdido la prenda más querida de mi corazón, la que estaba destinada á ser el consuelo de mi vejez, el único pla-

cer de mi vida y la única distracción en los males y desastres que amenazan á mi patria... Yo soy el hombre más insensible del mundo cuando no me muero de este dolor. Desde Lima escribiré á V. Adiós. Su afligido amigo— OLMEDO (1).»

En efecto, al poner el pié en Valparaíso recibió la tristísima nueva de haber fallecido en Guayaquil la esposa á quien amaba con vehemencia. Semejante golpe, que en caso análogo habría sido terrible para cualquier buen marido, fué aún más terrible para Olmedo, no sólo por la índole de su carácter y por sus especiales circunstancias, sino también por los aciagos presentimientos que le asaltaron al venir á Europa y que veía lastimosamente realizados de modo tan desgarrador. Él, que al dejar el suelo patrio le rogaba encarecidamente, como Horacio á la nave que transportó á Virgilio, que guardase y conservase la mitad de su alma,

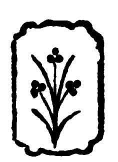
Et serves animae dimidium meae,

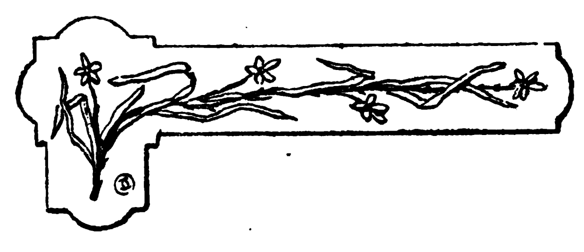
la sintió herida en lo más hondo al verse despojado tan á deshora de la que llenaba todo su sér. Arcanos de la Providencia, que tal vez quiso probar así el temple de aquel corazón

(1) AMUNÁTEGUI: *Vida de D. Andrés Bello*, pág. 287.

apasionado que se juzgaba el más insensible del mundo por no haber sucumbido á impulsos de tan gran dolor.

¡Singular coincidencia! La primera vez que Olmedo vino á Europa, como diputado por Guayaquil en las Cortes españolas de 1810, se encontró al volver con la pérdida de su madre. La segunda recibe al regreso, como primera noticia, la del fallecimiento de su consorte. Parecía que su corazón adivinaba tales desgracias, según lo mucho que siempre repugnó separarse del suelo que le vió nacer.





VII.

DE 1828 Á 1847.

No me cansaré de lamentar la indiferencia ó descuido con que hasta ahora han solido prescindir los eruditos americanos de allegar noticias relativas á sus escritores y poetas. Sin ese censurable abandono, tanto más censurable cuanto que los hombres estudiosos de la América española no necesitan engolfarse en arduas investigaciones para encontrar y reunir datos exactos con que trazar la biografía de cuantos después de la emancipación han ilustrado con su ingenio y saber las nuevas naciones de aquel hemisferio, no se encontrarían las lagunas que necesariamente se han de hallar en este bosquejo biográfico, y muy particularmente en la parte de vida de nuestro Olmedo que aún queda por historiar.

La inopinada pérdida de la amante esposa debió prestar alas al gran poeta para volar al lado de sus tiernas hijas, privadas ya del calor de la dulce madre. Desde aquellos días de luto y de amargura no volvemos á saber de él por él mismo, hasta que algunos años más adelante renueva en esta carta su interrumpida correspondencia con Bello:

«GUAYAQUIL, *enero* 9 *de* 1833.

»Mi querido compadre y más querido amigo:

»Más vale tarde que nunca. Al cabo de mil años, tenga V. este recuerdo mío á cuenta de los frecuentísimos que hago de V. Usted se vino sin decirme nada, y después de mucho tiempo vine á saber que no estábamos tan lejos como cuando nos vimos la última vez. Quise escribir á V.; pero no me resolvía á hacerlo ligeramente, y la ocasión de escribir largo nunca venía, y si espero á que venga, siempre viviremos en incomunicación. Me contento, pues, con saludar á V., á mi amable comadre, á toda la familia y separadamente á mi Andresito.

»El Sr. Vicendón entregará á V. esta carta: es amigo mío y de mi casa; y aunque él se recomienda á sí mismo por sus modales, por sus prendas y mérito, no debo omitir esta recomendación como un grato oficio de amistad.

Negocios de interés le llevan á ese país, y V. puede tener la ocasión de prestarle servicios de que me constituyo deudor.

»¿Qué noticias me da V. de las amigas Musas? Há tanto tiempo que ni las veo ni me ven, que recelo me hayan olvidado: desgracia que, por su sexo, es peor que si me aborreciesen. Habiéndose fijado, como dicen, en Chile, y por consiguiente en casa de V., no le será molesto saludarlas en mi nombre, y hacerles un recuerdo de su amigo y fiel votario.

»Mil y mil cosas á nuestro carísimo D. Mariano (1), bien se halle sentado en su curul, bien recostado en su tirio lecho con su deseada Rosario. Nunca olvido las estaciones de Londres. Dígale V. que me remita la edición completa de las obras de su recomendable y docto papá, sin falta. Mándeme V. también alguna de sus nuevas composiciones, sin falta, sin falsa modestia, sin demora.

»Y adiós, mi querido amigo. Si V. supiera la vida que me paso, me compadeciera. Adiós.

»Su apasionado amigo de corazón—J. J. OLMEDO (2).»

El 26 de diciembre de aquel mismo año,

(1) Egaña.

(2) AMUNÁTEGUI: *Vida de D. Andrés Bello*, pág. 288.

escribía nuevamente á Bello desde Guayaquil en los términos siguientes:

«Mi querido compadre y amigo:

»Conociendo de cuantos placeres me privo por nuestra incomunicación, no por eso venzo las dificultades que se presentan aquí para escribir á V. con la frecuencia que exigía nuestra amistad. Ahora mismo no escribiera á V. si no tuviera el mayor interés en hacerle una recomendación en favor de unos jóvenes con quienes tengo muchas y muy estrechas relaciones. Teniéndome á la capa en la borrasca que sufre al presente este país, no hay ánimo ni humor de escribir, y mucho menos de escribir á un amigo como V., para lo cual es indispensable ocio y reposo.

»Los jóvenes de que he hablado antes son Matías Alzúa, con sus hermanos menores Liberato y Domingo, y Teodoro Luzurriaga, que va á unirse con su hermano Manuel, que se halla en la pensión del Sr. Zegers; todos cuatro recomendados al Sr. Lecica, de Valparaíso, por cuyo conducto serán puestos en el mismo establecimiento. El primero de estos jóvenes, Matías Alzúa, ha estudiado los primeros elementos de la ilustración, es decir, lenguas y principios de matemáticas; se inclina á la profesión de abogado, y va á Chile con el objeto de estudiar el derecho. Hará sus estu-

dios en el Instituto, y dirigiendo V. ese establecimiento, nada nos deja que desear y nada tengo que decirle. Las esperanzas del joven, las de sus padres y las mías serán cumplidas.

»Por lo que hace á los demás, serán colocados en la pensión del Sr. Zegers; y espero de la amistad de V. que tomará por ellos el mismo interés como si fuesen mis hijos. El favor de V. debe extenderse á examinar personalmente las ventajas ó desventajas de esa casa de educación, y la bondad ó vicios del sistema que allí se haya adoptado. Con la mayor satisfacción he sabido que V. es uno de los individuos de la comisión que se ha formado por los padres de familia para invigilar sobre los progresos de ese establecimiento y fomentarlo; y con este motivo, nadie como V. está en aptitud de llenar todos los objetos de esta recomendación. Para satisfacer los deseos de sus padres y los míos, quisiera que V. se molestase en darnos una idea de esa casa, y en asegurarnos que admite este encargo con buena voluntad.

»Si yo tuviese hijos en estado de ir allá, aprovecharía esta oportunidad; pero el único varón va á cumplir dos años, y no es posible separarnos de la Virginia.

»Á mi amable comadre mil afectuosas me-

morias, y mil cariños á los chicos. Uno muy especial á mi Andrés.

»Si yo le dijera á V. la vida que paso, ¡qué sermón me esperaba! Pero ya no puedo vivir de otro modo, y la pereza se me ha hecho connatural. Adiós, amigo y compadre, hasta otra ocasión. Su más afectuoso y sincero amigo—J. J. OLMEDO.

»Memorias al amigo Egaña. En mi anterior le encargué á V. le dijera me mandase la colección de las obras de su padre, que se imprimieron en Europa, especialmente las poéticas. Y... ni contestación [1].»

Al insertar estas cartas en *nota* oportunamente añadida al curioso capítulo que intitula *Constancia en la amistad de Bello y Olmedo*, el entusiasta y diligente biógrafo de aquel exclarecido polígrafo estima que, aun siendo ellas menos importantes que otras reproducidas en el texto de su obra, «ofrecen la ventaja de hacernos conocer mejor la intimidad que hubo entre estos dos preclaros varones [2].» Á mis ojos tienen mayor importancia: la de dar noticias acerca de ambos ingenios en días respecto á los cuales nada sabíamos de Olmedo por otro conducto.

(1) AMUNÁTEGUI: *Vida de D. Andrés Bello*, págs. 291 y 92.
(2) AMUNÁTEGUI: *Vida de D. Andrés Bello*, pág. 291.

Refiriéndose á nuestro poeta y á los años que mediaron desde 1828 á 1846, en el cual se imprimió en Valparaíso la *América poética*, el distinguido literato D. Juan María Gutiérrez, que prestó á las letras el gran servicio de formar y dar á luz aquella interesante colección de poesías americanas, dice únicamente lo que sigue: «Disuelta la República de Colombia, ocupó el Sr. Olmedo el puesto de Vicepresidente del Estado del Ecuador, cargo que renunció muy pronto, aceptando la Prefectura del departamento de Guayaquil, cuyas funciones le permitían acercarse á su casa paterna y á su familia.—La alta posición social en que han colocado al Dr. Olmedo sus servicios y sus talentos, no podía menos que llevarle á la escena política en los últimos acontecimientos del Ecuador: en ellos ha sido miembro muy activo del Gobierno provisorio que sucedió á la presidencia del General Flores.—El Doctor Olmedo vive en Guayaquil y pasa algunas estaciones del año en su hacienda de campo la «Virginia;» allí, en el seno de esa naturaleza lujosa que él ha sabido pintar con tan eficaces colores, hallará el silencio amigo de las musas; pero también allí ha de perseguirle «la gloria y el tormento» de la existencia, como él ha llamado á la fama.»

Los Sres. Amunáteguis, en su laureado *Jui-*

cio crítico de algunos poetas hispano-americanos, impreso en Santiago de Chile el año de 1861, se limitan á copiar las diminutas noticias biográficas de la *América poética*, y el Sr. Torres Caicedo no añade á las anteriores otra ninguna relativa al periodo de que se trata. Algo más que aquéllos y éste las puntualiza en sus breves apuntamientos D. Manuel Gallegos Naranjo, el cual se expresa en los términos siguientes: «Separados de Colombia los departamentos del Sur y erigidos en un Estado independiente con el nombre de República del Ecuador, en 1830 (¿?), Olmedo fué su primer Vicepresidente. Después fué nombrado Prefecto del departamento del Guayas, y las Asambleas legislativas siempre le miraron en su seno.—En 1845, después de la revolución de marzo, fué nombrado miembro del Gobierno provisorio en Guayaquil.—Reunida la Convención Nacional en Cuenca, al desaparecer la administración Flores, Olmedo fué proclamado candidato para la presidencia del Estado; puesto que no ocupó por mayoría del partido de oposición (1).»

(1) *Parnaso Ecuatoriano con apuntamientos biográficos de los Poetas y Versificadores de la República del Ecuador, desde el siglo XVII hasta el año de* 1879, *por* MANUEL GALLEGOS NARANJO (Quito, 1879), pág. 397. Esta colección, en la cual abunda mucho la broza, sólo contiene de Olmedo el *Canto á Bolívar* y el soneto rotulado *En la muerte de mi hermana*.

El contenido de las dos últimas cartas citadas añade, pues, nuevos pormenores á los que ya se conocían referentes á la vida de Olmedo en los años á que aludo. Ésta es la principal razón que me ha movido á transcribirlas literalmente. Por ellas sabemos de un modo indudable que desde la sangrienta herida que nuestro poeta recibió en el alma tan pronto como arribó al suelo natal, había permanecido en divorcio con sus queridas musas hasta el punto de recelar, cuatro años y medio después de su vuelta, que le hubiesen olvidado. Sabemos también que la vida que á la sazón pasaba no debía ser muy grata ni muy de su gusto (quizás porque las atenciones propias de los cargos públicos ó los cuidados de familia le obligaban á extrañarse de sus más caras aficiones), pues no vacila en asegurar que si Bello la conociese no podría menos de tenerle compasión. Sabemos asimismo que á fines de aquél año 33 no se habían disipado las nubes que ofuscaban y amargaban su espíritu, al extremo de necesitar estímulo ineludible para tomar la pluma y dirigirse al amigo predilecto, y que en esta preocupación de su ánimo tenía no escasa parte la deplorable situación política del Ecuador.

Para un hombre de la buena fé de Olmedo, tan amante de su patria y tan afectuoso y ve-

hemente, los acontecimientos que pasaban á su vista y en que su posición y circunstancias le obligaban á tomar parte, no eran nada lisonjeros. En lucha consigo mismo por la gran facilidad con que su genio é índole se prestaban á recibir impresiones distintas y aun opuestas, exagerándolas ó extremándolas en virtud de su apasionado carácter y de la natural vivacidad de su ardorosa imaginación, debía de sentir no pocas veces el sordo malestar é indefinible inquietud que experimentamos cuando la lógica implacable de los sucesos viene á poner en pugna la realidad con nuestros deseos ó aspiraciones, y á establecer desequilibrio, si no antagonismo declarado, entre lo que nos dicta la razón y lo que apetece la voluntad ó imagina la fantasía.

Esta situación de espíritu, enojosa para cualquiera menos dócil que Olmedo á toda clase de emociones, había de serlo mucho más para el alma apasionada y sensible que, por serlo tanto, se abultaba y agigantaba de igual modo males que bienes en los varios trances de la vida. Sorprendido y deslumbrado por la novedad del movimiento de insurrección dirigido á emancipar nuestras antiguas colonias; arrastrado por las galanas promesas con que las revoluciones nacientes procuran embobar y atraer á los incautos para que les ayuden á

realizar sus propósitos, Olmedo, que como hemos visto soñaba desde un principio con escenas de paz, de prosperidad y bienandanza semejantes á las que describe en una de sus cartas al Libertador, experimentaba ahora el disgusto de contemplar cada vez más encrespado y revuelto el mar de las pasiones políticas, y menos claro y propincuo el día de la regeneración, del bienestar y engrandecimiento de su patria. La libertad, cuyo mágico nombre había despertado en él, como en otros muchos, tantas esperanzas é ilusiones, no brindaba á los pueblos americanos con los saludables frutos que desde luego se prometieron de ella soñadores patriotas. Lejos de eso, á medida que iban consiguiendo aquéllos emanciparse de la Metrópoli y regirse con arreglo á su exclusiva voluntad, multiplicábanse las convulsiones y los trastornos, propagábase la anarquía, brotaban como por ensalmo en todos ó en la mayor parte de ellos ambiciosos vulgares sin escrúpulos de conciencia, que, en vez de contribuir eficazmente á cimentar con solidez la nueva organización de las naciones recién creadas, eran rémora ú obstáculo insuperable al afianzamiento de una libertad fructuosa y al desarrollo de un progreso fecundo y bien ordenado.

Semejante desilusión, desengaño tan dolo-

roso no podía menos de afectar á los hombres sinceros que abrazaron con entusiasmo la causa emancipadora. Hasta qué punto influía realidad tan lamentable aun en las personas de carácter más varonil y de más subido temple, ya lo hemos visto en los párrafos antes copiados de las cartas de Bolívar á su amigo Fernández Madrid. ¿Cómo esa desilusión y ese desengaño no habían de llevar al candoroso espíritu de Olmedo, en quien la más ligera impresión solía dejar huella profunda, la vacilación é incertidumbre que nos fuerzan á desconfiar del juicio propio, sometiéndonos al tormento de dudar de todo y de tener hoy por malo aquello mismo que ayer nos admiraba y cautivaba por estimarlo inmejorable? Pero dejemos esto, que el poeta mismo evidenciará más adelante, y volvamos á las dos cartas á que me refiero.

Olmedo estampa al final de la segunda que si tuviese hijos en estado de ir á un colegio, aprovecharía la oportunidad para enviarlos á la pensión de Zegers en Valparaíso; y añade: «Pero el único varón *va á cumplir dos años*, y no es posible separarnos de la Virginia.» Si al arribar Olmedo á las playas de Chile, á mediados de 1828, recibe la noticia del fallecimiento de su esposa, ¿cómo en diciembre de 1833 habla, como de cosa natural y corriente,

de un hijo varón que aún no ha cumplido *dos años?* Quede á más afortunado biógrafo la resolución de este problema, que no he podido aclarar por falta de suficientes noticias.

Sobre dos años después de escritas las cartas á que me refiero dió nuevas señales de vida la musa de Olmedo, que por largo tiempo había permanecido inactiva á pesar de las reiteradas excitaciones de Bello, de las del erudito é ingenioso gaditano D. José Joaquín de Mora (que representó papel de alguna importancia en el desarrollo intelectual y en las controversias políticas de varias de aquellas repúblicas), y de la galana *Oda* que en 1829 le había compuesto y dirigido desde el Perú D. Felipe Pardo y Aliaga (1), en la cual se dolía del abandono y descuido de nuestro poeta, expresándose de este modo:

«El fuego inspirador del sacro Apolo,
Que arrebata la mente á las divinas
Mansiones del Olimpo, arde en tu alma.

(1) Nació en Lima el 11 de junio de 1806. Hijo del magistrado español D. Manuel Pardo, Regente de la Audiencia del Cuzco, y de Doña Mariana Aliaga, segunda hija de los Marqueses de Fuente Hermosa, vino á España y recibió educación en Madrid bajo la dirección del insigne maestro D. Alberto Lista. En las aulas del colegio de San Mateo fué compañero de hombres que posteriormente han sobresalido en la república literaria, como Ventura de la Vega, Espronceda, el Marqués de Molins, el Conde de Cheste, y otros no menos ilustres.

Tú conseguiste solo
Entre los vates del Perú la palma;
Ya la suerte llorando
De aquél precioso niño
Que abrió sus ojos á la luz del día,
Aún atada la patria
Al yugo de la negra tiranía,
Ya celebrando en inflamado tono
El venturoso instante
En que, vencido el pabellón del trono,
La patria enseña flameó triunfante.
Pero ¡ay! que sumergido
En ocio y en silencio,
No los labios desplegas,
Ni de tu acorde lira
El eco resonante al aire entregas,
Indócil tu albedrío
Al elevado numen que te inspira.»

Y después de apuntar hipotéticamente algunas de las causas ó razones que podía haber para que el poeta guardase pertinaz silencio (1), concluía diciéndole:

(1) Entre las que Pardo indica en su *Oda*, merece particular atención la expresada en los siguientes versos:

«¿Tal vez ausente de tu *cara esposa*,
Y del *único fruto*
Que el cielo á tus amores *reservara*,
Ligada noche y día
A tan tiernos objetos
Huye al póder del Dios tu fantasía?»

Si esta *Oda* se escribió en 1829, fecha que lleva al pié en la edición de las *Poesías y escritos en prosa de D. Felipe Pardo* (París,

«Tan culpable inacción destierra, oh vate:
Al mágico poder de tu armonía,
Haz que mi pecho ufano se dilate:
Canta: y el padre del Perú, bondoso
Al canto sonoroso,
Desde su solio diamantino ría:
Canta, y mi numen inexperto guía.»

Para sacar á Olmedo de la que Pardo llama *culpable inacción*, se necesitaba por lo visto un acontecimiento que hiriese vivamente su fantasía y causase honda impresión en su alma.

1869), preparada por el autor desde 1865, lo que se dice en los anteriores versos me llena de confusión. El 10 de agosto de 1828 se hallaba Olmedo en Valparaíso, de vuelta de Europa. De allí partió inmediatamente á Guayaquil, tocando de pasada en Lima. Pardo vivía por entonces en la capital del Perú. ¿Cómo, pues, da al vate del Guayas en aquella fecha por ausente de su *cara esposa*? ¿Cómo habla de haber el cielo reservado á Olmedo el *único fruto* de sus amores? En 1826 escribía Olmedo al Libertador pidiéndole permiso para regresar á América lo más pronto que ser pudiese, con el fin de aprovechar el tiempo en la educación de sus *dos niñas*. ¿Cuándo dejó de existir una de ellas? ¿Será que en la carta dirigida á Bello desde Valparaíso en agosto del año 28 se refiera á la pérdida de su hija y no á la de su mujer, como he dicho anteriormente fiado en la autoridad de un hombre tan verídico y noticioso como Don Miguel Luís Amunátegui? Y si esa pérdida fué efectivamente la de la hija, no la de la esposa (lo cual explicaría sin violencia el posterior nacimiento del hijo varón que aún no había cumplido dos años en 1833), ¿cómo interpretar esta terminante afirmación de Amunátegui en su interesante *Vida de D. Andrés Bello*, tan rica en documentos curiosos desconocidos hasta ahora y relativos á ambos poetas: «Apenas Olmedo tocó las costas americanas recibió la más funesta de las noticias. Durante su ausencia, *su esposa había fallecido en Guayaquil*?» Decídalo quien tenga sobre el particular datos de que yo carezco.

Tal fué la batalla de Miñarica ganada por el General Juan José Flores, *fundador del nuevo Estado del Ecuador* (1), y según Bello «una de las más notables que se han ganado en América.» Reservando para más adelante apreciar la *Oda* que en tal ocasión compuso nuestro poeta, de la cual únicamente diré ahora que no es inferior á ninguna suya, sin excluir el famosísimo *Canto á Bolívar*, no estará de más hacerse cargo de los que algunos biógrafos le dirigen por haberla escrito. Como esos cargos se refieren más al carácter del autor que á sus dotes literarias y al mérito de la poesía, juzgo que es este lugar á propósito para discurrir acerca de ellos (2).

(1) Olmedo lo proclama así en las notas que puso á la poesía dedicada al General Flores, fechada en 1835.

(2) Los hermanos Amunáteguis, al hablar de la *Oda* de Olmedo, se expresan de esta manera:

«El canto á Junín tenía por tema la elevación del Perú á la categoría de nación, y por héroe al libertador de un mundo; el canto á Miñarica tiene por tema un triste suceso de guerra civil, y por héroe á uno de esos caudillos que han sido la vergüenza de la América española, el estorbo de la libertad y del progreso en el nuevo continente. Este himno de lucha fratricida es un triste complemento del himno de independencia... «No habrá, dice don »Juan María Gutiérrez, quien al avistar la cana y erguida sien del »Chimborazo, por enemigo que sea del vencedor de Miñarica, no »exclame sojuzgado por la belleza de la idea:

»Rey de los Andes, la ardua frente inclina,
»Que pasa el vencedor...»

¡Falso! Nos parece *una indignidad* hacer inclinar la frente á los

Pasma ver hasta qué punto el espíritu de partido turba y oscurece los más claros entendimientos y los más rectos corazones, y de qué modo personas de sana intención y buen juicio se dejan deslumbrar y avasallar por teorías funestas é irrealizables. Canos estamos de oir á todas horas vociferar á los que se tienen por únicos partidarios sinceros de las libertades públicas y genuinos defensores de la dignidad humana, que la libertad es el alma de la sociedad moderna, el fin á que ésta debe propen-

Andes, ese estupendo monumento de la grandeza de la América, á los piés de D. Juan José Flores. Reconocemos la osadía de la expresión, que bien pudiera competir con la afamada de Rioja «ante quien muda se postró la tierra;» pero todos convendrán en que no está justificada por la importancia del individuo á quien se ha querido rendir ese homenaje. En la recompensa misma que recibió Olmedo por su *tributo de adulación*, sufrió el *merecido castigo* de haber quemado incienso á un mandón á cuya caída debía cooperar poderosamente más tarde.» *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos*, pág. 34.

El Sr. Torres Caicedo, aludiendo á la *Oda* de que se trata (*Ensayos biográficos*, tomo I, pág. 142), dice: «Desgraciadamente este canto se compuso en circunstancias bien diferentes de las que existían cuando el poeta recibió la inspiración de su primero é inmortal poema... se hizo para ensalzar el triunfo de un partido sobre otro; para eternizar la memoria de una batalla entre hermanos... El héroe de Miñarica era un hombre á quien se acusaba de querer eternizarse en el poder y someter el querer de todo un pueblo á su propio querer... Da pena ver que Olmedo hubiera *consagrado su inspiración á inmortalizar una lucha intestina, una guerra fratricida*. Y, sin embargo, había una voz que le gritaba al poeta: «¡No cantes!» Y el poeta, que nos confiesa haber oído esa voz sonora y grave, voz de la sabiduría y del patriotismo, *no quiso oirla y cantó*.»

der ante todo y sobre todo. Mas prescindiendo de que esos tales no definen jamás con exactitud lo que entienden por libertad (antes bien la profanan confundiéndola con los perniciosos desafueros de la anarquía y con las desastrosas expansiones de la licencia), semejante absoluta no será admisible para nadie que discurra cuerdamente. La libertad es muy necesaria al bienestar de hombres y pueblos y contribuye á elevar el nivel moral de unos y otros, cuando se apoya en bondad y en justicia sin traspasar el límite del derecho ajeno; pero cuando no es así, lejos de contribuir al bien, se trueca en poderoso elemento de perturbación y escándalo. Desgraciadamente la experiencia ha demostrado en Europa, en América, en todas partes, que no hay mayores enemigos de la libertad razonable y fecunda que aquellos de sus adeptos que más la invocan procurando monopolizar su culto.

Sea por ofuscación ó por ignorancia, sea porque se valen de ella para encubrir á los ojos de la multitud irreflexiva miras ambiciosas ó intereses personales, los revolucionarios son siempre los que dificultan, embarazan ó imposibilitan el triunfo y consolidación de la libertad verdadera. En pueblos amaestrados por la experiencia de largos siglos de vida independiente y de regular organización, el es-

pantoso desorden que entronizan con sus exageraciones y desvaríos esos mentidos apóstoles de la libertad, rara vez es duradero. Pero en naciones apenas constituidas; en pueblos de temperamento inflamable, donde la generalidad no está bastante ilustrada ni tiene la suficiente experiencia en materias políticas, y que, amén de ello, se rigen por instituciones democráticas que llevan consigo la instabilidad en la magistratura suprema del Estado y la falta de fuerza legal coercitiva en la autoridad encargada de gobernar y administrar la república, semejantes desvaríos adquieren, por decirlo así, carta de naturaleza.

Esto explica la constante anarquía en que han vivido, con rarísimas excepciones, casi todas nuestras antiguas colonias de América desde su emancipación de la Metrópoli. Esto la deplorable influencia que han ejercido ciertas ideas, mal tenidas por avanzadas y de progreso, hasta en algunos hispano-americanos que por su elevado entendimiento, por su vasta ilustración, por su conocimiento del mundo y de los hombres parecían llamados á no dejarse arrastrar en la corriente de utópicas libertades, ni á cerrar oídos á las lecciones de la experiencia, tan costosas en el hemisferio occidental desde hace más de medio siglo.

El virus deletéreo que entrañan ciertas opi-

niones revolucionarias es tan eficaz y corrosivo, puede tanto la soberbia que las engendra ó mantiene, es tan invasor y odioso su exclusivismo, que difícilmente se libran de rendir alguna vez tributo á su fatal intolerancia los que se inclinan á ellas, aunque no las aprueben ni las adopten por completo. De aquí la soberana injusticia con que varios críticos, dignos por otra parte de consideración y aun de aplauso, censuran á Olmedo por haber compuesto su oda *Al General Flores, vencedor en Miñarica*, y el tono despreciativo con que hablan del triunfador en aquella función de guerra.

No quiero suponer que los que censuran á Olmedo por haber celebrado en admirable poesía las hazañas del General Flores, representante de ideas conservadoras, le habrían ahorrado tal censura si aquel ilustre caudillo hubiese luchado por defender la causa de impacientes é insaciables demagogos. Los honrosos antecedentes de tan apreciables escritores los ponen á cubierto de tal sospecha. Mas si ellos no; visto el cúmulo de iniquidades que amargaron la existencia de Bolívar y precipitaron su fin, á pesar de sus eminentes servicios y de haber sido aclamado por tantos años como *padre de la patria*, como *redentor de un mundo*, como *primer campeón de la libertad americana*, no habría faltado allí quien se hubiera deshe-

cho en aplausos al vate del Guayas por su patriótica inspiración, si en vez de cantar al General Flores hubiese encomiado las proezas ó la fortuna de algún tiranuelo de baja estofa encumbrado al mando á título de ultraliberal, para mengua, infelicidad é ignominia de la América del Sur.

El hecho de cantar las glorias del *vencedor en Miñarica* no es, pues, desdoroso para el carácter de Olmedo, ni debe estimarse como *tributo de adulación* merecedor *de castigo*. El mismo Torres Caicedo, que también lo censura, aunque con menos acritud que los críticos chilenos, rinde homenaje á la justicia añadiendo á sus reproches esta observación: «Cuando Olmedo sostenía al Generel Flores, la mayoría lo sostenía también; el poeta pudo errar, pero *creía de buena fé* que ese General era *el solo* que en aquellas circunstancias podía dar paz al Ecuador y hacer adelantar á la Nación (1).» Dadas tales premisas, ¿tenía el poeta obligación de ser adivino, aun suponiendo que posteriormente hubiera sido tirano el General Flores? De quién era éste, y de lo que entonces valía y significaba, da exacta idea testigo de mayor excepción: el Libertador Simón Bolívar, en carta que le dirigió al tener conoci-

(1) *Ensayos biográficos*, tomo I, pág. 143.

miento del alevoso asesinato del Mariscal Sucre. Dice así:

«Esta noticia me ha causado tal sensación que me ha turbado verdaderamente el espíritu, hasta el punto de juzgar que *es imposible vivir* en un país donde se asesina cruel y bárbaramente á los más ilustres Generales, *cuyo mérito ha producido la libertad de la América.* Observe V. que nuestros enemigos no mueren sino por sus crímenes en los cadalsos, ó de muerte natural; y los fieles y los heróicos *son sacrificados á la venganza de los demagogos. ¿Que será de V.*, qué será de Montilla y de Urdaneta mismo? Yo temo *por todos los beneméritos capaces de redimir la patria.* El inmaculado Sucre no ha podido escaparse de las asechanzas de *estos monstruos.* Yo no sé qué causa haya dado este General para que atentasen contra su vida, cuando ha sido *más liberal* y *más generoso* que cuantos héroes han figurado en los anales de la fortuna, y cuando era demasiado severo hasta con los amigos que no participaban enteramente de sus sentimientos. Yo pienso que la mira de este crimen ha sido *privar á la patria de un sucesor mío*, y dejar á V. en el Sur, *solo en la arena, para que todos los golpes y todos los conatos se dirijan únicamente contra V.—Destruído que V. sea, conquistarán el país* con los Pastusos y Patianos, y *los infernales* serán los conquis-

tadores de ese buen país que tanto amo (1).»

Estas palabras del Libertador dirigidas al General Flores pocos meses antes de sucumbir al peso de abominables traiciones é ingratitudes en las playas de Santa Marta, bajo el techo hospitalario de un amigo (2), me excusan de esforzar el argumento.

La muerte de Bolívar, acaecida el 17 de diciembre de 1830, undécimo aniversario de la memorable sesión del Congreso de Angosturas en que se dió por constituída la gran República de Colombia, apresuró su ya intentada disolución. La obra gloriosa realizada en virtud de tantos patrióticos esfuerzos, se deshizo, como sal en agua, merced á las odiosas maquinaciones é intrigas de unos cuantos ambiciosos sin patriotismo y sin conciencia, que para lograr su objeto habían empezado por ofender con torpes calumnias, fingiéndose únicos amigos sinceros de la libertad, á los leales y generosos patricios que de veras la amaban y de-

(1) *La vida de Bolívar, Libertador de Colombia y del Perú, Padre y Fundador de Bolivia. Escrita cuidadosamente con presencia de documentos auténticos y muchos inéditos, de grande interés, por* Felipe Larrazábal (New-York, 1866): tomo II, págs. 549 y 550.

(2) Recuerdo haber leído, pero no dónde (aunque sí en escrito de autor hispano-americano), que D. Joaquín de Mier, dueño de la quinta de San Pedro Alejandrino, situada como á una legua de Santa Marta, donde fué acogido y falleció Bolívar, era súbdito español.

fendían. La disolución de Colombia, que inspiró á la patriótica musa de Bello acentos tan doloridos, dió margen á que naciesen de los despojos de aquel gran Estado tres distintas Repúblicas. En tamaño desastre cupo en suerte al General Flores contribuir más que otro alguno á crear la del Ecuador, donde se había mecido su cuna.

El hombre á quien Bolívar contaba entre los beneméritos *capaces de redimir la Patria*, no habiendo podido evitar el fracaso de Colombia, procuró á lo menos salvar á su país nativo de los horrores de la anarquía, aplicando sus altas dotes (1) á la ardua empresa de fundar un

(1) Siendo yo todavía muy joven tuve el gusto de conocer y tratar al General Flores, que vino á Madrid hacia 1846 si no me es infiel la memoria. Favorecido con su amistad, honra que me dispensó no obstante mis pocos años (tal vez prendado de mi fervoroso amor á las buenas letras), tuve entonces ocasión de apreciar por mí mismo la distinción de su porte, su claro talento y no común ilustración, y sobre todo la bondad y dulzura de su carácter. Nada más opuesto á la índole propia de un *tirano* que aquel ilustre caudillo, amantísimo de su patria y ansioso de glorificarla sacándola de las garras de la anarquía, buitre que incesantemente devoraba sus entrañas. Si alguna vez se equivocó Flores en los medios que trató de poner en juego para lograrlo, cúlpese, no á su buena voluntad, sino á la flaqueza humana, de que no se libran ni aun los hombres de más superior aliento. En cambio prestó al Ecuador, con actividad incansable, servicios muy eminentes hasta en edad avanzada, y estuvo pronto siempre á corresponder al llamamiento de sus compatriotas, como lo prueba la extraordinaria prontitud y el vigor, impropio de su ancianidad, con que en 1860 reorganizó el ejército, batió en Babahoyo al General Guillermo Franco, jefe del partido ul-

Estado que aún subsiste como nación independiente, á pesar de la interminable serie de revoluciones y reacciones que desde aquella época se han sucedido en él, de igual suerte que en muchos otros de la América española. Quien abrigó y supo realizar tal intento, sin esquivar para conseguirlo peligros ni sinsabores, ¿no merecía ser cantado por la musa del patriotismo cuando, venciendo imposibles á fuerza de valor y de ingenio, acababa de conseguir un gran triunfo sobre los implacables enemigos del reposo público y de la consolidación del orden, y de mostrarse con ellos magnánimo y generoso? (1).

Desde esta época no volvemos á saber directamente de Olmedo hasta que da cuenta de su persona en los siguientes renglones dirigidos al sabio venezolano:

«GUAYAQUIL, *enero* 10 *de* 1840.

»Mi querido compadre y más querido amigo:

»Nos escribimos tan pocas veces, que nadie

trademocrático posesionado del poder, y libertó á su patria por algún tiempo de la desastrosa dominación de los demagogos, únicos verdaderos tiranos en las Repúblicas de la América Española.

(1) Así lo expresa Olmedo en su poesía cuando dice:

«Á los unos aterra su presencia;
Otros, piedad clamando, se rindieron;
Y á los que, fuertes para huir, huyeron,
Los alcanzó en su fuga la clemencia.»

creerá que nos queremos tanto. Me parece que ahora años empecé otra carta con la misma introducción; pero supuesto que es una verdad, y que además contiene un sentimiento de cariño, nada se pierde en repetirla.

«Entre otras causas de mi silencio, no es la menos eficaz esta borrasca perpetua en que estamos viviendo, de manera que no hay ni tiempo, ni ánimo, ni conciencia, ni humor para entregarse á *these sweet unbosomies* de los amores y de las amistades. Á mí no me ha ido mal poniendo en práctica aquel célebre símbolo de Pitágoras—cuando soplan los vientos con violencia, adora los ecos.

»Lo diré en griego para mayor claridad:

'Ανέμων πνεόντων ἡ ἠχὼ προςκύνει.
Du grec! o ciel! du grec!...
Du grec, quelle douceur!

»Entre los varios comentos de este símbolo, prefiero aquel que dice que aquí los vientos designan las revoluciones, las sediciones, las guerras; y que el eco es el emblema de los lugares desiertos; y que Pitágoras ha querido exhortar á sus discípulos á dejar las ciudades donde se levantasen guerras y turbaciones civiles, y hundirse en las soledades.

»¡Vaya, que no tiene V. motivo para quejarse de falta de erudición en esta epístola!

»Tanto prólogo era indispensable en esta ocasión para presentar á V. con algún aparato á mi amigo el General Pallarez, que va á Chile de encargado de negocios por el Ecuador. Él desea conocer á V. y ser su amigo; y V. tendrá la complacencia de conocer y tratar un gallego de aquellos *que vale por mil, cuando llega á despuntar*. Yo también tengo el interés de que V. y él conozcan cuáles son los que yo llamo mis verdaderos amigos.

»No sé si le será á V. fácil hallar y remitir un *Mercurio de Chile* de marzo de 1829. También algún libro nuevo y curioso: todavía no tengo el quinto tomo de las obras de Martínez de la Rosa.

»Después de saludar al amigo Egaña muy afectuosamente, dígale V. que se ha olvidado de la promesa de remitirme la colección de las obras de su padre, y que yo le conocí en Londres más hombre de bien y más amigo.

»Á mi amada comadre afectuosísimas memorias, y á todos mis ahijados y sobrinos, especialmente á mi Andrés.

»Y adiós, su apasionado y cordial amigo—J. J. Olmedo (1).»

Dos años después, en 1842, tuvo el poeta la

(1) Amunátegui: *Vida de D. Andrés Bello*, págs. 292 y 293.

desgracia de perder á su querida hermana. El *soneto* que compuso con tal motivo manifiesta palpablemente el deplorable influjo que ejercen en las creencias religiosas ciertos principios políticos, á que Olmedo consagraba en aquellos días mayor devoción que otras veces, entibiado ya su entusiasmo por Bolívar y por Flores. Más que desahogo del dolor, el soneto á que me refiero es como indignado grito de un espíritu rebelde á los designios de la Providencia. Por aquel mismo tiempo escribió á Bello esta carta:

«SANTA ELENA, *mayo* 24 *de* 1842.

»Mi querido compadre y más querido amigo Andrés:

»En este punto de la costa, que bien merece su ominoso nombre, he venido á convalecer de una enfermedad inconvalecible; pues tiene su principio en mi constitución física, que sólo podrá variar con la disolución. Mi estitiquez es imponderable: y cuando me olvido del clister, ó de los purgantes, me estoy largos días como cuerpo glorioso. Bajo ningún cielo, sobre ningún suelo, en ningún clima he experimentado variación... *Post equitem sedebat atra cura.*

»En este momento me han dicho que ha llegado á este puerto, distante de esta población

cerca de una legua, un buque, á tomar un poco de carga, que está ya preparada; aprovecho, pues, estos instantes para saludar á V., á mi estimada comadre y á toda la familia, y á mi Andrés.

»No se olvide V. tanto de mí... esto es, de escribirme, pues por lo que hace á otra cosa vivo muy persuadido de que estoy siempre en su memoria y en su corazón, como V. en el mío.

»En mi anterior le pedí á V. unos libritos y no parecen. Pedí al amigo Egaña las obras de su padre, excepto *El Chileno*, que poseo, y no parecen; pero de este buen Egaña ni libros ni memorias.

»No me dan tiempo para más. Adiós, pues, mi muy querido y muy pensado amigo Andrés. Adiós.—J. JOAQUÍN OLMEDO.

»El ejemplar del *Derecho Público* que V. me mandó me lo quitaron; otro que adquirí casualmente tuve que regalarlo; aquí no encuentro cómo reponerlo (1).»

Á juzgar por la marcha y resultado de los acontecimientos, la *estitiquez* de que habla Olmedo en el primer párrafo de esta epístola no le impidió tomar parte en los sucesos políticos

(1) AMUNÁTEGUI: *Vida de D. Andrés Bello*, págs. 293 y 294.

posteriores á esa fecha. Aunque todas sus cartas confidenciales atestiguan el constante amor que profesaba al estudio y su natural predilección por las letras, en sus últimos años debieron parecerle menos enojosos que antes los varios y agitados accidentes de la vida pública. En ningún tiempo ni en parte ninguna se ha dado el caso de elevar á los primeros puestos de una nación, disputadísimos siempre, á quien de un modo ó de otro no haya hecho algo para conseguirlo. Y si esto sucede en todo el mundo, aun tratándose de cargos menos codiciados que los de miembros del Gobierno supremo de una república, ¿no argüiría candidez inconcebible presumir que esta regla iba á fallar en país tan revuelto y de tan enconadas ambiciones como el Ecuador, por rendir excepcional homenaje al mérito de un poeta insigne poco amigo de figurar en política?

La circunstancia de haber Olmedo formado parte de todas las Asambleas legislativas desde la desmembración de Colombia y creación de aquella nueva República; la de haber sido su primer Vicepresidente (cargo importantísimo que trocó por el no menos importante, y más conveniente para él, de Prefecto del departamento del Guayas); y sobre todo, el hecho de habérsele nombrado en 1845, después de la revolución de marzo, miembro del Go-

bierno *provisorio* (1) de Guayaquil, demuestran, por un lado, que, efectivamente, con los años se desarrolló en nuestro poeta la afición á intervenir en las luchas políticas; y por otro, me inducen á sospechar que Olmedo no debió ser extraño á la conjuración tramada por los liberales y dirigida por el expresidente Rocafuerte para derribar del poder y arrojar del suelo patrio al General Flores, á quien diez años antes había dicho en hermosos versos:

«... Por tí recobran
Su paz los pueblos y su prez las artes;
La alma Temis su santo ministerio;
Su antiguo honor los patrios estandartes,
La Ley su cetro, *Libertad* su imperio (2).»

«Olmedo (escribe el ilustre colombiano Don Miguel Antonio Caro) mudó de patria *y de opiniones*, arrastrado por la corriente revolucio-

(1) Convendría ver desterrado del lenguaje común, y sobre todo de los documentos públicos de la América española, este intolerable galicismo. ¿Por qué no decir *provisional*, que es lo castizo y corriente?

(2) Son estos versos de la composición titulada: *Al General Flores, vencedor en Miñarica.*—Los que en 1845 ayudaron á Rocafuerte á derribar el Gobierno conservador del General Flores, Presidente legal de la República, tardaron poco en ver burladas sus esperanzas y recibir el merecido castigo. La herencia de aquel movimiento revolucionario no fué para el que lo inició con ánimo de recogerla, ni para los liberales que lo efectuaron; sino para los demagogos, que elevaron á la presidencia al mulato Vicente Roca.

naria, que erigió las colonias en pueblos independientes, y ocasionó agregaciones y segregaciones sucesivas de provincias y naciones. Comparable á un árbol que, sin mudar de asiento las raices, cambia de posición cuando el nuevo cauce y curso vario de algún río trueca y altera las demarcaciones antiguas, Olmedo, apegado siempre al terreno nativo del Guayas, fué sucesivamente español-americano, peruano, colombiano, ecuatoriano. Peregrinas metamorfósis (1).» Extremoso en todo, el que había empezado monárquico, amante fervoroso de España y enorgullecido de ser su hijo, acabó por ultraamericano, y por consiguiente ultraliberal en opiniones políticas, trocándose desde luego en *execrador frenético del nombre español* (2). En ello influyeron sin duda mucho las circunstancias; pero acaso influyesen también, tanto ó más que éstas, la natural movilidad y vehemencia de su espíritu y la acritud de los males que le agobiaron en el último periodo de la existencia, negándole las dulzuras de halagüeño reposo y sellándolo con el triste sello de prematura vejez. Dedúcese esto último de una carta dirigida á Bello por su hijo D. Carlos, en 22 de abril de 1846. Dice así:

(1) *Repertorio colombiano:* tomo III, pág. 141.

(2) Frase de D. Miguel Antonio Caro.

«En Paita, único puerto en que tocó el vapor, y por dos horas, tuve el gusto de conocer al Sr. Olmedo. *Está muy anciano*, y tiene un aire y unas maneras que demuestran una excesiva cortedad, que al leer el *Canto á Bolívar* no era de presumirse en su autor. Me habló con sumo afecto de V., y me dijo que había pocos días que le escribió. Está para regresar á Guayaquil (1).»

Pero donde se pone más de bulto la perturbación é interna lucha que los desengaños, el dolor y las enfermedades causaron en el espíritu de Olmedo, abatiéndolo y agriándolo, es en la carta que escribió diez y siete días antes de morir á su nunca olvidado amigo Andrés Bello. No tengo noticia de ninguna otra posterior; y tanto por ser la última suya que conocemos, cuanto por la desdichada índole de lo más sustancial y grave de su contenido, merece particular atención. Héla aquí:

«GUAYAQUIL, *enero* 31 *de* 1847.

»Mi muy querido compadre y más querido amigo:

»Después de una larga peregrinación, he vuelto del Perú, á donde fuí á buscar salud, y no la encontré.

(1) AMUNÁTEGUI: *Vida de D. Andrés Bello*, pág. 289.

»Pedí la *Gramática Latina* de Bello, y otros opúsculos del padre y del hijo, y todavía los deseo.

»Con el Ministro del Ecuador Sr. Millán (amigo mío particular, y á quien recomiendo mucho) va en clase de adjunto mi sobrino Juan Icaza, joven apreciable, de muy buena conducta, y que ha hecho gran parte de sus estudios en París. Él tiene inclinación á esa carrera, y empieza con el mejor agüero, pues, deseando aprovechar, y necesitando luces y consejos, fácilmente todo lo encontrará en V., y ahí se lo entrego. Igualmente recomiendo al ministro principal, y espero que hallará en V. todas las facilidades que necesita para llenar el laudable objeto que le lleva. De la maldita y fantástica expedición de Flores, ya no hay que hablar. Si se realiza (que lo dudo), me parece que la mayor parte de nuestra libertad y de nuestra gloria está reservada para Chile.

»Si en las copiosas librerías de Chile se encuentra la *Divina Epopeya de Soumet*, muy mucho agradeceré á V. que me la mande. Empezaba á leerla en Lima, cuando me vine, y el dueño de ese único ejemplar me lo quitó al salir. Le aseguro á V. que me ha llenado, mejor diré, rebosado el argumento de ese poema. ¿Qué es el incendio de Troya y la ruina de un

imperio; qué es la fundación de otro venciendo pequeñas hordas de salvajes; qué es la conquista de un sepulcro vacío, y la fundación de un reino pequeño y efímero?... ¿Qué es todo esto en comparación de la libertad de los infiernos, y la redención de los ángeles precitos? Yo no sé si en otros hará esta idea tanta impresión como en mí. Puede ser que no, porque en mí ha llovido sobre mojado... Hace muchos años que, con mucha frecuencia, me asalta el pensamiento de que (aquí entre nosotros) es incompleta, imperfecta la redención del género humano, y poco digna de un Dios infinitamente misericordioso. Nos libertó del pecado, pero no de la muerte. Nos redimió del pecado, y nos dejó todos los males que son efecto del pecado. Lo mismo hace cualquier libertador vulgar; por ejemplo, Bolívar: nos libró del yugo español, y nos dejó todos los desastres de las revoluciones.

»No hay más tiempo que para saludar á mi comadre y á toda la familia, haciendo una expresión particular á mi Andrés.

» Y adiós, mi querido amigo. Su—J. J. Olmedo.

»Se disipó la expedición de Flores. El Gobierno inglés mandó embargar los dos grandes vapores, y el gran trasporte, cuando iban á sa-

lir. Hasta el carbón que traían quedaba ya vendido públicamente (1).»

En ninguno de los escritos de Olmedo se deja ver con tanta claridad como en los precedentes renglones qué horribles estragos causa la duda en almas no fortalecidas por creencias religiosas sólidamente arraigadas. Formado en el estudio y en los ejemplos de una escuela literaria engendrada más ó menos directamente por el enciclopedismo francés del siglo anterior; nutrido desde temprana juventud con el regalado manjar de los clásicos griegos y latinos; enamorado del pagano espíritu que los informa; tocado un tanto del volterianismo que en aquella época prevalecía entre muchos de los aficionados ó dedicados al cultivo de la literatura; espectador de guerras sangrientas é interminables; actor durante la mayor parte de su vida en luchas civiles provocadas, mantenidas y atizadas por ideas ó intereses esencialmente revolucionarios, aquel carácter bondadoso, aquel corazón apasionado y sensible, aquel hombre favorecido por la Naturaleza con tan gran calor de alma, no pensó tanto como debiera en fortalecer la suya con el bálsamo de la fe, ni en enriquecerla con la fecundísima savia del sentimiento cristiano, ni en hacerla bri-

(1) AMUNÁTEGUI: *Vida de D. Andrés Bello*, págs. 289, 290 y 291.

llar más con los resplandores de la única luz que no se extingue.

¿Cómo no había de ser injusto á última hora con los mismos eminentes patricios á quienes prodigó en otro tiempo altos encomios? ¿Cómo no había de inculpar con cierto aire de menosprecio al ya difunto Libertador, mártir de su patriotismo, porque antes de morir no había hecho el milagro de que todos sus compatriotas tuviesen la sensatez y abnegación necesarias para no desgarrarse mutuamente en desdoro de su nombre y en menoscabo del bien de la patria, quien, tal vez amargado y extraviado á consecuencia de largos padecimientos, osaba pensar que *es imperfecta la redención del género humano, y poco digna de un Dios infinitamente misericordioso?* Compadezcamos tal desdicha, la mayor posible en quien se avecinaba á la muerte, y confiemos en que la misericordia infinita habrá perdonado al poeta insigne este mal pensamiento que con frecuencia le asaltaba.

Pocos días después de habérselo comunicado á Bello, el 17 de febrero de 1847 (1), á los sesenta y tres años de edad, falleció Olmedo en la ciudad de Guayaquil, donde había naci-

(1) En esta fecha fijan la muerte del vate del Guayas Torres Caicedo y los hermanos Amunáteguis. Gallegos Naranjo dice que falleció, no el 17, sino el 19 de febrero.

do. Enterráronle modestamente en la iglesia de San Francisco, y allí «una humilde lápida que se halla sobre su túmulo, contrasta con la gloria de tan grande hombre (1).»

Conocido lo que éste fué, réstame ahora decir algo acerca del mérito é índole de sus composiciones poéticas.

(1) Con estas palabras termina Gallegos Naranjo sus ligerísimos apuntes biográficos del poeta.





VIII.

ESTADO DE NUESTRA POESÍA LÍRICA AL APARECER OLMEDO.

Con el advenimiento de la dinastía borbónica se introdujeron en España y comenzaron á prevalecer en nuestras producciones literarias de toda especie las máximas y el gusto del clasicismo francés. Pero al tiempo mismo que aquí se consolidaban y difundían esas doctrinas, torciendo el rumbo á la genial inspiración española, empezaban á experimentar en obras de sus adeptos cierta modificación esencial que alteraba un tanto su genuino carácter. Esto se deja ver con más claridad que en ningún otro ramo de la literatura en algunas composiciones líricas, y sobre todo en las de aquellos poetas que florecieron y sobresalieron á fines del siglo anterior y principios del presente.

Ni los ingenios que entraron desde luego con mayor decisión y ahinco en el amanerado carril de la poesía francesa, deslumbrados por la novedad y figurándose que en imitar servilmente á nuestros vecinos consistía su mejor gloria, dejaron alguna vez de volver los ojos á los líricos españoles que brillaron tanto en la época tenida con harta razón por edad de oro de la poesía castellana. Sin pararnos á considerar el valor é importancia de las acaloradas controversias á que García de la Huerta dió margen con sus violentos desahogos contra el nuevo gusto extranjero, porque los críticos más notables de aquellos días estimaban tales desahogos en favor de nuestros antiguos vates como fruto de la natural extravagancia del irascible autor de *Raquel*, vése confirmada mi observación con sólo recordar la índole privativa de la *Fiesta antigua de toros en Madrid*, de D. Nicolás Moratín, y la de casi todas las poesías del agustiniano salmantino fray Diego González. Procuraba éste imitar en ellas con amorosa fidelidad el estilo del maestro León, y consiguió efectuarlo, si no tan hábilmente como dice Quintana (según el cual *sus versos se confunden á veces con los de aquel gran poeta*), de un modo bastante dichoso, en armonía con la índole peculiar de modelo tan extremado y castizo.

Aquellos que entre nosotros se lanzaron más decididamente á imitar á los clásicos franceses esquivando la desvariada libertad de Góngora y sus discípulos, no tardaron mucho en caer en el extremo opuesto. Por huir del revesado y altisonoro lenguaje de los culteranos, que á tan desdichado punto habían traído la expresión del pensamiento en los albores del siglo XVIII; proponiéndose dar á su estilo la elegante sencillez y estudiada mesura que era en ocasiones como principal distintivo de sus modelos transpirenáicos, incurrieron en el grave error de mirar con censurable desdén la amena variedad, la riqueza y gallardía en giros y frases del lenguaje propio de nuestras musas, formado ó realzado por los insignes cantores del siglo que glorificaron con inspiraciones excelentes un Garcilaso, un Francisco de la Torre, un León, un Herrera, un Lope de Vega, y el mismo Góngora cuando no desatinaba. Buscando ante todo en la forma expresiva de la inspiración poética lo natural y razonable, dieron con lastimosa equivocación en lo prosáico y pedestre.

De esta enfermedad no se libraron por completo, á pesar de sus estimables dotes, ni el fabulista riojano D. Félix María Samaniego, afortunado imitador de La Fontaine, ni el discretísimo autor de las *Fábulas literarias*, D. To-

más de Iriarte. Tanto se llegó á ofuscar en ese punto la imaginación de los aficionados ó cultores de la poesía, que al publicar en Madrid sus famosas *Odas* por los años de 1784 el bueno de D. León Arroyal, creía con ingenuidad candorosa que las había compuesto *sin perder de vista* «á Píndaro, Anacreonte, Horacio, Catulo, Boecio y los mejores de nuestros poetas,» calumniándolos inocentemente al tenerlos por remotos é indirectos inspiradores de versos como los que siguen. El autor se propone ensalzar la creación de nuevas poblaciones en Sierra Morena, decretada por Carlos III, y apostrofa así á la Sierra:

«Ásperas peñas, encumbrados cerros,
Cercados de espesuras y de horrores,
Desierto el más temible,
Capa de tantos yerros,
Asilo fuerte de los malhechores;
No há muchos años que te vi insufrible,
Infestada de fieras y ladrones,
Contando en ti las muertes á millones,
Y hoy te miro poblada
Con aquella maleza disipada:
Hoy en tí la justicia,
Cuando antes dominada de malicia:
Hoy jardín delicioso,
Cuando ayer un desierto temeroso:
Ayer Sierra Morena infructuosa,
Y hoy sierra clara, amena y deleitosa.

Confuso me he quedado
Al verte cual te veo,
Y sólo, sólo creo,
Que ó Dios con su poder esto en tí ha obrado,
Ó el gran Carlos Tercero te ha poblado.»

De tal manera comprendían el vuelo pindárico, el arrebato lírico de la oda muchos de los que entonces se apellidaban poetas, y en tan desmayado y ramplón estilo se figuraban que consistía la majestad y sencillez de la verdadera expresión clásica. Á separarla de tan mal camino consagraron nobles esfuerzos Jovellanos, Meléndez, Cienfuegos y varios más, habiendo logrado el segundo, nacido diez años después que Jovellanos y otros diez antes que Cienfuegos (1), sobreponerse á todos en el aplauso común, y obtener de sus contemporáneos el envidiable título de *restaurador de la poesía castellana.*

Como no trato de hacer aquí, ni fuera posible en tan breve espacio, la historia de esa poesía durante el siglo pasado y primer tercio del presente, sino de dar alguna idea de sus principales vicisitudes, para poder apreciar

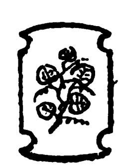
(1) D. Gaspar Melchor de Jovellanos nació en la villa de Gijón el día 5 de enero de 1744; D. Juan Meléndez Valdés en Ribera del Fresno, provincia de Extremadura, á 11 de marzo de 1754, y Don Nicasio Álvarez de Cienfuegos en Madrid el 14 de diciembre de 1764.

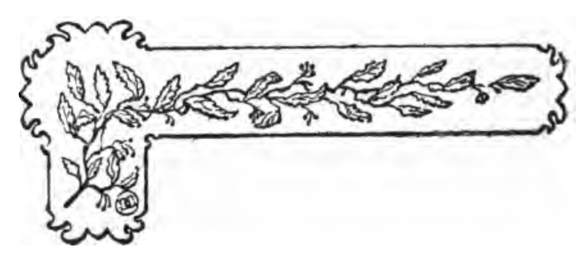
con mayor acierto con quién y hasta qué punto concuerdan en índole y genio las composiciones líricas de Olmedo, excuso detenerme en este asunto. Esa historia está ya escrita con profunda erudición y seguro dictamen por el ilustre académico D. Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar. Añadiré, no obstante, recordando algo de lo que él dice, que «en una civilización literaria que vivía más de reflejo que de luz propia,» Meléndez «fué y debió ser recibido con admiración y hasta con sorpresa,» porque «sus perfecciones relativas, y hasta su mérito absoluto, eran grandemente adecuados para cautivar entonces la atención pública.» Con efecto, cuando en alas del poderoso é insensato imperio de la moda había llegado á dominar en las regiones de la inspiración poética el enervante prosaismo de Salas, Montengón, Silva, Pichó, Arroyal y tantos otros, ineludible resultado de la servil imitación á que rendían ciego tributo, y de su errada manera de comprender lo que debe entenderse por gusto clásico, la aparición de un poeta de la amenidad y soltura de Meléndez, en quien el lenguaje era tan culto, la versificación tan fácil y el primor descriptivo *todo color, abundancia y gentileza* (según el acertado parecer de Cueto), no podía menos de causar honda impresión y de acabar para siempre con el

increible dominio de aquella moda irracional, llamada inevitablemente á ser efímera y pasajera.

Á la escuela de Meléndez, que produjo desde luego tan buenos frutos, siguió inmediatamente otra nacida de sus mismas entrañas, pero de temperamento más varonil y fogoso. De ella dice D. Miguel Antonio Caro que «no es salmantina, ni sevillana, ni peninsular siquiera, sino hispana en toda la extensión de la palabra; clásica en las formas, pero animada de un espíritu revolucionario que trasciende á las formas mismas y las innova.» El ilustre colombiano tiene acertadamente á Cienfuegos por verdadero precursor de tal escuela, y á Quintana, que según él «dió forma determinada y prestigioso esplendor á aquel género de ideas y á aquel nuevo estilo de cantar,» por su figura culminante.

Con el predominio de esa escuela coincidió la aparición de Olmedo en el campo literario.





IX.

COMPOSICIONES POÉTICAS DE OLMEDO. CARÁCTER QUE LAS DISTINGUE.

El poeta de Guayaquil, de quien se ha dicho con exactitud que en sus cartas y en otros documentos que se conservan de su pluma propende natural é invenciblemente al lirismo, y que su estilo es el de un hombre que piensa en verso (1), compuso pocos en sus sesenta y tres años de vida. Sólo nueve composiciones de él incluyó en la *América poética* D. Juan María Gutiérrez, viviendo aún el autor; y cuando al año de haber dejado éste de existir, el mismo Gutiérrez dió á luz en Valparaíso una edición más completa de las poesías de Olmedo, no logró reunir y publicar

(1) Frases de D. Miguel Antonio Caro.

número mayor de catorce (1). Del opúsculo donde en 1861 recogió Corpancho algunas *poesías inéditas* del vate del Guayas no tengo otra noticia que las que da el *Repertorio colombiano*, quien no dice cuántas sean aquéllas, y sí que apenas merecen atención, excepto la que se titula *Á un árbol*. Añadiendo ésta á las que contiene la edición suelta de Valparaíso, reimpresa incorrectamente en París por D. Ignacio Boix y Compañía en 1853, llegan á quince las obras poéticas de aquel peregrino ingenio de que tenemos noticia exacta, sin contar con que las ediciones de Gutiérrez y Boix estampan también bajo un mismo epígrafe las epístolas segunda y tercera del *Ensayo sobre el hombre*, del cual no se había coleccionado anteriormente más que la primera.

Del carácter que distingue á las poesías de Olmedo hay varias y hasta encontradas opiniones: citaré las más importantes y expondré

(1) Son las siguientes: *Victoria de Junín.*—*Canción indiana* (inédita).—*Ensayo sobre el hombre, por Pope* (epístolas I, II y III).—*Á un amigo en el nacimiento de su primogénito* (Lima, 1817).—*Oda á Horacio*, XIV del libro I.—*En la muerte de mi hermana*, soneto (1842).—*Alocución pronunciada por la actriz Doña Carmen Aguilar en el nuevo teatro de Guayaquil, en la noche de su apertura, 20 de agosto de 1840.*—*Al General Flores, vencedor en Miñarica* (1835).—*Mi retrato* (Lima, 1808).—*Para un álbum.*—*En la muerte de María Antonia de Borbón, Princesa de Asturias* (Lima, mayo, 1807).—*Fragmento del Anti-Lucrecio* (1816).—*Alfabeto para un niño.*—*Inscripción para el teatro de Lima.*

luego la mía con entera imparcialidad, sintiendo mucho no conocer directamente la de Don Juan León Mera, grande admirador de nuestro poeta, por no haber logrado hallar en parte ninguna su *Ojeada sobre la Poesía ecuatoriana.*

El Sr. Torres Caicedo se expresa de este modo en el tomo primero de sus *Ensayos biográficos:*

«Todo se halla en las poesías de Olmedo: inspiración, fuego, sentimiento, profundidad, elevación, delicadeza, cultura y riqueza de lenguaje, armonía. En ellas campean las galas y flores más bellas de la imaginación, las más sabias máximas de una sana filosofía y los principios de la moral cristiana. Si el estilo es el hombre, como dice Buffón, Olmedo está reflejado, vaciado en sus escritos: en ellos se exhibe el poeta, el filósofo, el cumplido ciudadano.»

Menos apasionados y entusiastas, los señores Amunáteguis discurren de esta manera en su laureado *Juicio crítico:*

«Todo en él es pensado; todas sus producciones llevan el sello visible de la lima. Olmedo es lo que se llama un poeta verdaderamente clásico. Tiene más habilidad que inspiración, más ciencia que pasión. Es gobernado, no por el arrebato poético, sino por el cálculo de los efectos que pueden producir ciertos pro-

cedimientos. Pone en juicio una táctica poética, como un General emplea la estrategia. Arregla las figuras, las comparaciones, los pensamientos, según un plan meditado con mucha detención. Coloca aquí un apóstrofe, allá una máxima; por un lado una antítesis, por otro una exclamación; prepara la venida de una reflexión profunda por medio de una descripción amena y florida; toma la precaución de colocar junto á los tintes oscuros otros más suaves para diversificar las impresiones; procura que las palabras tengan armonía imitativa correspondiendo á los sonidos, movimientos y afectos que ellas expresan; en una parte amontona las erres, destierra de otras las consonantes. Hace con sus ideas y con sus frases lo que hace un General con sus cañones, sus caballos y sus hombres. Pero todo eso lo ejecuta con talento; sabe su arte con perfección; es un Sucre, un San Martín, un Bolívar en la poesía.»

Á estos diversos pareceres cumple agregar el autorizadísimo de Caro, persona de vasta y sólida instrucción, crítico sagaz desnudo de engañosas preocupaciones, castizo escritor en prosa, elegante poeta y versificador, apto, en fin, como muy pocos para conocer y aquilatar el mérito de toda producción literaria. Refiriéndose al vate del Guayas en el precioso es-

tudio que publicó acerca de él en el *Repertorio Colombiano* (1), dice que era de escuela clásica *genuinamente española*, y añade:

«No sólo por la peculiaridad de su gusto, por su castiza y briosa versificación, sino también por las ideas filosóficas y sentimientos revolucionarios, es evidente que Olmedo procede de la escuela literaria presidida por Quintana. Y esas ideas y sentimientos no distan sino un paso de la exaltación patriótica á que se entregó el cantor de Junín.

En otro lugar escribe: «Empapado en la lectura de los clásicos latinos, familiarizado con sus pensamientos, revolviendo de continuo en la memoria sus frases, veníanseles éstas á la pluma como expresión de sus propias ideas. No se explican de otro modo las reminiscencias clásicas en que abundan sus escritos, aun aquéllos que debió trazar muy de ligero. No las solicita; le persiguen ellas. Parece, sobre todo, identificado con Horacio.»

Y más adelante: «El dialecto poético, que era en Olmedo casi habitual lenguaje, difiere en mucho del usual y corriente, y lo que es desusado y raro se confunde y equivoca con lo antiguo. En las literaturas de origen latino hay una poesía culta de aristocráticas tradi-

(1) Tomo II, perteneciente al año de 1879.

ciones, y una poesía popular: cada cual tiene su mérito respectivo, y no deben juzgarse por unos mismos principios. Olmedo es de la escuela de Quintana, y esta escuela pertenece á la nobleza de la sangre.»

Refutando algo de lo expuesto por los distinguidos críticos chilenos en el párrafo que he transcrito arriba para dar á conocer su dictamen, Caro establece una doctrina que importa mucho recordar, porque me parece incontrovertible. He aquí sus palabras: «Cuando los citados críticos concedieron á Olmedo ciencia y no pasión, anduvieron—y permítannos aquellos ilustrados escritores que les apliquemos invertida su frase—más apasionados que científicos. Es un error, á nuestro juicio, pensar que la originalidad y la imitación viven reñidas y divorciadas. Cabe cierta originalidad aun en una traducción, cuando el traductor, calentando la fantasía al contacto de los pensamientos que traslada, los interpreta con sentimiento y los expresa con novedad. Pues qué, ¡si se trata de un no breve poema, en que las imitaciones, aunque frecuentes, son adornos accesorios! Nadie imitó con más originalidad que Olmedo; nadie tuvo mayor originalidad en el estilo, sin vulnerar la propiedad del lenguaje ni emanciparse de las tradiciones de escuela. Y error es, aún más notable, confun-

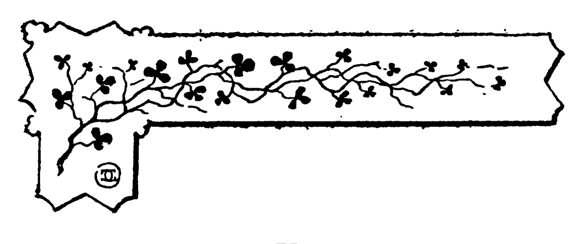
dir la inspiración con el escribir precipitado é irreflexivo. Rara vez un verdadero poeta fué también improvisador. Por aquella teoría excluiríanse del número de las obras inspiradas (poéticamente hablando) cuantas se escribieron conforme á cierto plan preconcebido ó con alguna lógica disposición de partes.»

Vemos, pues, que entre los mismos críticos americanos de mayor fuste hay divergencia de opiniones acerca del valor real de las poesías de Olmedo; y que mientras Torres Caicedo pone al poeta en las nubes considerándolo intachable, los Sres. Amunáteguis le encuentran tachas, suponiéndolo más artificioso que espontáneo, más calculador y habilidoso que de inspiración arrebatada y sentida. Claro está que aun estos mismos reconocen, como no podía menos de suceder tratándose de personas discretas é ilustradas en grado sumo, la gran importancia de Olmedo y el alto lugar que ocupa entre los líricos de la América meridional; pero el hecho es que por una ú otra causa le niegan dotes meritorias que indudablemente poseía. En mi humilde opinión, Caro es quien lo juzga con mayor tino, acertando como ningún otro á justipreciar las calidades que lo avaloran, determinando con bastante exactitud la índole de su inspiración poética, poniendo de bulto lo que realmente significa en el vasto

cuadro de la poesía española del presente siglo.

Olmedo procede, sin duda, de la escuela poética de Quintana. Al asegurarlo así, el erudito colombiano da en el verdadero punto, sobre todo si nos fijamos en lo que constituye la esencia y el ideal á que propenden las mejores composiciones líricas de ambos ingenios. En cuanto á la forma, esto es, á la pureza del lenguaje, á la gallardía de la dicción, al modo de versificar, el vate de Guayaquil (aunque Caro no lo note ni se lo figure, antes bien se incline á pensar de otro modo) está más cerca de la elegante y jugosa corrección de Gallego, que de la un tanto seca majestad de Quintana. Con quien apenas tiene que ver es con Meléndez, al que llamaba en 1808, en versos que ya he citado, «mi amor y mi embeleso.»





X.

«LA VICTORIA DE JUNÍN: CANTO Á BOLÍVAR.»

A ESTA composición debió Olmedo en América y ha debido principalmente en Europa su fama de insigne poeta. Natural es, por tanto, que me fije èn ella antes que en las demás suyas, y que complete aquí la historia de esa celebérrima poesía, sobre la cual ya he dicho algo en las *noticias biográficas* del autor.

Para mostrar el entusiasmo que despertó en nuestro poeta la victoria de Ayacucho, reproduje allí la carta que Olmedo dirigió al Libertador felicitándole por tan señalado triunfo, y algunos renglones de otra fechada en Guayaquil á 31 de enero de 1825 relativos á la recomendación que Bolívar le había hecho de can-

tar las glorias del ejército americano. Á lo copiado en aquel lugar debo añadir aquí estos otros párrafos de dicha epístola, concernientes á la poesía de que se trata: «Aseguro á V. que todo lo que voy produciendo me parece malo y profundísimamente inferior al objeto. Borro, rompo, enmiendo, y siempre malo. He llegado á persuadirme de que no puede mi musa medir sus fuerzas con ese gigante. Esta persuasión me desalienta y resfría. Antes de llegar el caso estaba muy ufano, y creí hacer una composición que me llevase con V. á la inmortalidad; pero venido el tiempo, me confieso no sólo batido sino abatido. ¡Qué fragosa es esta sierra del Parnaso, y qué resbaladizo el monte de la gloria!—Apenas tengo compuestos cincuenta versos: el plan es magnífico. Y por lo mismo me hallo en una doble impotencia de realizarlo... Usted dirá que yo soy sumamente ambicioso de gloria bajo la apariencia de despreciarla. Yo no sé si V. se engaña... pero mi actual desaliento proviene de que me ha llegado á dominar la idea de que nada vulgar, nada mediano, nada mortal es digno de este triunfo. Yo no amo tanto la gloria como detesto la infamia. ¿Y qué responderé yo si alguno me dice al leer mi oda: «si te hallabas sin fuerza para esta empresa, ¿para qué la acometiste? ¿Para deslustrar su resplan-

dor? Más ganaría callando.» Mi querido señor, dígame V., ¿qué responderé yo entonces?

»¿Usted ve estas humildades? Pues aguarde V. un poco, y verá lo que son los poetas. Usted me prohibe expresamente mentar su nombre en mi poema. ¿Qué, le ha parecido á V. que porque ha sido dictador dos ó tres veces de los pueblos, puede igualmente dictar leyes á las Musas? No señor. Las Musas son unas mozas voluntariosas, desobedientes, rebeldes, despóticas (como buenas hembras), libres hasta ser licenciosas, independientes hasta ser sediciosas.—Yo no debo dar á V. gusto por ahora: y no debo, por muchas razones; la primera y capital es porque no puedo. Ya tengo hecho mi plan con un trabajo imponderable; ya tengo medio centenar de versos:—ya no puedo retroceder. Sucre es un héroe, es mi amigo, y merece un canto separado: por ahora bastante dosis de inmortalidad le cabrá con ser nombrado en una oda consagrada á Bolívar. En fin, déjeme V., por Dios, y no venga á ponerme una traba que me impediría, no digo volar ó correr, pero aun andar. Déjeme V. Si á V. no le gusta que le alaben, ¿por qué no se ha estado durmiendo, como yo, cuarenta años? Sin embargo, me atrevo á hacer á V. una intimación tremenda: y es que si me llega el momento de la inspiración y puedo llenar el mag-

nífico y atrevido plan que he concebido, los dos, los dos hemos de estar juntos en la inmortalidad. Si por desgracia no llegare el *cuarto de hora feliz*, entonces me contentaré con el placer (porque los placeres suplen muy bien todas las cosas) de ver la América libre y triunfante, con recordar el nombre de su Libertador, y con hacer cariños á mi Virginia en mi filosófica oscuridad [1].»

Poco después, el 15 de abril de aquel mismo año, escribía Olmedo á Bolívar sobre el propio asunto: «Mi canto se ha prolongado más de lo que pensé. Creí hacer una cosa como de 300 versos, y seguramente pasará de 600. Ya estamos en 520; y aunque ya me voy precipitando al fin, no sé si en el camino ocurrirá dar un salto ó un vuelo á alguna región desconocida. No era posible, mi querido señor, dejar en silencio tantas cosas memorables, especialmente cuando no han sido cantadas por otra musa.—He padecido una fluxión que ha estado de moda; he tenido un mal-parto; es decir, que he perdido como un mes: y cuando hay tos, no está dispuesto el pecho para cantar. Haré toda fuerza de vela para remitir á V. en el correo que viene mi composición, sea como fuere [2].»

(1) *Repertorio Colombiano*, tomo II, págs. 291 y 92.
(2) *Repertorio Colombiano*, tomo II, pág. 293.

Terminada al cabo la composición; copiada y remitida al ilustre caudillo quince días después de escritos los anteriores renglones, Olmedo se creyó obligado á explicar minuciosamente á Bolívar el pensamiento que se había propuesto desarrollar, y á darle razón de los medios y recursos empleados para conseguirlo. Hízolo así en carta de 15 de mayo, hacia la cual llamo la atención de los aficionados á estos curiosos estudios. La estimo tan interesante, que no puedo menos de copiar los párrafos que se refieren á *La Victoria de Junín*. Dicen de este modo:

«Ya habrá V. visto el parto de los montes. Yo mismo no estoy contento de mi composición, y así no tengo derecho de esperar de nadie ni aplauso ni piedad. Buena desgracia ha sido que en más de dos meses no haya tenido dos días de retiro, de quietud ni de abstraimiento de toda cosa terrena para habitar en la región de los espíritus. Cuando el entusiasmo es interrumpido á cada paso por atenciones impertinentes, no puede inspirar nada grande, nada extraordinario: feliz quien en tal situación no se arrastra. Pero cuando el entusiasmo se sostiene y está desembarazado por algún tiempo de toda impresión extraña, nunca deja de venir el momento de los milagros. En el primer caso, la musa va corriendo por los va-

lles, ó trepando por las montañas; va registrando los árboles, los lagos y los ríos; su viaje es largo y quizás fastidioso. En el segundo no: tiende sus alas, remonta el vuelo, desdeña la tierra, salva los montes, visita el sol, abre los cielos, y si le place se hunde á los infiernos un instante para suspender el lloro y los tormentos de los condenados. Yo me he visto en el primer caso; así mi canto ha salido largo y frío, ó lo que es peor, mediocre. Quizá si hubiera podido retirarme al campo quince días, habría hecho más que en tres meses; habría espiado el momento feliz, y sólo en 300 versos habría corrido un espacio mucho mayor del que he corrido en 800. Devuelvo, cedo y traspaso la parte de inmortalidad que me prometí al principio. Triunfe V. solo.

»Cuando yo amenacé á V. con arrebatarle parte de su gloria, V. me tendría por un jactancioso; pero como mi jactancia á nadie dañaba, no tengo necesidad de hacer explicaciones sobre este punto. Mas cuando yo dije á V. que el plan que había concebido era grande y sublime, V. quizá lo creería; y como al leer mi poema V. puede creerme mentiroso, me veo precisado á vindicarme.

»Mi plan fué éste. Abrir la escena con una idea rara y pindárica. La Musa arrebatada con la victoria de Junín emprende un vuelo rápido;

en su vuelo divisa el campo de batalla, sigue á los combatientes, se mezcla entre ellos y con ellos triunfa. Esto le da ocasión para describir la acción y la derrota del enemigo. Todos celebran una victoria que creían era el sello de los destinos del Perú y de la América; pero en medio de la fiesta una voz terrible anuncia la aparición de un Inca en los cielos. Este Inca es Emperador, es sacerdote, es un profeta. Este, al ver por primera vez los campos que fueron teatro de los horrores y maldades de la conquista, no puede contenerse de lamentar la suerte de sus hijos y de su pueblo. Después aplaude la victoria de Junín y anuncia que no es la última. Entra entonces la predicción de la victoria de Ayacucho.

»Como el fin del poeta era cantar sólo á Junín, y el canto quedaría defectuoso, manco, incompleto, sin anunciar la segunda victoria que fué la decisiva, se ha introducido el vaticinio del Inca lo más prolijo que ha sido posible para no defraudar la gloria de Ayacucho, y se han mentado los nombres del general que manda y vence y de los jefes que se distinguieron, para dar ese homenaje á su mérito y para darles desde Junín la esperanza de Ayacucho que debe servirles de nuevo aliento y ardor en la batalla. Concluye el Inca deseando que no se restablezca el cetro del imperio, que puede lle-

var al pueblo á la tiranía. Exhorta á la unión, sin la cual no podrá prosperar la América; anuncia la felicidad que nos espera; predice que la Libertad fundará su trono entre nosotros, y esto influirá en la libertad de todos los pueblos de la tierra; en fin, predice el triunfo de Bolívar. Pero la mayor gloria del héroe sería unir y atar todos los pueblos de América con un lazo federal, tan estrecho que no hagan sino un solo pueblo, libre por sus instituciones, feliz por sus leyes y riquezas, respetado por su poder.

»Apenas concluye el Inca, todos los cielos aplauden: de improviso se oye una armonía celestial; es el coro de las vestales del Sol, que rodean al Inca como á su Gran Sacerdote. Ellas entonan las alabanzas del Sol, piden por la prosperidad del imperio y por la salud y gloria del Libertador. En fin, describen el triunfo que predijo el Inca. Lima abate sus muros para recibir la pompa triunfal: el carro del triunfador va adornado de las Musas y de las Artes; la marcha va precedida de los cautivos pueblos, esto es, todas las provincias de España representadas por los jefes vencidos, etc.

»Este plan, mi querido señor, es grande y bello (aunque sea mío). Yo me he tomado la libertad de hacer este análisis, porque temo que, á pesar de la perspicacia de V., V. no co-

nociera toda la belleza de la idea ofuscada con la muchedumbre de los versos, que es el principal defecto de mi canto. Dispénseme V., pues: porque yo, descontento de la ejecución, me contento con la bondad del plan, y quisiera fijar las mientes de todos en esto sólo para evitar la infamia de cualquier modo.

»¿Quiere V. saber hasta dónde van los ardides del amor propio? Pues sepa V. que en la desgracia de no haber hecho una cosa tan buena, me consuelo con la idea de que yo podía hacer algo mejor.

»Deseo que V. me escriba sobre esto con alguna extensión, diciéndome con toda franqueza todas las ideas que V. quisiera que yo hubiera suprimido. Lo deseo y lo exijo de V., porque en mi viaje pienso limar mucho este canto y hacer en Londres una regular edición; y para entonces quisiera saber el parecer y juicio de V. (1).»

La respuesta no se hizo esperar, y corrobora la especie apuntada ya respecto á la educación literaria del Libertador y á su aptitud para representar á un tiempo mismo el papel de Augusto y el de Mecenas.

(1) *Repertorio Colombiano*, tomo II, págs. 294, 95 y 96. En esta misma carta habla Olmedo de estar ya haciendo en Guayaquil una edición de su oda, que podría servir de modelo á la que se hiciese en Lima.

Antes que esta última carta llegase á manos de Bolívar, habíase apresurado el famoso caudillo á manifestar su gratitud al poeta y á comunicarle su primera impresión respecto á la *oda* que acababa de recibir sin aditamento de comentarios ú observaciones. Aquel generoso espíritu, sobre el cual pesaban á todas horas los más abrumadores cuidados, escribía desde Cuzco á Olmedo el 27 de junio: «Hace muy pocos días que recibí en el camino dos cartas de V. y un poema: las cartas son de un político y un poeta, pero el poema es de un Apolo. Todos los calores de la zona tórrida, todos los fuegos de Junín y Ayacucho, todos los rayos del Padre de Manco-Capac, no han producido jamás una inflamación más intensa en la mente de un mortal. V. dispara... donde no se ha disparado un tiro; V. abrasa la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles que no rodó jamás en Junín; V. se hace dueño de todos los personajes: de mí forma un Júpiter, de Sucre un Marte; de Lamar un Agamenón y un Menelao; de Córdoba un Aquiles; de Necochea un Patroclo y un Ayax; de Miller un Diomedes, y de Lara un Ulises. Todos tenemos nuestra sombra divina ó heróica que nos cubre con sus alas de protección como ángeles guardianes. V. nos hace á su modo poético y fantástico; y para continuar en el

país de la poesía la ficción de la fábula, V. nos eleva con su deidad mentirosa, como la águila de Júpiter levantó á los cielos á la tortuga para dejarla caer sobre una roca que le rompiese sus miembros rastreros; V., pues, nos ha sublimado tanto, que nos ha precipitado en el abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de luces el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes. Así, amigo mío, V. nos ha pulverizado con los rayos de su Júpiter, con la espada de su Marte, con el cetro de su Agamenón, con la lanza de su Aquiles, y con la sabiduría de su Ulises. Si yo no fuese tan bueno, y V. no fuese tan poeta, me avanzaría á creer que V. había querido hacer una parodia de la Iliada con los héroes de nuestra pobre farsa. Mas no: no lo creo. V. es poeta y sabe bien, tanto como Bonaparte, que de lo heróico á lo ridículo no hay más que un paso, y que Manolo y el Cid son hermanos, aunque hijos de distintos padres. Un americano leerá el poema de V. como un canto de Homero; y un español lo leerá como un canto de facistol de Boileau. Por todo doy á V. las gracias, penetrado de una gratitud sin límites (1).»

Estas palabras del Libertador atestiguan su ilustración y buen sentido. Pero donde más se

(1) *Repertorio Colombiano*, tomo III, pág. 146.

dejan ver una y otro es en la carta de contestación á las observaciones de Olmedo concernientes á su poesía, fechada en Cuzco á 12 de julio de 1825. Dice así:

«Mi querido amigo: Anteayer recibí una carta de V. de 15 de mayo, que no puedo menos que llamar extraordinaria, porque V. se toma la libertad de hacerme poeta sin yo saberlo, ni haber pedido mi consentimiento. Como todo poeta es temoso, V. se ha empeñado en suponerme sus gustos y talentos. Ya que V. ha hecho su gasto y tomado su pena, haré como aquel paisano á quien hicieron rey en una comedia y decía: «ya que soy rey haré justicia.» No se queje V., pues, de mis fallos, pues como no conozco el oficio daré palo de ciego, por imitar al rey de la comedia que no dejaba títere con gorra que no mandase preso. Entremos en materia.

»He oído decir que un tal Horacio escribió á los Pisones una carta muy severa, en la que castigaba con dureza las composiciones métricas; y su imitador M. Boileau me ha enseñado unos cuantos preceptos para que un hombre sin medida pueda dividir y tronchar á cualquiera que hable muy mesuradamente en tono melodioso y rítmico.

Empezaré usando de una falta oratoria, pues no me gusta entrar alabando para salir mor-

diendo: dejaré mis panegíricos para el fin de la obra, que en mi opinión los merece bien, y prepárese V. para oir inmensas verdades, ó por mejor decir, verdades prosáicas, pues usted sabe muy bien que un poeta mide la verdad de un modo diferente de nosotros los hombres de prosa. Seguiré mis maestros.

»Usted debió haber borrado muchos versos que yo encuentro prosáicos y vulgares: ó yo no tengo oído musical ó son... ó son renglones oratorios. Páseme V. el atrevimiento; pero usted me ha dado este poema, y yo puedo hacer de él cera y pábilo.

»Después de esto, V. debió haber dejado este canto reposar como el vino en fermentación, para encontrarlo frío, gustarlo y apreciarlo. La precipitación es un gran delito en un poeta. Racine gastaba dos años en hacer menos versos que V., y por eso es el más puro versificador de los tiempos modernos.

»El plan del poema, aunque en realidad es bueno, tiene un defecto capital en su diseño.

»Usted ha trazado un cuadro muy pequeño para colocar dentro un coloso que ocupa todo el ámbito y cubre con su sombra á los demás personajes. El Inca Huaina-Capac parece que es el asunto del poema: él es el genio, él la sabiduría, él es el héroe en fin. Por otra parte no

parece propio que alabe indirectamente á la religión que le destruyó; y menos parece propio aún, que no quiera el restablecimiento de su trono, para dar preferencia á extranjeros intrusos, que aunque vengadores de su sangre, siempre son descendientes de los que aniquilaron su imperio: este desprendimiento no se lo pasa á V. nadie. La naturaleza debe presidir á todas las reglas, y esto no está en la naturaleza. También me permitirá V. que le observe que este genio Inca, que debía ser más leve que el éter, pues que viene del cielo, se muestra un poco hablador y embrollón, lo que no le han perdonado los poetas al buen Enrique en su arenga á la Reina Isabel: y ya V. sabe que Voltaire tenía sus títulos á la indulgencia, y sin embargo no escapó de la crítica.

»La introducción del canto es rimbombante: es el rayo de Júpiter que parte á la tierra, á atronar á los Andes que deben sufrir la sin igual fazaña de Junín: aquí de un precepto de Boileau, que alaba la modestia con que empieza Homero su divina Iliada: promete poco y da mucho. Los valles y la sierra proclaman á la tierra: el sonsonete no es lindo; y los soldados proclaman al General, pues que los valles y la sierra son los muy humildes servidores de la tierra.

»La estrofa 360 tiene visos de prosa: yo no

sé si me equivoco; y si tengo culpa, ¿para qué me ha hecho V. rey?

»Citemos para que no haya disputa, por ejemplo, el verso 720:

Que al Magdalena y al Rimac bullicioso.

»Y este otro 750:

Del triunfo que prepara glorioso...

»Y otros que no cito por no parecer riguroso é ingrato con quien me canta.

»La torre de San Pablo será el Pindo de usted y el caudaloso Támesis se convertirá en Helicona: allí encontrará V. su canto lleno de esplín, y consultando la sombra de Milton hará una bella aplicación de sus diablos á nosotros. Con las sombras de otros muchos ínclitos poetas V. se hallará mejor inspirado que por el Inca, que á la verdad no sabría cantar más que yaravís. Pope, el poeta del culto de V., le dará algunas leccioncitas para que corrija ciertas caídas de que no pudo escaparse ni el mismo Homero. V. me perdonará que me meta tras de Horacio para dar mis oráculos: este criticón se indignaba de que durmiese el autor de la Iliada, y V. sabe muy bien que Virgilio estaba arrepentido de haber hecho una hija tan divina como la Eneida, después de nueve ó diez años de estarla engendrando: así, amigo,

lima y más lima para pulir las obras de los hombres. Ya veo tierra: termino mi crítica, ó mejor diré, mis palos de ciego.

»Confieso á V. humildemente que la versificación de su poema me parece sublime: un genio lo arrebató á V. á los cielos. V. conserva en la mayor parte del canto un calor vivificante y continuo: algunas de las inspiraciones son originales; los pensamientos nobles y hermosos: el rayo que el héroe de V. presta á Sucre es superior á la cesión de las armas que hizo Aquiles á Patroclo. La estrofa 130 es bellísima: oigo rodar los torbellinos y veo arder los ejes: aquello es griego, es homérico. En la presentación de Bolívar en Junín, se ve, aunque de perfil, el momento antes de acometerse Turno y Eneas. La parte que V. da á Sucre es guerrera y grande. Y cuando habla de Lamar, me acuerdo de Homero cantando á su amigo Mentor: aunque los caracteres son diferentes, el caso es semejante; y por otra parte, ¿no será Lamar un mentor guerrero?

»Permítame V., querido amigo, le pregunte: ¿de dónde sacó V. tanto estro para mantener un canto tan bien sostenido desde su principio hasta el fin? El término de la batalla da la victoria, y V. la ha ganado porque ha finalizado su poema con dulces versos, altas ideas y pensamientos filosóficos. Su vuelta de V. al cam-

po es pindárica, y á mí me ha gustado tanto, que la llamaría divina.

»Siga V., mi querido poeta, la hermosa carrera que le han abierto las musas con la traducción de Pope y el Canto á Bolívar.

»Perdón, perdón, amigo; la culpa es de usted que me metió á poeta.

»Su amigo de corazón, BOLÍVAR (1).»

Hallazgo precioso ha sido el de estas dos cartas del Libertador, cuya pérdida lamentaba Caro en abril de 1879 por lo curioso que sería oir *á un Aquiles juzgando á su Homero*, y por tratarse de *la mejor poesía* que, en su opinión, ha dictado en el suelo americano la musa del patriotismo. Afortunadamente la sentida lamentación del literato de Colombia hubo de llegar á oídos del Sr. D. F. P. Icaza, el cual, estimulado por ella, acudió al archivo de Don Martín Icaza (suegro de Olmedo, según Caro) donde las encontró, no originales, sino en copias que inmediatamente sacó á luz en *Los Andes* de Guayaquil. Apresuróse Caro á reimprimirlas en el *Repertorio*, ansioso de allegar documentos relativos á la *crónica secreta* de la famosa oda (gustada y admirada de los amantes de lo bello en todos los pueblos de ambos mundos que hablan lengua castellana), y gracias

(1) *Repertorio Colombiano*, tomo III, págs. 147, 48 y 49.

á él podemos apreciar aquí los frutos que daba, hasta en hombres no consagrados al cultivo de las letras, la semilla que nuestros preceptores y maestros arrojaban en el alma de la juventud á principios del siglo actual (1).

Como el poeta hizo en su *canto* varias alteraciones y correcciones antes de reimprimirlo en Londres y en París el año de 1826, y veinte años después lo retocó de nuevo para incluirlo en la *América poética*, no es fácil apreciar bien el fundamento de algunos reparos de Bolívar tocantes al estilo y á la versificación. De lo que sí tenemos cabal idea, por boca de Olmedo mismo, es de su réplica á las improvisadas y discretas observaciones que á instancias suyas

(1) He dicho en otro lugar que Bolívar vino á España á terminar y perfeccionar su educación. Efectivamente, á los quince años y medio salió con tal objeto de Venezuela; y después de haber tocado en Veracruz, aprovechando la ocasión para visitar la capital del antiguo imperio de Motezuma y conocer las ciudades de Jalapa y Puebla, hizo escala en la Habana, y arribó al cabo á nuestra Península donde tomó puerto en Santoña. Llegado á Madrid, su curador el Marqués de Ustáriz le aficionó al estudio, que hasta entonces había descuidado un poco, y formó en gran parte el espíritu del futuro Libertador. Asegúralo así el biógrafo Larrazábal, nada amigo de España ni de los españoles. Insisto en lo que debió Bolívar á la educación española, por la reiterada injusticia con que algunos americanos maldicen del atraso de nuestra enseñanza en las colonias y en la metrópoli. ¡Como si no estuviesen ahí para desmentirlos las obras de los insignes escritores y poetas de aquellas regiones (Olmedo y Bello entre otros), educados y formados en la época de nuestra dominación! ¿Cuál de los posteriores los ha excedido en buen gusto literario?

le envió el héroe principal del poema. Gracias al Sr. Torres Caicedo se conoce esa réplica, dirigida al Libertador en carta fechada en Londres á 19 de abril del dicho año 26. La inserto al pié textualmente, como último documento indispensable para completar el cuadro que me propuse trazar.

«Todas las observaciones de V. sobre el canto de Junín (escribía Olmedo á Bolívar) tienen, poco más, poco menos, algún grado de justicia. Usted habrá visto que en la fea impresión que remití á V. se han corregido algunas máculas que no me dejó limpiar en el manuscrito el deseo de enviar á V. cuanto antes una cantinela compuesta más con el corazón que con la imaginación. Después se ha corregido más y se han hecho adiciones considerables; pero como no se ha variado el plan, en caso de ser imperfecto, imperfecto se queda. Ni tiempo ni humor ha habido para hacer una variación que debía trastornarlo todo. Lejos de mi Patria y familia, rodeado de sinsabores y atenciones graves y molestísimas, no, señor, no era la ocasión de templar la lira.

»El canto se está imprimiendo con gran lujo, y se publicará la semana que entra; lleva el retrato del héroe al frente, medianamente parecido; lleva la medalla que le decretó el Congreso de Colombia, y una lámina que repre-

senta la aparición y oráculo del Inca en las nubes. Todas estas exterioridades necesita el canto para aparecer con decencia entre gentes extrañas.

»Una de las razones que he tenido, á más de las indicadas, para no hacer un trastorno general en el poema, es que así como vino ha tenido la fortuna de agradar á paladares delicados y difíciles (será sin duda por su objeto). Rocafuerte, por una doble razón, lo aplaude en términos que me lisonjearían mucho, si él amase menos al héroe y al autor. Otros que se tienen y han tenido por conocedores, han hecho y publicado análisis sobre esa composición; y yo me complazco, no por ser alabado, sino por haber cumplido (no muy indignamente) un antiguo y vehemente deseo de mi corazón, y por haber satisfecho esa antigua deuda en que mi Musa estaba con mi Patria.

»Todos los capítulos de las cartas de V. merecerían una seria contestación; pero no puede ser ahora. Sin embargo, ya que V. me da tanto con Horacio y con su Boileau, que quieren y mandan que los principios de los poemas sean modestos, le responderé que eso de reglas y de pautas es para los que escriben didácticamente, ó para la exposición del argumento de un poema épico. ¿Pero quién es el osado que pretenda encadenar el genio y dirigir los

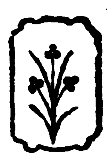
raptos de un poema lírico? Toda la naturaleza es suya: ¿qué hablo yo de naturaleza? Toda la esfera del bello ideal es suya. El bello desorden es el alma de la oda, como dice su mismo Boileau de V. Si el poeta se remonta, dejarlo; no se exige de él sino que no caiga. Si se sostiene, llenó su papel y los críticos más severos se quedan atónitos con tanta boca abierta, que se les cae la pluma de la mano. Por otra parte, confieso que si se cae de su altura, es más ignominiosa la caída, así como es vergonzosísima la derrota de un baladrón. El exabrupto de las obras de Píndaro, al empezar, es lo más admirable de su canto. La imitación de estos exabruptos es lo que muchas veces pindarizaba á Horacio.

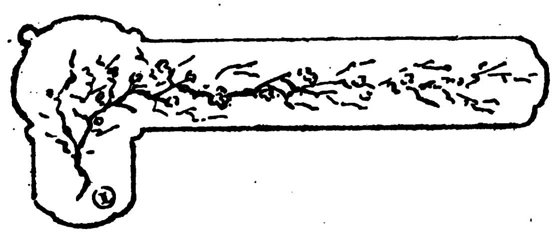
»Quería V. también que yo buscase un modelo en el cantor de Henrique. ¿Qué tiene Henrique con V.? Aquél triunfó de una facción, y V. ha libertado naciones. Bien conozco que las últimas acciones merecían una epopeya; pero yo no soy mujer de esas; y aunque lo fuera, ya me guardaría de tratar un asunto en que la menor exornación pasaría por una infidelidad ó lisonja, la menor ficción por una mentira *mal trovata*, y al menor extravío, me avergonzarían con la gaceta. Por esta razón, si esas obras han de tener algo de admirable, es preciso que su acción, su héroe y su escena

estén siquiera á media centuria de distancia. ¡Quién sabe si mi humilde canto de Junín despierte en algún tiempo la fantasía de algún nieto mío!...» (1)

Conocidas ya todas las piezas importantes del proceso histórico-literario-confidencial relativo al célebre poema de Olmedo, examinémoslo directamente para ver hasta qué punto merecen crédito las censuras ó defensas que aquellas contienen.

(1) Torres Caicedo: *Ensayos biográficos*, tomo I, págs. 126, 27 y 28.





XI.

OBSERVACIONES ACERCA DE «LA VICTORIA DE JUNÍN.»

Ocioso fuera detenerse á exponer el plan y el desarrollo de esta celebérrima composición poética. Trazado está minuciosamente por el autor en sus cartas á Bolívar, y apreciado y juzgado en las del caudillo venezolano reproducidas fielmente en el capítulo anterior. Al guerrero insigne que Olmedo quiso que fuese héroe principal del poema tocó el papel de primer crítico del canto destinado á encomiar y realzar sus hazañas; y aunque no lo formula en sus observaciones de una manera explícita y terminante, déjase conocer desde luego que Bolívar supo entrever antes que ningún otro el defecto capital de la oda: su falta de unidad de acción.

Habíase propuesto el poeta, desde que lle-

garon á sus oídos noticias de la victoria conseguida en Junín por el ejército libertador en los primeros días de agosto de 1824, celebrar aquel hecho memorable y encarecer al valeroso capitán que le dió cima. El asunto era digno de la inspiración de tan alto ingenio y se prestaba grandemente á un cántico de vigorosa unidad, por lo mismo que era uno solo, claro y bien determinado el fin á que había de dirigirse. Mas antes de realizar tal propósito (el 9 de diciembre de aquel mismo año), la batalla de Ayacucho, efectuada bajo la inspiración de Bolívar, pero mandada por Sucre como General en jefe, dando el triunfo á las armas libertadoras consumó la ruina de nuestro ejército del Perú, y con ella la independencia de aquel antiguo virreinato y de otros paises de la América Austral descubiertos, civilizados y regidos por nuestros mayores. La importancia de esta segunda victoria no podía menos de ofuscar hasta cierto punto el brillo de la primera, y reclamaba del entusiasmo patriótico de los emancipadores mayor consideración y aplauso, porque fué la verdaderamente decisiva para la causa americana. Olmedo lo comprendió así; mas no quiso cejar en el propósito de que su canto celebrase principalmente á Bolívar, por ser éste el alma del movimiento emancipador, y por deberse á él, más que á

ningún otro hijo de aquellas regiones, cuanto allí se hizo para conseguir la libertad de la América del Sur.

Tratándose de cantar triunfos de la gente americana, hubiera sido injusto no conceder el primer lugar al hombre que más había trabajado por conseguirlos, y que gozaba el singular privilegio de ser mirado entonces como un ídolo por todos aquellos pueblos. En esto no cabe duda, á pesar del mérito indiscutible de Sucre y de algunos otros generales. Pero el camino que Olmedo tomó para rendir á Bolívar el tributo de admiración que exigían de los americanos amantes de su independencia el superior talento, la incansable actividad, el desinterés, la abnegación, cuantas prendas nada comunes le adornaban, pudiera haber sido más acertado. Si en vez de titular su oda *La Victoria de Junín*, y de empeñarse en hacer asunto primordial del poema aquel concreto hecho de armas, el vate guayaquileño hubiese dirigido su canto á ensalzar *los héroes de la libertad americana*, las *glorias del ejército libertador*, ó cualquiera otro tema tan general y comprensivo como los citados, fácilmente habría podido conseguir su objeto y formar un plan menos defectuoso que el de la brillante composición que le ha dado tanto renombre.

Y ¡cosa singular! Olmedo, que tan descon-

tento de sí mismo se muestra una y otra vez respecto al modo de expresar su idea; que se confiesa, *no sólo batido, sino abatido* por la persuasión de no poder medir las fuerzas con tan gigantesco asunto, y que borraba, rompía, enmendaba, y siempre juzgaba malos cuantos versos de su canto iba componiendo, no vacila ni un solo instante en el favorable juicio que desde luego había formado de su propia concepción. «El plan es *magnífico*,» decía con candorosa ingenuidad, según ya hemos visto en una de sus cartas á Bolívar. «Si me llega el momento de la inspiración y puedo llenar el *magnífico* y *atrevido* plan que he concebido,» añadía en la misma carta cuando apenas tenía compuestos cincuenta versos. Y terminada la composición, de cuyo mérito llegó á desconfiar hasta el punto de figurarse, modesta pero equivocadamente, que no tenía derecho á esperar por ella aplauso ni piedad, todavía seguía creyendo que el plan era *grande* y *sublime*, y se esforzaba porque sus explicaciones lo hiciesen comprender así al caudillo de la independencia, para que no le tachase de mentiroso viendo que faltaban en el poema la grandeza y sublimidad anunciadas y no realizadas por el autor. Tan arraigada estaba en su mente la idea de que lo mejor en *La Victoria de Junín* era el pensamiento fundamental, que des-

pués de explicarlo con amoroso entusiasmo escribía las siguientes frases: «este plan, mi querido señor, es *grande y bello*, aunque sea mío» —«temo que á pesar de la perspicacia de V. no conociera *toda la belleza de la idea*, ofuscada con la muchedumbre de los versos, que es el principal defecto de mi canto»—«descontento de la ejecución, me contento con *la bondad del plan.*» De tal modo suelen equivocarse hasta los más esclarecidos ingenios cuando se llegan á encariñar vivamente con lo que engendra ó concibe su fantasía.

Júzguese, pues, qué penosa impresión no causarían en Olmedo, tan pagado del pensamiento y del giro de su obra, estas palabras de Bolívar: «El plan del poema, aunque en realidad es bueno, tiene un defecto capital en su diseño. V. ha trazado un cuadro muy pequeño para colocar dentro un coloso que ocupa todo el ámbito y cubre con su sombra á los demás personajes. El inca Huaina-Capac parece que es el asunto del poema: él es el genio, él la sabiduría, él es el héroe en fin.» Bolívar tenía razón; pero el poeta debió experimentar gran sentimiento al ver que el hombre á quien había querido hacer héroe principal de su poesía encontraba en ella otro héroe que á su juicio parecía como que menguaba y ofuscaba la importancia de los que él se había propuesto en-

salzar. Á pesar de ello, el vate del Guayas, que se apresuró motu propio á corregir *algunas máculas*, haciendo en la oda modificaciones y adiciones considerables, no pudo ó no quiso efectuar alteración ninguna en lo que tanto le llenaba. Para disculparse á los ojos del Libertador, le escribía: «Como no se ha variado el plan, *en caso de ser imperfecto*, imperfecto se queda. Ni tiempo ni humor ha habido para hacer una variación que debía trastornarlo todo.» Y para remachar indirectamente el clavo de su arraigada creencia en la bondad del plan censurado por Bolívar, añadía: «Una de las razones que he tenido, á más de las indicadas, para no hacer un trastorno general en el poema, es que así como vino ha tenido la fortuna de agradar á paladares delicados y difíciles.» Tal era, sin duda: Olmedo hubiera podido comprobarlo con lo que escribieron acerca de la oda en cuestión literatos y poetas de tanto saber y de tan buen gusto como Don Andrés Bello y D. José Joaquín de Mora.

El primero se expresaba en estos términos: «La materia del canto á *La Victoria de Junín* presentaba un grave inconveniente, porque constando de dos grandes sucesos, era difícil reducirla á la unidad de sugeto que exigen con más ó menos rigor todas las producciones poéticas. El medio de que se valió el Sr. Olmedo

para vencer esta dificultad es ingenioso. Todo pasa en Junín, todo está enlazado con esta primera función, todo forma, en realidad, parte de ella. Mediante la aparición y profecía del inca Huaina-Capac, Ayacucho se transporta á Junín, y las dos jornadas se eslabonan en una. Este plan se trazó, á nuestro parecer, con mucho juicio y tino. La batalla de Junín sola no era la libertad del Perú. La batalla de Ayacucho la aseguró; pero en ella no mandó personalmente el general Bolívar. Ninguna de las dos por sí sola proporcionaba presentar dignamente la figura del héroe; en Junín no le hubiéramos visto todo; en Ayacucho le hubiéramos visto á demasiada distancia. Era, pues, indispensable acercar estos dos puntos é identificarlos, y el poeta ha sabido sacar de esta necesidad misma grandes bellezas, pues la parte más espléndida y animada de su canto es incontestablemente la aparición del Inca (1).»

Mora consignaba de esta suerte su parecer en el *Correo literario y político de Londres* (2): «Sólo un artificio ingenioso podía formar el *simplex et unum* recomendado por Horacio é indispensable en toda composición artística. En efecto, cantar sólo la acción de Junín, que fué la que Bo-

(1) *Repertorio Americano*, tomo I, pág. 54.
(2) Tomo I, núm. 2.°

lívar mandó en persona, hubiera parecido frío, cuando tan de cerca le siguió la de Ayacucho, que fué la que consolidó el triunfo de las armas americanas. Cantar sólo la de Ayacucho hubiera sido obligarse á oscurecer al héroe principal, que no estuvo presente al conflicto. La profecía del Inca salva este inconveniente de un modo realmente épico, y conforme con el ejemplo de los grandes poetas de la antigüedad.»

Más que de estricta justicia, me parecen estos dictámenes, en lo que toca al punto concreto de la aparición del Inca, fruto de bien nacida benevolencia ó del impulso propio de las doctrinas literarias predominantes por entonces y que Bello y Mora profesaban, cuando no consecuencia natural de la especie de fascinación que obras esmaltadas de grandes aciertos, sean cuales fueren los lunares que por otra parte las desluzcan, ejercen en almas capaces de generoso entusiasmo. Porque el hecho es (lo cual prueba hasta qué punto se equivocaba el cantor de Junín en el modo de apreciar su oda) que el poema de que se trata vive y vivirá excitando admiración y obteniendo aplauso mientras no desaparezca del mundo la poesía castellana, no ya por virtud de la hermosura del plan, sino á pesar de sus defectos. Tantas y de quilates tan subidos son las bellezas acumula-

das por Olmedo al traducir en sonoros versos lo que pensaba ó sentía, desatando con estro sublime los puros raudales de su poética inspiración.

La idea de enlazar las dos victorias de Junín y Ayacucho mediante la aparición y el vaticinio del Inca, ha sido muy controvertida desde que salió á luz pública este poema por los años de 1825. Ya hemos visto lo que acerca de ella decían Mora y Bello, que al publicar en Londres sus respectivos juicios debían tener conocimiento por Olmedo mismo de la opinión de Bolívar. De lo que expusieron sobre el asunto los contemporáneos del poeta D. Juan García del Río y D. Antonio José de Irisarri no puedo decir cosa alguna, porque no he logrado verlo. En cuanto á Bello, cuya intimidad con Olmedo desde que éste llegó á Inglaterra conocen ya los lectores, cumple observar que añadía á las reflexiones anteriormente citadas, insistiendo en ellas y ampliando su parecer: «Algunos han acusado este incidente de inoportuno porque, preocupados por el título, no han concebido el verdadero plan de la obra. Lo que se introduce como incidente, es en realidad una de las partes más esenciales de la composición, y *quizá la más esencial* (1). Es ca-

(1) Lo mismo pensaba Bolívar, juzgando desde punto de vista enteramente distinto.

racterístico de la poesía lírica no caminar directamente á su objeto. Todo en ella debe parecer efecto de una inspiración instantánea: el poeta obedece á los impulsos del numen que le agita sin la menor apariencia de designio, y frecuentemente le vemos abandonar una senda y tomar otra, llamado de objetos que arrastran irresistiblemente su atención. Nada hallamos, pues, de reprensible en el plan del *Canto á Bolívar,* pero no sabemos si hubiera sido conveniente reducir las dimensiones de este bello edificio á menor escala, porque no es natural á los movimientos vehementes del alma, que sólo autorizan las libertades de la oda, el durar largo tiempo.»

Formando contraste con la anterior defensa de la aparición y profecía de Huaina-Capac, los hermanos Amunáteguis escribían hacia 1859 en su *Juicio crítico* laureado por la Universidad de Chile, y refiriéndose á las observaciones de Mora y de Bello: «Aunque sentimos no aceptar la respetable opinión de dos críticos tan eminentes, nos vemos forzados á declarar que estamos muy distantes de admirar tanto como ellos la aparición del Inca evocada por el cantor de Bolívar. No puede negarse que el artificio empleado por Olmedo ha reunido en un solo cuadro las dos batallas de Junín y Ayacucho; pero esa unidad es sólo aparente, ficticia.

Recurriendo á un procedimiento análogo habrían podido ligarse la conquista y la independencia del Nuevo Mundo, por ejemplo. Así se eslabonan los sucesos más inconexos, las épocas más apartadas. Un arbitrio de esta clase lo salva todo. El *Nec Deus intersit* del sensato Horacio es una regla que debe aplicarse, no sólo al desenlace, sino también á la trama de una fábula poética. Fuera de esto, la aparición del inca Huaina-Capac en el canto á Junín no es más que una fantasmagoría ridícula que no puede haber conmovido al poeta, y que con más fuerte razón no conmueve á los lectores. Una aparición produce efecto cuando se refiere ó escucha con fé; pero no cuando es un recurso manifiesto de retórica, como sucede en el caso presente (1).»

Lejos de seguir tal opinión, Torres Caicedo se expresaba de esta manera dos años después de publicada la obra de los críticos chilenos: «*Todos* cuantos han leído el canto de Junín, *convienen* en que la aparición de Huaina-Capac es de un efecto admirable, que satisface á la necesidad en que se había puesto el poeta de celebrar esos dos grandes hechos de armas; y esto sin faltar á la unidad del sujeto, sino sólo aprovechándose de la mayor libertad y viveza

(1) Páginas 28 y 29 de la obra citada.

que debe reinar en la poesía lírica [1].» El noble entusiasmo de Torres Caicedo le hacía olvidar que no todos los lectores del canto de Junín convenían en lo que él afirma en las líneas que anteceden, como lo prueban las palabras de los Sres. Amunáteguis, arriba citadas, de las cuales se hace cargo, para mostrar que las considera injustas, en la misma biografía donde se halla esa afirmación. Tampoco ignoraba que la opinión de Bolívar estaba en desacuerdo con la suya sobre este punto, dado que incluyó en su estudio biográfico la curiosa carta en que Olmedo contesta á los argumentos y observaciones críticas del Libertador.

Dígase lo que se quiera, el recurso á que alude el escritor neogranadino, y que según él es á juicio de todos *de un efecto admirable*, no le ha parecido tal á hombres de buenas letras y muy claro entendimiento, empezando por el héroe mismo del poema, apasionadísimo de Olmedo y más interesado que nadie en el brillo y esplendor de una obra destinada á inmortalizar su nombre. Cierto que la autoridad de humanistas como Bello y Mora, favorables á la adopción y empleo de dicho resorte, pesa mucho en la balanza. Cierto que quita valor á lo que dicen los Sres. Amunáteguis sobre este

(1) *Ensayos biográficos*, tomo I, pág. 124.

particular la crudeza, extremada á veces, con que lo dicen y con que suelen apreciar la índole y genio del poeta y el mérito de sus poesías. Mas á pesar de ello no ha faltado últimamente quien sostenga la misma idea, sin sombras de preocupación injusta, examinando con severa imparcialidad y desapasionado criterio el punto de que se trata. D. Miguel Antonio Caro, llamado por la creciente fama del vate de Guayaquil á intervenir en este litigio poético, es testigo de mayor excepción, merced al saber que atesora y al depurado gusto de que ha dado reiteradas pruebas. He aquí sus palabras:

«Ocurrióle á Olmedo resolver el problema cantando desde Junín la victoria de Ayacucho por medio de un vaticinio; y para que haya quien lo pronuncie, evoca la sombra de Huaina-Capac. Quiso dar á su poema la unidad de lugar, una de aquellas que tantos quebraderos de cabeza ocasionaron á rígidos dramaturgos, y que tan malos efectos produjeron en el teatro, cuando la violencia las impuso. Y violento fué el recurso de Olmedo, que la procuró suscitando un *Deus ex maquina*. Esta es la parte del plan en que él se deleita por el placer de la dificultad vencida, é imaginando que todo vencimiento es de buena ley; y el «trabajo imponderable» del plan no puede ser otro que

el que ocasionaba haber de desarrollar una idea capital absurda, teniendo que disponer y ordenar en boca del Inca multitud de cosas que el poeta, y no su aparecido, debía decir sobre Ayacucho, sobre la libertad del Perú y los destinos de América.

»Que el poeta, comprometido ya á cantar la victoria de Junín, y con ella á Bolívar, se viese en la necesidad de celebrar también la de Ayacucho, por decisiva y más ruidosa, y con ésta á Sucre, que era «un héroe y su amigo,» según consta de las cartas; y que á fin de no dar idea mezquina de la campaña peruana, como observa D. Andrés Bello, fuese «indispensable acercar aquellos dos puntos é identificarlos,» sea todo ello enhorabuena; pero que la aparición del Inca encierre un plan ingenioso y «trazado con mucho juicio y tino para eslabonar las dos funciones de guerra y conseguir el fin propuesto,» es cosa distinta y en que no podemos convenir con el mismo Bello. Lo que predice el Inca en larguísima arenga, pudo haberse presentado como un sueño ó visión de Bolívar mismo, rendido á la fatiga del combate, con las ventajas de que un sueño, sobre ser menos inverosímil, más misterioso y poético que una aparición tan inconveniente como la del Inca, cuadraba bien con el alma profética del Libertador. Pudo suponerse, á pesar

de lo largo de la relación, que la visión fuese de breves instantes, porque durante el sueño el pensamiento es infinitamente más rápido que en la vigilia, y pudo despertar el héroe vidente á los vivas del campamento, ó al ruido de

El ronco parche y el clarín sonoro.

Si este y cualquiera otro medio que se imagine ofrecen también inconvenientes, debemos deducir que no era hacedero reducir las dos batallas á la unidad del lugar (1).»

La deducción me parece incontestable. Si alguien lo duda, fíjese en la primera parte del poema consagrada exclusivamente á cantar la victoria de Junín, y verá, no sólo que es de por sí una oda completa llena de animación y gallardía, sino la espontaneidad, la seductora naturalidad con que en ella corre la inspiración, como agua que fluye del manantial, sin dar en ningún tropiezo hasta que llega la rebuscada y artificiosa aparición del Inca. Pero oigamos lo que dice Caro á este propósito. Sus censuras á nadie parecerán sospechosas, por ser él americano y gran admirador de Olmedo:

«La aparición del Inca en el canto á Bolívar, ¿será un punto á donde llega la imaginación en el libre y caprichoso giro de sus excur-

(1) *Repertorio Colombiano*, tomo II (de Enero á Junio de 1879), páginas 444 y 45.

siones aéreas? No ciertamente, sino premeditado artificio y ficción de todo punto inverosímil. La imaginación del pintor es piedra de toque de las ficciones del poeta: realza la que sugirió la fantasía, no acierta á hermosear las que sólo trazó el ingenio. Gustavo Doré, intérprete feliz de las creaciones del Dante, no nos hubiera podido expresar con el lápiz la consabida aparición. Quien diga que no es concepción absurda la de una sombra que, apareciéndose en las nubes, habla largamente con un ejército acampado, al mismo tiempo que va leyendo en el libro del Destino, póngase á corregir la ridícula lámina con que se intentó ilustrar el pasaje en la edición londonense de Ackerman.

»Pasemos por alto el efecto poco artístico de ligar, como primera y segunda parte de un poema, dos acontecimientos análogos, dos batallas semejantes, la una de las cuales ó ha de oscurecer á la otra, ó ha de resultar fastidiosa repetición. Lo que nos parece del todo indefensable es un vaticinio que no tiene caracteres proféticos ni oraculares, porque ni es conciso ni misterioso en su forma. Santo Tomás explica muy bien la intervención divina en los actos humanos, observando que Dios mueve á cada criatura según su naturaleza peculiar; y como la voluntad es naturalmente libre, con-

cluye que Dios la mueve acomodándose á esa libertad de que Él mismo quiso dotarla. Observacion es ésta aplicable á todo género de advertencias, anuncios é inspiraciones sobrenaturales. Los antiguos poetas gentiles, aun aceptando la creencia en el Destino, contraria á la libertad, con todo en las profecías y adivinaciones que introducían en sus poemas ponen cierta vaguedad nebulosa que deja campo para que el hombre obre con espontaneidad, y no marchando, como prisionero condenado á muerte, al término que le está señalado. Y esta práctica, al par que filosófica, es poética, pues libertad y misterio son alimento de la poesía.

»No así el vaticinio del Inca. Huaina-Capac anuncia la batalla de Ayacucho con todas sus peripecias y pormenores, revelándole á cada jefe, punto por punto, la parte que ha de caberle en el combate y las hazañas que ha de ejecutar. Para gozar de la brillante descripción, el lector olvida ó disimula el artificio absurdo, y la toma como obra del poeta contemporáneo, testigo y admirador de los hechos que canta, y no como profecía de aquel personaje desenterrado y entrometido.

»Los rasgos de mitología peruviana con que el poeta adorna el vaticinio, serían muy bellos en otras circunstancias; pero en boca del Inca, que habla al ejército patriota, no hacen sino

recordarnos á cada paso la impropiedad de aquella aparición, y la importunidad, á veces risible, con que habla la sombra, por más que las ideas estén allí revestidas de majestuoso estilo. ¿Qué efecto hubiera producido en Bolívar y en los gallardos jefes de su ejército si realmente hubiesen visto la sombra aquella, adornada nada menos que de carcax y flechas, y la oyesen proferir estas palabras:

¡Oh pueblos que formáis un pueblo solo
Y una familia *y todos sois mis hijos?*

¿Y por qué había de ser Huaina-Capac padre, no sólo de los peruanos, sino de los colombianos y de todos los españoles americanos? Aquí se ve el peruanismo del poeta, que en la persona del Inca hace á su patria reina de América. El lazo federal que el Inca recomienda á «sus hijos,» es decir, á todos los americanos, es en su boca tanto más extraño, cuanto la unidad de nuestra civilización se basa precisamente en los elementos que trajo la conquista, y el Inca empieza por maldecirla (1).»

La pasión es mal consejero; porque rara vez deja de subordinarlo todo al ímpetu de su ofuscación ó ceguedad. De no ser así, difícilmente habría incurrido un poeta de la arreba-

(1) *Repertorio Colombiano*, tomo II, págs. 447 y 48.

tada fantasía y el vigor varonil de Olmedo en la insensatez de hacer hablar á la sombra del Inca del modo que lo efectúa, ni dado margen con tal desvarío á estas oportunas observaciones del literato colombiano: «¿Podría dejar de sonreir Bolívar al ver que la sombra de un Inca, imitando á Horacio y á Virgilio y usando luego de un lenguaje en parte español y cristiano, en parte peruviano y gentílico, le ofrece, en premio á sus fatigas por la independencia americana, que, muriendo (Bolívar), será «ángel poderoso» en el «empíreo» y ha de sentarse á la diestra de Manco-Capac? Lo más gracioso es que en aquella morada de los justos Bolívar se habría de hallar entre incas é indígenas peruanos, sin otra persona de su raza con quien hablar que el fraile Las Casas, que, como solitaria excepción,

¡En el empíreo entre los incas mora!

¡Pobre Bolívar en semejante cielo! (1)»

Y ¡pobre Las Casas, añado yo, si en su calidad de prelado católico no hubiese merecido mejor recompensa final por sus apostólicas predicaciones en favor de los indios, que la que Olmedo le concede aposentándolo en el empíreo de los incas por toda una eternidad!

(1) *Repertorio Colombiano*, tomo II, pág. 448.

No me cansaré de repetirlo: la pasión es siempre mal consejero, y la del odio tal vez más ocasionada que otra ninguna á exageraciones é injusticias, sobre todo cuando nace al calor de contrapuestos deseos y se alimenta y aviva en el choque de encontrados intereses.

«En la declamación contra la conquista (añade Caro con recto y desapasionado juicio), aunque en boca del Inca, se ven en parte los sentimientos del poeta, que en este trozo estuvo injusto en lo que dijo y desgraciado en el modo de decirlo. Tratar á «todos, sí, todos» los descubridores y conquistadores, sin perdonar á Colón, de «estúpidos, viciosos y feroces;» decir que los sacramentos que trajeron eran «sangre, plomo y cadenas;» hacer solamente una excepción en favor del nombre de Las Casas, condenando á olvido ó á ignominia la multitud de varones apostólicos que evangelizaron la tierra americana, muchos de los cuales sellaron la fé con su sangre muriendo á manos de salvajes, es un rasgo de flagrante injusticia é ingratitud, una blasfemia y sacrílego insulto á la verdad histórica. No vale cubrirse con el fuero de la licencia poética. En esos casos, la musa abandona al poeta y le deja hablar sólo el lenguaje de la canalla. Vuélvase á leer el trozo aludido y se verá cuán por debajo quedó Olmedo del más ruín coplero. De la propia suerte man-

chó Quintana su oda á la Imprenta, con un pasaje verdaderamente «inmundo y feo.» Con todo, la indignación se trueca en risa cuando después de ensartar improperios, acaba Olmedo con el ya citado verso colocando al exceptuado Casas, á fuer de inapreciable recompensa, en un empíreo de incas (1).»

(1) *Repertorio Colombiano*, tomo II, págs. 448 y 49.—El elocuente escritor y poeta D. Rafael Pombo, Secretario de la Academia Colombiana, que en 1872 publicó en *El Mundo Nuevo* de Nueva York, bajo el seudónimo de *Florencio*, una calorosa defensa de Olmedo encareciendo sus altas cualidades poéticas, en la brillante *Reseña* leída ante aquella Corporación el 6 de agosto de 1882, se ha hecho cargo de lo que opina Caro acerca de *La Victoria de Junín*. Refiriéndose al plan de esta obra y á la asendereada profecía del Inca, escribe:

«Convengamos en que el problema era complicado y no admitía solución intachable; pero me inclino á aceptar la que le dió el poeta, porque veo en Huaina-Capac por una parte el genio del Nuevo Mundo, más interesado aún que Bolívar y Sucre en su pasado y su porvenir; ellos los paladines, el Inca la dama dolorida de su empresa; y por otra, un pretexto indispensable para describir la segunda batalla, lo cual hizo con la amplitud, viveza y frescura de la realidad, que son condiciones allí preferibles para mi deseo al estilo oracular y misterioso que el Sr. Caro observa debió haber asumido la visión sobrehumana. Añádese que el vaticinio es fastidioso por prolongado; mas yo dudo que pueda señalarse en dónde empieza (para un americano por lo menos) el fastidio del lector, puesto que al romper la descripción de Ayacucho, la voz del Inca es exactamente la del poeta, y si describe como gran poeta mal puede fastidiar. Sugiere nuestro amigo que un sueño de Bolívar se habría prestado mejor para salir de este empeño; pero, amén de otras desventajas, Bolívar no podía ensalzarse ni aconsejarse á sí mismo, y aquellas duras reminiscencias y contrastes históricos salen del espíritu al cual correspondía mejor el hacerlos y sentirlos. Á la tacha de Bolívar, fundada en la naturaleza humana, contesta el

He preferido, á discurrir sobre este punto por cuenta propia, trasladar textualmente las palabras de americano tan ilustre como el sabio director de la Academia Colombiana, celosísimo de sus glorias nacionales, por dos razones que han pesado mucho en mi ánimo: la primera es que, pensando yo, desde que hace ya muchos años leí por vez primera *La Victoria de Junín*, lo mismo que acerca de ella piensa hoy Caro, me exponía, no sólo á repetir sus ideas ú observaciones y á ser tenido por plagiario, sino á expresar menos atinadamente lo que él ha dicho con tanto acierto y lucidez; la segunda, que toda reflexión pro-

cantor señalándole á Huaina-Capac *ya en la mansión de la paz y de la luz*, ciertamente incompatible con el encono y la venganza, mas no con la justicia ni con la visión de la verdad plena y de la unidad de nuestra raza.»

La manera como Pombo aprecia en estos renglones la significación y el valor moral y patriótico del que llama *genio del Nuevo Mundo* tiene mucho, á mi parecer, de caprichosa y fantástica, y no invalida en manera alguna la sensata opinión de Caro. El fogoso entusiasmo de Pombo le ha impedido ver que *la mansión de la paz y de la luz*, morada celestial del Inca, ó no debía ser como él dice *incompatible con el encono y la venganza*, ó el Huaina-Capac de Olmedo era un bergante indigno de habitar en ella, cuando así mentía para atizar rencores, expresándose en versos bastante flojos:

«Guerra al usurpador.—¿Qué le debemos?
¿Luces, costumbres, religión ó leyes?
¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos,
Feroces, y por fin supersticiosos!
¿Qué religión? ¿La de Jesús?... ¡Blasfemos!
Sangre, plomo veloz, cadenas fueron

pia encaminada á combatir ó desvanecer con cierta energía los graves errores acumulados en el vaticinio de Huaina-Capac, donde el autor parece como que reniega de su verdadera progenie, y en el cual, cegado por pasión adversa, prorrumpe en invectivas é insultos contra la madre España á quien mostraba tanto amor en su florida juventud, se habría podido interpretar injustamente considerándola nacida de sentimientos rencorosos y de un espíritu no menos apasionado que el del poeta, aunque en opuesto sentido. Por dicha ha sonado ya la hora en que hispanoamericanos y españoles peninsulares empiezan á hacerse recíprocamente justicia, prescindiendo de anti-

Los sacramentos santos que trajeron.
¡Oh religión! ¡Oh fuente pura y santa
De amor y de consuelo para el hombre!
¡Cuántos males se hicieron en tu nombre!
¿Y qué lazos de amor?... Por los oficios
De la hospitalidad más generosa
Hierro nos dan: por gratitud, suplicios.
Todos, sí, todos: menos uno sólo;
El mártir del amor americano,
De paz, de caridad apóstol santo,
Divino Casas, de otra patria digno.»

Menos apasionados contra los primitivos civilizadores del Nuevo Mundo, americanos muy beneméritos por su gran saber y elevado espíritu les han hecho noblemente estricta justicia, como lo prueban las mismas palabras de Caro antes citadas y la admirable biografía del Arzobispo *Zumárraga* publicada en Méjico por el sabio y profundo escritor D. Joaquín García Icazbalceta, honra de las letras castellanas del siglo actual.

guos resentimientos y lamentables exageraciones perjudiciales á todos. Pruébalo el juicio de Caro que en gran parte acabo de transcribir.

Al hacer notar el hecho de que en la declamación contra la conquista Olmedo estuvo injusto en lo que dijo y desgraciado en el modo de decirlo, el inspirado traductor de la *Eneida* viene implícitamente á corroborar mi antigua opinión de que la poesía debe ante todo ser verdadera, porque donde no hay verdad no puede haber poesía. El que es poeta nunca expresa mal lo que siente bien; pero jamás puede sentir bien lo que por ser falso carece de persuasión y atractivo. Olmedo lo demuestra en *La Victoria de Junín* de un modo muy eficaz. Allí le vemos remontarse á las nubes arrebatado por la inspiración, y encontrar acentos, si no superiores al de todos, no inferiores al de ninguno de nuestros mejores líricos, siempre que se trata de expresar lo que directamente le ha conmovido ó afectado. Allí le vemos caer de tan grande altura y arrastrarse y fatigarse prosáicamente, cuando se aparta de la esfera luminosa de la verdad para engolfarse en el laberinto de lo meramente artificioso. Ese y todos los defectos del *Canto á Bolívar* son consecuencia ineludible de su desdichado plan, esto es, del pecado original del poema.

Apurado ya cuanto los críticos más notables han dicho de él en pro y en contra, de medio siglo á esta parte, veamos si el egregio artista ha logrado levantar sobre tan mal cimiento un maravilloso edificio. Así debe ser, pues lejos de disminuir su importancia con el transcurso de los años, se acrecienta cada día en América y en Europa, á medida que se le va conociendo más y se le juzga sin odiosas preocupaciones ni engañosos prejuicios.

He dicho ya que *La Victoria de Junín* vivirá siempre con aplauso, no por virtud de la hermosura del plan, sino á pesar de sus defectos. Ó lo que es lo mismo: que lo defectuoso de aquél se oscurece y hasta se olvida, merced á la animación, al movimiento, al estro sublime con que el autor ha logrado expresar y desarrollar la idea. Táchanle algunos de que su canto revela más la ciencia y el trabajo que la inspiración y el entusiasmo; de que ha levantado un monumento á Bolívar con fragmentos de monumentos antiguos y piedras cortadas á imitación de las que se empleaban en las construcciones de Grecia y Roma; de que abundan en su obra imitaciones de los autores clásicos (1). Efectivamente: desde que la abre diciendo:

(1) D. Miguel Luis y D. Gregorio Víctor Amunátegui, en su citado *Juicio crítico*, pág. 29.

«El trueno horrendo que en fragor revienta
Y sordo retumbando se dilata
Por la inflamada esfera
Al Dios anuncia que en el cielo impera,»

imitación del

Coelo tonantem credidimus Jovem
Regnare, etc.

con que empieza Horacio la oda quinta del libro tercero de las suyas, hasta el apóstrofe á la Musa en la última estrofa del poema, también imitado de Horacio cuando exclama para terminar la oda tercera del mismo libro:

Non haec jocosae conveniunt lyrae.
Quó, Musa, tendis? etc.

encontramos no pocas reminiscencias de Horacio, de Virgilio, de Homero, de Píndaro, de Lucrecio. Hasta en la idea de la evocación del Inca imita (según observa Caro acertadamente) la aparición del Conde de Rebolledo á Palafox en el poema *Zaragoza* de D. Francisco Martínez de la Rosa. ¿Habremos de decir por eso que Olmedo carece de originalidad, que es más poeta de estudio que de inspiración, que no le anima el fuego que se transmite á los demás y los enciende y avasalla? De ningún modo. Lo mismo que Garcilaso y León, que Herrera y San Juan de la Cruz, que Rodrigo Caro y Rioja, que todos los poetas del Rena-

cimiento (por no hablar sino de los grandes maestros de los siglos de oro), el vate de Guayaquil utiliza discretamente el fruto de sus lecturas, consigue hacer propio lo ajeno comunicando nuevo sér á lo que de otros recibe, y halla, sin deliberado propósito de buscarlo, el secreto de ser original en la imitación. ¿Cuántos poetas de los que no empiedran sus obras con reminiscencias clásicas, por vanidad ó ignorancia, podrán hombrearse con Olmedo y blasonar de tan originales é inspirados?

Fuera de que si no ha de ser para el poeta título glorioso el arte de aprovechar los pensamientos é imágenes que encuentra en los maestros de pasados siglos (como lo era en concepto de los más sabios humanistas de otras edades y lo acreditan las *Anotaciones* del Brocense y del divino Herrera á las poesías de Garcilaso), tampoco se le debe acriminar porque tenga el raro don de enriquecerse con bienes extraños, lícita y naturalmente, cosa que sólo saben conseguir ingenios de refinada cultura.

Suponer que el poema de Olmedo tiene un colorido de otro siglo, que en oda tan inspirada sólo son modernos los nombres de Bolívar, de Sucre, de Junín y de Ayacucho, entiendo que es dar en lastimosa equivocación. Mucho antes de que esto se escribiese había dicho

Mora, tan conocedor de América, que el poema se halla «revestido de un color que pudiéramos llamar local, por estar en armonía con los sitios que el poeta describe y cuyo aspecto físico es tan diferente del paisaje europeo.» Del razonable parecer de Mora son ya cuantos hablan de nuestro poeta.

Amén de los defectos de plan, en que he juzgado necesario insistir por su capital importancia, y de los que han sido consecuencia del carácter especial de aquél, la crítica justa y desapasionada encontrará por demás difusos ciertos pasajes del poema. De acuerdo con el parecer de Bolívar, las personas de gusto estimarán prosaicos y vulgares muchos versos, y creerán que el autor debiera haberlos borrado.

En cambio, ¡cuántas bellezas y de cuán subidos quilates no atesora la composición de Olmedo! ¿Quién ha logrado remontarse á más altura que él en alas de la inspiración y del arrebato lírico? ¿Quién trazado cuadros más vigorosos que los suyos, ni de más grandiosidad, ni en estilo más elegante y acendrado? ¿Dónde hallar riqueza mayor de luces y colores en armonioso concierto? ¿Dónde más jugosa espontaneidad, ni emoción más sincera y persuasiva? No daré contestación á tales preguntas: el lector la dará por sí mismo cuando haya tenido ocasión de oir al poeta.

Así expresa éste el influjo del numen inspirador:

«¿Quién me dará templar el voraz fuego
En que ardo todo yo? Trémula, inicierta,
Torpe la mano va sobre la lira
Dando discorde son. ¿Quién me liberta
Del Dios que me fatiga?...
Siento unas veces la rebelde Musa
Cual bacante en furor vagar incierta
Por medio de las plazas bulliciosas,
Ó sola por las selvas silenciosas
Ó las risueñas playas
Que manso lame el caudaloso Guayas;
Otras el vuelo arrebatada tiende
Sobre los montes, y de allí desciende
Al campo de Junín!»

Refiriéndose á los Andes, dice:

«Mas los sublimes montes, cuya frente
Á la región etérea se levanta,
Que ven las tempestades á su planta
Brillar, rugir, romperse, disiparse;
Los Andes... las enormes, estupendas
Moles sentadas sobre bases de oro,
La tierra con su peso equilibrando,
Jamás se moverán.»

Y en otro lugar, aludiendo á la suspirada unión de los pueblos americanos del Sur:

«Esta unión, este lazo poderoso
La gran cadena de los Andes sea,
Que en fortísimo enlace se dilatan

Del uno al otro mar. Las tempestades
Del cielo ardiendo en fuego se arrebatan;
Erupciones volcánicas arrasan
Campos, pueblos, vastísimas regiones,
Y amenazan horrendas convulsiones
El globo destrozar desde el profundo:
Ellos, empero, firmes y serenos
Ven el estrago funeral del mundo.»

¿Cabe mayor grandeza en la idea, expresión más enérgica ni más robusta? Pues ved ahora este símil, que parece engendrado por el aliento de la antigua Musa helénica:

«Tal en los siglos de virtud y gloria,
Cuando el guerrero sólo y el poeta
Eran dignos de honor y de memoria,
La Musa audaz de Píndaro divino,
Cual intrépido atleta,
En inmortal porfía
Al griego estadio concurrir solía.
Y en estro hirviendo y en amor de fama,
Y del metro y del número impaciente,
Pulsa su lira de oro sonorosa
Y alto asiento concede entre los dioses
Al que fuera en la lid más valeroso
Ó al más afortunado.
Pero luego, envidiosa
De la inmortalidad que les ha dado,
Ciega se lanza al circo polvoroso,
Las alas rapidísimas agita,
Al carro vencedor se precipita,
Y desatando armónicos raudales,

Pide, disputa, gana
Ó arrebata la palma á sus rivales.»

Dudo que haya en verso castellano retrato bosquejado con mayor brío ni con más seguro pincel que el de Bolívar que nos presenta Olmedo cuando va á principiar la batalla:

«¿Quién es aquel que el paso lento mueve
Sobre el collado que á Junín domina?
. . . .
¿Quién el que ya desciende
Pronto y apercibido á la pelea?
Preñada en tempestades le rodea
Nube tremenda: el brillo de su espada
Es el vivo reflejo de la gloria:
Su voz un trueno, su mirada un rayo.»

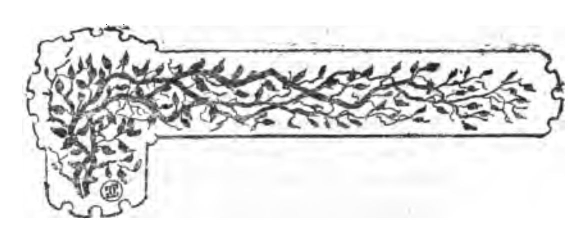
Ni es menos bello lo que pone en boca de Huaina-Capac respecto del héroe, al predecir la victoria de Ayacucho:

«Allí Bolívar en su heróica mente
Mayores pensamientos revolviendo,
El nuevo triunfo trazará; y haciendo
De su genio y poder un nuevo ensayo,
Al joven Sucre prestará su rayo.»

Pero donde tal vez sobresalen más la varonil concisión y energía del estilo, el esplendor de las imágenes, la propiedad de las voces y la hermosura y rotundidad del verso, es en la pintura de la batalla misma, trozo lleno de vigorosa animación. Héla aquí:

«Ya el formidable estruendo
Del atambor en uno y otro bando;
Y el son de las trompetas clamoroso;
Y el relinchar del alazán fogoso,
Que, erguida la cerviz y el ojo ardiendo,
En bélico furor salta impaciente
Dó más se encruelece la pelea;
Y el silbo de las balas que rasgando
El aire llevan por do quier la muerte;
Y el choque, asaz horrendo,
De selvas densas de ferradas picas;
Y el brillo y estridor de los aceros
Que al sol reflecten sanguinosos visos;
Y espadas, lanzas, miembros esparcidos
Ó en torrentes de sangre arrebatados;
Y el violento tropel de los guerreros
Que, más feroces mientras más heridos,
Dando y volviendo el golpe redoblado,
Mueren, mas no se rinden...»

Sería cuento de no acabar si hubiese de citar todos los versos del *Canto á Bolívar* que merecen ser citados. Los que anteceden, no escogidos, sino tomados indistintamente, bastan para dar razón de la justa fama de Olmedo. La América del Sur puede ufanarse de haber producido al insigne poeta que en *La Victoria de Junín* ha dejado, para admiración de los venideros, una de las más hermosas páginas de la lírica española.



XII.

LA ODA «AL GENERAL FLORES, VENCEDOR EN MIÑARICA.»

Después del *Canto á Bolívar*, la composición más importante de Olmedo es la *oda* cuyo título encabeza los presentes renglones. Y digo después, porque la mayor importancia del asunto y del héroe de aquel poema ha conseguido despertar más vivo interés en todo pecho americano; mas no porque su bondad intrínseca ni su forma poética sean inferiores á las que resaltan en *La Victoria de Junín*. Cuando el vate del Guayas, pintando en ésta el júbilo de los vencederes, decía:

«Victoria, paz, clamaban,
Paz para siempre. Furia de la guerra,
Húndete al hondo averno derrocada.
Ya cesa el mal y el llanto de la tierra.

Paz para siempre. La sanguínea espada,
Ó cubierta de orín ignominioso
Ó en el útil arado transformada,
Nuevas leyes dará. Las varias gentes
Del mundo que, á despecho de los cielos
Y del ignoto ponto proceloso,
Abrió á Colón su audacia ó su codicia,
Todas ya *para siempre* recobraron
En Junín libertad, gloria y *reposo,»*

desgraciadamente no fué profeta. Si pudiera ponerse en duda que aquellos paises, dignos de mejor suerte y dotados de tantos elementos de prosperidad, no han conseguido paz ni reposo duraderos desde la época de su emancipación, la oda *Al General Flores* vendría á desmentir el bien intencionado pronóstico del poeta con los inspirados versos del poeta mismo. Esto deja conocer á primera vista por qué la oda de que ahora se trata no ha tenido entre los escritores de América tanta resonancia ni tanto encomio como el canto á Junín, á pesar del relevante mérito que la distingue. Testigos irrecusables lo demuestran en términos á que en otro lugar he aludido (1).

(1) Véanse las palabras de los hermanos Amunáteguis y de Torres Caicedo concernientes á este particular (tomadas del *Juicio crítico* de los primeros y de los *Ensayos biográficos* del segundo), que anteriormente he puesto por notas al narrar la vida de Olmedo y referirme á la época y á las circunstancias en que compuso la oda *Al General Flores.*

Triste es sin duda que la ceguedad ó la ambición promuevan guerras civiles y hagan derramar sangre de hermanos. Pero cuando llegan á empeñarse tales guerras, por una causa ó por otra, y hombres superiores se arrojan á defender la que estiman justa, dispuestos á sacrificar por ella la vida; si á fuerza de valor y con la intuición propia del genio logran terminar la contienda venciendo obstáculos que se creían insuperables, fuera cosa impropia de un corazón generoso desconocer su heroismo y negarles aplauso, porque las circunstancias les obligaron á dar testimonio de grandeza en ocasión menos lucida y simpática de lo que hubiera convenido á su propia gloria. Olmedo no incurrió en tal injusticia, y al cantar los triunfos del vencedor en Miñarica encontró acentos dignos de un gran poeta lírico.

Así lo reconoce en el más reciente juicio de las altas calidades del insigne poeta el entusiasta Secretario de la Academia Colombiana D. Rafael Pombo (juez muy competente y apasionado admirador de aquél), bien que coincidiendo en algo con el dictamen de Torres Caicedo y de los Sres. Amunáteguis respecto á la índole y carácter de la oda en cuestión, copiado literalmente en otro lugar. Traslado aquí las calorosas palabras textuales de Pombo, porque á vueltas de ciertas exagera-

ciones que la nacionalidad y elevadas miras del autor fácilmente disculpan y explican, merecen particular atención.

«Del asunto del canto *Al vencedor en Miñarica* (dice Pombo) nadie habla, como por convenio tácito de correr sobre él un velo en honor del prócer y poeta que lo escribió: baste saber que él mismo deploró haberlo escrito. Pero ¿por qué no hablar tampoco de la obra de arte, si es el espejo más diáfano en donde el patriotismo, el buen sentido de nuestros pueblos debiera verse cada día y horrorizarse del extravío moral é intelectual á que las disensiones civiles con sus pérfidos señuelos y menguados intereses nos conducen? Bajo este aspecto, el *Canto de Miñarica*, en conjunto con la vida de su héroe y la de su autor, constituye un drama nacional y edificante. Para tales guerras, para tales glorias se fraccionó Colombia, suprimiendo á los actores titanes y cortando la escena á la medida de los provinciales; todo se empequeñeció en proporción, inclusive los gigantes que no fueron suprimidos; y en tanto, el genio, irreductible por naturaleza, se degradó, ó murió en el silencio, ó en martirio, sin luz y sin horizonte. Cerrado el circo de los leones é ida la concurrencia, entraron las hienas á lamer su sangre y disputarse sus cuartos palpitantes; alumbró allí

el genio, por capricho, por pasión, por falta de pábulo más digno, y la odiosa y melancólica merienda se transformó en epopeya. Eso es el *Canto de Miñarica*. ¿Y estamos seguros de que la *Iliada*, la *Eneida*, la *Divina Comedia*, el *Paraíso Perdido* procediesen de orígenes mejores que simple liviandad, filibusterismo, fanatismo en sus muchas variedades, codicia y orgullo carniceros? Sobre tales cimientos edificó primero el pueblo y luego el poeta. Y por desgracia, resulta de nuestra degenerada naturaleza que las furias suelen inspirar mejor que las gracias; y sea por esto, sea por la sencillez del asunto comparado con el de Junín y Ayacucho, ello es que desde Píndaro hasta Manzoni y D. José Mármol (1), dudo que hoy exista un trozo lírico heróico más merecedor que el de *Miñarica* del timbre de la perfección en su género. La mayor grandeza de su predecesor está sólo en el argumento; éste es, al contrario, la magnificación de un pequeño tema, parodia al revés, pero inmensa. Escrito á los cincuenta y cinco años de edad, diez años después del de *Junín*, es de la misma escuela, de

(1) Excesivo encomio de Mármol es sin duda el de equipararlo á Manzoni. Entre el admirable vate lombardo, que en su oda *In morte di Napoleone* rayó en la mayor altura de la perfección poética, y el vigoroso, pero desaliñado cantor de Buenos Aires, flagelador enérgico de la inicua tiranía de Rosas, hay mucha distancia.

la misma pluma, pero con menos preparación, con más confianza y desenfado, con más madurez de estilo, movida la mano por una especie de furia de riqueza y vigor. Sinfonía insuperable de alta lengua castellana, allí quizá no la vence el griego ni el latín. Certamen de perlas clásicas, á la evocación del poeta concurren Horacio, Virgilio, Lucano, Céspedes, Herrera, Rodrigo Caro, cada cual con las suyas, y al tocarlas Olmedo, quedan despojados y vencidos. Mayor majestad, claridad y nervio, no pueden pedirse, ni más hábil distinción de caracteres, ni mayor esplendor de imágenes, ni más felices contrastes y sorpresas, ni más gallardo desprecio de la nimiedad. Todo se vuelve grande é ideal; todo es sabio y esforzado; y, sin embargo, todo habla como por sí mismo, por acción, por visión, sin esfuerzo intermediario del artista. Todo vive, todo se mueve, todo se ve; varios de los párrafos son dramas, y, cosa singular, asoma también en ellos el drama de la conciencia del autor: una voz que le decía *¡No cantes!* como felizmente lo expresa Torres Caicedo (1).»

El buen juicio de Pombo y su generoso espíritu se revelan de varios modos en las ante-

(1) *Reseña del Secretario de la Academia Colombiana, leida en junta solemne del 6 de agosto de* 1882.

riores cláusulas; las cuales, si á primera vista parece como que contradicen lo que pienso acerca de esta poesía y de su héroe, consideradas atentamente lo acreditan y corroboran. En el mero hecho de asegurar que en las luchas civiles á que desde muy luego se entregaron los pueblos americanos emancipados de nuestra tutela brilló también el genio, por capricho, por pasión, *por falta de pábulo más digno*, hace implícitamente justicia al genio militar de que dió muestras el General Flores en la batalla de Miñarica, según lo declaran con acierto cuantos escritores notables conmemoran aquella función de guerra. Mal habría podido inspirarse el genio del poeta en los términos y hasta el punto que Pombo dice, si el hecho inspirador del canto y el adalid que le dió cima no hubieran sido en sí mismos tan importantes, aunque careciesen de tal virtud las causas que promovieron la lucha y el fin á que iba encaminada. Fuera de que, dado el desconcierto político entonces reinante y el enconado furor de los diversos partidos que surgieron en aquellos pueblos para destrozarse recíprocamente en daño de todos, cuando aún no habían logrado consolidar la obra de su independencia, era y no podía menos de estimarse en alto grado meritorio y plausible cualquier triunfo guerrero que contribuyese á

poner paz, aunque no fuera muy estable, entre hijos de una misma patria ó entre naciones recién formadas con ramas de un mismo tronco.

No iré yo tan lejos como Pombo cuando apunta sus dubitaciones acerca de los que pudieron ser primitivos orígenes de los admirables poemas que en la edad clásica nos legaron las musas griegas y latinas, y en siglos posteriores las italianas é inglesas, ni extremaré el desconsolador pesimismo hasta el punto de convenir absolutamente en que *las furias suelen inspirar mejor que las gracias*. Pero tengo por indudable que el choque de pasiones, malas ó buenas, y de intereses, legítimos ó bastardos, suele ser enérgico despertador del numen, y pienso que el mérito de las obras de arte, sobre todo el de los poemas líricos, no se debe graduar con arreglo á la importancia ó transcendencia del asunto, sino según la mayor ó menor belleza con que el poeta consigue realizar el que ha logrado conmoverle y encender la llama de su inspiración. En este concepto, atendiendo al mérito singularísimo de la oda *Al General Flores*, habría sido muy de lamentar que Olmedo se hubiese dejado seducir por la voz que le decía: *¡no cantes!*

Tan bien imaginada composición no adolece del defecto capital que empaña en cierto

modo el brillo de *La Victoria de Junín*, y del cual provienen los lunares que he notado al encarecer las perfecciones de esta celebérrima poesía. Dirigida á celebrar un solo hecho de armas realizado por inspiración y bajo el mando de un solo caudillo, la oda de que ahora trato aparece realzada por la más perfecta unidad, circunstancia que en todo parto del ingenio es uno de los principales elementos de belleza. Desarróllase en ella la acción sin tropiezo alguno con bien graduado interés, y la esmaltan imágenes y pensamientos que nada tienen que envidiar á los más hermosos. El poeta da principio á su canto con este símil lleno de majestad:

«Cual águila inexperta que, impelida
Del regio instinto de su estirpe clara,
Emprende el precoz vuelo
En atrevido ensayo,
Y elevándose ufana, envanecida,
Sobre las nubes que atormenta el rayo,
No en el peligro de su ardor repara,
Y á su ambicioso anhelo
Estrecha viene la mitad del cielo;
Mas de improviso deslumbrada, ciega,
Sin saber dónde va, pierde el aliento,
Y á la merced del viento
Ya su destino y su salud entrega,
Ó por su solo peso descendiendo
Se encuentra por acaso

En medio de su selva conocida,
Y allí, la luz huyendo, se guarece,
Y de fatiga y de pavor vencida,
Renunciando al imperio, desfallece:
Así mi Musa un día
Sintió la tierra huir bajo su planta,
Y osó escalar los cielos, no teniendo
Más genio que amor patrio y osadía.
. . . .
Inquieta, atormentada
De un Dios que dentro el pecho no le cabe,
Profiere en alta voz lo que no sabe,
Por ciega inspiración.»

Este principio, en el que es lástima tropezar con asonancias, que no por ser frecuentes en nuestros mejores líricos de los siglos de oro dejan de perjudicar á la armonía de los periodos poéticos, prepara el ánimo á recibir impresiones extrañas á las comunes y vulgares, y manifiesta elocuentemente la fogosidad y el alto vuelo imaginativo del autor. Desconociendo con loable modestia sus propias dotes; asombrado de haberse atrevido á cantar hechos tan gloriosos para la América del Sur como los de Junín y Ayacucho, sin más genio que *amor patrio y osadía*; postrado, adormecido *en lento deliquio*, á consecuencia del espanto que le produce medir el abismo que había salvado en ocasión tan solemne, el poeta desconfía de sí mismo creyendo por un instante que

no ha de renacer en su alma el sacro fuego de la inspiración, aunque truene el bronce fratricida, y rompa el estallido de las armas, y al recrugir del carro bélico se sienta retemblar la tierra. Pensando que espira lánguido el estro que le inspiró entonces, figúrase que no han de poder impulsarle á cantar de nuevo ni el silbo atroz de las rabiosas sierpes de la Discordia, ni las *canoras voces* que se alzan á orillas del *rico Tames* y del *bullente Rima* para despertar á la Musa de Junín de su letárgico sueño, ni siquiera el ver sorprendido que de las olas civiles

«Una nueva República aparece (1);
Cual la Diosa de amor y de belleza,
Coronada de rosas y azahares
Con que el ambiente plácido perfuma,
Surgió sobre la hirviente y alba espuma,
Del mar nacida, á serenar los mares.»

Pero cuando más amargamente deplora que sobre las cuerdas de su lira duerma *el canto silencioso*, arrebátale de nuevo la inspiración; conoce que *el genio nunca muere*, que anima con su ardiente soplo la tierra, el firmamento, el mármol, hasta los cadáveres, y exclama:

(1) La del Ecuador, fundada por el General Flores, según dice Olmedo y lo he consignado en otro lugar.

«Ya está dentro de mí.—Veloces vientos,
Anunciad á las gentes
Un nuevo canto de victoria.—Dadme
Laurel y palmas y alas esplendentes;
Volvedme el estro santo,
Que ya en el seno siento hervir el canto.»

Y canta: no sólo para transmitir á los futuros acciones gloriosas realizadas á impulsos de patrio amor, sino también para aleccionarlos con dolorosos ejemplos, presentándoles en rápidas pinceladas el ciego furor de las discordias civiles, y condenando enérgicamente á la juventud que huyendo del paterno techo blande en sus manos tizón infernal, á los que llevan á todas partes la asolación y marcan sus horrendas huellas en sangre y en cenizas.

«Leyes y patria y libertad proclaman...
Y oro, sangre y poder... esas sus leyes,
Esa es la libertad de que se llaman
Ínclitos vengadores.»

En la justa indignación que le produce tan lamentable espectáculo, después de narrar poéticamente con vivos colores, en muy pocos versos, cómo los sediciosos de la Sierra situados en las terribles posiciones que ofrece la cordillera de los Andes, y los de Guayaquil refugiados en la fragata *Colombia*, en vez del *triunfo cierto* á que ilusos creían correr, vieron

abrirse un abismo bajo sus plantas, observa que

«. . . . . los clamores
De tantos pueblos íntegros y fieles
El rayo concitaron que dormía
Allá en el seno de su nube umbría.»

¿Qué rayo era ese que dormía y que concitaron los pueblos fieles é íntegros? Olmedo lo retrata de este modo:

«Ese es el adalid á quien dió el cielo
Valor, consejo, previsión y audacia.
Al arduo empeño, á la mayor desgracia
Le sobra el corazón. Todo le cede:
Sirve á su voz la suerte; ante su genio
El peligro espantado retrocede.»

En aquellas circunstancias semejante adalid no podía ser otro que el General Flores, cuyas altas prendas tanto había estimado y encarecido Bolívar. Flores era, en efecto. El poeta lo confirma, eco fiel de la opinión que prevalecía por aquel tiempo entre los ecuatorianos amantes de la patria, reconocidos al beneficio que acababan de recibir con los triunfos de un caudillo que supo realizar hechos tan portentosos como el paso del Salado (el cual, á no ser verdadero, se tendría por invención fabulosa é increíble), y con la terminación de una guerra tan estéril para el bien

como fecunda en lastimosos desastres. En estos términos hace justicia Olmedo á la popularidad y prepotencia que gozaba entonces el vencedor en Miñarica:

«FLORES los pueblos claman: y los montes
Que la escena magnífica decoran
FLORES repiten sin cesar. Los ecos
Ávidos unos á otros se devoran,
Y en inquietud perpetua se suceden
Como olas de la mar. Sordos aterran
La turba pertinaz, que espavorida
Huye, y no sabe dónde; por do quiera
Los ecos la persiguen, y do quiera
El espectro del héroe la intimida.
Así cuando una nube repentina
Enluta el cielo, cuando el sol declina,
Se afanan los pastores recogiendo
El rebaño que pace descuidado.
Mas si improviso estalla un trueno horrendo,
El tímido ganado
Se aturde, se dispersa, desoyendo
Del fiel mastín inútiles clamores;
Piérdese en precipicios espantosos
Que más lo apartan del redil querido;
Y entre tantos horrores,
Vagan, tiemblan, y caen confundidos
Ganados y mastines y pastores.»

Tras este gallardo símil, expresado tan felizmente, muéstranos el poeta, no sólo que el *siempre fiel guerrero* de la patria oye su voz y

avanza á defenderla desnudando el *invencible acero*, sino á los valientes capitanes que le rodean, gloriosos en cien lides, y que á par de él juran conseguir la paz ó sucumbir en la demanda.

«Él habla: y á su acento
Todo en torno es acción y movimiento.
. . . .
Aquí y allí la juventud se adiestra
Á la terrible y desigual palestra...
Y el caballo impaciente
De freno y de reposo
Se indigna, escarba el suelo polvoroso:
Impávido, insolente
Demanda la señal: bufa, amenaza,
Tiemblan sus miembros, su ojo reverbera,
Enarca la cerviz, la alza arrogante
De prominente oreja coronada;
Y al viento derramada
La crin luciente de su cuello enhiesto,
Ufano da, en fantástica carrera,
Mil y mil pasos sin salir del puesto.»

De cuantas felices pinturas del caballo recuerdo, sin excluir la famosa del cordobés Pablo de Céspedes, tan imitada por los que se han propuesto después que él describir aquel fogoso animal, ninguna me causa tanta impresión ni me satisface como ésta de Olmedo. Ella sola bastaría para dar fé de los puntos

que calzaba el vate de Guayaquil como diestro observador de la naturaleza, como maestro en el difícil arte de expresar bien, en lenguaje poético nada ampuloso ni afectado, lo que hería su imaginación.

Desde este momento la oda toma, si cabe, mayor vuelo, y se precipita enérgicamente al fin que se propuso el poeta. ¡Con qué soberano pincel pinta Olmedo el afán, la agitación, el tumulto que reina en los enemigos de la patriótica hueste capitaneada por Flores!

«Armas les da el furor: la ambición ciega
Constancia, obstinación...»

¡Cómo recuerda los signos portentosos con que en vano los aterra el cielo, utilizando poéticamente la circunstancia de haberse oído por la noche en los días que precedieron á la nefanda lucha ruidos como grandes tiros de cañón! ¡Con cuánta viveza describe las sombras nocturnas que vagan exhalando lastimosos alaridos, los rayos sanguíneos que *aran en pálido fulgor* las tinieblas, y cuán prodigiosamente

«¡Se hiende el monte, el huracán estalla,
Y es todo el aire un campo de batalla.»

Y luego ¡con qué rapidez traza el cuadro de ambos ejércitos beligerantes, ahora señalando

el lugar en que se levanta Miñarica, donde ordena la Discordia sus crédulas haces, las convoca, las cuenta, las inflama, y al cabo las desenfrena; ahora corriendo á su encuentro, unido imaginativamente á Flores, que cuando alza sobre ellas el hierro vengador reconoce á sus hermanos, arroja lejos de sí la espada, y les ofrece

«El seno abierto y las inermes manos;»

ya execrando á la ominosa turba, que toma por debilidad el noble impulso del caudillo y, viéndose rogada,

«En ilusión y en arrogancia crece:
Que rara vez clemencia generosa
El monstruo del furor civil domeña,
Y aún más los viles pechos escandece;»

ya, en fin, poniendo de bulto el choque terrible de unos con otros luchadores, en los cuales se ve

«. . . . . De una parte
El número y el ímpetu; de la otra
Arte, valor, serenidad: do quiera
Furor y sangre... y á las armas sangre,
Aún más infame que el orín, empaña;
Y los pendones patrios encontrados
Rotos y en sangre flotan empapados!»

Al contemplar de qué modo los que fueron an-

tes amigos, los hermanos se encuentran, se conocen, se estrechan con el horrendo abrazo del furor sañudo; al ver que no hay entre ellos *ni tregua ni piedad*, el poeta exclama:

«. . . . . ¿Quién me retira
De esta escena de horror?—Rompe tu lira,
Doliente Musa mía: y antes deja
Por siempre sepultada en noche oscura
Tanta guerra civil. ¡Oh, tú no seas
Quien á la edad futura
Quiera en durable verso revelarla;
Que si mengua ó escándalo resulta,
Honra más la verdad quien más la oculta.»

En este nobilísimo rasgo de la justa indignación del vate; en este doloroso grito arrancado á lo más íntimo del alma por la escena de horror con que el poder de la fantasía le retrata la odiosa realidad de los hechos á que su numen da sér y vida con vigorosos colores en las regiones de la inspiración poética, se fundan todos los críticos, hasta los más fervorosos apasionados de Olmedo, para combatir su idea de cantar una victoria conseguida en lucha intestina, y asegurar que la conciencia del autor rechaza esa idea y la condena sin rebozo.

Algo he dicho antes acerca del particular en lo que toca á la índole del asunto; no lo esfuerzo con nuevos argumentos por no pecar de pro-

lijo. Respecto á la última especie, que los críticos americanos consideran indubitable, júzgola enteramente desprovista de razonable fundamento. No; la conciencia de Olmedo no se rebela, ni había por qué se rebelase, contra la idea de cantar la victoria de *Miñarica*. Si la voz de su conciencia le hubiese dicho que no debía cantarla, ciertamente que no la habría cantado. El consejo á su doliente Musa de que rompa la lira, de que deje sepultada en oscura noche tanta guerra civil y no sea ella quien la revele á venideras edades, lejos de expresar el remordimiento del cantor, como dan á entender los censores cándidamente (llevados de generosa ofuscación patriótica), es un movimiento lírico muy natural, un oportuno arranque nacido de la viva emoción del poeta, una especie de preterición encaminada á poner en relieve el fondo del cuadro y á darle mayor valor é importancia. Esto me parece tan claro como la luz del mediodía.

Ni se ha de tomar al pié de la letra y como axioma incontrovertible, de aplicación general en toda circunstancia y en todo caso, el dístico final de la estrofa á que me refiero. En épocas de reconstrucción social y política la ceguedad ó indocilidad de las masas populares y el turbulento espíritu de los ambiciosos que apelan á toda clase de recursos, por abomina-

bles que sean, para conseguir dominarlas á su antojo y convertirlas en instrumento capaz de satisfacer su sed de mando, son sin duda causas de que resulta mengua y que no pueden menos de escandalizar á los que sienten y piensan con rectitud. Pero el suponer que honrará más la verdad quien más oculte acciones ó sucesos verdaderos, públicos de suyo, y que por lo tanto han de vivir infaliblemente en la historia, sólo debe estimarse como encarecimiento propio de la exaltación poética, como elocuente expresión del horror que inspira cuanto se aleja de lo bueno y de lo justo, bellísima en tal concepto; mas de ningún modo como norma que deba seguirse cuando se trate de aleccionar y desengañar á hombres y pueblos con el loable fin de labrar su ventura llamándolos al fructuoso camino del bien y de la virtud. Para estar seguro de que la mente del poeta no pudo ser en la presente ocasión distinta de la que indico, basta observar que no hace aquello mismo que dice que se debe hacer.

Á este arranque de indignación, tan bien imaginado y sentido, sigue en la oda (cuyo arrebato, variedad, movimiento, calor é interés revelan consumado arte) la narración del triunfo y la glorificación del héroe:

«Salud, ¡oh claro vencedor; oh firme
Brazo, columna y gloria de la patria!
Por tí la asolación, por tí el estruendo
Bélico cesa, y la inspirada Musa
Despertó dando arrebatado canto.
Por tí la patria el merecido llanto
Templa al mirar el hecatombe horrendo
Que es precio de la paz.»

Y añadiendo á continuación, en frase tan concisa como gallarda, lo que deben al ilustre caudillo los pueblos, las artes, la justicia, la ley, la libertad, todo cuanto es honor de la patria ó puede contribuir á engrandecerla, el inspirado vate prorrumpe en este sublime apóstrofe al Chimborazo, digno de los más egregios líricos de todos tiempos:

«¡Rey de los Andes, la ardua frente inclina,
Que pasa el vencedor!»

Bien hace Olmedo en terminar su poesía diciendo:

«Y fausta la victoria le destina
Triunfales pompas en su caro Guayas,
Y en este canto *espléndida corona.*»

Sí, corona espléndida, la más espléndida que cabe otorgar en lo humano, porque es la más permanente y que mejor conserva en la memoria de los venideros el renombre de quien

la recibe en vida, son los cantos inmortales; é inmortal ha de estimarse esta composición mientras no se pierda el conocimiento de la lengua castellana, ni el amor á la belleza poética. Los grandes poetas (y Olmedo pudo decir de sí propio como el cisne de Venusa:

Quod si me lyricis vatibus inseres,
Sublimi feriam sidera vertice)

tienen el don casi divino de inmortalizar á los que cantan. ¿Quién que no se consagrase á estudiar la historia de la independencia americana y las vicisitudes de la interminable serie de revoluciones y discordias (aún no terminadas, por desdicha) que se han sucedido en el hemisferio austral desde su emancipación de la metrópoli, recordaría ya el nombre de Flores (como sucede con el de otros muchos caudillos de todas épocas y de diversos paises) á no ser por la admirable oda de Olmedo?

No diré yo que en tal *certamen de perlas clásicas*, como escribe Pombo en su pintoresco y fogoso estilo, concurren á la evocación del poeta Horacio, Virgilio, Lucano, Céspedes, Herrera y Rodrigo Caro, y que al tocarlas Olmedo quedan *despojados y vencidos;* pero sí que éste puede igualarse á todos ellos, y hasta exceder á alguno en espontaneidad y fuerza de inspiración. También me parece exagerado su-

poner, como lo hace Pombo (poeta y versificador notable), que en los 1.170 versos de las dos odas marciales de que se trata, sólo hay *uno* que pueda tacharse de prosáico ó desmayado. De esa clase hay varios en ambas, principalmente en *La victoria de Junín*, donde no brilla la exquisita corrección y ultimada belleza que resplandecen en *La Agricultura de la zona tórrida*. Bello, no obstante, es inferior á Olmedo en el género lírico heróico, según observa atinadamente Caro, para quien el mérito principal del vate de Guayaquil consiste en lo que le niegan los críticos chilenos, esto es, en la *animación sostenida*.

Arrebatado como Quintana, sostiénese efectivamente á grande altura, sin acudir á la ampulosidad declamatoria que á veces desluce al autor de *La invención de la imprenta*, ni perder la naturalidad ni el brío que le distinguen. En cuanto á las reminiscencias de autores clásicos que tan agriamente le critican, añadiré, ampliando lo expuesto al examinar el *Canto á Bolívar*, que tales como en Olmedo se encuentran merecen aplauso en vez de censura, por ser gala del saber y del gusto propia de superiores ingenios. Ilícito me parece apoderarse de una composición extraña y traducir trozos enteros para apropiárselos calladamente, como hizo el cubano Heredia con el *Carme dei sepol-*

cri de Fóscolo en la Elegía, también titulada *Los sepulcros*, dirigida á D. Manuel Robredo (1). Pero ¿á quién le ha ocurrido tildar á Quintana porque en sus versos para la *Corona fúnebre* de la Duquesa de Frías imite y haga suyo en una de las mejores estrofas un pensamiento de Marco Aurelio? ¿Quién acriminará al Duque de Rivas porque al retratar á Napoleón I diga en sus bellos romances históricos que el prepotente emperador era

«De infierno, de cielo y tierra
Un incomprensible aborto,
Un prodigioso compuesto
De ángel, de hombre y de demonio,»

recordando el verso

«Esprit mystérieux, *mortel, ange ou démon,*»

en que Lamartine retrata á Byron, ni porque en esotro verso de *La fuerza del sino:*

«Monarca de la luz, padre del día,»

(1) Así empieza Hugo Fóscolo su poesía dedicada á Pindemonte:

«All' ombra de' cipressi e dentro l' urne
Confortate di pianto é forse il sonno
Della morte men duro?»

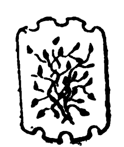
La poesía de Heredia á Robredo principia así:

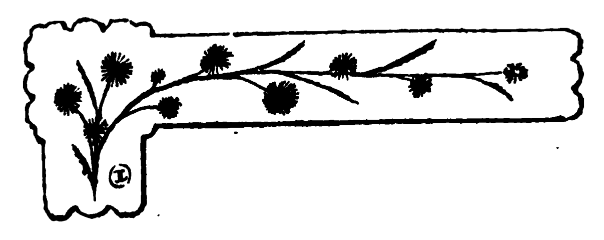
«De lánguidos cipreses á la sombra,
Y en urnas que el amor baña con llanto
¿Es más plácido el sueño de la tumba?»

traduzca, hermoseando la frase, el del poeta inglés:

«King of the sky, and fáther of the day?»

En resolución, cuando Pombo dice que «lo sublime, que para otros poetas es rapto de embriaguez momentánea, es agua ordinaria para el Homero de Guayaquil,» afirma una gran verdad, comprobada como en ninguna poesía del autor en la oda *Al General Flores, vencedor en Miñarica.*





XIII.

OTRAS COMPOSICIONES DE OLMEDO.

CONCLUSIÓN.

Seducido por el mérito del poema que acabo de examinar, me he detenido mucho hablando de él. Seré, pues, muy breve al discurrir sobre los otros. De algunos tiene ya conocimiento el lector por los varios trozos citados en la parte biográfica. Mas si bien es cierto que las obras en que principalmente se funda la reputación de Olmedo son *La victoria de Junín* y la oda *Al General Flores*, sería injusto dejar olvidadas, entre otras piezas de menos valer, composiciones como la titulada *Á un amigo en el nacimiento de su primogénito*, y el *Ensayo sobre el hombre*, de Alejandro Pope, vertido gallardamente á nuestro idioma.

Aunque de índole más sujetiva, no es aqué-

lla inferior en calidades poéticas á las famosas odas marciales. Los excelentes escritores chilenos, cuya opinión desfavorable al cantor del Guayas me he visto precisado á contradecir por rendir tributo á la verdad, reconocen paladinamente que *no pueden negarse las bellezas externas* de tan hermosa poesía; pero exajeran el rigor de la censura en cuanto hace relación *á lo sustancial de los conceptos*. Sensible es para quien aprecia en mucho á los Sres. Amunáteguis encontrarlos en esta ocasión tan extremados en su falta de benevolencia. En prueba de ello, véanse las palabras en que formulan tal juicio: «Considerad que Olmedo se encuentra junto á la cuna de un niño, el hijo único de dos esposos que por diez años han estado pidiendo al cielo esa bendición de su amor. El padre y la madre se hallan presentes, con el oído atento á la voz del poeta. Aguardan sin duda un horóscopo de felicidad. Pero Olmedo no sabe pronunciar más que palabras lúgubres, no sabe expresar más que presentimientos de desgracia... Es cierto que después de estos pronósticos de desgracia, de estas blasfemias contra la vida, el poeta encuentra acentos para estimular á su amigo Risel á que sepa á fuerza de talento y de virtud, no sólo encaminar al bien la índole tierna de aquel niño, sino también purificar de algún modo el aire infecto que va

á respirar... Pero el golpe estaba ya dado; los funestos vaticinios de Olmedo debían haber herido en lo más vivo del corazón á sus dos amigos; el tono más calmado de la última parte de la silva no debió alcanzar á desvanecer la amargura de la primera. No pretendemos seguramente que sea vedado llorar y mostrarse desengañado del mundo al lado de una cuna; pero creemos que es intempestivo, poco delicado, cruel, manifestar á un padre y á una madre que os piden una bendición para su primero y único hijo, el deseo de que ese niño que principia á vivir vuelva á la nada.»

Cruel en demasía me parece tan infundado dictamen. Para contradecirlo y anularlo basta oponer á las durísimas observaciones del crítico los sentidos versos del poeta.

«¡Tanto bien es vivir, que presurosos
Deudos y amigos plácidos rodean
La cuna del que nace!
¡Y en versos numerosos
Con felices pronósticos recrean
La ilusión paternal! Uno la frente
Besa del inocente,
. . . .
Pero ¿será feliz, ó serán tantas
Hermosas esperanzas, ilusiones?
Ilusiones, Risel. Ese agraciado
Niño, tu amor y tu embeleso ahora,
Hombre nace á miseria condenado.»

Viendo que el vicio discurre por todas partes con la frente erguida, que la discordia sacude su ominosa tea, Olmedo siente oprimido el corazón por tan odioso espectáculo; pero no muestra en absoluto el deseo que le suponen de que *vuelva á la nada* el niño que empieza á vivir; antes bien codicia para él más felicidad y tiempos mejores, apostrofándole de esta suerte:

«¡Oh si te fuera dado al seno oscuro,
Pero dulce y seguro,
De la nada tornar!... y de este hermoso
Y vivífico sol, alma del mundo,
No volver á la luz, sino allá cuando
Ceñida en lauro de victoria, ostente
La dulce patria su radiosa frente!»

Entre estos conceptos y la afirmación de los censores descontentadizos, encuentro gran diferencia. Pero oigamos de nuevo á Olmedo:

«Traed, cielos, en ala presurosa
Este de expectación hermoso día.
Entre tanto, Risel, cauto refrena
El vuelo de esperanza y de alegría.
¡Oh cuántas veces una flor graciosa
Que al primer rayo matinal se abría,
Y gloria del verjel la proclamaba
La turba de los hijos de la aurora,
Y algún tierno amador la destinaba
Á morir perfumando el casto seno

De la más bella y más feliz pastora;
Oh cuántas veces mustia y desmayada
No llega á ver el sol! Que de improviso
La abrasa el hielo, el viento la deshoja,
Ó quizá hollada por la planta impura
De una bestia feroz ve su hermosura!»

Conociendo los deberes que impone á su amigo el verse alzado á la dignidad paterna, el vate procura esforzar su ánimo para que se contraponga con pecho fuerte á la avenida del mal y dirija al bien la índole de su hijo:

«Aprenda de tu ejemplo
Prudencia, no doblez; valor, no audacia;
Moderación en próspera fortuna;
Constante dignidad en la desgracia;
Porque cuando en el monte se embravece
Hórrida tempestad, el flaco arbusto
Trabajado del ábrego perece,
Mas al humilde suelo nunca inclina
Su excelsa frente la robusta encina;
Antes allá en las nubes señorea
Los elementos en su guerra impía,
Y al fulgurante rayo desafía.»

No añadiré nuevos ejemplos. Los citados bastan para acreditar mi opinión y demostrar que tan inspirada y bien sentida poesía compite con las mejores castellanas en nitidez y tersura.

Tales prendas adornan también la versión, á veces algo parafrástica, de las tres primeras *epístolas* del *Ensayo sobre el hombre.* La índole de ese poema y de la interpretación de Olmedo, consideradas la gran popularidad que obtuvo la obra de Pope durante el siglo pasado y las diversas traducciones en prosa y verso que se hicieron de ella, tanto al latín y al alemán, como al italiano y al francés, me llevarían naturalmente á detenerme en consideraciones sobre uno y otras, si no me arredrase el temor de hacer interminable este escrito. Limitaréme, pues, á reproducir algunos versos de la epístola primera y á poner al pié los correspondientes ingleses, á fin de facilitar el medio de confrontarlos, y de que los lectores formen idea de la pericia de Olmedo como traductor. Helos aquí:

«Del libro del destino nadie puede
Leer sino la línea en que está escrito
Lo presente no más. Próvido el cielo,
Al bruto oculta cuanto inspira al hombre,
Y á éste cuanto á los ángeles revela.
¡Quién pudiera jamás vivir tranquilo
Sin esta oscuridad!... Cuando el cordero
Es por tu gula condenado á muerte,
¿Si él tu razón tuviera, lo verías
Tan alegre y lascivo en la pradera
Pacer, brincar, y en inocente halago

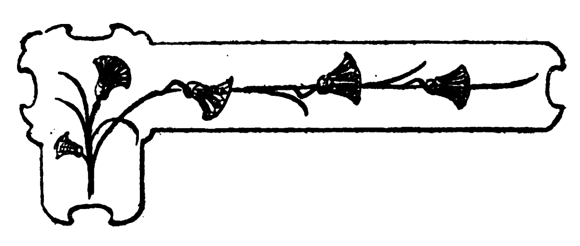
Lamer la dura mano que le hiere?
¡Oh feliz ceguedad de lo futuro! (1).»

Este último rasgo está, en mi concepto, expresado más felizmente en la traducción que en el poema original.

He llegado al término que me propuse, aunque con menos acierto de lo que hubiera sido de apetecer. ¡Ojalá sirva este imperfecto bosquejo para demostrar á nuestros hermanos de América el sincero afecto que nos inspiran, y la profunda estimación que les profesamos! La gloria de Olmedo no es solamente americana: es gloria que nos gozamos en aplaudir todos los hijos de la gran patria literaria española.

FIN.

(1) «Heav'n from all creatures hides the book of Fate,
All but the page prescrib'd, their present state:
From brutes what men, from men what spirits know:
Or who could suffer Being here below?
The lamb thy riot dooms to bleed to-day,
Had he thy Reason, would he skip and play?
Pleas'd to the last, he crops the flow'r y food,
And licks the hand just rais'd to shed his blood.
Oh blindness to the future!»



ÍNDICE.



*Este libro se acabó de imprimir
en Madrid, en casa de
Manuel Tello, el día
24 de Julio del
año de
1884.*



COLECCIÓN
DE
ESCRITORES CASTELLANOS.

OBRAS PUBLICADAS.

ROMANCERO ESPIRITUAL, del Mtro. Valdivielso.—Un tomo, con retrato del Autor, y prólogo del P. Mir, 4 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 25, 30 y 250 id.

TEATRO de D. A. L. de Ayala.—Tomos I, II, III y IV (el 1.° con el retrato del Autor), 5, 4, 4 y 4 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 7 1/2, 10, 25, 30 y 250 id.

POESÍAS de D. Andrés Bello, con prólogo de D. M. A. Caro, Director de la Academia Colombiana, y retrato del Autor.—(Agotada la edición de 4 pesetas.)—Hay ejemplares especiales de 6, 10, 25 y 30 id.

ODAS, EPÍSTOLAS Y TRAGEDIAS, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Un tomo de LXXXVIII-304 páginas, con retrato del Autor y prólogo de D. Juan Valera, 4 id.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 20 y 30 id.

ESTUDIOS DE CRÍTICA LITERARIA, por el mismo. Un tomo, 4 pesetas.

NOVELAS CORTAS de D. P. A. de Alarcón.—1.ª serie (con retrato y biografía del Autor): CUENTOS AMATORIOS.—2.ª serie: HISTORIETAS NACIONALES.—3.ª serie: NARRACIONES INVEROSÍMILES.—Tres tomos, á 4 pesetas cada uno.

EL ESCÁNDALO, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

LA PRÓDIGA, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL FINAL DE NORMA, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL SOMBRERO DE TRES PICOS, por el mismo.—Un tomo, 3 pesetas.

COSAS QUE FUERON, cuadros de costumbres, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

LA ALPUJARRA, por el mismo.—Un tomo, 5 pesetas.

VIAJES POR ESPAÑA, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL NIÑO DE LA BOLA, novela, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

JUICIOS LITERARIOS Y ARTÍSTICOS, por el mismo.—Un tomo 4 pesetas.

(De todas estas obras del Sr. Alarcón hay ejemplares de hilo numerados, á 10 pesetas.)

EL SOLITARIO Y SU TIEMPO, BIOGRAFÍA DE D. SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERÓN, Y CRÍTICA DE SUS OBRAS, por D. A. Cánovas del Castillo. —Dos tomos, con el retrato de D. Serafín Estébanez Calderón, 8 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 20 y 30 pesetas tomo.

HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Tomo I, 5 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 20 y 30 pesetas.

ESCENAS ANDALUZAS, por D. Serafín Estébanez Calderón (El Solitario).—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 20 y 30 pesetas.

DERECHO INTERNACIONAL, por D. Andrés Bello.—Dos tomos, 8 pesetas. —Ejemplares especiales, á 6, 10, 20 y 30 pesetas tomo.

VOCES DEL ALMA, por D. José Velarde.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 20 y 30 pesetas.

PROBLEMAS CONTEMPORÁNEOS, por D. Antonio Cánovas del Castillo.—Tomo I, con el retrato del Autor, 5 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 20 y 30 pesetas.

EDICIONES PEQUEÑAS DE LUJO.

LA PERFECTA CASADA, por el Mtro. Fr. Luis de León, con el retrato del Autor.—Un tomo, 2 pesetas, encuadernado.

ROMANCERO MORISCO.—Un tomo con grabados y encuadernado en vitela, 6 pesetas.

CERVÁNTES.—*Rinconete y Cortadillo.—El Celoso Extremeño.—El Casamiento engañoso* y *El Coloquio de los Perros.*—Un volumen con grabados en el texto, retrato del Autor y encuadernación en vitela, 6 pesetas.

LA MUJER, por D. Severo Catalina.—Un tomo con grabados, 5 pesetas.

Ejemplares encuadernados de lujo para REGALO, á diferentes precios.

EN PRENSA.

HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA, por D. Marcelino Menéndez Pelayo: tomo II.

ESCRITORES ESPAÑOLES É HISPANO-AMERICANOS, por D. Manuel Cañete: tomo II.

Ensayos críticos sobre historia de Aragón, por D. Vicente de la Fuente.

Problemas contemporáneos, por D. Antonio Cánovas del Castillo: tomo II.

Teatro de D. A. L. de Ayala: tomo V y último.

Canciones, poemas y romances, por D. Juan Valera.

EN PREPARACIÓN.

Poesías, de D. A. L. de Ayala.

Más viajes por España, de D. P. A. de Alarcón.

Estudios literarios, por D. Pedro José Pidal.

Estudios históricos, por D. Aureliano Fernández-Guerra.

Obras de D. José Eusebio Caro.

Obras de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

Historia de Carlos V, por Pedro Mexía (inédita).

Novelas escogidas, de Salas Barbadillo.

Obras escogidas, de P. Martín de Roa.

(Los pedidos de ejemplares ó suscriciones de la *Colección de escritores castellanos* se harán á la librería de Murillo, calle de Alcalá, 7.)

OBRAS

DE

D. SEVERO CATALINA.

La Mujer.—Un tomo, 4 pesetas.

Roma.—Tres tomos, 12 pesetas.

La verdad del progreso.—Un tomo, 4 pesetas.

Viaje de SS. MM. á Portugal.—*La Rosa de oro.*—Discurso académico.—Un tomo, 4 pesetas.

Poesías, cantares y leyendas, por D. Mariano Catalina, de la Real Academia Española.—Un tomo, 5 pesetas.

